# Amor sin riendas



HANNAH COWAN

montena

# HANNAH COWAN

# Amor sin riendas

Traducción de Scheherezade Surià

MONTENA

Partes de este libro son producto de la ficción. Cualquier referencia a acontecimientos históricos, personas o lugares reales se ha utilizado de forma ficticia. Los demás nombres, personajes, lugares y acontecimientos son fruto de la imaginación de la autora, y cualquier parecido con hechos, lugares o personas reales, vivas o fallecidas, es pura coincidencia.

*Dedicado a todas las que alguna vez hemos soñado*
*con ser la heroína de una historia de un cowboy romance*
*en un pueblecito. Que Brody Steele y Cherry Peak*
*os ayuden a llenar ese vacío*.

CAPÍTULO UNO

# Annalise

Hay pocas cosas en este mundo que me gusten menos que un tanga. Entre la tira, que se me clava cada vez que muevo los muslos, y la sensación constante de que se me está metiendo por la raja, todos los que me he llegado a comprar por presión social terminan hechos un gurruño en el fondo del cajón. ¿La marca de las bragas? Mira, la acepto. Mucho mejor que sentir que me estoy pasando hilo dental entre los cachetes.

Me habría puesto mis bragas de algodón favoritas en vez de un tanga rojo —aún con la etiqueta— si no fuera por la sorpresa de cumpleaños que sospecho que Stewart me está preparando. De todos los que tengo, el vestido que más le gusta es uno ceñido de raso negro que no admite ropa interior, o por lo menos no de la que se ve. Pero la incomodidad valdrá la pena. Sé que sí.

Me paso las manos por las generosas caderas y le lanzo una mirada al móvil, que está sobre la cama. La pantalla sigue sin iluminarse, como las tres últimas veces que lo he comprobado en estos últimos minutos; no tengo mensajes nuevos. Y, como las veces anteriores, no le doy importancia. No hace falta que Stewart me diga que está planeando algo para saber que lo está haciendo.

Estamos prometidos; llevamos tres años saliendo y vivimos juntos desde hace poco más de dos. Siempre hace algo de categoría por mi cumpleaños. Su generosidad es una de las cosas que más me gustan de él. Es un hombre exitoso y de belleza clásica al que conocí tras una recaudación de fondos que hacía el refugio de animales de mi hermana, y que consiguió que una chica contraria al matrimonio dijera «Sí, quiero» sin dudar cuando se arrodilló y me pidió que me casara con él en nuestro lugar especial: el Oak Bay Marina, en Vancouver.

Desde ese momento, todos los años celebramos mi cumpleaños con una gran fiesta en el yate de su empresa, aunque haga un poco más de fresquito en octubre. El año pasado contrató a un cuarteto de cuerda para que tocara un repertorio de mis canciones favoritas. Este año intento no tener las expectativas muy altas, pero de ilusiones vive el hombre.

Me paso una última vez los dedos por el pelo, que me he alisado a la perfección, asiento y me giro para coger el teléfono. Lo desbloqueo y sigo sin mensajes nuevos, pero tras echarle un vistazo a la ubicación de Stewart veo que está en el puerto. Seguramente está tan ocupado acabando los preparativos que se ha olvidado de decirme a qué hora tengo que ir. Creo que iré sobre las seis, ya que el año pasado la fiesta fue a esa hora. Le he preguntado a mi hermana a qué hora va a ir ella y no me ha respondido; seguro que es porque está ya de camino.

Se tarda media hora en llegar al puerto desde nuestro ático, pero no es un trayecto complicado. Lo más pesado es la caminata desde el aparcamiento hasta el muelle, y más aún subida a estas cuñas.

Me he pintado las uñas de los dedos de los pies de un rojo intenso que resplandece cuando salgo del coche y me da el sol poniente.

Una chispa de confusión prende en mi mente al no ver ningún coche conocido en el aparcamiento. Es complicado no ver el jeep nuevo de mamá, regalo de su nuevo marido, más que nada porque es naranja, pero no lo veo por ningún lado. A lo mejor llego demasiado pronto.

Empiezo a practicar lo que diré cuando llegue:

—Madre mía, no tendrías que haberte molestado. ¡Es lo más bonito que has hecho nunca! ¿Una escultura de hielo de mi espléndida figura? ¡Este año te has superado!

Suelto una carcajada muy poco elegante. Una escultura de hielo estaría fuera de mis expectativas, pero, desde luego, no le haría ascos.

Las tiritas que me he pegado en los talones para la caminata hasta el muelle funcionan estupendamente bien, ya que, al llegar al puerto, no hay ni rastro de ampollas. La fresca brisa del océano me acaricia el pelo y la cálida piel, y me recuerda por qué me gusta tanto este lugar. Las gaviotas planean sobre el muelle y me marcan el camino hasta donde aguarda el yate.

Cuando me acerco a la popa y subo a bordo, el agua golpea suavemente los lados del barco, meciéndolo de un lado a otro. Subo las escaleras que llevan a una puerta corredera de cristal y se me encoge el estómago ante el silencio continuado, que siembra una pequeña duda en mi mente.

La puerta no estaba cerrada con llave, así que la abro.

—¿Stewart? —llamo con suavidad mientras entro.

Me asalta la preocupación. Allí no hay rastro de ninguna fiesta. Ni de nada. Ni de nadie, aunque la puerta trasera está abierta.

Cada paso resuena en los suelos de madera mientras cruzo el espacio diáfano de la cocina y el salón. Mantengo la vista fija en la puerta que da a la primera cubierta.

—¿Stewart?

Nadie contesta. Hay demasiado silencio… hasta que un grito agudo desgarra la calma. Acelero el paso, casi echando a correr hacia la puerta, y de paso agarro el extintor del rincón del salón. Ni si quiera sé usarlo, lo cual es una temeridad absoluta en caso de incendio, pero no pienso utilizarlo para apagar ningún fuego: es para estampárselo en la cara a alguien, si lo veo necesario.

Se me hiela la sangre al oír el sonido de un cuerpo chocando con otro. Un zumbido ensordecedor me llena los oídos. Cada paso que doy al salir parece pesado, torpe.

—¿Stewart? —repito, y el nombre me suena patéticamente débil.

Me cuesta horrores no desplomarme en la cubierta, pues las piernas me flaquean. La escena que se despliega ante mí no puede ser real. Es una broma cruel. Cruelísima. Estoy en una pesadilla y mi cuerpo real está a salvo y a gustito en nuestra cama. Nuestra. Cama.

Mi jadeo tembloroso corta el aire con fuerza, como si fuera un disparo. Es la mujer quien me ve primero; abre los ojos verdes como platos y se queda blanca. Ya no queda nada del rubor que tenía hace un momento en las mejillas, pero sigue teniendo la frente empapada de sudor.

No aparta la mirada, pero yo tampoco. Ni siquiera cuando le quita las piernas de la cintura a Stewart ni, desde luego, cuando se acerca

una mano temblorosa a los labios hinchados y tiene la decencia de, por lo menos, taparse los pechos con el antebrazo.

—¡Me dijiste que se había ido! —le chilla a mi prometido.

Se me cae el alma a los pies cuando él gira la cabeza y me mira, por fin.

Tiene el torso desnudo, igual que la parte inferior del cuerpo, y unos arañazos le zigzaguean por los hombros. Dios sabe que yo nunca he disfrutado tanto del sexo con él como para arañarlo de esa forma. Su pelo castaño, siempre perfectamente peinado, está revuelto, levantado en todas direcciones. Por obra de los dedos de ella, sin duda. No de los míos.

No han sido mis dedos. Tampoco son mis arañazos. Ni son mis piernas las que lo rodeaban por la cintura hace un instante. No hay nada de mí ahí.

De repente, el anillo me pesa una tonelada y la plata me quema como si fuera ácido.

—Anna…

—Es mi cumpleaños —suelto, como si eso aún significara algo.

Él se frota los ojos y pestañea con rapidez, como si no pudiera creerse lo que está pasando. Que estoy aquí. Que le he jodido los planes.

—Es mi cumpleaños y a esto te dedicas. —Me esfuerzo por sonar firme, fuerte. El peso del extintor me recuerda que no tengo la mano libre para cruzarle la cara—. He malgastado tres años contigo.

—Anna, cariño, no sé lo que ha pasado, yo solo… Joder. Se me ha echado el tiempo encima y me he olvidado de…

Exhalo con fuerza, con dolor. Cada vez que cojo aire siento que trago fuego.

—¿Se te ha echado el tiempo encima? —Con un movimiento de cabeza, insisto—. ¿Desde cuándo?

Esos pómulos que tanto me gustaba acariciar cuando veíamos películas o nos tomábamos un vino en la terraza me resultan ahora demasiado angulosos. Los labios jugosos que solía besar cada vez que tenía la oportunidad me revuelven el estómago. Todas y cada una de sus facciones se retuercen hasta convertirse en algo que odio con más intensidad cuanto más lo miro.

—Ha sido un accidente.

La mujer en cuyo interior sigue se sorprende al oírlo. Me doy cuenta de que es preciosa. A pesar de esa mueca de asco, es preciosa: piernas largas, músculos tonificados y piel perfecta. El estómago se me revuelve un poco más.

—¿Ahora resulta que ha sido un accidente? ¿Y qué me dices de las cincuenta primeras veces? —le pregunta.

La traición se transforma en una rabia que me quema por dentro.

—¿Cuánto tiempo lleva pasando? —pregunto, apretando los dientes.

—¡Meses! —grita la mujer, que lo aparta de un empujón. Al separarse, alzo la vista hacia el cielo—. ¡Lleva meses trayéndome aquí!

—Miente —balbucea Stewart.

Con una mirada prudente lo observo mientras se guarda la polla en los pantalones y se sube la cremallera a toda prisa, pero no se abrocha el botón. Los pantalones de traje perfectamente planchaditos que tanto le gustan están ahora sucios y arrugados.

Me sudan las manos, pero no dejo que se me resbale el extintor. Al mover las manos para sujetarlo mejor, atraigo la mirada de

Steward.

—¿Por qué llevas eso? Déjalo en el suelo —me ordena—. No hagas ninguna locura.

Sigo su mirada, fija en el asa plateada que tengo entre los dedos y la anilla que sigue en su sitio. La mujer se revuelve en el sitio, seguramente intentando vestirse.

—¿Locura?

La carcajada que me estalla en el pecho es de todo menos cuerda.

—¡Sí, ninguna locura! Me estás dando miedo. Relájate antes de hacer alguna estupidez.

—¿Estupidez? —repito, deslizando los dedos por el lateral del extintor—. ¿Como follarte a alguien que no es tu prometida? ¿Que no es la mujer con la que te vas a casar el año que viene? ¿La que ya se ha comprado el vestido y le ha dicho a todo el mundo que se va a casar con un buen hombre? No tienes derecho a llamarme loca. No tienes derecho a decirme que me relaje.

La mujer sin nombre baja de la mesa y se coloca a su lado. No intenta irse a pesar de la forma en la que ha hablado de ella. Se me rompe el corazón en cuanto proceso lo que ha admitido: que llevan tiempo juntos y se ven a menudo.

Empiezo a perder el control sobre mis emociones. Nunca se me ha dado bien mantener la calma cuando estoy alterada, pero esto… Esto no es una pelea cualquiera, ni un malentendido. Es mucho más que eso.

Ya no hay vuelta atrás.

Es ese pensamiento el que me lleva a arrancar la anilla del extintor, apretar la palanca y bañarlos a ambos en espuma blanca.

CAPÍTULO DOS

# Annalise

Sigo notando la espuma del extintor en los dedos la mañana siguiente, a pesar de lo mucho que me he lavado y frotado las manos. Mi hermana camina por la alfombra a tal velocidad que temo que le prenda fuego, y la rabia inunda sus ojos, que normalmente rebosan calma. Son de un azul intenso, muy distintos a mis ojos castaños.

Me dice mil veces que lo siente, y yo le digo mil y una más que deje de disculparse.

Cuando anoche me planté en su casa alquilada, después de estar a punto de tirar la alianza al agua y de llorar a mares durante una hora entera dentro del coche, me acogió sin tener que cruzar media palabra. Una mirada le bastó para saberlo. Las disculpas empezaron después, cuando le conté lo ocurrido. Cada detalle desgarrador. Me costó horrores convencerla de que esperara hasta hoy para ejecutar nuestra venganza.

Nada más poner un pie en el piso que Stewart y yo compartimos —bueno, «compartíamos», supongo—, se fue directa al dormitorio a buscar mi maleta. Una hora después, toda mi ropa y mis cosas importantes están guardadas, listas para ir a un nuevo hogar. Ojalá yo pudiera decir lo mismo de mí misma.

No hay nada en este piso que refleje quién soy, pero, aun así, era mi hogar. El lugar al que pensé que volvería después de mi boda, donde empezaríamos nuestra vida de recién casados y crearíamos cientos de miles de recuerdos, buenos y malos…, pero no así.

—Tendría que haber mirado el móvil antes —me dice con pesar, echándole un ojo a la americana de Stewart en su lado del armario. La mitad que me correspondía está vacía. Completamente vacía entre americanas caras y polos de golf.

—Déjalo, Braxton, en serio. Prefiero mil veces que estuvieras cuidando a mi sobrino, si está malo, a andar resolviendo mis problemas. Por no hablar de que estuviste todo el día fuera con tus suegros.

—¡Me da igual! ¡Te juro que lo colgaría por los huevos de una farola! —exclama, apretando los puños de rabia.

Su marido, Maddox, hace una mueca de dolor desde la puerta. La compasión se palpa en su postura, y yo sigo ignorándola. Que sí, que me duele el corazón como si me lo hubiera atropellado un camión, pero no es el fin del mundo. Stewart no se merece ejercer ese poder sobre mí.

A lo mejor, si me lo repito una y otra vez me ayudará a que me duela un poco menos, igual que me ayudó la botella de vino anoche.

—Eh, no nos mires así, Anna. Jamás te has negado a servir una sana ración de venganza. —Braxton intensifica su mirada—. Y sé que hay ideas en esa cabecita tuya, lo sé.

—Claro que las hay, pero aún estoy decidiendo por cuál empezar.

Maddox hace una mueca.

—Eso nunca es buena señal.

—¿Sabes lo que tampoco era buena señal? —Y me callo, esperando que adivinen la respuesta a mi pregunta retórica. Me pongo roja de rabia—. ¡Que nunca me dejara fisgonear en su teléfono! Decía que solo eran cosas del trabajo, ¡pero no tendría que haberme fiado! Nadie necesita llevarse el móvil al baño mientras se ducha por si llaman del trabajo. Por Dios, mira que soy ingenua. Una ingenua idiota que se quedó papando moscas mientras su prometido se estaba tirando a una mujer preciosa que, por supuestísimo, no era yo —suelto, rabiosa, y noto una punada de dolor detrás de los ojos.

Braxton se acerca a mí y se agacha, apoyando las manos en mis rodillas. Me repatea que me resbalen las lágrimas por las mejillas. Me repatea que las heridas sean tan recientes y se resquebraje mi autoestima cada vez que me acuerdo. Estando en esta habitación, el lugar en el que un día fui feliz, mi lugar seguro…

Quiero tirar las paredes y destrozar todo lo que él haya amado jamás. Pero, más que nada, quiero dedicar el futuro próximo a hacerme un ovillito en la cama, oler su colonia y llorar. Tres años de mi vida con Stewart. Nunca recuperaré ese tiempo.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer ahora? —le pregunto a mi hermana con un hilo de voz.

—Creo que necesitas sacar todas tus cosas de aquí y empezar a aprovechar la rabia que te sale por los poros. Cuando la hayas dejado salir, empieza a sanarte tú. Repara el daño que te ha hecho mientras sigues adelante con tu vida. Eres demasiado fuerte para dejar que ese hombre te frene o te quite nada de lo que siempre has querido. Nunca ha estado a tu altura.

Mi hermana se aparta unos rizos negros de la cara y yo intento no sonreír. Yo siempre quise tener un pelo como el suyo, y ella quería el mío. Cuando éramos pequeñas y veíamos estrellas fugaces, deseábamos intercambiarnos el pelo de alguna manera. Mi hermana es mi mejor amiga. Nadie ha podido competir con ella, ni siquiera cuando nos chinchábamos de crías.

—Si crees que nunca ha estado a mi altura, ¿por qué le diste el visto bueno?

—Yo nunca se lo di —interviene Maddox.

La sonrisita burlona que pone hace que mi hermana le saque el dedo.

—Mira que eres pelota, Maddox. Haz algo de provecho y vigila que no aparezca ese cabronazo, anda.

Sacudo la cabeza, y la chispita de humor que había saltado en mi interior se apaga.

—Estará unas horas más fuera de casa.

Anoche volvió rogándome y suplicándome que hablara con él. «Solo escucha lo que tengo que decirte», me pidió. Pero después de diez minutos gritándole tan fuerte como para despertar a los vecinos, se largó con el rabo entre las piernas, prometiendo que intentaría hablar conmigo otra vez hoy después del trabajo. Cuando estuviera «tranquila y dispuesta a escuchar».

—¿Sabes qué, Anna? Levántate —me ordena Braxton, dándome una palmada en las rodillas. Se levanta, se acerca al armario, empieza a quitar las perchas de la barra y a lanzarlas sin miramientos—. Levántate y sécate las lágrimas. No te permito darle más vueltas. No cuando sigues tan enfadada. Y con razón.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Ponerme a patalear?

Maddox sigue por allí, observando cómo su mujer tira montones de ropa cara sobre la cama detrás de mí.

—¿Seguro que tengo que vigilar la puerta? Creo que esto va a ser muy entretenido de ver.

—Lo último que necesitamos es que ese mierdas nos interrumpa. ¿Puedes, por favor, vigilar la puerta? Si aparece por aquí, tienes mi permiso para echarlo por cualquier medio.

Como por arte de magia, Maddox desaparece de la habitación. Braxton me mira y luego dirige la mirada al montón de ropa. Trago saliva, sin saber si el nudo en la garganta es por la emoción o por los restos del llanto, y fijo la mirada en la camisa azul marino de botones que corona la montaña. Creo que nunca se la ha puesto, pero recuerdo perfectamente habérsela regalado el año pasado por su cumpleaños. Otra punzada en el pecho amenaza con robarme el aliento.

Braxton no espera a que diga nada antes de salir de la habitación hecha una furia. No tengo fuerzas para seguirla. Agarro el último botón de la camisa, indecisa, y suspiro. Cuanto más tiempo lo agarro, más estiro del botón. Cuando lo arranco por fin de la camisa, siento algo de alivio. Arranco el segundo botón, y luego otro, y otro más, hasta que no queda ninguno.

—Pilla —dice Braxton.

Apenas consigo coger la botella de kétchup antes de que me lance una de mayonesa. Luego, mostaza. Luego, salsa barbacoa. Eso sí, no se atreve a tirar la garrafa pesada de lejía que sujeta con la mano izquierda.

—¿Y eso para qué es?

—¿El qué? ¿Esto? —Y balancea la garrafa con lentitud.

—No me gusta nada esa mirada tuya…

—¡Está demente! —grita Maddox desde el salón—. ¡Asegúrate de tener todas tus cosas a buen recaudo, Anna!

—No le hagas ni caso. Está celoso porque no va a ser partícipe de la destrucción. Toma la lejía —ordena Braxton, pasándome la garrafa.

Tengo tantas ganas de coger la lejía que me cosquillean los dedos, y ya no tengo fuerzas para resistir la rabia que me hierve la sangre.

—Vale.

Meto los dedos en el asa y me pesa tanto que en el momento casi me hace perder el equilibrio. Me enderezo y le quito el tapón. El olor me llega al momento, y arrugo la nariz antes de girarme hacia la cama.

—Sácalo todo, déjate llevar. Merece sentir tu ira infernal —susurra mi hermana.

—¿Mi ira infernal? —Me entran ganas de reír, pero la carcajada muere en mi garganta.

—Eso es. La ira infernal de una amante despechada. La venganza de una buena cabrona.

Nunca me he considerado una cabrona, pero a lo mejor es parte de mi problema. Este es mi rito de iniciación, al parecer, y me niego a no pertenecer a la hermandad.

Con un amplio movimiento de brazo, echo el líquido transparente por la cama, empapando el montón de ropa cara. El olor inunda la habitación y me quema las fosas nasales, pero no paro hasta vaciar la garrafa. No hasta que solo quedan unas gotas que salpican la camisa hecha trizas, y luego… nada.

Tiro el recipiente vació al suelo, me dirijo al baño de la habitación y rebusco en el armarito bajo el lavamanos hasta que encuentro la botella de limpiador de inodoros azul. Desenrosco el tapón, me pongo frente al armario y salpico la sustancia viscosa por las prendas que siguen colgadas: americanas, pantalones doblados y un abrigo largo de lana que no se pone porque «es demasiado lujoso para las calles de Vancouver».

Cuando lo vacío, me paso a los cajones de la cómoda y voy vaciando los condimentos que Braxton había sacado de la nevera: kétchup, mayonesa y vinagre. El hedor es insoportable, pero no puedo parar. Las lágrimas me queman en los ojos, y me duele el pecho por la tristeza; un dolor que solo se atenúa cuando destrozo un objeto que sé que significa algo para él. Puede que me esté pasando, pero no me permito sentirme culpable.

Braxton me da un paquete de harina sin mediar palabra y yo ya me estoy acercando a la cama. Nubes de harina flotan por el aire cuando la tiro sobre la ropa. Toco las prendas empapadas en la pringosa mezcla de lejía una y otra vez, y la pasta que se forma con la harina se me pega a los dedos. Un grito se abre paso por mi garganta y desgarra el silencio antes de arrojar la ropa al suelo con todas mis fuerzas. Las prendas vuelan por la habitación y aterrizan en el suelo con un húmedo chof.

Me tiemblan las manos. Me las froto en los muslos y me doy cuenta entonces de que tengo las manos manchadas de pasta de lejía. Las lágrimas me arden en la cara y no dejan de caer por mucho que parpadee. Respiro de forma superficial, sin coger casi aire; cada inhalación me duele más que la anterior. Me llevo las manos al pecho y me agarro la camisa cada vez con más fuerza.

Mi hermana me envuelve con los brazos y yo hundo la cara en su hombro. Su abrazo es cálido y conocido y reconfortante, pero no paro de llorar. Solo me separo de ella y me paso las manos por la cara cuando he llorado tanto que me duele la garganta, con los ojos tan hinchados que me cuesta mantenerlos abiertos.

Maddox está ahora en la habitación con una expresión de tristeza en el rostro. Me fijo en mi hermana y en cómo le brillan los ojos azules. Su sonrisa y la mía son igual de trémulas.

—Lo siento —murmuro.

—No te disculpes. Lo necesitabas —contesta. Me pone las manos en los hombros y les da un apretón suave—. ¿Lista para irnos?

Miro cómo ha quedado la habitación y reprimo un grito ahogado: es un desastre… del que me siento un poquitín orgullosa. Se va a volver loco cuando vea lo que he hecho, pero ¿no funciona así el karma? Por lo menos ahora se hará una idea de los estragos que ha causado él en mi corazón.

Ya no habrá un futuro juntos. Si alguna vez hubiera querido uno conmigo, todo lo que ha pasado en las últimas veinticuatro horas no habrían sido otra cosa que una pesadilla. Este no es mi hogar. Nunca lo fue.

Me miro el anillo del dedo y contengo otro embate de lágrimas, esta vez amargas y rabiosas. La plata resbala con facilidad de mi dedo.

Cuando tiro el anillo a la cama, cae sobre el edredón con un ruido sordo tan intenso que permanece en mi mente mucho después de haber sacado mis cosas del piso y cerrar la puerta por última vez.

CAPÍTULO TRES

# Annalise

UN MES DESPUÉS

Nunca me imaginé viviendo en un pueblo pequeño. Habiéndome criado en Vancouver, en la Columbia Británica, estoy acostumbrada a una vida en la ciudad: atascos en hora punta y las calles siempre llenas de gente, con artistas callejeros en cada esquina.

Cherry Peak es lo opuesto a Vancouver. No solo está en otra provincia totalmente diferente, sino que es un pueblo tan pequeño que no tiene más que un único supermercado familiar, una biblioteca que comparte edificio con el ayuntamiento y un colegio donde estudian todos los cursos, desde infantil hasta secundaria.

Mi vida en Cherry Peak, Alberta, no tiene nada que ver con la que llevaba en casa, y ahora mismo es exactamente lo que necesito.

La brisa de noviembre me acaricia el pelo al caminar por Main Street y aspiro los aromas de la única cafetería del pueblo y el mercado agrícola de la esquina. Flores, café y aire fresco. Al principio, la cantidad de árboles que rodean el pueblo era abrumadora, pero poco a poco me he ido acostumbrando. Si sabes dónde mirar, puedes ver las Montañas Rocosas asomándose entre los árboles más bajos de copas blancas. Aún no me he

acostumbrado a la belleza de las montañas con sus picos nevados. Me impacta cada mañana, pero en el buen sentido.

Llevo dos semanas viviendo en este pueblo que puedes cruzar en un abrir y cerrar de ojos, pero es la primera vez que me siento con la seguridad suficiente para caminar por esta calle. Hasta ahora, he encontrado excusas para quedarme encerrada en mi nueva casa de alquiler, y solo he pasado de puntillas por el mundo real para trabajar en la peluquería que me acogió como a un cachorrito perdido el día que vine a rogar que me dieran trabajo. Deshacer las maletas, limpiar, acosar a mi ex por internet… He sido de lo más creativa para hacer cualquier cosa con tal de no tener que hablar con la gente de aquí más de lo necesario. Pero no puedo ser una ermitaña para siempre.

No puedo esconderme de la vida real, aunque la idea de empezar una nueva vida aquí haga que me duela el pecho y me palpite la cabeza.

Como siempre que paseo por el pueblo, las cabezas se giran y me miran con ojos curiosos. Cuando estoy en el trabajo, es más fácil ignorarlo. Puedo concentrarme en lo que estoy haciendo y no en las preguntas que me hacen: ¿de dónde vengo?, ¿por qué me he mudado aquí?, ¿cuánto tiempo pienso quedarme?

Solo unas pocas clientas me han hecho esas preguntas y es fácil distraerlas cuando tengo las tijeras en la mano y su pelo entre las hojas. Sin embargo, ahora me temo que no va a ser tan fácil.

Voy con la cabeza alta y una sonrisa suave y natural. La salida de hoy es por algo más que para anunciar mi existencia a todo el pueblo: me dirijo a la *boutique* nupcial, que, sin duda, ha visto tiempos mejores. Los últimos días he pasado por delante con el

coche unas cuantas veces y, aunque parece que es del tamaño de una caja de zapatos, tendrá que servir.

Hoy es el primer día que me atrevo a plantearme entrar. El simple hecho de pensar en volver a estar rodeada de tul blanco y ramos de flores falsos hace que me empiece a sudar la nuca.

Mientras Braxton se encargaba de vender mi vestido de novia en una tienda de segunda mano en Vancouver, antes de mudarme aquí, yo estaba ocupada tratando de olvidar al hombre responsable de ese vestido y de mi corazón roto. No quiero saber nada de bodas ni de nada que tenga que ver con ellas, pero haría cualquier cosa por mi hermana, incluso flagelarme con el recuerdo de todo lo que he perdido. Por eso acepté cuando prácticamente me suplicó que la acompañara a la boda de un compañero de equipo de Maddox dentro de dos meses. No podía retractarme de algo que prometí hace meses, y menos aún tras todo lo que ella ha hecho por mí después de lo de Stewart. Solo el hecho de ser capaz de pensar en su nombre sin echarme a llorar se debe, en gran parte, a su ayuda al comienzo de mi proceso de duelo.

La calle se llena de voces, unas suaves, otras más altas. Los zapatos crujen en la acera cubierta de nieve y el tintineo de las campanillas sobre las puertas de las tiendas hace que reduzca el paso. Todo el mundo debe de estar en el mercado agrícola. Seguramente sea el último de la temporada, pues está empezando a nevar más cada día. Debería haberme dado cuenta de que hoy era mal día para venir…

—¡Una cara nueva!

Me quedo paralizada y se me bloquean las rodillas al escuchar esa voz tan alta.

—No seas tan agresiva, Bryce.

—¡No soy agresiva! Le estoy dando la bienvenida.

—Si eso es recibir tan bien a la gente, ¿por qué da la sensación de que va a echar la papilla ahí mismo?

Parpadeo, asimilando a las dos mujeres que vienen hacia mí. Por lo que veo, la más baja de las dos, Bryce, es intimidante a más no poder, incluso a una distancia prudencial. Con el pelo negro como la noche y unos intensos ojos azules, me recuerda a Braxton. A una versión mucho más aterradora de Braxton.

Está en muy buena forma. Se le marcan los músculos bajo las mangas largas, aun sin moverse, mientras me examina. Viste un chaleco negro ajustado en el pecho, y el pompón del gorro que lleva rebota a cada paso que da. Al sonreírme, relucen dos filas de dientes resplandecientes y, de pronto, es de todo menos intimidante.

La mujer que la acompaña parece mucho más inofensiva, incluso sin sonreír. Tiene los ojos y el pelo de un castaño suave. Su piel es más cálida que la de Bryce, como si estuviera acostumbrada a pasar horas al sol pese al frío, mientras que Bryce, seguramente, hace lo contrario. Tiene una constitución similar a la mía: los muslos llenan los vaqueros, las caderas son anchas y tiene un pecho generoso, que, por experiencia, nos hace llevar una talla más en la parte de arriba, aunque tengamos la cintura estrecha.

—Lo siento, a veces hablo demasiado alto —se disculpa Bryce, y hace una ligera mueca.

Le devuelvo la sonrisa y le tiendo la mano, que ella me estrecha sin dudar.

—No lo sientas. Se agradece que alguien dé el primer paso. Soy Annalise, pero podéis llamarme Anna.

—Eres la nueva peluquera —apunta la segunda mujer mientras va encajando las piezas mentalmente. Se le iluminan los ojos al reconocerme, e ignora mi mano extendida—. ¡Yo soy Poppy! Soy la dueña de Beautifully Bold. Somos vecinas.

De forma inesperada, me aparta la mano y me envuelve en un abrazo fuerte. Me quedo tiesa un instante antes de abrazarla y luego me aparto. Parece que no le importa mi incomodidad.

Sin embargo, Bryce sí la nota y me dedica otra mueca a modo de disculpa.

—Y luego la agresiva soy yo.

Me río.

—Beautifully Bold… es el estudio de *pole dance*, ¿verdad?

—Ese mismo, pero no le des cuerda o acabará obligándote a ir a una clase —dice Bryce.

Poppy pone los ojos en blanco y le da un empujoncito en el hombro a su amiga.

—Yo no obligo a nadie. Es más bien un marketing sutil, lo prometo.

—Soy toda oídos. Véndemelo lo mejor que sepas —asiento para animarla al verla dudar.

Nunca he hecho *pole*. No me va mucho el ejercicio, la verdad. Subir y bajar las escaleras del sótano para poner una lavadora me deja sin aliento, pero tampoco puedo decir que esté totalmente en contra de la idea del *pole.* Las mujeres que hacen *pole dance* están más fuertes que el vinagre.

El viento arrecia y Poppy se recoge unos mechones rebeldes que se le han escapado del moño, pero enseguida se endereza y sonríe con entusiasmo.

—Beautifully Bold es un espacio para los que no se sienten cómodos en un gimnasio convencional, y que quieren moverse un poco, pero de una manera diferente y divertida. La mayoría son mujeres, aunque está abierto para cualquiera que esté interesado. Tenemos clases de una hora los miércoles, viernes y sábados a las cuatro y media; duran una hora y suelen estar llenas tanto de gente que nunca lo ha probado como de gente que lleva años. Al final, se trata de un lugar seguro donde divertirse mientras haces ejercicio en un ambiente relajado.

—Poppy, no olvides el mejor argumento —le recuerda Bryce.

Me muerdo el labio para no reírme mientras Poppy resopla.

—Ahora iba a eso, Bryce. —Centrándose solo en mí, añade—: La ventana lateral da al parque de bomberos, exactamente al patio, donde los voluntarios entrenan en verano. Las vistas son una motivación estupenda.

—Tengo que estar a todas horas despegándole la lengua del cristal —bromea Bryce.

Poppy le lanza una mirada fulminante.

—Pues tú no eres mucho mejor.

—Nunca he dicho que lo sea —replica Bryce.

Mi mirada va de la una a la otra y siento una punzada de celos por dentro. No es que nunca haya tenido una amistad como esa… Bueno, supongo que no la he tenido. A menos que cuente a mi hermana, que ya sería triste.

No es que nunca haya querido tener una amiga íntima. Sí, y he trabajado y sigo trabajando con muchas mujeres, pero puedo ser un poco intensa e intento contenerme para no agobiar a la gente. Hace unos años no me habría preocupado por eso, pero a lo largo del mes

pasado me he dado cuenta de una cosa: todas esas pullas que me lanzaba Stewart por mi risa escandalosa y mi tendencia a hablar sin que me dieran la palabra se me han quedado clavadas en el subconsciente. Detesto haber permitido que sus palabras odiosas calaran en mí y que me parecieran ciertas; haber dejado que envenenaran la opinión que tengo de mí misma.

Ver a Bryce y a Poppy ser tan abiertas y libres la una con la otra en una amistad tan estrecha me provoca celos, es innegable. Yo también quiero eso. Con todas mis fuerzas.

—Pues creo que me gustaría ir a una de tus clases —suelto de golpe.

Las dos mujeres se quedan quietas y me clavan la mirada. Poppy es la primera en reaccionar tras la sorpresa y aplaude, entusiasmada. Bryce, en cambio, entorna los ojos y me observa, casi como si intentara averiguar lo que estoy pensando. Cuando se le suaviza la mirada un segundo después, me fastidia ser tan transparente y que todo el mundo vea lo que siento.

—¡Eso sería genial! —exclama Poppy.

Me sonrojo, pues su entusiasmo atrae la atención de algunas personas que pasaban. Los celos se disipan y, en su lugar, florece una sensación de entusiasmo.

—Dudo mucho que se me dé bien, pero estoy dispuesta a intentarlo.

—A mí me llevó tres semanas pillar cómo se hace una sencilla curva hacia atrás, así que no te preocupes mucho por la habilidad. Te sorprendería lo que cuesta clavar un movimiento —dice Bryce.

Le doy las gracias en silencio con una sonrisa, y ella responde inclinando ligeramente la barbilla.

Poppy da un paso hacia mí mientras mete la mano en el bolsillo de sus mallas.

—Oye, ¿por qué no nos damos los teléfonos y te mando toda la información para apuntarte? Me dices qué día quieres venir y lo vemos. ¿Vives en el pueblo?

Me deslizo el bolso del hombro, saco el móvil y lo intercambio por el suyo.

—Estoy al lado del colegio. Por ahora estoy de alquiler, pero pensé que sería mejor quedarme en el pueblo. Es que todavía no conozco bien esta provincia.

—¿No eres de Alberta? —pregunta Bryce.

Cuando termino de grabar mi número en el teléfono de Poppy, se lo devuelvo y cojo el de Bryce. Un segundo después, Poppy le pasa mi teléfono a su amiga.

—Soy de la Columbia Británica. De Vancouver, concretamente.

—¿Y te mudaste de allí aquí? ¿Por qué? —Poppy arruga la nariz y dirige la mirada a los montones de nieve que bordean la calle.

—¿Me creeríais si dijera que prefiero las praderas?

Brice suelta una carcajada.

—Para nada.

—Detrás de esta mudanza hay una historia, ¿no? —se aventura Poppy.

Con una sonrisa cansada, intercambio el móvil con Bryce.

—Sí, pero mejor otro día.

Agradezco que ambas lo acepten y no sigan tirando del hilo. No quiero echar a perder un buen encuentro hablando de Stewart. Ya me ha quitado demasiadas cosas como para dejar que me quite esto también.

—Bueno, mándame un mensaje cuando quieras, ¿vale? Vemos lo de la clase de *pole*, ¿y quizá podamos tomar una copa después o algo así? —A Poppy le brillan los ojos, y yo no puedo evitar ampliar mi sonrisa.

—Me encantaría.

Las dos amigas se despiden un momento después y las veo desaparecer entre la gente antes de continuar mi camino a la tienda de novias. Con una chispa de emoción, voy un poquito más rápido que antes.

CAPÍTULO CUATRO

# Annalise

Se me seca la lengua y se pega al paladar como si me hubiesen llenado la boca con todo este tul y encaje. La tienda de trajes de novia está mejor surtida de lo que creía y, tras un vistazo a las múltiples hileras de vestidos, tengo que aguantarme las ganas de dar media vuelta y salir por patas.

En cuanto la cámara que apunta a la puerta anuncia mi llegada, oigo el rápido repiqueteo de tacones en el suelo. Cinco minutos más tarde, respiro profundamente en cuanto me quedo sola para probarme los cinco vestidos que la dependienta ha considerado apropiados para mi estilo y figura.

La dueña de la tienda es una mujer mayor dulce y amable, pero cuanto más tiempo paso en la tienda, revolcándome entre los recuerdos de todo lo que he perdido estas últimas semanas, más me cuesta no perder las fuerzas para hacer lo que he venido a hacer.

Una cortina pesada y de color rosa pastel hace de separador de los probadores y me roza la espalda cuando me doy la vuelta para plantarles cara a los vestidos que cuelgan de la barra. Braxton dice que la novia ha insistido mucho con que la boda sea de gala, así que los vestidos que tengo ante mí son los que considero más apropiados. El más largo de los cinco tiene un corte que me llega

hasta casi medio muslo, y el más corto, con mi 1,68 m de altura, casi ni me rozará las rodillas. No soy muy alta, así que no me quiero ni imaginar lo bajita que hay que ser para que no se asomen un poco las bragas con ese vestido.

Me quito la ropa y empiezo por la opción más conservadora: un vestido negro brillante con escote corazón y encaje en el bajo, que debería llegarme a media espinilla. Se me hace un nudo en la garganta cuando lo estiro sobre mi pecho y lo dejo caer por las piernas. El espejo está justo delante, y me quedo rígida cuando veo mi reflejo.

Nunca me he avergonzado de mi cuerpo. Con una hermana que desprende tanta confianza con el suyo, es difícil no seguir su ejemplo. Hemos heredado el cuerpo de nuestra madre, con curvas para dar y tomar. De niña siempre fui la chica rellenita, pero adelgacé cuando llegué a la pubertad. Eso sí, nunca he sido capaz de estar más delgada de lo que estoy ahora. Amo mis curvas, aunque a Stewart le encantaba insinuar que debería ir al gimnasio con él, por mucho que yo siempre me negara.

Otra de las cosas que hacía el muy capullo y a la que no presté atención. Otra banderita roja que debería haberme hecho salir corriendo bien lejos antes de que él decidiese ponerme los cuernos.

Levanto la cabeza, borro esos pensamientos de mi mente y me centro en el espejo. El vestido es mono, sí, pero no me pega. Es refinado y suave, y yo no soy ninguna de esas cosas.

La siguiente opción es parecida a la que llevo puesta. Me la salto y decido probarme el del corte alto en la pierna. «Anna, quien no arriesga no gana».

Con el esfuerzo de desnudarme y volverme a vestir, empieza a hacer calor en el pequeño habitáculo del probador, pero intento ignorarlo. Exhalo en cuanto la seda se desliza por mi piel acalorada, y me obligo a no dejar de mirar mi reflejo en el espejo. El cuello tiene una línea de pedrería que brilla a la luz del techo, y es lo bastante bajo como para enseñar algo de escote. Es un vestido sexy, uno que anuncia que estoy soltera y sin compromiso. O, por lo menos, que estoy lista para conocer a gente, aunque eso de estar lista está por ver.

Doy un giro de caderas y me quedo boquiabierta al ver la cantidad de pierna expuesta a través del corte en la tela. Me ruborizo ante la idea de que la gente vea toda esa piel desnuda.

Cojo el móvil de la banqueta que he sepultado con los descartes y me saco un par de fotos en el espejo para mandárselas a mi hermana.

Sé sincera. Bueno, no te pases..., pero di la verdad.

Su respuesta llega al instante. Estoy casi segura de que estaba esperando el mensaje desde el momento en el que le he dicho que venía a echar un vistazo.

Hermanita
S. E. X. Y. 😍😍

¿No es demasiado?

Hermanita
Nunca es demasiado si se trata de ti, Banana.

¿Y si con el corte le enseño las bragas a alguien?

Nunca me recuperaría de un bochorno así.

Hermanita
Pues que te den las gracias.

Traumatizaría a los niños.

Hermanita
Menos mal que no se permiten niños en la
boda. Llévate ese vestido. Estás espectacular.

Dudo qué responder, y repiqueteo la parte trasera del teléfono con los dedos en lugar de la pantalla. Al cabo de un segundo me llega otro mensaje.

Hermanita
No me ignores. CÓMPRATE EL DICHOSO VESTIDO. ¡LLEVA TU NOMBRE!

Tengo que mandárselo antes a la organizadora.

Hermanita
Casi me había olvidado de eso. Vale. Pero diga lo que diga, cómpralo.

Me saltan los nervios cuando copio de nuestro chat el número de teléfono de la organizadora y abro una nueva conversación.

¡Hola! ¿Este vestido tendría el visto bueno para la boda de los Morales?

Adjunto la foto más discreta de las que me he hecho, en la que solo se ve un poco de pierna, y envío el mensaje.

¡Dios, qué mensaje más incómodo! En mi defensa, ¿quién hace que los invitados de la boda manden fotos del modelito para que se lo aprueben? Entiendo que alguien quiera que la boda sea perfecta, pero, madre mía, esto es pasarse.

Yo no pensaba tener una temática para mi boda… Aunque supongo que eso ya no importa, ¿no? No quiero saber nada de bodas el resto de mi puta vida. Se acabó.

Justo empiezo a echarme otro vistazo en el espejo cuando me vibra el móvil. Basta un vistazo a la pantalla para que se me incendien las mejillas; de pronto, el probador me resulta sofocante.

17805559540 Sí.

17805559540
¿Qué tengo que hacer para que me aprueben como acompañante?

* * *

BRODY

Me duele la espalda. Joder, me duele todo.

El bar huele a fritanga y sudor. Algo pringoso pega la suela de mis botas al suelo por debajo de la mesa, como si se hubiese derramado

antes una copa y nadie se hubiera molestado en limpiarlo. Hay demasiado ruido para ser un sábado por la tarde.

Mantengo la cara escondida bajo el ala del sombrero y tamborileo con los dedos el costado de mi vaso de whisky. Se ha calentado desde que estamos aquí sentados, cubierto de una fina película de condensación.

—Hoy estás de un gruñón de narices —comenta Caleb, que no duda en darle un buen trago a su cerveza fría.

Lleva su camiseta de los bomberos de Cherry Peak y tiene una sonrisa relajada en la cara pese al largo día de voluntariado en el parque. Mueve el cuello y se termina la cerveza.

El Peakside es nuestro punto de encuentro habitual para emborracharnos a lo loco tras un día duro, pero desde que Caleb y su mujer tuvieron a su hija, hace ya casi diez años, tardes como esta son cada vez más escasas. Por eso he accedido a su invitación tras el almuerzo.

Algunos de los otros voluntarios quisieron apuntarse también, y Caleb hizo caso omiso a la mirada asesina que le lancé cuando los vi aparecer. «Solo nosotros», me prometió. Y una mierda.

—Y, aun así, me has invitado —respondo en tono engreído.

—No te morirás por sonreír de vez en cuando. Estás asustando a la camarera.

Paso de él y me llevo el vaso a la boca para terminarme el whisky. Me quema en la garganta de camino a calentarme el estómago.

Uno de los nuevos voluntarios decide intervenir.

—Te dije que no lo invitases, Caleb.

—Caleb no va a ninguna parte sin su correa —suelta otro.

—Y tú dices muchas chorradas para ser virgen —le responde Caleb.

A estas alturas, debería saberme el nombre de estos tipos, pero no me importan ni media mierda como para intentarlo. Me reclino en el reservado y llamo a la camarera por encima del hombro del individuo sentado a mi lado. No parece que la asuste. Quizá está intimidada, pero eso no es extraño. Digamos que no soy la persona más sociable, y menos con desconocidos.

—¿Otra? —me pregunta con una voz demasiado tímida para un lugar como este.

—Mejor tráele la botella entera, Jewel. Hoy está de un humor de perros —responde Caleb por mí.

Intento suavizar el ceño fruncido, pero cuando Caleb suelta una carcajada, sé que más bien estoy poniendo cara de imbécil.

—Un agua, por favor.

La chica se va casi corriendo con poco más que un gesto con la barbilla. Ignoro el breve sentimiento de culpa cuando la veo huir y, en su lugar, examino los surcos tallados en la mesa.

El Peakside lleva abierto desde antes de que yo naciese y no ha cambiado nada en veintiocho años. Los dos surcos de esta mesa son obra del Brody y del Caleb adolescentes, nuestra marca en este lugar, cortesía de mi navaja de bolsillo la primera noche que pisamos este bar.

—¿Agua? —Ahora es Caleb quien frunce el ceño.

Asiento.

—Mañana tengo que levantarme al puto amanecer.

Mi abuelo lleva semanas planeando el viaje a la subasta a unas horas al norte de aquí. Si cancelase porque la noche anterior me he

pasado con el whisky, me daría un porrazo en la cabeza con el periódico con tanta fuerza que vería las estrellas.

—La subasta —dice Caleb antes de que se lo diga yo—. ¿Y por qué decías que necesita que vayas con él?

—Quiere que esté allí para echarle un vistazo a lo que sea que decida comprar antes de lanzarse.

—¿No se te habrá olvidado todavía cómo se trastea bajo el capó de un tractor, estrellita? —pregunta Darren, otro de los voluntarios, uno de los pocos con los que puedo mantener una conversación decente.

El comentario tiene su puntito de pulla, pero no lo suficiente como para buscar bronca.

—No podría ni aunque lo intentara —refunfuño.

Caleb esboza una sonrisilla socarrona.

—Brody se ha pasado más tiempo bajo un capó que bajo la falda de una tía.

—Sin contar a tu madre, ¿no? —le pregunto, y ajusto el ala del sombrero.

Lo cierto es que Caleb no va mal encaminado. He estado debajo de más capós de los que podría imaginar o recordar. Antes de que la vida me llevase por otro camino, pensé que seguiría arreglando maquinaria pesada hasta que se me quebrasen los huesos.

La mesa retumba con ruidosas carcajadas y la camarera da un paso en falso al acercarse con mi agua. Con un amago de sonrisa, la deja en la mesa y uno de los voluntarios me la pasa antes de empezar una nueva conversación acerca de cómo la semana pasada encontró un gato callejero debajo de la rueda del camión de bomberos.

Desconecto de la charla y me bebo casi todo el vaso de agua de un solo trago. El whisky había entumecido el dolor residual que tengo en la garganta por haber cantado tras evitar el esfuerzo durante un par de semanas, pero ya está volviendo de nuevo. El agua calma el ardor con un alivio súbito que sé que no va a durar. El dolor desaparecerá por la mañana, siempre y cuando no deje que Caleb me convenza de pillarnos un buen pedo y cantar en el karaoke toda la noche.

Pero la posibilidad de que eso ocurra es tan baja que roza lo imposible.

—Antes de irte, ¿me vas a contar qué te ha puesto de tan mal humor? —pregunta Caleb desde el otro lado de la mesa, tan bajo que sé que la pregunta es solo para mí.

—Rita ha venido esta mañana. Quería saber cómo va lo del reposo vocal.

Se le contrae la ceja, pero no la enarca del todo.

—¿Y?

—Aquí sigo.

—Te has exigido demasiado en esa puta gira. Me alegro de que estés en casa. Y creo que el pueblo entero también, la verdad. Así que no esperes que me decepcione porque tu voz aún no esté lista para que vuelvas a largarte.

La franqueza de sus palabras me sacude por dentro.

—Me gusta haber vuelto al rancho. Además, mis abuelos necesitan ayuda.

—Y supongo que Rita no comparte nuestra opinión, ¿no?

Eso es decirlo muy suavemente. Demasiado.

—Quiere que termine la gira de Killian. Me comprometí a ser el telonero de la cuestión entera y luego me largué sin más. Da mala imagen a todo el equipo y ha cabreado a los fans.

La gente que Rita ha contratado estas últimas dos semanas ahora filtra los emails y mensajes. Ya no tengo las contraseñas de nada.

—Es por tu propio bien —me dijo.

Y no me quejé. Sigo sin quejarme.

—Si hubieses terminado la gira, te podrías haber jodido tanto las cuerdas vocales que un breve descanso no habría podido arreglarlo —murmura Caleb entre dientes.

—Ya lo sé. Por eso sigo aquí.

Parte del enfado se le va borrando de la cara, aunque aún le brilla en los ojos. Somos como hermanos. De los que se clavarían un puñal el uno por el otro sin pensarlo. Su actitud protectora no me sorprende. Yo haría lo mismo si él estuviese en mi lugar.

—La próxima vez que venga Rita reptando por el pueblo, dile que vaya al parque. La mandaremos de vuelta a Nashville antes de que pueda decir Carrie Underwood.

—¿A quién tenemos que mandar de vuelta a Nashville? —pregunta Darren, metiéndose en la conversación.

Me termino el agua al mismo tiempo que Caleb dice:

—No es asunto tuyo, cotilla.

Me vibra el móvil sobre la mesa con la pantalla mirando hacia arriba y Caleb se fija en ella. Ahora sí que se le levanta la ceja y se le arquean los labios al aguantarse la risa.

Mueve la mano de golpe y la pone sobre mi móvil.

—¿Hay alguna otra razón por la que te has quedado en el pueblo que no me hayas contado?

—¿Qué?

—No te hagas el tonto.

Aprieto la mandíbula cuando coge mi móvil y acierta el código en lo que parece ser el primer intento.

—No me chafardees las cosas, Caleb.

No me responde; se limita a hacer una silenciosa mueca de sorpresa. Al resto de los tíos no se les escapa lo que está pasando y, de repente, somos el centro de atención. Uno a uno, se van acercando a Caleb e intentan ver qué ha encontrado en mi teléfono.

—¿Tiene el número de Shania Twain ahí metido o qué? —pregunta uno de los voluntarios.

Me froto la sien y me dejo caer contra el respaldo del banco.

—Bueno, esto sí que es nuevo —dice Caleb al fin. Cuando Darren intenta mirar la pantalla por encima de su hombro, gira el móvil y me mira fijamente—. Parece que tenemos entre manos un mensaje accidental, chicos.

La curiosidad me eriza la piel. Me echo hacia delante y apoyo los antebrazos en la mesa.

—¿Qué?

Gira la pantalla hacia mí y la alarma sustituye de golpe a la curiosidad inicial. La foto de la chica en la pantalla es lo que Rita clasificaría como «una pesadilla». Alargo el brazo para coger el móvil al mismo tiempo que Caleb se lo lleva al pecho de nuevo, negando con la cabeza.

—Ni de coña. Voy a seguirle el juego.

—No lo hagas. Borra el mensaje y la foto. Nadie debería tener mi número.

Y menos esa mujer que me ha mandado una foto suya —o eso supongo— luciendo un vestido que deja asomar una pierna larguísima por una abertura que sube hasta el muslo, y con el escote a la vista. Da igual que ambas cosas sean increíblemente atractivas, aun habiéndolas visto solo un milisegundo. La imagen ni siquiera muestra su cara, solo hasta los hombros, lo cual hace saltar aún más alarmas.

Los dedos de Caleb vuelan por la pantalla a toda velocidad; es evidente que no está haciendo lo que le he pedido. Me inclino sobre la mesa todo lo que puedo sin subirme encima e intento arrebatarle el móvil. Su risa es alta y ruidosa, y un enorme «Que te jodan» que no voy a olvidar en mucho tiempo.

Cuando por fin me lanza el teléfono, miro la pantalla con desesperación y se me retuerce el estómago. Le ha respondido. No una, sino dos veces.

Sí.

¿Qué tengo que hacer para que me aprueben como acompañante?

CAPÍTULO CINCO

# Brody

El recinto de la subasta está a reventar. El despiadado viento invernal me azota en la cara y el cuello mientras esperamos junto a un grupo de ganaderos arrugados a los que el abuelo no ha mandado a pastar todavía. El viejo conoce a prácticamente cualquiera que tenga un pellizco de tierra en esta provincia. «Son contactos», dice siempre. Yo creo que no es más que un puto acaparador de conocidos.

Los calcetines de lana gruesa que me he obligado a llevar bajo las botas están siendo un acierto teniendo en cuenta la cada vez más baja temperatura de noviembre. Es una lástima que mi sombrero Stetson no venga con orejeras incorporadas.

—Brody, ven aquí —gruñe el abuelo.

La nieve cruje bajo mis botas mientras me uno al grupo e intento no centrarme en la amarga crítica que centellea en los ojos de los viejos. Sabía que la elección de irme de Cherry Peak sentaría mal a algunos miembros de la comunidad y, aunque la mayoría de la gente lo entendió… estos hombres, ni de lejos.

No digo nada mientras me coloco al lado del abuelo como quien no quiere la cosa; fijándome en el reconocible sombrero que lleva sobre la melena plateada. Se niega a cortársela, incluso cuando la

abuela lo persigue con las tijeras. No soy quién para decirle que lo haga, pues yo también me niego a cortarme la mía.

Unos ojos azules muy parecidos a los míos se me plantan en el rostro y se quedan ahí, mirándome mientras levanto la barbilla en dirección a los hombres.

—Eh —saludo.

—Brody —refunfuña George. Es el más curtido de los amigos del abuelo, el millonésimo descendiente de una familia de ganaderos similar a los Steele—. No nos has dicho que te traías al nieto, Wade.

Mi abuelo resopla un hálito que se vuelve vaporoso en el aire frío.

—Pues claro. Hoy me va a ayudar a escoger una buena compra.

George entrecierra los ojos.

—Espero que en todo este tiempo fuera no se te haya olvidado cómo levantar un capó.

«Ya empezamos». Noto cómo se me tensan los hombros mientras meto las manos en los bolsillos de la chaqueta.

—Algunas cosas no se olvidan fácilmente.

—Si tú lo dices… —rezonga George—. Ahora lo comprobaremos, ¿no?

Una tensión fría brota de mi abuelo, que da un único paso hacia su amigo y le da una palmada contundente entre los hombros.

—Brody no necesita que un viejo cascarrabias le toque los huevos. Déjalo tranquilo y tira para adentro, anda.

George mira a los otros dos hombres, que no tienen el coraje para meter las narices en el problema que sea que tiene conmigo, y esperan a que deje de mirarme fijamente a la cara antes de seguirlo hacia las puertas de la subasta.

El abuelo camina junto a mí. Se hace un silencio pesado entre nosotros, hasta que lo rompe con dos palabras:

—Ni caso.

—Llevo pasando de él desde que volví, pero no me lo está poniendo fácil.

—Son de mente cerrada, ya lo sabes.

Va más allá de eso. Son protectores con el viejo, y eso está bien, pero también son un grano en el culo.

—No soy su enemigo. No estoy aquí para tener movida con tu clan.

—«Clan» —repite, tras lo que deja escapar una risa áspera—. ¿Tan malo es que un viejo tenga un grupo de amigos?

—Qué va, ni aunque lleven un siglo con un palo metido por el culo.

Responde con una risa, esta vez ronca, que pone de manifiesto el daño provocado por toda una vida fumando tabaco.

—Te aconsejo que no les digas eso a la cara a no ser que quieras llevarte una paliza, chaval.

Me encojo de hombros.

—Nunca me pillarían.

Las patas de gallo que tiene junto a los ojos se le estiran cuando tuerce la boca. Sacude la cabeza con el pelo canoso al viento. Me río con suavidad, sin forzar la garganta para no avivar el dolor.

—Eso no te lo discuto. Como nos quedemos aquí fuera más tiempo, se van a llevar todo lo bueno —dice un instante después.

Me sorbo los mocos y lo dejo entrar a él primero.

* * *

Tras gastar una cantidad obscena de dinero, mi abuelo está cerrando los planes para la entrega de sus nuevas adquisiciones mientras yo lo espero junto a la camioneta, echándome aire en las manos para calentarlas un poco. Fue una mala idea no traer guantes, y al abuelo no le da la puta gana de que lo espere dentro del vehículo.

La mayoría de la gente que se marcha no me presta la menor atención, bien porque están acostumbrados a verme por ahí desde siempre o porque no les importo lo suficiente como para quedarse mirando como imbéciles, así que es fácil identificar a los que no son de por aquí. Que algunos hablen entre cuchicheos mientras caminan con ritmo tranquilo, con los ojos como platos al verme, es la única pista necesaria.

Los habitantes de Cherry Peak no se molestan en susurrar cuando hablan de alguien, ni siquiera cuando se trata del famoso del pueblo. Son ruidosos y no les importa el daño que puedan causar sus palabras.

Tal vez sea el esfuerzo que ponen los forasteros en esconder su curiosidad lo que me lleva a dedicarles una media sonrisa a los dos chavales adolescentes que pasan por mi lado. Les brillan los ojos con sorpresa e inmerecida fascinación. Erijo esa especie de fachada típica cuando me cruzo con fans, y me quedo mirando cómo sonríen ampliamente y pasan de largo, sin intentar acercarse para hablar conmigo. Se lo agradezco.

Un zumbido familiar me vibra en el muslo antes de que saque el móvil del bolsillo con los dedos helados. Con solo leer el mensaje, se me eriza la piel y levanto todas las defensas.

16045557841
La foto no era para ti.

Una respuesta fría por parte de la desconocida a la que Caleb no pudo resistirse a hablar ayer. Como no le respondió el mensaje o, mejor dicho, como no me lo respondió a mí, di por hecho que se había metido el rabo entre las piernas y me había bloqueado después de que mi colega le tirara los trastos de esa forma tan ridícula. Tal vez debería haberla bloqueado yo a ella para curarme en salud y evitar esta misma situación.

En menos de un abrir y cerrar de ojos, me llega otro mensaje.

16045557841
No te... quedaste la foto, ¿no? Si es así, me gustaría que la borraras de tu colección para pajas.

Suelto una risa seca, echando vapor por la boca. Sí, claro.

No estoy tan desesperado.

Vuelvo a leer el mensaje y hago una mueca, pero ya es tarde: lo acabo de mandar. No ha sonado exactamente como yo quería que sonara y, cuando me responde, sé que la he cagado.

16045557841
¿Desesperado?
¿DESESPERADO? Vale.
Dios me libre de escribirle sin querer a un gilipollas de talla mundial. Qué típico.

Muevo los pulgares sobre la pantalla, pasándome la lengua por el interior de la mejilla. La voz de mi abuelo resuena en el aparcamiento, anunciando su regreso. No se me escapan las palabras cargadas de mala leche que le grita a George antes de venir hasta la camioneta dando fuertes pisotones. Con los dedos entumecidos, escribo cuatro palabras rápidas y le doy a enviar antes de guardar el móvil.

No quería decir eso.

El abuelo llega instantes después y nos metemos en la camioneta para volver al rancho. Suele ser un hombre callado, pero este no es un silencio normal. Durante casi todo el trayecto se queda «rumiando», como diría la abuela.

Lo dejo reposar en silencio la hora que dura la vuelta, pero lo abordo cuando aparcamos fuera de casa y se dispone a salir de la camioneta.

—¿Qué ha pasado?

Se pone tenso y se queda inmóvil con una mano sobre la maneta.

—Nada de lo que tengas que preocuparte.

—Cuéntamelo de todos modos.

—Has estado perfectamente durante mucho tiempo sin preocuparte de nuestros problemas, chaval. No tienes por qué volver a hacerlo ahora. —Pronuncia esas palabras con tedio, evitando mirarme a la cara.

Trago saliva y noto una opresión en el pecho, pero me concentro en no levantar la voz.

—Me preguntaba cuánto ibas a tardar en admitir, por fin, lo que piensas de que haya vuelto. Has tardado más de lo que pensaba.

—No he admitido nada, listillo. Tira para adentro, que tienes a la abuela esperando.

—Ya no soy un chavalín al que puedas decir lo que tiene que hacer —recalco con tono férreo.

Ha tenido que pasar algo en la puta subasta que haya provocado esto. Llevo con pies de plomo desde que volví, esperando a que por fin me dijera lo cabreado que está por haberme marchado del rancho para dedicarme a la música. Por supuesto, el muy cabezón se ha negado a ser sincero con lo que sentía hasta ahora, que alguien le habrá dicho algo que ha encendido la mecha.

—Pues nada, vete a dormir con los cerdos, entonces —gruñe antes de cerrar la puerta de la camioneta con cuidado y subir las escaleras del porche.

Enderezo la espalda y lo sigo. Gira la cabeza con velocidad cuando cierro la puerta de la camioneta más fuerte de lo que debería.

—¿Qué ha pasado con lo de ignorarlos? ¿Esa perlita de consejo solo vale cuando soy yo el que se tiene que morder la lengua?

La puerta del porche se abre y los pasos suaves que se oyen sobre la madera recién decapada solo pueden ser de una mujer. Me

esfuerzo por no mirar a mi abuela; su marido hace lo mismo, pues sus ojos entrecerrados se centran solo en mí. El dolor que se asoma se va en un instante, lo que me lleva a preguntarme si de verdad ha estado ahí.

—Cuidado, Brody. Puede que seas demasiado mayor para que te dé órdenes, pero esta sigue siendo mi casa. Mientras estés aquí, me hablarás con respeto —me espeta.

Me muerdo fuerte la lengua para que no se me escape una réplica. Las palabras que no ha dicho son cristalinas: «Lo trataré con respeto mientras esté aquí, sea el tiempo que sea esta vez».

El rápido vistazo que le echo a mi abuela hace que se me hunda el estómago como una piedra en un estanque. Sus gentiles ojos verdes están llorosos; su boca, que siempre forma una sonrisa, tiene una expresión decaída. El viento le azota contra las mejillas el pelo corto, negro y plateado, y no se molesta en apartarlo.

Le dedico una débil sonrisa antes de girar sobre los talones y dirigirme con paso firme hacia el taller. No estoy preparado para convivir con ellos bajo el mismo techo durante un buen rato. Ninguno de los dos intenta detenerme.

El tiempo no ha hecho sino empeorar y la temperatura ha descendido junto con el sol, pero en el taller hará calor, así que no me protejo del frío ni del resquemor que siento en las mejillas congeladas. En estas últimas semanas he pasado más tiempo en el taller que en la casa de invitados, donde me he reinstalado. Quiero a mis abuelos, eso no está en duda, pero la culpa que arrastro desde mi regreso —desde que me marché hace dos años— no me deja volver a acomodarme en la vida que tenía antes.

La abuela me trata como siempre y creo que se alegra de que haya vuelto, pero el abuelo intenta disimular, sobre todo delante de la comunidad y sus amigos más cercanos. Sin embargo, aquellos que lo conocen bien no se lo tragan. Ven ese doloroso y persistente sentimiento de abandono. El miedo. Está justo debajo de esa aparente calma, y momentos como el que acaba de pasar me recuerdan lo profundo que han calado esos sentimientos.

Tras abrir la puerta del taller con el hombro, entro y tomo una embriagadora bocanada de gasolina y aceite. Algo se recoloca dentro de mí. Tal vez sea la sensación de estar donde debo estar.

Me dejo llevar por una inercia que conozco bien mientras cojo la caja de herramientas del banco de trabajo, plateada y reluciente, y la llevo hasta el mismo tractor que lleva dos días soltando líquido hidráulico a espuertas.

Una hora después, he cambiado el latiguillo y vuelto a fijar los conectores. Me limpio las manos manchadas de grasa en los muslos y estiro el cuello, y noto que apenas queda tensión. Solo una leve punzada, y no es rabia hacia mi abuelo…; es culpa.

Cuando saco el móvil, tengo las uñas negras. Navego por las notificaciones y encuentro tres mensajes de la desconocida. Cada uno de ellos hace que la culpa pese un poco más.

16045557841
¿Sabes qué? Que te jodan. No voy a dejar que me insulte alguien que podría ser un tío asqueroso.

16045557841
Estoy BUENA. Buenísima. Te quedarías con cara de gilipollas si me vieras en
persona, cosa que NO va a pasar.

16045557841
Borra mi número.

Confianza no le falta, desde luego. Ni carácter.

Le doy vueltas a mi respuesta, teniendo claro que no debería ni molestarme. Es más esfuerzo del que merece. No le debo una disculpa. Pero no me han educado para insultar a las mujeres, ni siquiera sin querer.

No iba por ahí. Tienes un cuerpo fantástico.

Borro esas palabras con una mueca.

Me refería a que no estoy tan desesperado como para utilizar las fotos de una desconocida de esa manera.

Su puta madre. Borro ese mensaje también.

No quería decir eso. Lo siento.

Envío el mensaje antes de que pueda convencerme a mí mismo de lo contrario y espero la respuesta. Pasan cinco minutos hasta que el mensaje pasa de enviado a leído. Trascurren otros dos minutos. Luego otro más.

Una risa floja me repta por la garganta cuando me deja en visto y no responde.

*Touché*, desconocida, *Touché*.

CAPÍTULO SEIS

# Annalise

A lo mejor debería adoptar un gato.

Dormir sola tras tres años sintiendo el calor de un cuerpo abrazado al mío es estremecedor. Parece una tontería, pero duermo fatal: me despierto cada dos horas estirando la mano en dirección al hueco vacío y frío que hay a mi lado.

No soy muy de perros por los ladridos y las babas, pero ¿un gato…? Creo que podría cuidar a uno, sí. Mi alergia al pelo siempre fue un fastidio cuando era pequeña, pero con medicación creo que no habría ningún problema. Incluso podría sobornarlo a base de hierba gatera para que durmiera conmigo en la cama, así no me sentiría tan sola. Dios, qué triste.

Mis nuevas botas de invierno se hunden en la nieve recién caída, cortesía de una noche de nevadas incesantes. Me apunto mentalmente que me tocará quitar la nieve de la acera cuando vuelva a casa. Hacía años que no tenía que hacerlo, desde que era una adolescente a la que castigaban por alguna cagada que hacía sin pensar en las consecuencias.

Beautifully Bold se encuentra entre la floristería y la peluquería del pueblo. El letrero es de un rosa apagado con letras blancas en cursiva, y cuelga de dos cadenas delicadas, sujetas a una viga de

madera que sobresale del edificio. Se balancea con la brisa y chirria un poco.

Tengo las palmas sudorosas dentro de los mitones rosas cuando empujo la pesada puerta y entro al edificio. Hace calor, pero no demasiado. Es como si Poppy hubiera pensado con antelación en el sudor que nos espera y hubiera ajustado el termostato en consecuencia. Se me corta la respiración cuando veo que ya hay cuatro mujeres desconocidas esperando.

Todas se giran hacia mí con un destello de interés y curiosidad en la mirada. Bryce se me acerca con paso decidido y me pone una mano en el hombro. Trago saliva cuando me presenta y levanto la mano en un saludo nervioso.

—Esta es Annalise y hoy se une a nosotras. Con suerte, conseguiremos que se quede más de un día, así que ayudadnos a convencerla.

—Sed amables u os tendré colgadas de la barra durante toda la clase —amenaza Poppy mientras se coloca a mi otro lado.

Flanqueada por las dos, dejo que parte de los nervios se disipen y levanto un poco la barbilla. Me caen muy bien estas dos chicas y, si creen que voy a pasarlo bien, estoy más que dispuesta a darle una oportunidad. Total, no tengo nada mejor que hacer que quedarme en casa viendo otra vez capítulos antiguos de *Dateline*.

—Podéis llamarme Anna. Me hace mucha ilusión estar aquí —digo, intentando disimular los nervios que aún me rondan.

—Hola, Anna —saludan las presentes.

Todas sonríen y yo les devuelvo el gesto. Paseo la mirada por el estudio y echo un buen vistazo al espacio por primera vez.

El mismo color rosa apagado del letrero exterior se repite en el interior en las paredes a juego y dos sillones de terciopelo colocados frente a la famosa ventana desde la que se ve a los bomberos. El suelo es de madera oscura, de un color parecido al de mi casa. En la pared del fondo cuelga un letrero de neón rosa chillón con el nombre del estudio. Es tan brillante que podría dejarte ciega si lo miras fijamente durante demasiado tiempo. Seis barras plateadas brillan a lo largo de la sala, una de ellas situada frente al resto. Una pared de espejos refleja las barras y las mujeres que las rodean. Se me encoge el estómago solo de pensar que tendré que verme bailar como una idiota.

—Normalmente, comenzamos con unos minutos de estiramientos, así que coged una barra libre y empecemos —dice Poppy unos segundos después, señalando al resto con un gesto amplio.

Todas se sientan en el suelo con las piernas estiradas hacia delante. Bryce agarra una de las dos barras libres y me indica con la cabeza la que está a su lado. Estamos al fondo de la clase y, aunque no voy a decirle lo mucho que se lo agradezco, se lo agradezco de verdad.

Poppy lleva una camiseta corta con el logo de Beautifully Bold en la esquina superior derecha y unos shorts tan cortos que le cubren poco más que unas bragas. Las otras mujeres llevan ropa similar, incluida Bryce, que lleva los mismos pantalones cortos y un top ceñido. Poppy está radiante y enseña sus curvas con una confianza que me da una envidia loca. Cuando se sienta en el suelo con las otras chicas y empieza a dirigir los estiramientos, me la quedo mirando, fascinada por la precisión con la que se mueve incluso haciendo algo tan sencillo como estirarse.

—Al principio yo la miraba de la misma manera. Llevo en esta clase con ella desde el comienzo y todavía no puedo moverme así —comenta Bryce, al darse cuenta de mi mirada. Ahora está en el suelo y me contempla con una suave sonrisa—. Si no te quitas el abrigo y las botas y te pones a estirar, te hará sudar tanto que acabarás maldiciendo su nombre.

—Cierto.

Sonrojada, dejo caer la bolsa de deporte unos metros detrás de mí y me quito el abrigo, las botas y los calcetines. Después de dejarlo todo con la ropa de las demás, me siento al lado de Bryce, esperando las instrucciones de estiramiento de Poppy.

Cuando me inclino sobre las piernas e intento agarrarme los dedos de los pies, casi lloro por el ardor que siento en los músculos. Solo puedo llegar hasta los tobillos, pero no dejo que eso me desanime. Echo un vistazo a un lado y veo que Bryce se roza la parte superior de los pies con la yema de los dedos.

—¿No te duele? —pregunto con un suspiro entrecortado.

Poquito a poco, levanta la parte superior del cuerpo y lleva el brazo izquierdo detrás de la cabeza, estirando otro grupo de músculos.

—Ya no. Antes sí. Cuanto más lo hagas, más fácil te será y más lejos llegarás. Para ser tu primer día vas bastante bien.

Asiento con la cabeza y sigo los siguientes movimientos que nos explica Poppy. Cuando hemos acabado de estirar, se pone de pie y nada me prepara para ver cómo agarra la barra con ambas manos y levanta el cuerpo sin esfuerzo.

Con la boca abierta, veo cómo se impulsa hacia arriba por la barra, estira las piernas y empieza a girar. Da una vuelta tras otra,

sin doblar apenas las rodillas, hasta que baja deslizándose y sus pies descalzos tocan el suelo. Me estremezco al oír el roce de los muslos desnudos contra la barra, y Bryce se ríe de mi reacción.

—A eso también te acostumbrarás.

—Pánico me da.

¿Espera Poppy que pueda hacer eso hoy mismo? ¿Lo espera el resto de la clase? Ni siquiera me he traído unos pantalones cortos para cambiarme; solo tengo las mallas y la camiseta de entrenamiento que llevo puestas y unas zapatillas viejas para correr. Si he traído la bolsa de deporte es porque Poppy me mandó un mensaje la noche después de conocernos animándome a traer una y, presa del pánico, la pedí por internet. La llevo ridículamente vacía porque no sabía qué meter dentro. Está claro que unos shorts habrían sido buena idea.

Otra carcajada llama la atención de Poppy, que está al frente de la sala. Nos guiña un ojo y Bryce dice:

—Está presumiendo para ti. Nadie espera que hagas eso hoy. La mitad de la clase no puede hacerlo aún.

—Me cae bien —suelto sin pensar—. Las dos sois muy majas. Gracias por invitarme hoy.

Los penetrantes ojos azules de Bryce se vuelven cálidos.

—De nada, mujer. Veremos si sigues pensando eso cuando terminemos.

—¿Tan dura es como profesora?

—Dura o exigente, llámalo como quieras. Le encanta lo que hace y quiere que a todas nosotras también nos encante. Beautifully Bold es su sueño desde hace más de una década, pero nadie la tomó en serio cuando quiso abrir un estudio de *pole* aquí. Eran todo

gilipolleces prejuiciosas, pero los pueblos pequeños a veces pueden ser muy cerrados de mente. Cherry Peak no es una excepción.

De fondo oigo a Poppy decir que nos pongamos magnesio en las manos, pero ni Bryce ni yo nos movemos del sitio. A nadie le importa mucho lo que estamos haciendo Bryce y yo, incluida Poppy. No sé si percibe que estamos en mitad de una conversación importante o si no quiere asustarme todavía.

—No sé mucho sobre pueblos pequeños, la verdad, pero, aun así, me da rabia que tuviera que pasar por eso. ¿Hay gente todavía a la que no le gusta?

—La mayoría se ha ido acostumbrando a la idea, pero tenemos una población bastante envejecida que, bueno…, parece no saber distinguir lo que hacemos aquí de lo que pasa en un club de *striptease*. Para ellos es lo mismo.

Arrugo la nariz.

—Menuda tontería.

—Lo sé. Todas lo sabemos. Pero Poppy se ha vuelto muy protectora con este espacio y con lo que hacemos en clase. Por eso, a veces, puede parecer borde o muy dura para quien no la conoce.

—No soy nadie para juzgar. Las mujeres fuertes y decididas no tienen nada de malo. Y tranquila, que no me lo voy a tomar a mal —le aseguro.

La sonrisa que me devuelve me llena el pecho.

Alzando un poco la voz, pregunto:

—¿Estás preparada para verme hacer el ridículo?

Poppy responde por su amiga:

—¡A ver qué sabes hacer!

Con la cabeza alta y una ligereza en el alma que no sentía desde hacía semanas, dejo que Poppy me dé órdenes.

* * *

Una hora después, estoy sudando en sitios que no sabía que podían sudar y jadeo como si acabara de correr una maratón. Tengo las piernas y los brazos como si fueran gelatina: no me queda ni una pizca de fuerza en los músculos que he utilizado hoy por primera vez en años.

Pero, a pesar del agotamiento y el dolor, me siento extrañamente bien. Muy fuerte. Y no solo a nivel físico, sino también mental. Me noto la mente despejada y el pecho ligero. Ya estoy contando los días que faltan para la próxima clase.

—¡Gracias, señoritas! Nos vemos la semana que viene —canturrea Poppy mientras acompaña a las mujeres hacia la salida.

Durante la hora que dura la clase he aprendido todos los nombres, pero poco más. No ha habido tiempo para charlar. Está claro que esta clase es tan liberadora para ellas como para mí. Estaban muy concentradas en lo que hacían y, cuando Poppy ha dado la sesión por terminada, todas han salido caminando con brío y energía, como yo. Luciendo una nueva determinación en la mirada.

Un coro de despedidas inunda el estudio, arrastrado por el viento que entra por la puerta abierta, hasta que al final solo quedamos nosotras tres. Bryce se echa agua en la boca y se da golpecitos en las mejillas enrojecidas. Está sonrojada y le brilla la frente por el sudor. Poppy está igual, pero tiene una enorme sonrisa en el rostro.

—¿Y bien? ¿Qué te ha parecido? ¿Volverás? —me pregunta.

Mi respuesta es instantánea:

—Desde luego. Me siento genial, aunque ahora mismo parezca un fideo blando.

—Eso significa que lo has hecho bien. —Me guiña un ojo mientras se abanica el pecho con la camiseta—. Nosotras solemos ir a comer algo después de clase como recompensa por haberlo bordado. ¿Te vienes?

Miro a Bryce en busca de aprobación, pero ella ya está asintiendo con la cabeza. Mientras me ajusto la correa de la ligerísima bolsa de gimnasio sobre el hombro, digo:

—Me encantaría.

Poppy sale disparada a cambiarse la ropa de *pole* y Bryce se lanza a acribillarme a preguntas. No me incomoda que sea tan directa. Al contrario, yo también quiero conocerlas mejor.

Algo me dice que hacerme amiga de estas dos será una de las mejores decisiones que he tomado en los últimos años.

CAPÍTULO SIETE

# Annalise

—¿Me estás diciendo que tu novio, con el que llevabas tres años, te puso los cuernos el día de tu cumpleaños? —Bryce me mira boquiabierta ante la información que les acabo de soltar.

Es posible que haya hecho un par de muecas mientras las ponía al día —con todo lujo de detalles— sobre el tema de Anna y Stewart desde que llegamos a la pastelería hace ya una hora. Oír siquiera el nombre de ese imbécil me da náuseas, como si me hubiera bebido un barril de tequila barato en ayunas.

—¡Su prometido, Bryce! ¡Su prometido! —la corrige Poppy, tan poco impresionada como su mejor amiga.

Bryce clava los dedos en la parte blanda de su cruasán.

—¡Tu prometido! Eso lo empeora. ¿Cómo es posible que solo le destrozaras algunas cosas? Yo lo habría matado.

—Quería más a su ropa que a mí. Está clarísimo. Lo que hice fue mejor venganza que la muerte —digo entre dientes.

Poppy frunce los labios y recorre con la mirada el ir y venir de gente que entra y sale del local. Nuestra mesa está arrinconada, un poco apartada del resto del espacio diáfano. El ambiente es increíblemente acogedor; es de esos sitios en los que podrías pasarte horas trabajando o pensando sin más. Da gusto tener un

lugar así aquí. En Vancouver había un millón de cafeterías y bares, pero ninguno me hacía sentir… en paz.

Frunzo el ceño. Soy consciente de que comparar Cherry Peak con Vancouver se ha convertido en una especie de muleta, una forma de hacer que la mudanza no dé tanto miedo. Pero, al hacerlo, ¿no estaré estancando mi avance aquí? No tengo claro que vaya a volver jamás, así que, ¿por qué me cuesta tanto pasar página? La única persona que de verdad me importa de Vancouver es mi madre. ¿Es suficiente motivo para hacerme volver en algún momento?

La respuesta es obvia. Si quedarme con ella hubiera sido suficiente, no me habría ido.

—¿Has salido con alguien desde entonces? Ya sabes lo que dicen: «Un clavo saca otro clavo follando como animales» —dice Poppy.

—Nadie lo dice así —suelta Bryce, intentando contener la risa.

Sin embargo, yo no lo logro. Se me escapa una carcajada alta y fuerte, que se oye por toda la cafetería. Es la primera vez en meses que me río así. Darme cuenta de eso es como un puñetazo en el estómago. Poco a poco, se me apaga la risa.

Bryce deja de darle golpecitos al cruasán, pone una mano sobre la mía y le da un apretoncillo.

—No. Lo que sea que se te haya venido a la cabeza, la respuesta es no.

—Un hombre infiel no se merece ese ceño fruncido. Ningún hombre lo merece, sea infiel o no —añade Poppy.

Bryce asiente.

—Esa es una de las razones por las que no he salido con ninguno desde la universidad.

Suelto un suspiro lastimero.

—Llevo mucho tiempo sin estar soltera. Antes de Stewart, tenía bastantes citas. A lo mejor parte del problema está ahí.

—No tiene nada de malo salir con mucha gente si eso te hace feliz, por mucho que la sociedad se empeñe en lo contrario. Y no me refiero a ser feliz en cuanto a las citas. Me refiero a serlo del todo, sean citas, tu vida o tú, en general. Primero te tienes que querer a ti misma, obvio, pero no creo que la única manera de conseguir eso sea estar sola. Al menos no del todo —dice Poppy con una expresión suave.

De repente, caigo en la cuenta de que va a ser superdifícil perderlas si en un futuro deciden que no quieren ser mis amigas. Solo ha hecho falta una clase de *pole* y una merienda juntas para que quiera hacer pulseras de la amistad con ellas.

—Eso ha sido muy sabio por tu parte, Poppy —dice Bryce, con unos ojos azules menos vibrantes de lo normal.

La profesora de *pole* la mira seria.

—¿Eso va con segundas?

—Sorprendentemente, no. Ha sido un buen consejo, de verdad.

—¿Lo bastante bueno como para que tú también te lo apliques? —replica Poppy.

Intento no darle demasiada importancia a ese comentario y, en su lugar, empiezo a desmenuzar la galleta de jengibre que tengo delante sobre la servilleta marrón. Está buenísima, pero tanto hablar de Stewart y de quererse a una misma me ha dejado el estómago encogido.

Poppy pone la mano encima de la de Bryce y, a su vez, sobre la mía antes de preguntar:

—¿Qué os parece si este finde hacemos algo divertido juntas? Las tres.

—Sí. Rotundamente sí —respondo sin dudar.

Bryce sonríe con sus dientes brillantes y asiente retirando la mano de entre las nuestras, donde estaba en medio como un sándwich, y añade:

—¿Aquí en el pueblo o fuera?

—Pues como queráis. No he salido de Cherry Peak desde que me mudé —les confieso.

—¿Has estado ya en el Peakside? —pregunta Poppy, mirándome fijamente.

Bryce gruñe y aparta el resto del cruasán, como si ya no tuviera hambre.

—No vamos a llevarla al Peakside.

—Lo que pasa es que no quieres ver a Vic. Ni siquiera tú puedes negar que es el mejor lugar para un rollo posruptura. Todos los bomberos van allí los sábados por la noche.

Esa mención a un nombre que no ha salido antes me llama la atención.

—¿Quién es Vic?

Bryce abre la boca para responderme, pero Poppy la interrumpe.

—Es la exnovia de Bryce. La hija del dueño del Peakside. Llevamos meses evitando el local desde que rompieron, y empiezo a tener abstinencia.

—Lo que estás es cachonda —refunfuña Bryce.

—¿Y qué? Tú también lo estás, pero te niegas a pasar página. Esto es un claro ejemplo.

Intento mantener la atención en la discusión, quedándome con la información que van soltando. Para que esa tal Vic sea digna de una mujer tan guapa y amable como Bryce, debe de ser alguien difícil de olvidar.

—¿Hace cuánto rompisteis? —pregunto.

Mi pregunta atrae la mirada de ambas. Quien responde es Bryce, un poco más pálida.

—Hace la hostia de tiempo.

—Cuatro meses y tres días, para ser exactas —añade Poppy.

Bryce hace una mueca.

—¿Debería preocuparme que lleves la cuenta?

Poppy no le hace ni caso y yo esbozo una sonrisa.

—Puede que no sea quién para decir nada, teniendo en cuenta que me he mudado de provincia para huir de mi ex, pero creo que salir nos vendría bien. A las dos. No hay mejor momento que el presente, ¿no? No es justo dejar de vivir por culpa de otra persona.

Bryce se queda mirándome un momento, con una expresión tranquila y calculadora. Lleva el pelo negro azabache recogido detrás de las orejas, y me sorprendo contando los *piercings* de la derecha antes de pasar a la izquierda: diez en total. Yo no tengo ni los agujeros hechos. A lo mejor pido cita en una joyería para hacérmelos pronto; siempre he querido llevar pendientes monos.

«¿Cuántos pendientes de diamantes caros me regaló Stewart antes de darse cuenta de que no me los podía poner?».

—Llevas razón —dice Bryce, recuperando algo de color—. Creo que ya hemos llorado bastante.

—¡Toma ya! —Poppy lanza un puño al aire—. Se comenta por ahí que Brody Steele ha vuelto al pueblo y que lleva un par de semanas

merodeando por el Peakside. Igual nos lo encontramos.

Bryce ahoga una risa y pone los ojos en blanco.

—Ya sabía yo que había otro motivo por el que querías ir a ese antro…

Me humedezco los labios y pregunto:

—¿Conocéis a Brody?

—Aquí todos lo conocen. ¿Y tú? —Poppy se termina el *muffin* y arruga el envoltorio con la mano.

—No, pero he oído que anda por aquí. A la gente le encanta hablar mientras la peinan.

Fue una de las señoras mayores, Marg, quien me dijo que estaba en el pueblo. O, mejor dicho, la que empezó a quejarse a todo aquel que quisiera escucharla de que el hijo pródigo, Brody Steele, por fin había vuelto a casa. Todo el que haya escuchado música country últimamente sabe quién es Brody. A fin de cuentas, era el telonero de Killian Granger en su gira mundial. Lo que no sabía hasta que me mudé aquí es que era de Cherry Peak.

—La gente puede ser muy cabrona. Las dos lo conocíamos del colegio. Iba dos cursos por encima, pero entonces era un buen chaval y, por lo que he oído, lo sigue siendo, aunque un poco taciturno. Los viejos del pueblo le dan caña solo por la familia de la que viene. Te garantizo que, si no fuera un Steele, les importaría una mierda, fama incluida —gruñe Poppy.

—¿Qué pasa con su familia? —pregunto, sin poder evitarlo.

Bryce da un sorbo de su pajita sumergida en el café con hielo antes de responder:

—El Rancho Steele es el mayor rancho de ganado del sur de Alberta. En teoría, se iba a quedar para ayudar con el negocio, pero

eligió la música. Mucha gente de la comunidad todavía se lo echa en cara.

Me cuesta reprocharle a alguien que haya elegido su propio camino en lugar de vivir según las expectativas ajenas. Parte de mí empatiza con él.

—Eso es injusto.

Poppy asiente.

—Lo es.

Cuando oigo que me suena el móvil, que está en el bolsillo de mi abrigo colgado del respaldo de la silla, estiro el brazo hacia atrás para cogerlo. Los músculos del abdomen, ya doloridos, protestan con fuerza por el movimiento.

Frunzo el ceño nada más leer el mensaje.

17805559540
Ignorar la disculpa de un hombre es de mala educación.

Un gruñido furioso se me escapa de los labios al tiempo que desbloqueo el móvil y fulmino la pantalla con la mirada. Bryce y Poppy se acercan a mí, y al alzar la vista pillo justo el cruce de miradas curiosas entre las dos.

—Os vais a reír si os lo cuento —murmuro.

Poppy niega con la cabeza de forma efusiva.

—Te prometo que no.

—Yo tampoco —dice Bryce.

Resoplo y les tiendo el móvil. Poppy me lo arranca de la mano sin pensárselo, y Bryce se ríe al verla. Durante unos segundos, revisan los mensajes que he intercambiado con el desconocido grosero. Cuando llegan al que ha provocado mi cabreo, Bryce chasquea la lengua.

—Es un capullo —dictamina.

—Entonces, no es solo cosa mía, ¿no? Eso era un insulto, ¿verdad?

—Yo diría que más bien se ha liado, pero sigue siendo bastante borde —añade Poppy un segundo después, devolviéndome el móvil.

Me aseguré de hacerle saber que había leído su mensaje de la última vez y ahora va a ser igual. La cuestión es si esta vez le respondo o si hago lo que debería haber hecho al principio de la conversación: borrar el número.

—Deberías contestarle y mandarlo a paseo —sugiere Bryce.

Doy unos golpecitos en el lateral del móvil antes de escribir un mensaje.

Dame una buena razón por la que debería aceptar tu disculpa.

Les enseño el mensaje a las chicas y espero su aprobación antes de mandarlo de inmediato.

—Me siento como una adolescente que se está peleando por correo con la abusona del colegio.

Poppy apoya la barbilla en la palma de la mano.

—Me hacía falta un poco de drama en la vida, la verdad.

—Drama aquí no falta, lo que pasa es que tú lo ignoras todo —señala Bryce.

Bloqueo el móvil y me lo vuelvo a guardar en el abrigo.

—Deberías pasarte un par de horas por la peluquería. Tendrás salseo para una vida entera.

—¿Te gusta trabajar allí? —pregunta Bryce.

—Sí. A pesar de los chismes, me encanta peinar a la gente. Algún día me gustaría tener mi propio salón. Es un sueño que tengo desde hace diez años.

A Poppy se le ilumina la mirada.

—Mira, otra emprendedora más.

—Algún día. —Cargo toda mi intención en esas dos palabras—. Ahora mismo estoy pelada por la mudanza, y no gano lo suficiente para permitirme un local a corto plazo. Además, a un pueblo de este tamaño no le hace falta más de una peluquería.

Fue una de las cosas que tuve que aceptar cuando me mudé aquí. Braxton fue quien eligió este lugar después de que me pasara una semana entera incapaz de decidirme. Desplegó un mapa sobre la mesa de centro de su piso y me dio un dado. Me dijo que lo dejara caer en cualquier sitio del mapa: donde tocara sería mi nuevo hogar. Cuando el dado aterrizó justo sobre Cherry Peak, con mi número de la suerte hacia arriba, lo tomé como una señal y empecé a organizarlo todo. No fue hasta que empecé a investigar sobre el pueblo que me di cuenta de dónde había aceptado mudarme.

Tampoco es que antes tuviera el dinero para comprarme un estudio de belleza. Al menos no tal como estaba el mercado en Vancouver. Pero pasará en algún momento, lo sé.

«Paso a paso, Anna. Lo conseguirás».

CAPÍTULO OCHO

# Brody

Frunzo el ceño al releer la conversación en el móvil y le doy otro trago a la cerveza. Es evidente que estoy algo oxidado en esto de hablar con mujeres si he logrado meter la pata con tan solo unos pocos mensajes. A ver, tampoco quiero ligármela ni nada de eso —al fin y al cabo es una desconocida—, pero tampoco quiero dar tan mala impresión. No me han educado así.

> Porque llevo un buen rato aquí mirando el teléfono como un cachorrillo herido, esperando la oportunidad de explicarme bien.

Ha pasado más de una hora desde que le respondí y, teniendo en cuenta que hasta ahora se ha preocupado de notificarme la lectura de mis mensajes, es más que probable que aún no lo haya hecho, ya que no aparece el pequeño icono de «leído».

He estado tan ocupado este último año que, a excepción de unas pocas personas, chatear no ha sido una prioridad. Si no hubiera sido

por el equipo que me rodeaba a diario, probablemente no habría hablado con nadie fuera del escenario. En aquel momento, no me importaba ese aislamiento; pero, después de un par de semanas en casa, el hábito recién adquirido se ha convertido en un incordio.

Antes ya me ha costado horrores aguantar una conversación de quince minutos con los nuevos trabajadores que el abuelo contrató al terminar la temporada de cosecha.

Hace calor en el taller; el calefactor portátil desprende densas oleadas de calor a mi derecha. Tengo las manos negras, con aceite y grasa incrustados bajo las uñas. Tardaré horas en dejarlas limpias y, después del día que he tenido, no me quedan fuerzas. El plato vacío que hay a mis pies, antes lleno de las famosas galletas de jengibre de mi abuela, da buena cuenta de eso.

Por si fuera poco, hay tres máquinas averiadas dentro del taller y otra más esperando fuera, bajo la nieve. Ahora mismo soy el único mecánico del rancho, después de que perdiéramos a los otros dos apenas unos días antes de mi regreso. Nadie puede culparlos por haberse ido, no después de una muerte repentina en su familia.

Así que ahora solo quedo yo. Yo y un millón de putos asuntos que resolver en demasiadas pocas horas al día.

Me termino la cerveza y dejo la botella en el suelo, junto al plato. Sin pensar en lo duro que está el hormigón bajo mi culo, estiro las piernas y cierro los ojos.

Antes de que me quede frito ahí mismo, me vibra el teléfono en el regazo y abro los ojos de golpe, parpadeando para espantar ese sueño que amenaza con atraparme.

16045557841
Vale, pues explícate.

Obviando que Caleb me echaría una buena bronca por responder demasiado rápido, escribo la respuesta y se la envío sin pensarlo dos veces.

No se me da muy bien hablar. Tampoco escribir mensajes. No era mi intención ofenderte. Estabas bien.

16045557841
Entonces igual no debería haber
comprado ese vestido. Ninguna mujer
quiere estar solamente bien, desconocido.

Trago saliva, incómodo.

Mierda. Lo siento. Era un vestido bonito. ¿Podemos cambiar de tema?

Observo los puntitos que aparecen mientras escribe, y resoplo lentamente. Siento un pinchazo en la espalda por estar tanto tiempo sentado. Cambio de postura, me recuesto contra el banco de acero y cruzo los tobillos.

16045557841
¿Cambiar de tema? Ahora cada uno por su lado.

Me quito el sombrero, lo dejo sobre la rodilla y me llevo una mano al pelo. Está caliente y húmedo por el calor y por haberlo tenido todo el día cubierto. Me invade una sensación de vacío que se vuelve demasiado difícil de ignorar mientras releo su mensaje. Es soledad lo que siento, joder. Me siento solo, y hablar con esta desconocida, aunque solo fuera para meter la pata, me ha ayudado a distraerme de ese sentimiento. Me fastidia no querer dejar de hablar con ella.

Hablemos. Solo esta noche.

Envío el mensaje sin darme la oportunidad de sentir vergüenza por mi desesperación.

16045557841
Solo esta noche.

Siento alivio al instante; un alivio que llena el vacío en mi interior, lo suficiente como para calmar el dolor.

¿Vas a decirme cómo te llamas? Solo para poder cambiar el contacto.

16045557841
¿Qué te parece si te doy un apodo?

Claro.

Hace una pausa, como si estuviera pensando qué nombre decirme.

16045557841
¿Qué tal Banana?

Muy bien. Tú puedes llamarme Bo.

No se me ocurre cambiar el nombre antes de enviar el mensaje. La historia de ese apodo no es algo en lo que quiera pensar ahora

mismo. No debería habérselo dicho, pero dudo muchísimo que ella se lo vaya a contar a nadie. No tendrá oportunidad de hacerlo. Esto es solo por esta noche.

Cambio el nombre de contacto y sonrío ligeramente ante lo ridículo de la situación.

Banana
Hola, Bo. Todavía no me has dicho si eres un viejo pervertido.

¿Crees que un viejo pervertido te diría que lo es?

Banana
No, supongo que no. Aunque tampoco me enviaría una foto de su cuerpazo.

Para mi sorpresa, me río. El sonido áspero llena el taller antes de desaparecer.

¿Me estás diciendo que para no parecer un viejo pervertido debo tener un «cuerpazo»?

Banana
Bueno… ¿Lo tienes?

Puede ser.

Banana
Demuéstralo.

Hago una mueca al echar un vistazo a mi ropa: vaqueros sucios, botas aún más sucias y una camiseta gris de manga larga, con salpicaduras de aceite por delante y algo en el bajo que no sé si es barro o mierda de vaca. Hace años que no piso un gimnasio. Pasaba demasiado tiempo en la carretera como para sacar hueco y hacer ejercicio, y en casa… Creo que mis abuelos se ofenderían si considerara el duro trabajo de aquí tan aburrido como para buscarme un gimnasio.

Soy alto, y aunque no tenga unos abdominales cincelados, creo que tengo buen físico. Sin embargo, hace mucho tiempo que ninguna mujer me lo dice. Tanto tiempo que no sé cómo me lo tomaría ahora.

¿Estás intentando ligar conmigo?

Banana
Más quisieras. Solo procuro mantenerme a salvo.

¿Mirando un buen muestrario de carne?

Banana
Una chica tiene que comer.

De nuevo, me oigo reír, y el sonido sigue siendo tan extraño como la primera vez. Joder, qué deprimente.

¿Quién soy yo para matarte de hambre, pues?

En cuanto lee el mensaje y no responde, sé qué está esperando a que le envíe una foto primero. No tengo ni idea de qué hacer ahora. Después de echar otro vistazo a mi cuerpo, digo: «A la mierda», y coloco la gorra sobre la mancha oscura del dobladillo de la camiseta antes de abrir la app de la cámara. Selecciono el modo frontal, extiendo el brazo e intento que salga lo máximo posible del cuerpo en la foto, con cuidado de no mostrar la cara.

«A la mierda todo», pero saco muchas fotos e intento elegir la menos vergonzosa para enviar. Tarda un minuto en responder y,

durante ese largo rato, me planteo bloquearla e intentar olvidar lo que ha pasado.

Banana
¡*Yeeehaw*! Pero mira qué granjero.

Nadie dice «*yeeehaw*» por aquí.

Banana
Qué público más difícil. ¿Te has peleado con un bidón de aceite? Dios, tu ropa está sucísima.

He estado más sucio.

Banana
¡Qué morbo! ¿Dónde consigo un par de botas como esas? Nunca he tenido unas.

Me guardo esa información, aunque nunca la vaya a necesitar.

Eso depende de dónde seas.

Banana
De eso nada. No creas que el tener un buen cuerpo no significa que no seas un viejo o un pervertido. Buen intento.

Si una foto no demuestra nada, solo la has pedido para calentarte un poco, ¿no?

Banana
No te necesito para calentarme, sucio cowboy.

Creo que nunca me habían llamado sucio cowboy. Me gusta.

Aunque no me gusta tanto como que una desconocida me diga que tengo un buen cuerpo; una desconocida con unas piernas y unas curvas espectaculares, por lo que recuerdo de ese vistazo

rápido a su foto. No la he vuelto a mirar desde entonces. Hacerlo me parece una invasión de su privacidad.

Banana
Mi objetivo es complacer. A ver, dime
cuántos sombreros de cowboy tienes. Voy a adivinar y decir...

Banana Quince.

Ni de lejos.

Banana ¿Veinte?

Tres. Son sombreros, no ropa interior.

Banana
¿Tienes veinte pares de ropa interior?

¿Siempre lo conviertes todo en una pregunta?

Banana
Solo cuando hablo con desconocidos.

¿Es algo que sueles hacer, entonces?

Hay una pequeña e insoportable parte de mí que espera que no sea así. Joder, necesito salir más. Cualquier cosa con tal de no esconderme en este taller e ignorar el mundo exterior. Las vacas y los tractores son pésimos conversadores, y aunque todavía me duele la garganta, necesito hablar con alguien. Alguien que no me juzgue por algo que nunca entenderá ni finja querer hablar conmigo solo por interés.

No sé en qué momento mi vida se convirtió en una puta vergüenza, pero tengo que averiguarlo urgentemente.

Banana
No, mi hermana me mataría si se enterara de que estoy haciendo esto.

¿Hermana mayor o menor?

Banana
Mayor. Solo por unos años. ¿Tú tienes
hermanos?

No, soy hijo único.

Banana
¿Y mascotas?

Técnicamente, no. ¿Y tú?

Banana
No, pero estoy pensando en adoptar un gato. ¿Qué opinas?

La verdad es que nunca he tenido un gato de mascota.

Banana
No te ofendas, sucio cowboy, pero tu vida parece un poco aburrida.

¿Porque no tengo hermanos ni gatos?

Se me cierran los ojos mientras miro la hora en la parte superior de la pantalla. Es demasiado tarde para estar despierto, sobre todo teniendo en cuenta que me levanto dentro de cinco horas. ¿Estará ella en la misma zona horaria que yo?

Me esfuerzo por mantener los ojos abiertos, esperando a que aparezca su próximo mensaje, pero, con el ruido constante del calefactor y el tictac del reloj de pared que hay detrás de mí, me duermo antes de ver las dos notificaciones siguientes.

Banana
Llámalo intuición femenina. Es una
lástima que solo sea por esta noche,
porque yo podría haberle dado algo de chispa.

Banana
Adiós, Bo.

CAPÍTULO NUEVE

# Annalise

Nunca me había puesto unos vaqueros para una noche de chicas. Tampoco es que haya estado en demasiadas noches de chicas que no incluyeran a mi hermana y dos paquetes de palomitas rebozadas en mantequilla.

Salir por Vancouver normalmente significaba ponerte un conjunto que habías encontrado ese mismo día escondido en el fondo del armario y unos zapatos que sabías que te harían cojear al volver a casa. Quizá me había movido con el grupo de gente equivocado al no pasar mis viernes por la noche en pequeños pubs o bares tranquilos. Seguro que había unos cuantos cerca de mi apartamento en la ciudad, pero nunca me había aventurado a entrar en ninguno. La cosa fue siempre de discotecas pijas con lista y cola en la puerta.

El Peakside no podría ser más distinto a todo lo que conozco.

Bryce y Poppy no dudan en entrar, ambas vestidas como yo, con vaqueros y tops sencillos, pero que de alguna forma se han ingeniado para lucir de una manera completamente distinta. Con naturalidad, sin esfuerzo.

En mi vida he visto unas botas vaqueras rosas como las de Poppy. Están un poco rozadas cerca de la suela, pero no le falta ni una sola de las muchísimas tachuelas brillantes que recubren los laterales.

Lleva unos vaqueros de color azul oscuro metidos dentro de las botas, y un abrigo blanco abullonado que le llega justo por debajo de las caderas y oculta la camiseta negra que lleva debajo.

Bryce va vestida de una forma parecida, pero, en lugar de botas rosas, lleva unas deportivas negras que se asoman por debajo de los vaqueros y un abrigo a juego. Ninguna de las dos ha decidido dejarse el pelo suelto como yo, y empiezo a preguntarme si ha sido un error por mi parte.

—No te quedes ahí pasando frío, Anna —dice Poppy deteniéndose en la puerta, desde donde me anima a entrar con un gesto de la mano.

Bryce ya está dentro; intentando conseguirnos una mesa, seguramente. Mis piernas siguen sin moverse.

—¿Seguro que no podemos ir mejor a mi casa? Te dejaré ganar al *Monopoly*.

—Echo la culpa a Bryce de que sepas lo mucho que me gusta el *Monopoly*. Pero no. Vamos a entrar. Estás demasiado guapa para quedarte en casa esta noche.

—¿Tú crees? —Me avergüenza un poco mi falta de confianza.

—Tienes el culo ideal para esos vaqueros. Créeme, estás cañón. —Su guiño me arranca una risa ahogada.

—Gracias. —Y lo digo en serio. De verdad de la buena. Por fin, mis piernas cooperan y me muevo hacia ella—. Sé que debo sonar patética.

—Para nada del mundo. Suenas como una mujer que acaba de salir de una relación con un hombre que le ha minado la confianza. No va a volver por arte de magia solo porque él ya no esté. Hay que volver a construirla poco a poco.

—Pues esperemos que no tarde una eternidad, porque no soporto sentirme así —admito.

—Tú puedes con esto y más. Aquí estaremos para colmarte de halagos hasta que puedas empezar a dártelos tú misma. —Esas palabras suenan a promesa, y me las creo.

Cuando llego a su lado, el olor del bar me golpea de lleno. No es desagradable, pero sí intenso. Algo que no me esperaba. Una mezcla de aceite para freír y cerveza.

Según nos vamos adentrando, noto un calor pegajoso mientras dejamos atrás el tema. Las conversaciones se alargan alrededor de las mesas abarrotadas. Algunas se detienen un instante cuando pasamos, antes de reanudarse, como si nuestra presencia —o la mía, supongo— los hubiera sorprendido un poco.

Alcanzamos a Bryce, que espera cerca de la barra, y después las sigo a ellas, dejando que elijan dónde nos vamos a sentar mientras cruzo los dedos en silencio para que sea un sitio algo discreto. Un alivio momentáneo me recorre cuando veo que se dirigen a los reservados pegados a la pared, detrás de la barra…, hasta que me doy cuenta de que van directas a uno que ya está ocupado, tan lleno de hombres que los dos de los extremos están a punto de caerse al suelo.

—Poppy… —empiezo a decir, pero ya es demasiado tarde.

El primer hombre nos ve y nos dedica una sonrisa radiante al tiempo que levanta la mano para llamarnos.

—Pero si es Poppy, la hermana pequeña de Darren —grita, lo que atrae decenas de miradas en nuestra dirección.

Poppy no se amilana con la atención. Al contrario, saluda con la mano y dice, para que lo oiga toda la mesa:

—Y no os olvidéis de Bryce y de nuestra nueva amiga, Anna.

Bryce me pasa un brazo por los hombros cuando todos los hombres de la mesa me miran de arriba abajo. Lo hacen con más curiosidad que interés, y aunque siga haciéndome sentir incómoda, lo acepto. Aprovecho la oportunidad para devolverles la mirada.

El hombre que nos ha llamado parece ser el más joven, con una carita aniñada y unos ojos verdes y brillantes, como de cervatillo. A su lado, el hombre que nos está mirando parece algo mayor, como si pudiese ser el gemelo de Poppy. Me sonríe y se le forma un hoyuelo en la mejilla derecha. Tiene la misma nariz aguileña y el mismo labio inferior carnoso de Poppy. Pelo castaño y ojos marrones. Dios, igual sí que son gemelos.

—Anna, este es Darren, mi hermano —dice Poppy, señalando al hombre que sospechaba que podía serlo.

Lo saludo torpemente antes de que me presente al resto.

Al otro lado de la mesa hay tres chicos sentados hombro con hombro. El que está al final es pelirrojo y tiene una sonrisa pícara; el típico que me juego el cuello que consigue lo que quiere cuando quiere. En medio, el siguiente es quizá el que parece mayor de todos, igual tendrá unos treinta años o le faltará poco.

Se me hace un nudo en la garganta hasta el punto de que me cuesta respirar cuando finalmente deslizo la mirada hasta el último hombre del banco. Se me escapa un chillido, y dos profundos ojos azules se dirigen lentamente hacia mí. Al percibir mi repentina sorpresa, la contrariedad se refleja en su rostro en una mirada que me irrita.

Apenas asimilo los tres nombres siguientes hasta que, al final, fijo la atención en el último. El que parece incómodo por mi presencia.

—… y, por último, Brody.

No soy de quedarme embobada con los famosos, pero me gustaría conocer a una sola persona que no se quedara mirando a Brody Steele como lo estoy haciendo yo ahora mismo. Dios, eso es exactamente lo que estoy haciendo, mirarlo embobada, pero no puedo apartar la mirada. Su impactante y robusta belleza me desarma: la barba incipiente a lo largo de las líneas de su fuerte mandíbula, la gorra de béisbol hacia atrás con el pelo despeinado asomándose por la abertura y rizándose alrededor de las orejas. Esos labios que he visto fruncirse alrededor de bonitas letras en la tele, pero que seguro que besan con fuerza y exigencia. Ni siquiera las ojeras consiguen restarle atractivo. Me pregunto si le saldrían hoyuelos como al hermano de Poppy al sonreír o si, tal vez, su sonrisa sería más áspera y severa.

Es peligroso que un hombre sea tan guapo. Es un auténtico delito del que pienso mantenerme bien alejada.

Me recompongo, cierro la boca y esbozo una débil sonrisa con los labios apretados. Brody Steele solo me mira con el ceño fruncido, recorriendo todo mi cuerpo con la mirada antes de desviar su atención al plato de alitas de pollo que hay en el centro de la mesa. Se me revuelve el estómago al captar lo que parece ser puro desagrado en su expresión tensa.

—Hola —digo con voz ronca.

—Encantado, Anna. Poppy no ha parado de hablar de ti desde que os conocisteis. Justo estaba contándoles a los chicos que es una locura que te hayas mudado a Cherry Peak desde la Columbia Británica —dice Darren.

Su sonrisa es amable y cercana y, aunque no me ayuda a relajarme, al menos no empeora la situación.

—No hables de mis amigas cuando no estoy delante, Darren —le reprende ella con suavidad—. Y no es ninguna locura que se haya mudado aquí. Puede que seamos un pueblo pequeño, pero somos buena gente.

Bryce —la mujer que no se pierde absolutamente nada de lo que ocurre a su alrededor, incluida la expresión que juraría haber visto en la cara de Brody hace un momento— mantiene el brazo alrededor de mis hombros, y dice con tono cortante:

—Brody ladra mucho, pero muerde poco. No te preocupes por tanta cara larga.

Mira que lo dudo, pero en lugar de decírselo miro a Brody y le sonrío con dulzura. Mis siguientes palabras me salen disparadas de la boca antes de que pueda pensármelas dos veces.

—Mi hermana es veterinaria, así que no me dan miedo los animales rabiosos.

El aullido de las carcajadas estalla en nuestro lado del bar, y esta vez no me achico. El tío del extremo del banco de la izquierda levanta el brazo y me ofrece la palma de la mano. Doy un paso adelante con cierta torpeza y se la choco.

—Acercad un par de sillas, señoritas. Yo encantado de ver cómo la nueva le da una buena tunda a Brody —grita el hombre apretujado entre Brody y el pelirrojo.

—Podríamos, pero no queremos —dice Bryce, dándome unas palmaditas en el hombro—. Es noche de chicas, Caleb. Anna no tiene tiempo para entretener a una panda de borrachos esta noche.

—¿Y qué tal otra noche? —pregunta el pelirrojo a su lado, con una sonrisilla peligrosa que intenta convencerme.

—Dudo que se quede en el pueblo el tiempo suficiente como para entretenerte, Trev —gruñe Brody, sin siquiera mirar en mi dirección.

—¿Y eso por qué lo dices? —pregunto, con las mejillas enrojecidas.

Le echa otro vistazo a mi cuerpo, o a mi ropa, quizá.

—¿De verdad quieres que conteste, cielo?

Casi me sale humo de la nariz.

—Me conoces desde hace cinco segundos.

—Solo necesitaba tres.

Aprieto los puños y noto un temblor en los labios.

—¿Para terminar? ¿Y eso te llena de orgullo?

Se hace el silencio. Y entonces Bryce empieza a sacudirse entera y su risa arrastra la mía. Miro a Poppy y la veo sonriendo, con un brillo de aprobación en la mirada. Ninguna le presta atención al famoso cabreado, que, sin duda, está preparando la réplica.

No me importa lo que quiera soltarme. Brody Steele es como cualquier otro tío que haya conocido: un arrogante de cuidado con un palo tan metido en el culo que hasta puede saborearlo. Me mudé aquí para alejarme de mi ex, no para acabar siendo el saco de boxeo verbal de alguien que se parece demasiado a él.

No me conoce de nada. Su opinión me la suda completamente, aunque me fastidia reconocer que alguien con su talento sea tan descuidado con la forma de tratar a los demás.

—Vamos, víbora. No hace falta derramar más sangre esta noche —dice Poppy, que no consigue ocultar lo mucho que está

disfrutando. Cuando se dirige a los hombres, lo hace con tanto aplomo que todos se quedan pendientes de ella—. Nos vemos.

—Encantada de conoceros —murmuro, moviendo los dedos a modo de despedida.

Bryce no se molesta en decir nada a los hombres antes de dirigirnos a lo que parece ser la única mesa vacía del local. Al darse cuenta de mi confusión, en cuanto nos sentamos en el reservado dice:

—Esta es nuestra mesa.

Poppy se quita la chaqueta.

—Me sorprende que Vic no tenga esta mesa llena todas las noches.

—No la nombres. La invocarás desde las profundidades del infierno —sisea Bryce.

Río ligeramente y me desabrocho la chaqueta, todavía algo acalorada. Se me acalambran los dedos de los pies dentro de las botas que me ha prestado Poppy, y empiezo a sentir el dolor en la planta. Puede que sean de mi talla, pero mis pies anchos no están hechos para ellas. Todo mi conjunto hace que no me sienta yo misma.

—¿Qué pasó exactamente entre vosotras dos? —le pregunto a Bryce.

Bryce suelta un largo y áspero suspiro y le da unos golpecitos a la mesa con las uñas.

—Necesito al menos tres copas antes de abrir ese melón.

—Pues vamos calentando motores —anuncio antes de salir del reservado. Al fin y al cabo, es una noche de chicas y ningún hombre me la va a estropear—. ¿Qué bebéis vosotras dos?

«Por favor, no digáis cerveza».

—Vodka con zumo de arándanos para mí —canturrea Poppy.

Bryce se lo piensa un instante antes de decir:

—Lo mismo, pero añade una ronda de chupitos de tequila.

Poppy se queja, al igual que yo, pero ninguna le lleva la contraria. Si necesita tequila, nosotras también.

Me doy media vuelta y me voy a la barra. Después de pedir las bebidas, apoyo los antebrazos sobre la suave superficie de madera de la barra y miro el móvil. Le contesto a mi hermana, que me había preguntado cuáles eran mis planes para la noche, y luego dudo sobre si abrir la conversación con Bo por millonésima vez desde que le envíe ese último mensaje anoche. A pesar de acordar que solo hablaríamos esa vez, me he planteado escribirle de nuevo.

Es imprudente querer seguir hablando con un desconocido, pero con él era fácil. Divertido, incluso. Encajamos bien y resulta que hasta tiene un sentido del humor parecido al mío. Es una pena que no debamos volver a hablar.

Me obligo a guardar el móvil en el bolsillo trasero y sonrío a la mujer mayor que hay tras la barra mientras empieza a colocar tres vasos llenos de líquido rojo en una bandeja negra. Después viene el tequila, y arrugo la nariz al anticipar el sabor.

—¿Sedienta?

Doy un respingo y el pelo se me va hacia delante cuando giro la cabeza y me encuentro a Brody delante de mí, con los brazos cruzados sobre su ancho pecho. De cerca es condenadamente alto. Tan alto que tengo que echar la cabeza hacia atrás para mirarlo a los ojos. Nunca me había sentido tan bajita en mi vida como ahora. «Genial».

El aroma amaderado de su colonia flota en el aire entre nosotros, y detesto lo bien que huele. Preferiría que oliese a mofeta, o algo igual de desagradable.

—Sep. Muerta de sed —respondo.

Cuando voy a coger la bandeja con las bebidas, él la aleja. La sangre me hierve mientras levanto la mirada. El ceño fruncido que empiezo a creer que trae de serie se ha intensificado, como si hubiera hecho algo para volver a ofenderlo.

—Yo te la llevo —gruñe.

—¿Para que puedas tirarme las copas encima en cuanto te dé la espalda? Ni de coña. Puedo llevarlas yo misma.

—Estoy intentando ser amable.

—Bueno, pues se te da fatal. Déjame en paz.

Cierra los ojos y respira profundamente antes de volver a abrirlos.

—Con esas botas, tendrás suerte si no te tropiezas.

—Prefiero tropezarme a que me empujes. En serio, vete.

No llego ni a asimilar lo borde que he sido cuando se coloca a mi lado, agarra la bandeja y la aparta. No espera a que lo siga antes de echar a andar hacia nuestra mesa.

—Si este es tu intento de pedir disculpas por comportarte como un gilipollas antes, lo estás haciendo de pena —digo con una voz lo bastante alta para que me oiga por encima de la música y las conversaciones.

Él se queda paralizado y me mira por encima del hombro. La exasperación que se refleja en su cara amenaza con acabar con la paciencia que me queda.

—No era una disculpa.

—Entonces ¿tus amigos te han pedido que vinieses a ayudarme?

Mueve una de sus largas piernas hacia mí; el tejido ajustado de sus vaqueros se le ciñe al muslo al tensarse con el movimiento. Aprieto la mandíbula, enfadada conmigo misma por haberme fijado en eso.

—Achácalo a un movimiento de debilidad —responde con sequedad, sin acercarse más allá de ese único paso—. No volverá a pasar, cielo.

—¡No me llames así! —le espeto, pero él ya se ha marchado, esta vez más rápido que antes.

Lo observo mientras deja la bandeja con las copas en nuestra mesa y murmura algo a las dos chicas, que se giran a mirarme antes de que él vuelva a irse. No regresa a su mesa. No. Pasa de largo y sale del bar.

Bryce me dedica una sonrisa comprensiva, pero yo ya estoy cogiendo uno de los tres chupitos y llevándomelo a los labios. El tequila me arde mientras me baja por la garganta.

Odio a primera vista.

Qué romántico.

CAPÍTULO DIEZ

# Annalise

Tengo la boca seca. Giro la lengua y me lamo el interior de los carrillos; el regusto a alcohol me revuelve el estómago. Siento un latido en el entrecejo, así que dejo los ojos cerrados; me da demasiado miedo abrirlos. Tengo los párpados pegajosos y la cabeza grogui, embotada por el cansancio.

Rebusco en mis recuerdos de anoche e intento recomponer lo que pasó. Según mi estado actual, debí de beber mucho más de lo que tenía pensado. El último recuerdo claro que tengo es el de estar sentada a una mesa con Bryce y Poppy mientras intentaban tranquilizarme después del cara a cara con el puto Brody Steele.

Hasta el más mínimo recuerdo de esa conversación me intensifica el dolor de cabeza. No tengo mucha experiencia tratando con famosos, pero ahora tengo clarísimo que no quiero conocer a ninguno más. ¡Sobre todo si van a pisotear las minúsculas expectativas que tenía sobre ellos, comportándose como unos auténticos gilipollas! Ni siquiera sé por qué me cogió tanta manía tan de repente. Poppy y Bryce me aseguraron que era un tío majo, pero no podría estar más en desacuerdo.

Con eso en mente, abro por fin los párpados y, con los ojos entrecerrados, miro la radiante luz del sol que reluce directamente

sobre mi cama. Me llevo la mano a la cara con un gruñido y me protejo los ojos.

—¡Estás despierta! —La voz de Poppy repica en mi cráneo.

—¿Qué me ha delatado?

—El gruñido. Parecías un toro furioso.

Suelto una carcajada, agarro la manta que tengo a la altura del pecho y me giro de lado. La primera imagen que tengo de Poppy me desconcierta.

—¿Cuánto tiempo llevas despierta?

—Un par de horas. Hay café y bollos en la cocina. —Lleva puesta la ropa de entrenar, el pelo recogido por detrás y las mejillas coloradas. Me mira fijamente con sus brillantes ojos azules, evaluándome—. ¿Cómo te encuentras?

—Como si me hubiese atropellado un tren. Y tú, ¿por qué tienes tan buen aspecto? ¿Has ido a entrenar?

—Sí. Bryce y tú dormíais como troncos cuando me he despertado y, después de lo de anoche, supuse que las dos necesitabais unas horitas extra de sueño. ¿De cuánto te acuerdas?

Por cómo tuerce ligeramente la boca mientras cambia el peso de un pie a otro, casi como si estuviera reteniéndose de soltarme lo que pasó, me doy perfecta cuenta de que lo más seguro es que no fuera nada bueno.

—De nada. Por favor, cuéntamelo todo.

Se oyen los pasos ruidosos e inseguros de Bryce antes de aparecer junto a Poppy. Tiene pinta de sentirse igual de bien que yo. Ojeras muy marcadas, tez pálida y el pelo alborotado en todas direcciones: es el vivo retrato de la resaca. No quiero ni saber el aspecto que tengo yo ahora mismo.

—Me la voy a jugar. ¿Tiene algo que ver con la razón de que tenga pintura rosa bajo las uñas? —pregunta, mientras se examina las manos.

Alarmada, me pongo las manos delante y miro boquiabierta la costra rosa bajo mis uñas cortas. Poppy tiene los santos ovarios de reírse de nuestras reacciones.

—Fue idea de Bryce —nos cuenta.

—¿El q-qué? —titubeo.

Ahora Bryce tiene una mueca en la cara, que, de algún modo, se vuelve aún más pálida.

—Dime que no lo hicimos.

Mis ojos viajan de una a otra, con una ansiedad creciente en el estómago.

—Si ninguna de las dos me cuenta ahora mismo qué hicimos, os echo ahí fuera, a la nieve.

—Esto es cosa tuya, Ice —le insta a su mejor amiga. El apodo no me suena, así que tomo nota mental.

Bryce se tapa la cara con las manos y suspira.

—Fuimos a casa de Vic, ¿no? Su color favorito es el rosa.

—Y tanto que fuimos a casa de Vic. Fue después de que las dos os tomarais diez chupitos de tequila de un trago y exigierais que nos fuéramos del bar. En cuanto salimos, empezaste a rajar de Vic y le explicaste a Anna, aquí presente, lo que había pasado entre los dos. Luego, nos pasamos por lo menos media hora pintando pollas rosas por toda su valla hasta que casi nos pilla la innombrable en persona —explica Poppy, con la cara roja por el esfuerzo que le está costando no reírse.

Aprieto los labios y parpadeo lentamente, intentando hurgar en mis recuerdos en busca de lo que pasó, pero no encuentro nada. Quizá sea lo mejor.

—Me cago en todo —masculla Bryce. Se arrastra hasta mi cama y se tira de espaldas sobre ella, haciendo que el colchón se desplace con su peso—. Ahora intentará arruinarme la vida.

Me incorporo y le miro fijamente la coronilla.

—Detesto decir esto, pero no recuerdo nada ni de Vic ni de lo que hicimos anoche. Lo siento.

—A ver, en plan resumen: Vic quiso meter a una tercera persona en la relación, y cuando Bryce le dijo que eso no la hacía sentir cómoda, la dejó tirada como una colilla y empezó a salir con el otro. La primera vez que Bryce los vio juntos, le dio tal patada en la entrepierna que le partió la polla como si fuera una barrita luminosa. Se pasó la noche en el cuartelillo hasta que fui y la saqué de allí. Por suerte, Vic tuvo la decencia de sentirse lo bastante culpable como para convencerlo de que no la denunciara —explica Poppy.

—Entonces, yo diría que las pollas rosas eran apropiadas —declaro.

Bryce echa la cabeza hacia atrás y me dedica una media sonrisa, pasándose los dedos por el cabello enmarañado.

—Me da miedo encender el teléfono. Si vio que éramos nosotras, no sé qué hará ahora.

—Es el karma, nenas —dice Poppy.

Asiento.

—Esto no es peor que lo que hice con las cosas de Stewart cuando lo pillé poniéndome los cuernos. Diría que es hasta menos malo.

Poppy apoya el hombro contra el marco de la puerta.

—Y tampoco es nada extraño en ti. No te ofendas, pero no eres precisamente la persona más amable del mundo.

—Eso no es cierto del todo. Puedo ser amable —la corrige Bryce.

—Puedes, pero no con mucha gente. Que no hay nada malo en eso, B. No quiero que empieces a tener un mal concepto de ti misma por algo que hiciste no solo por rabia y por estar dolida, sino, sobre todo, por estar bajo el embrujo del tequila. Lo hecho, hecho está y, si te soy sincera, esa arpía se lo merecía —explica Poppy.

La intensa adoración en sus palabras, a pesar de lo serio de la conversación, me deja el pecho calentito. Braxton me apoyó del mismo modo, pero nunca he tenido amigas como Poppy y Bryce. Tener a alguien que no es de tu familia que elija amarte de la misma manera es una experiencia que aún no he tenido en la vida.

En el pasado he tenido amigas, pero ninguna con la que haya conectado del mismo modo que nosotras tres en los últimos días. Esta amistad me da esperanzas de que Cherry Peak pueda convertirse en mi nuevo hogar. Uno de verdad, y no solo un punto de paso en un mapa.

—Tu valor no se mide por lo que te hizo —le digo a Bryce.

—Gracias.

Asiente agradecida, y algunas de las sombras desaparecen de sus rasgos.

—De nada.

—Vale, ya es hora de que comáis. Vestíos y venid a por los bollos que he comprado esta mañana desafiando al frío. Necesitáis algo que absorba todo ese alcohol —dice Poppy un instante después.

Sin decir nada más, se da media vuelta y se dirige a la cocina. Bryce se ríe y me dedica una última sonrisa antes de levantarse de la cama y seguir a nuestra amiga.

—¡Los cepillos de dientes están en el cajón de abajo del baño de invitados! —grito, y obtengo un «gracias» en respuesta.

Cuando vuelvo a estar sola, suspiro y cojo el móvil de la mesilla de noche.

El estiramiento que noto en el costado al inclinarme es intenso, y maldigo mentalmente a Poppy por las agujetas que sigo teniendo dos días después de mi primera clase de *pole*. Ayer casi no me podía mover, y la cosa va a peor.

El estómago amenaza con salírseme por la garganta cuando voy pasando por las notificaciones del teléfono y veo el último mensaje de texto. El terror alcanza una nueva cota.

Bo
Buenos días.

Bo
Perdona que no te contestara anoche, tenía el teléfono apagado.

Mientras abro la conversación, me arden las mejillas como si les hubieran prendido fuego. Me cago en mi vida.

Hola. Sé que dijimos que solo 1 noche, pero he cambiado de opinión.

Lo siento, eso ha sonado raro raro.

Tas durmiendo? Duermes con las botas puestas?

Yo no. Bueno no sé pq quería hablar contigo, pero quiero.

Perdona, se me va la olla. Chao :*

No hay respuesta hasta esos dos mensajes de las cinco de esta madrugada, tres horas después de que le enviara mi último y vergonzoso mensaje. No sé por qué, de entre todo el mundo, elegí enviarle un mensaje a él, pero quizá fue por lo que pasó con Brody. Ese encuentro es el único responsable de este dolor de cabeza y de que tenga la boca seca.

Casi ni conozco a ese tío y ya es mi enemigo número uno de este pueblo. Si fuera más como Bo, quizá habríamos empezado con buen

pie. Dios, pero ¿qué estoy diciendo? Si tampoco conozco al Bo este.

Debería tenerlos totalmente prohibidos a los dos. Se acabaron las conversaciones interesantes por mensaje y las discusiones en bares atestados. Aunque, por otro lado, ¿qué gracia tendría eso?

Me quedo mirando la pantalla durante un instante vergonzosamente largo antes de escribir un mensaje y de obligarme a enviarlo.

Me sorprende que no me hayas bloqueado.

Cuando no recibo respuesta tras un par de minutos de quedarme mirando la pantalla, tiro el móvil sobre la cama y salgo de entre las mantas. La alfombra está hecha de una de esas telas de pelo, y, aunque pasarle la aspiradora es un horror, es mejor que pisar descalza un suelo frío de madera por la mañana.

Me doy una ducha rápida —en la que me froto las uñas hasta que desaparece el rosa—, me pongo un pantalón de chándal y una camisa holgada y, luego, cojo el móvil y me reúno con las chicas en la cocina. Bryce no se ha duchado, pero parece un poco más fresca mientras muerde un bollo, con una taza de café para llevar al frente, sobre la mesa de la cocina.

Poppy es la primera en advertir mi presencia y desliza por la mesa el café sin reclamar hasta ponerlo delante de una silla vacía. Como todo el mobiliario de esta casa, la mesa de comedor y las sillas venían incluidas en el alquiler. Tuve suerte de encontrar este sitio. No tenía ni un solo mueble cuando dejé a Stewart. Los había vendido todos cuando dejé mi piso para irme a vivir con él.

—¿Qué probabilidades hay de que me puedas hacer un hueco para teñirme esta semana? —pregunta Poppy, dándole sorbos a su bebida.

Me siento en la silla vacía, envuelvo la taza caliente con las manos y pruebo el café. Está calentito, pero no quema y tiene suficiente azúcar sin ser demasiado para mi sensible estómago.

—Pues puede que muchas. Casi todas las clientas que he tenido desde que empecé han sido sin cita. ¿Qué quieres hacerte?

—Algo que detestará al cabo de una semana y que te pedirá que le cambies —bromea Bryce.

Me alegro de volver a verle el brillo en los ojos.

—No te metas conmigo —la reprende Poppy, y luego me dice—: Solo quiero que me hagas unos reflejos.

Me suena el teléfono en el bolsillo mientras digo:

—Dime cuándo quieres pasarte y me organizo.

—Eso haré —dice con una sonrisa deslumbrante.

La conversación se apaga hasta que Bryce cambia de tema y sugiere una idea que tiene para el estudio de *pole*. Las dejo hablando, cojo el teléfono y leo el mensaje en la pantalla.

Bo
Quizá tendría que haberlo hecho, pero no quise. ¿Qué tal la cabeza esta mañana?

Como un bombo, pero sobreviviré. Lo siento de nuevo. No sé por qué te escribí.

Cuando recibo su respuesta de inmediato, me aguanto una sonrisa.

Bo
Que conste que no me quejo.

Levanto la vista rápidamente hacia las mujeres que hay en mi mesa, y me alegra comprobar que siguen hablando entre ellas y que no me prestan atención ni a mí ni a mi extraña sonrisa.

Puede que me guste hablar por mensaje con Bo, pero no les voy a explicar nada más de lo que ya he compartido. Es difícil explicar algo que ni tú misma entiendes.

De momento, él será mi secretito.

CAPÍTULO ONCE

# Brody

Banana
Vale… entonces, ¿qué hiciste anoche?

No sé por qué estoy plantado aquí fuera con este frío, con los guantes quitados y los dedos al aire con este viento tan fuerte mientras tecleo en la pantalla del móvil, pero no hago nada para evitarlo. Me froto entre sí los labios entumecidos; la nieve me empapa el rostro descubierto. Una cabecita me empuja el costado; es el ternero que tengo al lado, que quiere que deje de escribir mensajes y le vuelva a prestar atención.

—Que sí, que ya te veo… —le digo, y bajo una mano y le rasco detrás de la oreja mientras utilizo la otra para acabar de escribir el mensaje.

El ternero solo tiene un par de semanas; fue uno de los últimos partos de la temporada. La madre está cerca, pero él lleva todo el día siendo mi sombra.

Con los dedos helados, envío el mensaje, me guardo el teléfono en el bolsillo y me vuelvo a poner los guantes.

> No tan bien como tú, por lo que parece. Estuve liado trabajando en una camioneta que no es más que un montón de piezas oxidadas, que estarían mejor en un vertedero, hasta que me fui a la cama.

Por los mensajes caóticos que me mandó anoche, supe que o iba borracha…, o que, de repente, se había quedado medio ciega. No me esperaba en absoluto recibir un mensaje suyo, pero la verdad es que sentí alivio al verlo. Me ahorró tener que ser yo quien se pusiera en contacto en cuanto me armara de valor para hacerlo.

Aunque hubiera querido, lo más seguro es que no lo habría hecho. Quizá hubiera sido un error.

Tras darle una última palmadita en la cabeza al ternero, vuelvo al cobertizo. Con cada paso siento un hormigueo en las piernas, pues el frío se me mete en los huesos cuanto más tiempo paso fuera. Se prevé que la tormenta de nieve amaine pronto, pero anoche nos azotó fuerte con otra tromba implacable.

El viento aúlla cuando entro en el establo y exhalo una nube de aliento helado. Saco las manos de los bolsillos, me los llevo a los labios y espero a que dejen de arderme, y entonces vuelvo a sacar el móvil.

Banana
¿Te gusta trabajar con camionetas?

El mensaje me sorprende. No recuerdo la última vez que alguien me preguntó eso. Mucho antes de que me fuera del pueblo, quizá. Ahora, la única vez que alguien me habla de mecánica es para decirme que no les funciona algo de las máquinas.

Me encanta. Anoche fue la primera vez en muchísimo tiempo que trabajé en algo porque quería.

Banana
Qué triste. Deberías priorizarte a ti mismo más a menudo. He oído que va bien para el corazón.

Suelto una carcajada y sacudo la cabeza.

¿De dónde sacas eso? ¿De una galletita de la suerte?

Banana
¿Y qué pasa si es así?

Pues te diría que tendría que comprarlas al por mayor.

Aparecen los tres puntitos durante unos segundos y entonces me llega su siguiente mensaje.

Banana
Ayer pasé una noche de mierda. Acabé intentando ahogar mis problemas en alcohol.

¿Funcionó?

A mí no. Resulta que es un poquitín complicado sujetar con firmeza una llave inglesa cuando has estado dándole al whisky durante dos horas.

Banana
Puede ser. No recuerdo mucho de anoche, pero lo he pagado con creces esta mañana.

Cuando quieras hablar, prueba conmigo antes que con el alcohol. Tu cabeza te lo agradecerá a la mañana siguiente.

Banana
Eso es un poco descarado.

Se me hace un nudo en la garganta. ¿Lo ha sido? Ay, Dios, claro que sí.

Empiezo a teclear una disculpa cuando me vuelve a escribir.

Banana
Me gusta. Considérate mi nuevo terapeuta.

¿Me darán un título o algo?

Banana
No, pero a cambio me puedes ofrecer el mismo trabajo.

Me mordisqueo el carrillo, valorando la oferta. ¿Es algo que esté dispuesto a hacer? Darle acceso a una desconocida a todos mis problemas, cuando ni siquiera se los cuento a Caleb, mi mejor amigo.

Quizá sea lo más seguro. No sabe quién soy. No puede hacer nada con mis secretos, aparte de escucharlos y quizá juzgarme por ellos a escondidas.

Trato hecho.

Banana
Es un placer hacer negocios contigo, Bo.

Lo mismo digo, Banana.

* * *

Mi abuela es una mujer de muchas palabras. A menudo, de demasiadas.

Se nota especialmente cuando salimos a comprar. Si mi abuelo conoce a toda la población ganadera, mi abuela ubica al doble. Es más amable, más acogedora con los recién llegados y le encantan los chismes. No podemos dar ni tres pasos en el colmado o en la tienda de piensos para animales sin que se pare a ponerse al día con alguien a quien dice no haber visto en uno o dos meses.

Sin embargo, esta mujer me crio, así que, tras un par de décadas de haberme visto obligado a sufrir estas largas conversaciones, diría que ya me he acostumbrado.

Por eso no me sorprende que ni siquiera hayamos pasado el aparcamiento de carritos de la compra en el interior del colmado y ya me coja de la mano y me arrastre hacia la señora Sullivan y su hija. En el momento en que mi abuela llama su atención, ya estoy listo para soportar la conversación con una sonrisa.

—¡Marty! ¡Qué mayor estás!

Marty se sobresalta por el volumen de la voz de mi abuela, pero le sonríe amable un segundo después. Su madre hace lo mismo, y va al encuentro de mi abuela y la besa en ambas mejillas.

—Qué alegría verte, Eliza. Tienes un aspecto feliz y saludable —saluda la señora Sullivan a mi abuela.

—Lo mismo os digo. ¡Me parece que la última vez que vi a Marty fue cuando se graduó del instituto con mi nieto! —dice mi abuela.

Me contengo para no poner los ojos en blanco. Sabe perfectamente que ha visto a ambas en los diez últimos años. Lo más probable es que esté intentando que invite a salir a la hija de su amiga. Desde que he vuelto, parece que su único objetivo sea conseguir que salga con alguien. No me gusta decepcionarla, pero

no tengo ninguna intención de empezar una relación con nadie a corto plazo.

Parece que Marty me lea el pensamiento y sonríe, empática.

—He hablado con Brody un par de veces desde que ha vuelto a casa. Es un buen amigo.

—Por cierto, les conté a los bomberos tu idea de la recaudación de fondos para la biblioteca y están interesados. Darren me dijo que le enviaras un mensaje con los detalles —le contesto.

Marty es una mujer hermosa, de pelo rubio rojizo y dos hoyuelos que relucen cada vez que sonríe. Pero solo me interesa como amiga, y creo que ella piensa lo mismo. Es complicado salir con alguien en un pueblo tan pequeño como Cherry Peak una vez te haces adulto. Todos crecimos juntos y, la mayoría de las veces, si dos personas tuviesen la intención de salir juntas ya lo habrían hecho mucho tiempo antes.

Es la generación mayor la que no parece aceptarlo. Si por ellos fuera, todos nos habríamos casado con nuestras novias del instituto, tendríamos seis hijos y ya habríamos comprado lápidas a juego.

—¡Gracias! Hablaré con él hoy mismo y lo prepararé todo. A los chavales les va a encantar —dice Marty.

—¿De qué recaudación de fondos habláis? —pregunta su madre, centrando la atención en su hija.

Marty casi resplandece ante la perspectiva de explicar su idea.

—Esperaba que el cuerpo de bomberos me pudiera ayudar a montar una pequeña feria dentro de la biblioteca el año que viene. Habrá una campaña de recogida de juguetes, y el dinero de los juegos de la feria se utilizaría para ayudar a renovar un poco la sección infantil de la biblioteca. Está muy desfasada.

—Tienes razón. ¡Ahí hay que abrir un poco las ventanas, que entre la luz! Si hay algo que podamos hacer los Steele, dínoslo y lo haremos —se ofrece la abuela.

Marty asiente, abre la boca para contestar, y en ese momento se oye un golpe en un pasillo cercano. A un reniego ahogado de una voz de mujer le sigue otro golpe, esta vez más pequeño y sordo. Lo que parecen el sonido de unas latas rodando por el suelo y un tintineo metálico me despiertan la curiosidad y guían mis pies en esa dirección.

Mi buen humor se esfuma en el momento en el que veo a la mujer que está intentando recoger del suelo y cargar en los brazos una decena de latas de sopa.

—¿En serio? ¿Me tiene que pasar esto ahora mismo? —murmura para sí, mirando las latas con el ceño fruncido.

Me cruzo de brazos y la observo perder el control del montón de latas de sopa por segunda vez. Caen al suelo con estrépito, y es prácticamente un milagro que ninguna se abra y se derrame. Se apresura a cogerlas, y entonces me acerco a ella.

Cuando advierte que me aproximo, mira al techo y masculla:

—Joder. —Cuando sus ojos castaños se vuelven a cruzar con los míos, se le tensan las comisuras—. ¿Has venido a reírte de mí?

—Te iba a ayudar, pero me puedo ir.

—No quiero tu ayuda.

—Parece que la necesitas.

La ira le ensancha las fosas nasales.

—Qué arrogante eres.

—Al parecer, sacas esa cualidad mía a relucir, cielo.

Se pone en pie de golpe, coge las latas que ha conseguido salvar y las deja con fuerza en el estante. Paseo la mirada por las curvas de su cuerpo y aprieto los dientes, pues recuerdo de repente lo escandalosamente guapa que es. No me van mucho los ojos marrones, pero los suyos no son solo marrones. Son cálidos y tiernos; una absoluta contradicción con la Anna que he visto hasta ahora.

Su cabello, que es completamente liso, es de un castaño tan profundo que parece casi negro, dependiendo de cómo le da la luz, y le llega un poco por debajo de los hombros. En vez de vaqueros y botas, que es evidente que no le favorecen como deben, lleva unas mallas negras que se le ajustan demasiado bien y unas deportivas sucias y gastadas. La chaqueta oscura es la que llevaba anoche. Parece demasiado fina para el tiempo que hace aquí ahora, pero prefiero callármelo.

—¿Hoy no llevas botas?

Suena la hostia de condescendiente, pero ignoro la culpa que me invade. Su aspecto no se parece en nada al de ayer, y eso me dice todo lo que necesito saber.

No quiero farsantes en mi vida. Ya he tenido bastantes como para una vida entera.

—¿Ese es el problema que tienes conmigo? ¿Las botas que llevaba anoche? —dice entre dientes.

Me encojo de hombros y me pongo en cuclillas para recoger el resto de las latas.

—Te pusiste las botas…

—Ay, qué gracioso eres. Y qué gilipollas. Qué mezcla de virtudes tan fantástica.

—Encantado de divertirte… —Hago una pausa y arqueo una ceja —. Perdona, ¿cómo te llamabas?

Casi doy un respingo al ver su expresión. Joder, podría aplastarme una de esas latas en la cabeza.

—Si has olvidado mi nombre es que ni siquiera merecías saberlo. Que tengas fans es algo que no logro entender. Aunque llevas una buena máscara. Eso te lo tengo que reconocer —dice con los dientes apretados.

Aparta la mirada y mantiene los hombros rígidos mientras acaba de recolocar las latas. Espero a que se aparte del estante y cojo las que sostengo entre los brazos y hago lo mismo.

Cambio de tema antes de tener la oportunidad de decir cualquier cosa que haga que me arree un buen golpe con una lata, esta vez de verdad.

—Pero ¿cómo las has tirado?

—Cambiando de tema, ¿no? —replica.

—Eres insufrible.

—Mira quién habla.

Soltando un suspiro largo y exasperado, acabo con las latas y me aparto de ella.

—De nada, por la ayuda.

—Teniendo en cuenta que no te la he pedido, no te voy a dar las gracias.

Qué mujer más tozuda, madre mía. Tozuda y, no sé bien cómo, capaz de sacarme de mis puñeteras casillas casi sin despeinarse.

—Me lo apunto. Intentaré estar cerca para verte sufrir la próxima vez que parezca que necesitas ayuda —le contesto.

—¡Brody Steele! ¡Esa no es manera de hablarle a una mujer!

CAPÍTULO DOCE

# Brody

La voz de mi abuela me hace contener un gemido. El sonido de sus botas repiqueteando rápidas contra el suelo habría bastado para acobardarme si no hubiera tenido delante a Anna. Me imagino la sonrisa de satisfacción que me dedicaría si presenciara eso.

Mi abuela llega a mi lado demasiado rápido y me da una ligera colleja cuando me quedo callado. Un segundo después se queda mirándome, expectante.

—Bueno, ¿nos vas a presentar o no?

Me atrevo a mirar a Anna y veo que me observa. Le mantengo la mirada y digo:

—Abuela, esta es Anna. Anna, esta es mi abuela, Eliza.

Anna parpadea sorprendida de que sepa su nombre y después sonríe con rapidez a mi abuela.

—Encantada de conocerla, señora Steele.

—Señora Steele —repite mi abuela, dándome un manotazo en el brazo y devolviéndole la sonrisa a Anna—. Tienes mejores modales que Brody.

—Eso duele —murmuro.

—No te dolería si no fuera cierto —canturrea.

La sonrisa de Anna es tan irritante como me había imaginado.

—No quiero decir que esté de acuerdo, pero quién mejor que usted para saberlo.

—La culpa la tienen todas las horas que se pasó de niño en ese granero con su abuelo y con todas aquellas vacas —sentencia mi abuela.

—¡Es verdad, he oído que tienen un rancho de ganado! Nunca he visto una vaca en persona —reconoce Anna, y todo su cuerpo es la viva imagen de la confianza.

Me repatea lo mucho que admiro eso de ella.

Por cómo la mira mi abuela, completamente obnubilada, es obvio que siente lo mismo que yo.

—Pásate algún día por el rancho. Brody te puede hacer una visita guiada como es debido —propone la abuela, ajena por completo a la antipatía que le tengo a la mujer que acaba de conocer.

Anna me observa con un brillo de diversión en los ojos.

—Eso sería muy amable de su parte. Quizá acepte su invitación algún día.

—Genial —digo entre dientes.

—Eres nueva en el pueblo, ¿no? —pregunta mi abuela. Por lo visto, o no es nada consciente de mi irritación actual o le da igual.

Conociéndola, lo más seguro es que sea lo segundo. A esta mujer no se le pasa una.

Anna se mete las manos en el bolsillo de la chaqueta y asiente.

—Solo llevo aquí un par de semanas.

—¿Y te gusta? ¿De dónde eres?

—No le hagamos un interrogatorio en mitad del colmado —interrumpo.

Anna me para los pies.

—No me importa.

Me obligo a sonreír.

—Genial.

—Basta ya de ser tan grosero, Brody —me vuelve a reprender mi abuela.

Creo que no me echaba una bronca así desde que era adolescente.

—Ya me cogerá cariño —contesta Anna con suavidad.

Mi abuela me amenaza con el ceño fruncido.

—Si no lo hace, me lo dices.

—Lo hará —sonríe satisfecha Anna.

Aprovecho la pausa en la conversación para ponerle una mano en el brazo a mi abuela y decir:

—¿Has acabado?

—Supongo que sí. Si no nos damos prisa, te garantizo que dentro de un par de horas tendré que vérmelas con doce hombres hambrientos y enfadados. —Mientras le dedica una amable sonrisa a Anna, pasa totalmente de mí—. Encantada de conocerte. Acepta la oferta de pasarte a vernos algún día, anda. Siempre es agradable que haya otra mujer en el rancho de vez en cuando.

Sus palabras despreocupadas hurgan en el dolor latente que anida en mi pecho, que sale deslizándose de su escondite. Me siento todavía peor, con los recuerdos que he encerrado bajo siete llaves aporreando mi mente y pidiéndome que los libere. Les planto cara y los vuelvo a encerrar.

Anna me vuelve a mirar —noto sus ojos clavados en mi rostro—, pero yo me quedo mirando la punta de mis botas. No consigo hilvanar una frase coherente, así que ni me molesto en intentarlo. En

su lugar, me doy la vuelta y me voy del pasillo, con el corazón palpitando en los oídos, anulando el sonido de las dos mujeres despidiéndose.

* * *

Una semana después, he tenido más suerte evitando a Anna que a mi abuela. El trayecto de vuelta desde el colmado fue incómodo y, a pesar de que intenté fingir que lo que había dicho no había evocado demasiados recuerdos sombríos, ella sabía que sí y, fiel a su estilo, quiso profundizar en mis sentimientos. Un «no» rotundo de mi parte, y lo dejó correr.

Desde entonces no hemos vuelto a tocar el tema, y dudo que volvamos a hacerlo durante un tiempo.

Hay algunas cosas de las que los hombres Steele no hablamos. Ni entre nosotros ni con nadie. Una de ellas es y será siempre cualquier cosa que aluda a la muerte de mi madre.

Carraspeo y me centro en el médico que tengo delante mientras me empieza a extraer el endoscopio de la nariz. El espray anestésico que me ha puesto antes de introducirme esa maldita cosa por la nariz y hasta el fondo de la garganta ha funcionado, pero la incomodidad de la presión sigue ahí. Desde el día siguiente a mi última actuación, me han revisado las cuerdas vocales de esta manera dos veces, y en ambas la sensación ha sido la misma. Me encantaría no tener que volver a pasar por esto.

—Sigue sin tener ninguna lesión, Brody. Diría que se está curando bastante bien —dice en cuanto ha dejado el instrumental a un lado.

Caleb me habla desde la silla que está a mi lado.

—¿Qué significa lo de «bastante bien»?

El mejor otorrino de la provincia, al que hemos tardado en llegar casi tres horas de coche esta mañana, se quita los guantes mientras explica:

—Significa que está en vías de recuperación. No quiero dar un calendario concreto, pero diría que quizá con un par de semanas más de reposo podría al menos intentar volver a cantar. En ese caso, lo siguiente sería acudir al logopeda.

—O sea, hasta entonces, ¿que siga haciendo lo mismo que hasta ahora?

El doctor T. asiente, sentado en su taburete giratorio, con la mirada fija en mi garganta como si intentara ver su interior.

—Sí. Nada de chillar ni de gritar. Puede seguir con su vida normal, pero hablando poco. No se exceda.

Caleb me lanza una mirada.

—Eso significa evitar que Rita venga a Alberta. —Se vuelve hacia el doctor y añade—: La culpa de que le volviera a doler la tiene ella. Con alguna chorrada sobre que quería saber en qué punto estaba, lo obligó a que intentara cantar.

Al doctor T. se le salen los ojos de las órbitas, alarmado.

—¿Ha cantado? ¿Cuándo ha sido? Si se quiere curar, no puede hacer eso ni en broma. Ahora mismo, si canta antes de curarse del todo, sea cual sea la intensidad, podría cargarse todo lo que ha avanzado, Brody.

—Hay algunas cosas a las que no puedo decir que no —digo con voz ronca, superando el dolor recurrente en la garganta.

Como la boda en la que le prometí a un viejo amigo que cantaría, que es dentro de poco más de dos semanas.

Ambos hombres me miran y niegan con la cabeza, con un halo de decepción a su alrededor. Debería darme vergüenza, pero lo que estoy es, más que nada, cabreado. Rita sabe que no debería haberme presionado así. Trabaja para mí, no para Swift Edge Records. La orden de que me hiciera una prueba partió de Garrison Beckett, el director del sello discográfico al que vendí mi alma, pero fue Rita quien me la impuso a sabiendas de que no tenía derecho a hacerlo. Debería habérmelo pensado bien, pero, joder, la verdad es que la sensación de culpa tuvo mucho que ver con mi decisión.

Me cargué un montón de compromisos y le hice perder dinero a mucha gente cuando abandoné la gira de Killian antes de tiempo. Supongo que darles a Rita y a Garrison lo que querían era mi manera de devolvérselo. Fue una estupidez y una imprudencia, pero a lo hecho, pecho.

Garrison nunca reconocerá su responsabilidad por la implacable presión que ejerció sobre mí antes de la gira y por los efectos posteriores de esa presión. El daño que le provocó a mi voz, que, por suerte para todos, no es irreversible.

—Bueno, si quiere volver a cantar alguna vez, tendrá que aprender a decir que no.

El tono del doctor me pone tenso, pero asiento y digo:

—De acuerdo.

Caleb me da una palmadita en la espalda.

—Ya me encargo yo de que vaya por el buen camino, doctor. Nuestro chico se curará y estará listo en menos que canta un gallo.

—Bien. Diré en recepción que le programen una revisión dentro de dos semanas. Si para entonces la cosa pinta bien, hablaremos de los

pasos siguientes —dice el doctor T., y se pone de pie y abre la puerta de la consulta.

Una vez despachado, le doy las gracias antes de irme. La recepcionista evita mirarme a los ojos durante el tiempo que tarda en programarme la revisión y, no sé cómo, consigo ocultar mi incomodidad hasta que salimos.

Subo a la camioneta de Caleb tamborileando con los dedos en el muslo e ignoro el deseo incesante de comprobar si tengo mensajes nuevos en el teléfono. No me he separado del dichoso aparato en toda la semana, y con cada zumbido me da un vuelco el estómago.

Seguir refiriéndome a mi nueva amiga como Banana es un poco molesto, pero no he tenido el valor de preguntarle su verdadero nombre. Me parece demasiado atrevido, demasiado personal. Aunque nos hemos hecho amigos, y supongo que eso hace que las cosas personales sean algo más aceptables.

Se ha convertido en alguien que me escucha quejarme sobre lo que me ha ido mal durante el día y que me cuenta algo absurdo para hacer que me olvide de ello. Yo hago lo mismo con ella, aunque no soy ni mucho menos tan bueno en inventarme respuestas. No nos hemos hecho muchas preguntas sobre nuestra vida real, nada concreto que me pudiera dar ninguna pista de quién es fuera de nuestras conversaciones, pero tampoco parece que nos haya importado a ninguno de los dos.

Hasta ahora no le ha hablado a nadie de nuestras conversaciones, y quiero que siga siendo así todo el tiempo que pueda. No me avergüenzo de hablar con ella; nada más lejos de la realidad. Pero es como si quisiera protegerla a ella y nuestra amistad. Es algo comprensible…, ¿no?

Aprovecho el tiempo que estoy solo en la camioneta para rendirme a mi deseo y revisar el móvil. Los mensajes que me esperan calman un poco mi inquietud interior.

Banana
¿Tienes el pecho peludo?

Banana
¿Sabes qué? Da igual. Yo voto que no.

Yo no diría peludo. ¿Por qué? ¿Te van los pechos peludos?

Banana
No. Es que estaba viendo la tele y el forense le va a hacer la autopsia a un hombre que tiene el pecho tan peludo
como un perro. Me ha dado un escalofrío. Me gusta un poco de vello, pero no tanto.

Se abre la puerta de la camioneta y entra Caleb, así que me aguanto la risa. Envío una respuesta rápida y me escondo el teléfono

bajo el muslo.

¿Qué programa? Eso tengo que verlo.

Nunca veo la televisión. Nunca tengo el tiempo. Aunque, por alguna razón, de repente me interesa eso de lo que está hablando.

—¿Contento con la noticia? —me pregunta Caleb.

Trago saliva antes de responder.

—¿Qué?

—Que si estás contento con lo de estar curándote.

—Sí… ¿Por qué no iba a estarlo?

Enciende el motor y empieza a salir aire frío de las rejillas de ventilación mientras se calienta.

—Estás sonriendo. He supuesto que era porque estás contento de saber que lo más seguro es que puedas volver a cantar pronto. ¿Me equivoco?

—No. Aciertas de pleno —respondo, y se me evapora la sonrisa a medida que la vida real se empieza a imponer—. Estoy deseando volver al tajo.

CAPÍTULO TRECE

# Annalise

Los miércoles por la mañana en la peluquería son siempre bastante tranquilos. La mayoría de los días lo son en un pueblo tan pequeño como este, pero por lo general nos las arreglamos. Los miércoles son los días en que tenemos que rellenar el tiempo entre clientas limpiando, reordenando y cotilleando.

Como siempre, suena la música de Wanda por los altavoces. Suele elegir una lista de reproducción de pop alegre, pero hoy suena música country. Está bien variar de vez en cuando, y ni una sola de nosotras se ha quejado cuando hemos llegado a trabajar esta mañana.

La dueña de la peluquería es solo un poco mayor que yo, y, aunque nació y se crio en Cherry Peak, los cotilleos locales cuentan que no se suele quedar mucho tiempo en un sitio. No vaciló en darme trabajo el mismo día en que le pregunté si tenía alguna vacante, pese a que dudo que necesitara otra empleada en esta peluquería tan pequeña.

Se rumorea que Wanda es la hija pequeña de Lee Rose, una de las estrellas de country con más éxito de la historia. Nunca ha confirmado ni desmentido el rumor y, fuera o no decisión suya, no llevan el mismo apellido. Que tenga un padre tan famoso explicaría

su falta de preocupación económica en lo que respecta a tener el negocio lleno de empleadas cuando casi no entra dinero, pero eso no es asunto mío. Sea como sea, me cae bien.

Hablando del rey de Roma, me grita desde la trastienda:

—¡Anna, puedes ir a comer, si quieres!

Las demás chicas ya han hecho el descanso del almuerzo, pero yo lo he retrasado, porque aún me siento llena con los dos sándwiches y el café que me ha traído Bryce a casa esta mañana para desayunar. Me ha estado trayendo el desayuno cada dos días durante las dos últimas semanas en su camino al ayuntamiento. Nunca he tenido a nadie que se molestara en traerme algo de comer por la mañana o que se pasara a traerme comida al mediodía, pero entre Bryce y Poppy me he sentido… cuidada.

El dolor en el pecho se atenúa cada día, y los recuerdos de Stewart y nuestra relación se desvanecen con cada nueva jornada que paso en Cherry Peak. Nunca es fácil pasar página de una ruptura amorosa, pero rodearte de gente que se preocupa por ti y que quiere verte feliz lo hace más fácil.

—¡No tengo hambre! —Limpio el mostrador de recepción con el trapo que tengo en la mano y luego vuelvo a colocar el teclado en su sitio. Mientras le doy la vuelta a la taza de piruletas para que la parte de delante mire hacia la entrada, añado—. ¿Vas a salir?

—Tengo una ensalada en la mininevera. Gracias —responde.

Suelto un suspiro y cojo los productos de limpieza de la mesa, los cargo todos en los brazos y los vuelvo a poner en su armario en la pared del fondo. Mientras me dirijo a la entrada, se abre la puerta y resuena por toda la peluquería el tintineo de la campanilla que hay encima.

—¡Hola! ¿Tiene cit…? Ah. ¿Qué haces aquí?

Pongo una mano en el mostrador de recepción y apoyo la cadera, mirando fijamente a Brody, que tiene ya un pie en la peluquería. Vuelve a llevar un sombrero de cowboy y el pelo rubio oscuro rizado remetido debajo. Tiene las botas sucias como la última vez que lo vi, pero sus pantalones vaqueros parecen limpios. Lleva una camiseta negra lisa y lo bastante ceñida para que las mangas le aprieten los bíceps cuando se mete las manos en los bolsillos y entra del todo, dejando que se cierre la puerta sola.

Demoledoramente guapo. Así es él. Un peligro.

—Nunca me habían recibido tan bien en una peluquería, la verdad —bromea, quitándose el sombrero y sacudiéndose el pelo.

Ese movimiento atrae mi mirada y la atrapa antes de que pueda controlar mis emociones.

—Me honra ser tantas de tus primeras veces.

La impaciencia se le marca en los rasgos, y tengo que desviar la mirada.

—¿Está Wanda?

—Sí.

Enarca una ceja.

—¿Puedo hablar con ella?

—¿Te está esperando?

—No.

Me encojo de hombros, dejando todo el peso en un pie.

—Es una mujer muy ocupada.

—¿De verdad me vas a obligar a ir ahí detrás a buscarla?

Sin quitarle ojo, grito:

—¡Wanda, tienes visita!

—¡Salgo ahora a comer! —grita en respuesta.

«Mentirosa».

Con una falsa mueca de tristeza, le digo a Brody:

—Parece que no estás de suerte, tiarrón.

—Sí, claro —gruñe, y entonces intenta sortearme.

Me interpongo y le planto una mano en el pecho. Abre los ojos como platos, los baja adonde le estoy tocando y luego los vuelve a subir. Esa colonia absurdamente buena que lleva impregna el espacio entre los dos. Sus duros músculos laten cada vez más fuerte bajo mis dedos, y de repente caigo en la cuenta de que es el latido de su corazón. Retiro la mano igual de rápido que lo he tocado y la dejo caer a un lado.

Carraspeo, haciendo caso omiso a las mejillas que me arden, y digo:

—No me vas a ensuciar el suelo que acabo de fregar con tus botas llenas de barro. Primero te las quitas. Supongo que vienes a que Wanda te corte el pelo, ¿no?

—Siempre me lo corta ella. —Lo dice con una voz más grave de lo habitual; su enfado conmigo parece más que evidente.

—Hoy lo haré yo. Quítate las botas y siéntate en la última butaca. —Señalo con un gesto la silla que hay más al fondo.

No se mueve.

—¿Quieres que me fíe de ti con unas tijeras tan cerca de mi cuello?

—Es eso o que te siga creciendo el *mullet*.

—No llevo *mullet*.

—Ah, ¿no? —No lo tiene. Puede que tenga el pelo largo, pero lo lleva bien cuidado y la parte delantera apartada de la cara—.

Supongo que prefieres venir ahora porque todo el mundo se ha ido a comer, así que yo me daría prisa en decidir qué quieres antes de que vuelvan.

Le doy la espalda e ignoro su mirada encendida en la espalda y empiezo a trastear en mi estación. Ya lo tengo todo fuera y listo para empezar gracias al tiempo extra que me he pasado esta mañana organizándolo, pero necesito algo con que mantenerme ocupada hasta que él se aclare de una vez.

Aunque tenerlo cerca me encienda una llama de inquietud en el estómago, también hay algo más. Una atracción abrasadora que lucha por enredarme la lengua en cuanto cruzamos la mirada. De una atracción así no puede salir nada bueno, sobre todo cuando va de la mano de una sensación tan fuerte de irritación.

Es el mismo hombre que me juzgó de manera injusta y desagradable, y que ni siquiera se ha dignado a disculparse aún. Estoy segura de que él no siente esta misma atracción hacia mí; sus miradas indignadas y sus comentarios groseros me lo han dejado muy claro.

Solo me ofrezco a cortarle el pelo para que se vaya lo antes posible. No pienso dejar que contamine mi espacio de trabajo con su energía tosca de macho alfa, eso lo tengo claro.

—Vale —acepta, aunque a regañadientes.

Miro por encima del hombro las botas que aún lleva puestas.

—Primero, las botas.

Con los hombros rígidos, se quita las botas una por una y luego las aparta a un lado. Madre mía, si es que le quedan bien hasta los calcetines gordos de lana.

—¿Cuánto hace que trabajas aquí? —pregunta, una vez sentado en la silla.

Es tan alto que, para llegarle a la coronilla, tengo que bajar el asiento todo lo que da. Incluso así no es la altura perfecta, pero ya me las apañaré. Le pongo la capa negra por encima de los hombros y se la engancho por detrás; luego cruzamos la mirada en el espejo.

—Hace unas semanas —contesto—. ¿Cómo quieres que te lo corte?

—Nada, unos cinco centímetros. Mi abuelo me ha estado dando por saco por dejármelo crecer tan largo.

Antes de convencerme de no hacerlo, deslizo los dedos por los rizos que tiene en la base del cuello. Tiene un cabello sorprendentemente suave y grueso, de rizos fuertes. Finjo no notar que se le pone la piel de gallina por todo el cuello y retiro la mano.

—Vale.

—¿Quieres que te lo lave?

—No, tengo que volver al rancho cuanto antes.

Asiento y cojo mi botella de espray y le empiezo a mojar el pelo. Sea él consciente o no de que no ha dejado de mirarme fijamente en el espejo, no puedo evitar sentir la presión de hacer un buen trabajo. ¿En serio quiero ser la mujer conocida como la razón por la que Brody Steele empezó a llevar el pelo al cero, porque se lo cortó fatal?

Centrándome en mantener la atención en su pelo y no en sus ojos azul oscuro que observan cada uno de mis movimientos, dejo a un lado el espray y saco el peine de mi delantal. Me tomo un tiempo para deshacerle los nudos y luego levanto un poco de pelo entre los dedos para que lo vea.

—¿Así está bien?

No llega a los tres centímetros, pero prefiero empezar por poco. Para ser sincera, le queda bien el pelo más largo. Le da un aspecto más curtido, aunque estoy segura de que a alguien tan guapo como él también le quedaría bien el pelo corto.

Me cago en todo. «Para ya, Anna».

—Sí, así está bien —dice.

Asiento y me concentro en mi trabajo y no en lo bien que huele o en cómo le da un escalofrío cada vez que le rozo la parte posterior de la oreja con el dedo. El primer tijeretazo que le doy corta de raíz todos esos pensamientos, y suelto una pregunta a ver si sirve para distraerme.

—¿Y qué haces en el rancho?

Parpadea dos veces, sorprendido por mi pregunta, por lo que se ve.

—Lo que me ordena mi abuelo.

—Eso es poco concreto.

—¿De verdad quieres saber algo sobre mí? ¿No me estás haciendo preguntas solo por evitar un silencio incómodo? —replica.

—¿Acaso importa? —Sigo cortándole el pelo de la nuca, yendo lentamente hacia la parte delantera—. Teniendo en cuenta lo a menudo que nos encontramos, quizá sería mejor que no nos enzarzáramos en una pelea de gatas cada puñetera vez que hablamos.

—¿Y preguntarme por mi trabajo servirá de algo?

Frunzo el ceño y miro por fin su rostro expectante en el espejo. Me observa con los ojos ligeramente entrecerrados, como si quisiera

leerme el pensamiento. Si lo lograra, tendría su momento de gloria con lo que se encontraría.

—¿Eres siempre tan cabezón? —pregunto.

—La verdad es que no.

—O sea, que todo esto es un teatrillo para mí, ¿no?

—Si quieres verlo así, pues, sí, claro. Es que no me gustan las impostoras. Nunca he querido contarle todos mis secretos a una.

Hago una pausa ante su tono arrogante, con las tijeras a punto de cortarle un mechón demasiado corto.

—¿Piensas que soy una impostora?

—Ah, ¿no lo eres? ¿Con ese vestuario cowboy prestado y ese dramático grito ahogado cuando me viste por primera vez en el Peakside? Bryce y Poppy son demasiado buena gente como para intentar emparejarme con alguien, así que debo suponer que montaste un numerito lo suficientemente creíble como para convencerlas de que te llevaran adonde yo estuviera.

A pesar de lo que piensa de mí, mi reacción de sorpresa es genuina. Igual que el dolor en mi mirada, que veo reflejada en el espejo.

Suelto el pelo que tengo entre los dedos y guardo las tijeras y el peine en el delantal. No entiendo el fogonazo de culpa que le atraviesa el rostro mientras miro el reloj del mostrador de recepción, inspiro durante tres apacibles segundos y luego espiro.

Cuando lo vuelvo a mirar y le hablo, lo hago con una voz fría como el acero:

—Si no te importa esperar, las demás chicas volverán en cualquier momento. Estoy segura de que a cualquiera de ellas le encantará acabar esto.

—Mierda —masculla, tragando saliva—. No debería haber dicho eso.

—Pero lo has dicho.

—Porque soy un capullo. Lo siento. No pares, por favor.

En contra del sentido común, asiento y vuelvo a sacar lentamente las tijeras y el peine.

—Vale.

Se restriega una mano por la cara, y sus siguientes palabras parecen desesperadas.

—No suelo ser así.

—Hace un mes que me trasladé aquí porque necesitaba empezar de nuevo. No porque fuera fan tuya o quisiera tener la oportunidad de conocerte. No soy ninguna impostora; solo quiero integrarme. La ropa y las botas fueron cosa de Poppy. Y lo del bar también —le explico.

Sé que no tengo por qué explicarle nada, pero ¿este pleito? No es lo que tenía en mente cuando decidí empezar una nueva vida. Sobre todo, un pleito alimentado por la opinión errónea que tiene un hombre de mí. Soy suficientemente madura para pasar por alto esas cosas y empezar de nuevo, aunque solo sea para no tener que preocuparme de encontrarme con él en algún sitio y empezar una pelea dialéctica.

—Te has trasladado aquí para empezar de nuevo, y yo he vuelto para huir. Tiene gracia —dice con cierta brusquedad.

Me entran ganas de hundir los dedos en esa confesión y desmenuzarla capa por capa, pero tengo la sensación de que me haría salir corriendo y dejándole la cabeza a medio cortar. En su

lugar, le dedico una sonrisa suave al espejo y reanudo el corte, con un silencio distinto, más sencillo, entre nosotros.

CAPÍTULO CATORCE

# Brody

Según mi abuelo, no me he cortado el pelo lo suficiente. Tenía la sensación de que me diría eso a no ser que le pidiera a Anna que cogiera una esquiladora y me dejara calvo, pero me sigue fastidiando oír sus comentarios mordaces.

Desde entonces, llevo un par de días atrincherado en el taller. O escondido, más bien. Ya soy demasiado mayor para andar evitando al viejo, pero prefiero llevar el pellejo a cuestas y no colgado de la valla trasera, y ahora mismo tengo la sensación de que si me acerco a él, no me podré controlar.

Las semanas de tensión y de sentimientos no expresados con respecto a mis acciones pasadas han mantenido a todo el rancho en vilo, en constante espera de una explosión. El hecho de que no haya habido ninguna aún es alarmante. Todo el mundo tiene algo que decir sobre mi marcha, excepto mi abuelo. Él se ha limitado a centrarse en sacarle punta a los mil y un detalles que, según él, estoy haciendo mal.

Banana
Hoy estás un pelín arisco.
¿Quieres hablar de algo?

Vuelvo a pensar en el mensaje que he visto antes de salir a por el almuerzo y frunzo el ceño. Cuando me levanté esta mañana estaba de un humor de perros, y no me di cuenta de que mi actitud había viajado por el ciberespacio. Hablar con ella se ha convertido en lo único que espero con ilusión cada día.

Sigo sin saber quién es o qué aspecto tiene aparte de esa foto tan particular y, por más que deteste reconocerlo, eso también me empieza a frustrar. Tendría que estar delirando para negar que quiero conocerla en persona.

¿Nos llevaríamos tan bien como ahora? ¿Escucha mi música? ¿Me lo reconocería en persona? ¿Cambiaría algo entre nosotros cuando supiera quién soy?

Apago el motor negando con la cabeza, abro nuestro largo hilo de mensajes y le contesto.

Perdona. No es nada, dramas familiares.

El aparcamiento del súper está casi vacío, y estoy seguro de que los pocos coches que hay son de los empleados. Me quedo aún en la camioneta, retrasando salir a la nieve. Sin embargo, el calor se empieza a disipar cuanto más tiempo paso aquí, y, en el momento

en el que me suena el teléfono, el frío del exterior se está comenzando a colar.

Banana
Ay, qué me vas a contar. ¿Qué te parece si tú compartes algo y yo hago lo mismo?

Vale. Mis abuelos me guardan rencor por decisiones que tomé hace unos años. Nunca me lo han perdonado.

La falta de vacilación por mi parte debería ser alarmante, pero no lo es.

Te toca.

Banana
Mi padre intentó sabotear la relación de mi hermana con su actual marido porque es un cabrón egoísta. Ahora ya no le hablamos ninguna de las dos.

Respiro hondo.

Lo siento.

Banana
Yo también.

¿Lo echas de menos?

Aparecen los tres puntos durante más tiempo del habitual mientras teclea, pero no llega a enviar el mensaje. Estoy preparado para retirar mi pregunta cuando responde.

Banana
Es mi padre. Creo que una parte de mí
siempre lo echará de menos, pero jamás le perdonaré lo que hizo. Por esa razón, voy a seguir viviendo mi vida sin que él
ocupe un lugar en ella.

Banana
¿Echas de menos a tu abuelo?

No lo he perdido. ¿Cómo lo voy a echar de menos?

Banana
No hace falta perder a alguien para echarlo de menos. No físicamente.

Releo el mensaje una y otra vez, tratando de entender cómo puede captar mis sentimientos con tanta facilidad. Cambio de tema, sintiendo una presión en el pecho, y me centro en su confesión.

Tu padre no te merece. Tu valentía es encomiable.

Banana
Gracias. La tuya también. No podría estar diariamente con alguien que me guardara rencor.

Por eso mismo he estado arreglando muchas camionetas. Resulta que mientras estuve fuera no se me olvidó nada.

Banana
¿Me dirás algún día adónde te fuiste?

Escribo un mensaje y lo borro enseguida. ¿Se lo contaré algún día? Quiero hacerlo, pero así no. Así como estamos hablando ahora… Si decidiera decirle quién soy, no sería sin antes saber quién es ella.

¿Quedarías conmigo en persona?

Banana
¿Eso quieres?

Creo que sí.

Banana
Empecemos por llamarnos por teléfono y vamos viendo.

Me da un vuelco el estómago. De repente, mi cuerpo ni siquiera nota el frío exterior, pues la piel se me calienta por sí sola.

Tú dirás cuándo.

Banana
Ya te diré algo. Te tengo que dejar, pero ¿hablamos más tarde?

Durante el mes pasado hemos hablado cada día. Como si fuera a cambiar eso ahora. Llegado este punto, dudo incluso que sea posible. Le he cogido cariño.

Sí, claro. Adiós, Banana.

Su despedida me llega al instante, y luego me guardo el teléfono en el bolsillo y salgo al frío exterior.

* * *

Con una bolsa de cecina en una mano y una botella de Coca-Cola en la otra, recorro la tienda hasta las cajas de la entrada. Mis botas mojadas chapotean en el suelo de baldosas y el ruido me rechina por toda la columna. Por lo menos la calefacción está a tope para combatir el frío.

Salir del rancho para pillar algo de almuerzo es algo prácticamente inaudito, teniendo en cuenta que el lenguaje del amor de mi abuela siempre ha sido alimentar bocas hambrientas, pero hace ya unos días que me salto la mayoría de sus comidas.

Me encanta cómo cocina, pero la compañía que comporta, no tanto. Pasarme media hora comiendo en tensión, con mi abuelo y sus miradas fulminantes al otro lado de la mesa, no es mi ideal perfecto de descanso. Así que llevo unos días conduciendo cada tarde hasta el pueblo, pillando algo para calmar el hambre y llevándome la cena directamente al taller cada noche. Es un milagro que aún no me hayan llamado la atención por ninguna de las dos cosas.

Hoy solo hay una caja abierta, y parpadeo dos veces cuando me fijo en la mujer que está colocando su compra en la cinta transportadora. Contengo el impulso de pasarme los dedos por el pelo, y la sensación fantasmal de ella haciendo eso mismo el otro día me embiste de frente.

No era ella quien se suponía que tenía que cortarme el pelo, pero qué narices: iba a aceptar su ayuda y seguir adelante. No fue mi intención tratarla tan mal, y me he arrepentido de haber sido el causante de esa mirada herida en sus ojos desde el momento en que apareció. Me equivoqué al juzgarla y no se lo merecía.

Solo espero que mi disculpa por todo sea suficiente.

Anna conversa con el cajero con una sonrisa relajada en el rostro y, por algún motivo, casi siento celos de la tranquilidad con la que habla con él. Entre nosotros nunca ha existido esa tranquilidad. No he permitido que existiera.

Él le pregunta si quiere una bolsa, y ella asiente, se la coge de la mano extendida y empieza a guardar lo que ha comprado. Entrecierro los ojos y veo su ensalada y su sándwich preparados, y supongo que también debe de estar en su pausa para comer.

Llego a la caja y dudo de si dejar mi compra sobre la cinta. Anna está de espaldas a mí; aún no me ha visto. Hoy lleva el pelo recogido, y la melena lisa se bambolea hacia atrás y hacia delante sobre su espalda.

Lleva otra vez esa chaqueta, la que no calienta suficiente. De su bolsillo izquierdo sobresalen unos mitones rosas, con lo que al menos no lleva los dedos expuestos al frío. Sin embargo, tiene la punta de las orejas rojas, así que no se ha puesto un gorro.

Cuando acaba de meter sus artículos en la bolsa y se da la vuelta, me ve y da un respingo entreabriendo los labios rosados. Me río, y levanto la cecina y la agito en señal de saludo.

—Empiezo a pensar que me estás siguiendo —dice.

La ligera sonrisilla delata que el concepto la divierte.

Finalmente, dejo las cosas en la cinta y me acerco. Es mucho más baja que yo, y parece que eso le molesta, a juzgar por la manera en que corrige la postura para aparentar ser lo más alta posible.

—Solo soy un hombre en busca de algo para comer —contesto.

Baja la mirada a mi almuerzo, que está sobre la cinta.

—Te tenía por alguien del tipo Coca-Cola Cherry.

—No me van las cosas demasiado dulces.

—Entonces ¿cuanto más amargas, mejor? —me reta, y el doble sentido de sus palabras me llega al alma.

No puedo contener la risa que se me escapa. El cajero observa nuestra interacción sin perder ripio, tomando nota de todo, sin duda, para contárselo más tarde a sus amigos. Me da igual lo que haga con esa información, y eso me sorprende.

—¿Piensas pagar en algún momento? —replico, cambiando de tema, sin darle una respuesta a su pregunta.

—Sí —murmura. Se acerca al datáfono, el cajero lee cuánto debe y ella rebusca en el bolsillo de la chaqueta en donde están arrebujados los mitones. Cuando saca la mano, se sonroja—. No me jodas.

El tono nervioso de su voz me pone en alerta.

—¿Qué pasa?

—Me he dejado la cartera en la peluquería.

Oh. Encojo un hombro y miro al cajero.

—Añade mis cosas a las suyas y lo pago yo.

—Vale —dice, y me coge la cecina de ternera.

Anna se me echa encima.

—¡No! No me vas a invitar a comer.

—¿Por qué no?

—Porque no quiero.

Me río con una media sonrisa.

—Considéralo una disculpa de verdad.

—Ya te disculpaste —señala, con esa maldita cabezonería suya.

No me extraña que choquemos tanto. Compartimos uno de los rasgos más polarizadores.

No le contesto hasta que el chico ha acabado de escanear mis cosas y me dice el nuevo total. Apenas se ha oído el sonido de mi tarjeta al pasar por la máquina cuando ella me da un manotazo en la mano.

Me río, giro la mano y le cojo la suya y se la aparto del lector de tarjetas. Al agarrarla, noto su palma suave y cálida, y los dedos mucho más pequeños que los míos. Son delicados. Fijo que a ella le horroriza el estado de mis manos. Las cicatrices y los callos deben de ser muy desagradables.

Volviendo en mí, le suelto la mano y le doy las gracias al cajero; después paso por delante de Anna y meto mis cosas en su bolsa de la compra.

—¿Vuelves ahora al trabajo? —le pregunto mientras salimos, con la bolsa en mi mano izquierda.

El viento aúlla al abrirse las puertas automáticas, y salimos. Ella se estremece, movimiento que provoca que nuestros brazos se rocen y que la tela fina de su chaqueta me moleste aún más. Cuando saco los mitones de su bolsillo y se los doy, no forcejea para quitármelos y ponérselos.

—Sí. Vine caminando, lo que seguramente no ha sido lo más sensato, pero todavía no me gusta conducir por estas carreteras.

¿Se ha sonrojado por el frío o por la vergüenza?

—¿De qué parte de la Columbia Británica eres?

—De Vancouver.

Asiento, divisando mi camioneta en el aparcamiento. Algo me araña el subconsciente, una súplica para que valore si de verdad voy a dejar que esta mujer vuelva andando a la peluquería con este puto frío. Sobre todo, con esa maldita chaqueta.

—Entonces, esto es del todo nuevo para ti. ¿Aún no has conducido mucho por aquí?

La pregunta le hace apartar la mirada.

—De hecho, ni una sola vez. La sola idea de derrapar y perder el control del coche me aterra.

Dejamos de caminar al llegar a la entrada del aparcamiento y suelto un largo suspiro. El ángel de mi hombro derecho sonríe orgulloso. Joder, estoy a punto de hacerlo.

—Te llevo —resoplo.

Ella vuelve rápida la cabeza en mi dirección, con la mirada rebosante de curiosidad.

—¿A la peluquería?

Inspiro hondo.

—A la peluquería. A casa más tarde. Al trabajo mañana. Tú solo dime cuándo.

—¿Te estás ofreciendo a ser mi chófer? —Suena incluso más absurdo saliendo de sus labios.

—No me obligues a retirar la oferta.

—¿Es esto todavía parte de tu disculpa?

—Mi abuela me pegaría una paliza si permitiera que sigas caminando a la intemperie con este tiempo. Y además va a empeorar. Esto no es nada comparado con lo que vendrá en enero.

Hacerme el tonto no ayuda en nada a dejar de sentirme como un idiota. No tengo tiempo de hacerle de chófer por el pueblo. Ya estoy traspasando todos los límites saliendo cada día a la hora de comer. Será un milagro que me pueda escabullir del rancho por la mañana cuando todo el mundo se haya levantado y anden ajetreados de acá para allá.

—¿Estás seguro? —pregunta, con una voz que de repente suena tímida. El cambio de tono es tan inesperado que no puedo evitar reparar en él—. Yo trabajo de lunes a viernes de nueve a cinco.

Me obligo a asentir.

—Estupendo.

—Si estás seguro… La verdad es que sería muy amable de tu parte. Gracias.

El agradecimiento que resplandece en sus ojos al levantar la vista para mirarme es casi excesivo. El castaño es ahora casi más suave que antes, cálido como chocolate derretido. Siento un nudo en el pecho y, antes de advertir qué está pasando, le sonrío.

Sonrío como si no acabara de complicarme la vida con una mujer que hace tres días me hizo querer gritarle a la almohada.

Genial.

CAPÍTULO QUINCE

# Brody

El radiador de mi camioneta calienta a tope la cabina mientras espero delante de la peluquería esa misma tarde.

El sol ya se ha puesto, a pesar de que apenas acaban de dar las cinco. En su ausencia, casi no hay luz suficiente en la calle, y tomo nota mental para comentarle a Wanda que ponga algo más de luz en el exterior. Cherry Peak es bastante seguro, pero saber que Anna —o cualquier mujer— ha ido caminando a casa sola en la oscuridad no me hace mucha gracia.

Recordar por qué estoy aquí hace que dirija la mirada a la prenda de abrigo que hay en el asiento del copiloto. He rebuscado de arriba abajo en mi armario alguna prenda que ni la asfixiara ni estuviera muy sucia, y he dado con esta. Gruesa y forrada con borreguillo por dentro y en el cuello alto; es la mejor chaqueta que tengo y la más limpia. No sé ni siquiera si la aceptará, pero no he tenido tiempo de pasarme por la tienda a cogerle una, y, si lo hubiera tenido, tampoco sé qué le habría gustado.

Joder, es que no la conozco lo suficiente ni para escogerle una chaqueta de invierno. ¿Qué me hace pensar que tengo derecho a tirarle una de las mías y esperar que se la ponga?

Deben de ser mis modales. Me educaron para dar prioridad siempre a las mujeres, independientemente de la relación que tuvieran conmigo. Es eso. Estoy siendo considerado y protector de una manera muy normal. ¿Qué clase de hombre sería si dejara que Anna se siguiera muriendo de frío cada vez que sale a la calle?

Cierro los ojos y apoyo la frente en el volante. Si me viera mi abuela ahora mismo, perdería la chaveta. No tardaría en hacer sonar las campanas de boda y llamar a todos los parientes vivos de los Steele para darles la noticia. Precisamente por eso le he mentido al salir antes de la cena.

Por lo que respecta a todos en el rancho, he empezado a reunirme cada tarde con un miembro de Swift Edge Records que está en el pueblo para controlarme.

Tengo fe en que no será mentira durante mucho tiempo, a pesar de que no me apetece lo más mínimo que me hagan sentir culpable para volver al trabajo. Solo es cuestión de tiempo que Harrison envíe a alguien a manipularme para que regrese pronto al tajo o para recordarme que mi próximo álbum tiene que estar acabado a finales de año.

Me sobresalto cuando se abre la puerta del copiloto y Anna salta al interior de la camioneta como si lo hubiera hecho mil veces, y no solo una vez, esta misma tarde, al traerla de vuelta al trabajo. Antes de sentarse del todo, se sostiene por encima del asiento y coge la chaqueta, y entonces se encuentran nuestras miradas.

—¿Puedo quitar esto? Es que no quiero sentarme encima.

Se me hace un nudo en la garganta cuando le digo:

—Es tuya.

—¿Mía? —repite, con un ligero desconcierto en la voz.

Me rasco la nuca, que de repente me arde.

—No puedes ir caminando por el pueblo en pleno diciembre con la chaqueta esa que llevas. Si no quieres esta, no me ofenderé. Pero, por favor, úsala hasta que te hagas con otra.

Algo demasiado parecido al dolor cruza su rostro. Frunzo el ceño ante esa reacción inesperada mientras la culpa me arde en el estómago. En mi cabeza se encienden las alarmas cuando parpadea, gira rápidamente la cabeza hacia un lado y levanta una mano para pasársela por la mejilla.

—No quería disgustarte. —Las palabras me salen a trompicones, incómodas.

«Mierda».

Sacude la cabeza con furia, como si estuviera enfadada.

—Apenas me conoces. Bueno, apenas me soportas.

—Apenas nos soportamos —la corrijo, intentando aligerar el ambiente.

No funciona.

—Y, aun así, ¿se te ha ocurrido traerme una chaqueta para que no me congelara? ¿Tu chaqueta?

—Ya no la uso. —Como si fuera una razón válida.

—A la mayoría de la gente eso no le importaría —susurra.

No sé qué responder a eso. Tiene razón, y los dos lo sabemos.

Tras un instante, se vuelve de nuevo hacia mí y busco lágrimas en su cara. La idea de que le dejen marcas en sus rosadas mejillas no me gusta. Pero no queda señal alguna tras frotarse la cara. En cambio, tuerce la boca.

—¿Me la puedo poner ahora?

Me recupero de la sorpresa y asiento.

—Sí. Sí, por supuesto.

La cabina de la camioneta es lo bastante amplia para que no tenga que retorcerse demasiado para quitarse la chaqueta demasiado fina, dejársela en el regazo y meter los brazos en la mía…, la suya.

Es por lo menos dos tallas más grande que la que llevaba, pero, dándole una vuelta a las mangas, le queda bien. Al menos es calentita, y evitará que se ponga azul con las verdaderas temperaturas invernales que se avecinan. Su aprobación le ilumina la cara y toda la puñetera camioneta.

—Es perfecta. Gracias.

—No hay de qué.

Se sube la cremallera y se frota las mejillas con el forro del cuello.

—Siento haber salido un par de minutos tarde hoy; he tardado más con una clienta. Intentaré asegurarme de que no vuelva a pasar si sigues queriendo llevarme a casa.

—No pasa nada. —Me recoloco en el asiento, espero a que se abroche el cinturón y entonces pongo la marcha atrás. Esta noche hay un silencio sepulcral en Main Street, sin otros coches en la carretera al alejarnos de la peluquería—. De todas maneras, por las tardes no tengo mucho que hacer. ¿Dónde te dejo?

—Vivo en una de las primeras casas de Second Street. En la del tejado rojo.

—Ya sé dónde es. La que tiene un manzano silvestre delante de la puerta trasera, ¿no?

Por más tiempo que pase, no se me nublará el recuerdo de cada rincón y recoveco de este pueblo.

—Esa misma. ¿Y dices que no sales todo el tiempo con tus amigos después de un largo día de trabajo? Pensaba que te pasarías casi todas las noches con ellos en el Peakside.

—A Caleb le encanta arrastrarme a salir con él, pero en realidad debería estar descansando y no saliendo con él y sus amigos a emborracharme en un karaoke. —La miro y la pillo frunciendo el labio como si estuviera reprimiendo algo—. Me puedes preguntar lo que quieras.

—¿Seguro?

—Sí. Si no quiero responder a algo, no lo haré.

Hay algunas cosas de las que no me puedo esconder, y que Anna sepa quién soy es una de ellas. Imagino que no debe de ser fácil estar cerca de alguien rodeado de tanto drama como yo sin hacer preguntas.

Mis luces delanteras se reflejan en la nieve del cruce cuando nos detenemos en un semáforo en rojo. Anna tamborilea con los dedos sobre la consola central y dice:

—Me parece justo. A ver, ¿cómo es de grave lo de tu voz? En los medios fueron muy imprecisos, y tampoco es que le prestara mucha atención hasta que, en fin, te vi aquí.

Me corroe más la culpa por juzgarla la primera vez que nos vimos. No podía haber estado más equivocado con ella.

—Lo bastante grave como para que me dieran permiso para abandonar la gira y volver a casa. Podría haber sido peor, pero también podría haber sido muchísimo mejor.

—¿Cuánto tiempo más estarás en casa?

Algo me revuelve el estómago. La idea de volverme a ir…

—Por lo menos un mes más.

—¿Y eso te fastidia?

—Nashville es muy distinto de Cherry Peak —es lo único que digo.

—¿Si pudieras, te quedarías aquí para siempre?

Cuando la vuelvo a mirar, ya me observa pensativa.

—No lo sé. Aunque Nashville nunca estuvo en mis planes. —Aparece la señal de Second Street y aprovecho y le paso el testigo —. ¿Tú tienes intenciones de quedarte mucho tiempo por aquí?

—Todo lo que pueda. Me gusta esto.

—Si te quedas, tendrás que aprender a conducir con este tiempo. Lo sabes, ¿verdad? —bromeo.

Su risa es cálida, acogedora. Me gusta.

—¿Por qué iba a hacer eso si te tengo a ti para llevarme de aquí para allá?

Me uno a su risa.

—Tu argumento es muy sólido.

—Más vale maña que fuerza, Brody.

—Quizá debería llevarte al rancho algún día. A mi abuelo le vendría bien que le dieras una buena tunda verbal sobre ese tema.

Titubea.

—¿El abuelo Steele te está exprimiendo últimamente, o qué?

Si la oyera hablar así de él, se llevaría un buen disgusto. La idea de presenciar ese momentazo me divierte horrores.

—¿Últimamente? El trabajo duro es su gasolina. No hay nada que le guste más que evitar una solución alternativa a un problema solo porque es demasiado fácil o porque no es como se lo enseñaron a él cuando era joven.

Las quejas parecen salir de mis labios por cuenta propia. Sin apenas tiempo de sentirme culpable por ello, Anna vuelve a hablar,

habiendo digerido ya todo lo que le acabo de confesar.

—¿Es eso raro en un ranchero de la vieja escuela?

Ralentizo la camioneta cuando diviso su casa y sopeso dar una vuelta solo para hablar más con ella, pero mando esa idea a tomar viento.

—En absoluto. Pero los tiempos están cambiando. Muchas veces no tiene en cuenta mis ideas, y creo que es porque no quiere cargar con las responsabilidades que conlleven cuando, inevitablemente, me vuelva a marchar. No puedo prometerle nada.

—¿Y si no fuera inevitable? ¿Y si te quedaras?

Sopeso las preguntas, deseando tener una mejor respuesta. Pero la única que quiero dar es imposible. No en un futuro próximo.

—No tiene sentido esperar lo imposible.

—Lo siento, Brody —dice.

Me encojo de hombros, restándole importancia, pese a que cada vez siento una presión mayor en el pecho.

—Gracias por escucharme. Siento haberte soltado todo este rollo.

—Te he preguntado yo. A pesar del difícil inicio de nuestra relación, me gustaría que fuéramos amigos. Estas son las cosas que los amigos saben los unos de los otros.

Me paro delante de su casa, pongo la camioneta en punto muerto y me giro para mirarla bien, y contemplo su tímida sonrisa y sus ojos cautos. Lo más probable es que le preocupe que la rechace, y no la culpo. No después de todo lo que he hecho y dicho hasta ahora.

Me he disculpado por meter la pata, y ahora tengo que ganarme el perdón que me ha ofrecido. Me sorprende mucho darme cuenta de que quiero hacerlo y, a la vez, conocerla mejor.

—A mí también me gustaría que fuéramos amigos, Anna.

Sus tímidos ojos ganan más confianza cuando alarga el brazo desde la consola y me da una palmadita en la espalda, y dice:

—Entonces, mañana por la mañana nos vemos, amigo.

Y luego se desliza en el frío de la noche, arrebujada en una chaqueta con la que puedo estar tranquilo sabiendo que no le castañetearán los dientes, y con unos mitones rosas en las manos.

No salgo para casa hasta que ha entrado y me dice adiós desde la ventana delantera. El trayecto es tan silencioso como todos los que he hecho antes de hoy, y me doy cuenta de que echo de menos su cháchara el rato entero.

CAPÍTULO DIECISÉIS

# Annalise

—Nos has estado engañando —refunfuña Bryce, apoyando la cabeza en mi hombro.

Mis amigas llevan en un estado de incredulidad desde que llegaron cargadas con la comida para llevar y descubrieron mi nueva chaqueta en el perchero. A Poppy casi se le cae la bolsa de hamburguesas y patatas fritas por toda la alfombra, mientras Bryce me cogía de los hombros y me sacudía un par de veces preguntándome si era yo de verdad y no un clon.

—Será mejor que os sentéis para escuchar esto —les digo, y les cuento toda la historia de Brody apareciendo para salvarme como un auténtico héroe.

Llevamos desde entonces acurrucadas en el sofá.

Poppy se mete una patata en la boca y mueve la mandíbula sobre mi hombro mientras mastica. Tenemos las piernas extendidas y los pies cruzados sobre la suave otomana. Estoy en el medio del sándwich, atrapada entre las dos.

—Esto es lo último que esperaba de vosotros dos —declara Poppy.

—¿Y qué esperabas? —pregunto.

—Hum. Me imaginaba algo sacado de una de mis novelas románticas favoritas. Una trama del rollo de enemigos a amantes

con peleas continuas hasta que ya no pudierais negar vuestros sentimientos y acabarais follando como animales rabiosos.

Me ahogo de la risa; menos mal que no tenía un trago de refresco en la boca.

—Tienes una imaginación fascinante.

—Deberías haberla oído cuando éramos adolescentes. Si yo no la hubiera obligado a salir al mundo real, se habría quedado a vivir entre las páginas de un libro —dice Bryce.

Poppy le para los pies.

—Ahora mismo no estamos hablando de mí, sino de Brody y Anna.

—No existe ningún «Brody y Anna». Apenas puede decirse que seamos amigos.

Bryce intenta ocultar una risa tras el puño, pero fracasa estrepitosamente. Me la sacudo del hombro y le lanzo una mirada asesina.

—No me mires así, Anna. ¿Tú crees que Brody Steele te daría su chaqueta si no le gustaras? No me digas que Stewart se cargó todo el romanticismo que había en ti.

—Brody apenas habla con las mujeres del pueblo. Aparte de lo que dicen saber las revistas del corazón, no creo que haya salido con nadie desde la universidad —agrega Poppy.

Me mantengo firme.

—No saldría nada bueno de enamorarme de este tío. No es solo que acabamos de enterrar el hacha de guerra, sino que además se va dentro de un mes. Su estancia aquí es temporal.

—Y una mierda, temporal —masculla Poppy, y la fulmino con la mirada.

—No empieces.

Balancea las manos y las deja caer de un modo teatral sobre el regazo con un sonoro suspiro.

—Nunca lo sabrás si no lo intentas. E ignorar lo obvio no es intentarlo.

—Aun así, te podrías acostar con él —dice Bryce como quien no quiere la cosa.

Hasta que conocí a Bryce, nunca había conocido a nadie tan cómoda con el sexo y con su sexualidad en general. Es refrescante ver una mentalidad así.

Nunca he estado en contra del sexo sin compromiso, pero no lo he practicado muy a menudo. No tengo la capacidad de gestionar la falta de conexión emocional con alguien. Quizá no sea una mujer que se pase toda la vida soñando con una historia de amor de cuento de hadas, pero sí que quiero encontrar a un compañero de verdad. El matrimonio no entra en mis planes, pero sí que sigo interesada en todo lo demás. ¿Quién no quiere a alguien con quien compartir la vida? ¿Alguien a quien querer y que te quiera?

Pese a todo lo que Stewart me hizo y rompió en mi interior, esos deseos siguen intactos. No quiero quedarme soltera para toda la vida. No me destrozó ni a mí ni a mis sueños. Solo mi corazón. Ese que estoy recomponiendo de manera lenta pero segura.

—El sexo sin compromiso con Brody no sería tal. Al menos para mí. —Nuestras diferencias no importarían. Cuando llegáramos a ese nivel de intimidad, me enamoraría hasta las trancas de él. Todo tendría mucho más significado—. Y no nos precipitemos. No me ha dado ninguna pista de que piense en mí de esa manera, y seguramente no lo haga.

Esta charla solo me va a llevar a buscar alguna señal de interés, y acabaré más decepcionada que otra cosa cuando no la encuentre.

—No te culpo por eso —dice Poppy suspirando—. Pero mantennos informadas de cómo va la cosa los próximos días. Mañana por la mañana pasará a recogerte, ¿no?

—Sí.

—Deberías llevarle un café o algo —sugiere Bryce, y, cuando advierto la ligera curva de sus labios, pongo los ojos en blanco.

—Ni siquiera sé cómo le gusta.

—¿A un tío así? Pues fijo que solo —afirma Poppy.

Me aparto el pelo por detrás de los hombros y me recuesto, y me quedo mirando fijamente al techo. Darle café a cambio de que me traiga y me lleve del trabajo no parece algo arriesgado. Es la primera sugerencia sensata que me han hecho hoy mis amigas.

—Como sea de cafés con leche, os mato a las dos —les advierto.

Poppy suelta una risa por la nariz.

—Si Brody es de cafés con leche, entonces yo soy de whisky.

—Vale, entendido. Probaré lo del café algún día —transijo.

Bryce coge lo que queda de su hamburguesa y luego vuelve a apoyar la cabeza en mi hombro.

—Y en cuanto llegues mañana al trabajo, nos envías un mensaje.

—Lo que tú digas, Brycie.

El pellizco en el costado con sus afiladas uñas me hace chillar de la risa, y ese sonido actúa como un nuevo punto de sutura en mi pecho.

* * *

Bo
Buenos días. ¿Cuál es tu color favorito?

El rosa. El rosa chillón. ¿Y el tuyo?

Bo
El azul. El azul turquesa.

Cuando desperté, me estaba esperando el mensaje de buenos días. Ha habido otros parecidos cada mañana durante la última semana, y mentiría si dijera que no he empezado a esperarlos con ilusión.

Siempre contienen una pregunta aleatoria, algo que nos ayuda a conocernos mejor. Hasta ahora, sé que prefiere lo salado a lo dulce, la mañana a la noche y el otoño al verano.

Nuestra amistad ha crecido de una manera tan orgánica que probablemente debería darme algo de miedo, teniendo en cuenta que, al fin y al cabo, sigue siendo un desconocido. Me siento más segura si lo clasifico como tal hasta que nos veamos en persona. Si es que quedamos alguna vez, claro. Todo ha empezado a encajar en Cherry Peak, y cada vez estoy más contenta con mi nueva vida. Cualquier cambio podría hacerme perder esa sensación.

Por ahora, seguirá siendo un rincón acogedor en mi vida, escondido en la seguridad de mis mensajes hasta que demos el paso

siguiente.

Echo un vistazo al reloj que hay encima del horno, cojo la chaqueta de su percha junto a la puerta y me la pongo. La tela suave resbala por la piel desnuda de mis brazos e, igual que hice anoche, ignoro el aroma que la impregna. Canela y algo amaderado. Uf, oler un perfume tan intenso hace que se me encojan los dedos de los pies. Es diez veces más fuerte que las pocas veces que he olido a Brody.

El simple hecho de pensar en su nombre en relación con mi chaqueta nueva me provoca un dolor en el pecho. El acto de generosidad y cariño que acompañó al regalo fue casi demasiado. Casi es demasiado. No tenía por qué hacerlo y, aun así, lo hizo.

Hasta que no me dijo que era para mí, no me di cuenta de cuánto había bajado mi listón mientras estaba con Stewart. No es solo que hiciera que me sintiera fatal conmigo misma, sino que se cargó mis expectativas respecto a los demás. Aunque haya sido un regalo increíblemente considerado, no tendría que haberme sorprendido tanto de que un hombre —un amigo— quisiera asegurarse de que me encontrara bien sin esperar nada a cambio. Confundí la costumbre de Stewart de hacerme regalos con gestos cariñosos, cuando en realidad era su manera de controlarme.

Puedo cuidar de mí misma, pero también merezco que cuiden de mí si es lo que quiero. Que me cuiden de verdad.

Oigo tres golpes en la puerta y suelto un chillido, cojo al vuelo la taza de café para llevar y salgo corriendo hacia la ventana delantera desde donde veo una gran camioneta roja aparcada. Se me bloquean las rodillas cuando advierto que el tubo de escape no expulsa humo al frío exterior.

«¿Ha venido hasta la puerta?».

Cuando abro la puerta, me bloqueo al ver a Brody plantado en el porche de la entrada. Con las manos en los bolsillos de una chaqueta de un color parecido a la que me regaló, me mira de arriba abajo con una leve sonrisa cansada. Ocupa casi toda la entrada con sus anchos hombros, pero, por una vez, no me intimida su tamaño. Es casi… apabullante, de un modo en el que me niego a profundizar con él observándome así.

—No hacía falta que vinieras hasta la puerta —le digo, pero no del todo en serio.

Ha sido todo un detalle que lo hiciera.

—No es así como me educaron, corazón.

Las palabras le salen fáciles, con una elegancia natural, y me pregunto, y no es la primera vez, si adquirió la ligera nasalidad de su voz durante el tiempo que estuvo en Nashville.

Me abrocho la cremallera de la chaqueta y espero que se eche hacia atrás para salir yo y cerrar con llave.

—¿Ya se acabó lo de «cielo»?

—¿Prefieres que te llame así?

Caminamos por la acera con nuestros pasos sincronizados.

—Nunca he tenido tanto donde escoger. Deja que me sienta especial un momentito —bromeo.

Suelta una risa ronca.

—Mil disculpas. Siente, no te cortes.

—Por cierto, esto es para ti. —Le paso la taza de café sin perder detalle de cada una de sus reacciones.

Oculta bien lo que sea que esté pensando.

—Gracias —me dice, cogiendo la taza y abriendo la tapa para olerlo—. ¿Café?

Asiento.

—No estaba segura de cómo lo tomas, así que te he traído uno solo.

—Solo está bien.

Se me hincha el pecho de orgullo mientras llegamos a la camioneta. Como hizo la primera vez que subí a su bestia roja, Brody me abre la puerta y me hace un gesto para que suba. La capa de nieve delante de la puerta es profunda y pesada, y mis botas de nieve se hunden en ella. Cuando pongo una bota sobre el estribo y agarro la manilla para intentar impulsarme hacia arriba, la superficie resbaladiza hace que mi cuerpo salga disparado hacia delante y las piernas se me deslicen hacia abajo.

—¡Ay! —grito, y agito los brazos intentando agarrarme a algo.

Pero lo único a lo que me puedo agarrar ya me ha fallado, y me preparo para el inminente impacto.

Sus manos me cogen de la cintura y me agarran con firmeza mientras caigo hacia atrás contra un cuerpo duro y robusto. Me rodea con sus fuertes brazos, con ese perfume a canela amaderada que explota por todos lados y, dentro de las botas, los dedos me suplican poder retorcerse. Respirar se convierte en un concepto extraño.

—Cuidado, está mojado —me murmulla Brody al oído y, joder, que le den por saco a todo, me rindo y dejo que los dedos de los pies se me retuerzan.

—No jodas —le espeto entre bocanada y bocanada de aire.

Flexiona los brazos alrededor de mi cintura, con la taza de café de acero aún cerrada y apretada contra mi costado. Me paso la lengua por el interior de la boca para intentar paliar la repentina sequedad y me zafo de su abrazo.

Sigo de espaldas a él mientras vuelvo a agarrar la manilla y pregunto:

—¿Podemos olvidar lo que ha pasado? Jamás me recuperaré de la vergüenza.

—¿Que jamás te recuperarás de qué?

Siento su presencia como un peso a mis espaldas mientras vuelvo a intentar subir a la camioneta. Sé que tiene los brazos extendidos detrás de mí, lo más seguro que apoyados en el cuerpo de la camioneta a cada lado de mi cuerpo, de modo que, si me caigo, lo haga encima de él y no sobre la nieve. Esa imagen me llena de una gran ternura.

Es muy protector con las personas. Para él debe de ser un instinto muy arraigado para que le nazca de una manera tan natural.

No importa que también sea un instinto increíblemente atractivo.

—Exacto —contesto.

Por suerte, esta vez consigo subir a la camioneta sin ningún incidente y, en cuanto me siento sobre el cuero, me dedica un destello de su amplia sonrisa, cierra la puerta y lo pierdo de vista.

Vuelvo a flexionar los deditos de los pies.

CAPÍTULO DIECISIETE

# Brody

Se cierra la puerta a mis espaldas, y el sonido metálico retumba por encima del ruido de las pezuñas sobre la nieve. Mi abuelo se detiene unos metros más atrás; va a lomos de un corpulento caballo negro azabache que reconocería en cualquier lugar: es Kip.

A pesar de su edad, el abuelo es quien dirige el rancho, y tiene intenciones de mantenerse en el puesto hasta que el cuerpo no le aguante. Nunca he entendido su amor por este sitio, su obsesión con él. Los dos nacimos en el seno de la ganadería, pero él siente que este era su destino. Yo no. Nunca lo he sentido así.

Los caballos me gustaban más cuando era más joven. Me pasaba desde el alba hasta el ocaso en los establos con mi madre, o bien cepillando crines o preparando mi silla de montar para salir a dar un paseo. Mi madre era igual que yo. Habría sido la sucesora legítima de mi abuelo, pero no quería tener nada que ver con esta vida ni con las expectativas que conllevaban.

Cuando se casó y se quedó embarazada de mí, al fin hubo esperanzas de que el legado de los Steele no muriera con mi abuelo. A mi padre le enseñaron todo lo que había que saber sobre la cría de ganado, y se llevaba bien con mi abuelo. Amaba muchísimo a mi madre y cargó con el peso de todo por ella. Por nosotros.

La ruptura me permitió pasar más tiempo con mi madre en los establos. Días, semanas, años. Éramos ella, yo y nuestros caballos.

Hasta que dejamos de serlo.

Hasta que perdí a mi madre y a mi padre en el intervalo de un año. No he abierto el baúl de los recuerdos voluntariamente, pero desde que regresé me pasa cada vez más.

—Renner se ha quedado tirado junto a la valla del extremo oeste. Necesito que lo traigas de vuelta antes de que podamos enviar una grúa —ordena con voz severa el abuelo.

Me limpio los guantes en los muslos y coloco el mecanismo de cierre sobre la puerta.

—Vale. Cogeré la camioneta.

Aprieta los labios.

—Irías más rápido si fueras a caballo. No tenemos tiempo que perder con un hombre menos.

—Iré en la camioneta —repito.

La tensión me agarrota los músculos. Lleva presionándome desde que llegué para que monte a caballo. Si tanto le importa perder el tiempo, debería dejar el dichoso tema.

Debe de darse cuenta de que ahora no es el momento, porque asiente y tensa las riendas de Kip.

—Hazlo y quédate en casa a cenar. Tu abuela te echa de menos.

—Llegaré tarde. Tengo planes antes de la hora de cenar.

—¿No se aburre esa gente del estudio de seguir todavía por el pueblo? Vuelve con ellos, o diles que se vayan para que puedas volver al trabajo. No hieras los sentimientos de tu abuela faltando a otra de sus comidas, Brody. —Suaviza sus palabras al mencionar a la abuela, y la culpa se apodera de mí.

—¿Le puedes pedir que me espere? Llegaré media hora tarde. Es algo que no puedo cancelar, pero volveré en cuanto pueda —prometo.

Si mi abuela supiera que he llegado tarde a cada comida porque estoy cumpliendo la promesa que le he hecho a una mujer, sería ella la que me echaría a empujones por la puerta. En cambio, su marido… No sé qué haría.

—Ve a por Renner. Luego nos vemos —dice, y después insta a Kip a trotar hacia la casa.

Suelto un suspiro cargado de frustración, pero de todos modos me dirijo hacia la casa. Cuanto antes acabe con esto, antes podré cogerme un descanso de este lugar y de los recuerdos de un pasado que no parece querer darme tregua.

* * *

Banana
¿Estás ocupado?

Pongo la camioneta en punto muerto, espero a que Renner se suba y entonces contesto al mensaje.

Nunca estoy tan ocupado como
para no hablar contigo.

El trayecto de vuelta tras recoger al peón más viejo de mi abuelo no pudo haber sido más incómodo. No nos conocemos en absoluto y, aunque trabaja para la familia Steele, antes que nada es amigo de

mi abuelo. Su opinión está contaminada por lo que sea que mi abuelo tenga contra mí.

Banana
Sobre esa llamada de teléfono de la que te hablé… Ahora tengo unos minutos para hablar.

Se me salen los ojos de las órbitas al leer el mensaje. Estoy delante de la casa del rancho, donde resplandecen cálidas las luces. Mi abuela está dentro, preparando ya la cena, seguramente. Tengo que ir a recoger a Anna del trabajo, pero…

Llamo a Banana y la conecto al Bluetooth de la camioneta antes incluso de llegar a la salida del rancho. Me hormiguean los nervios bajo la piel, pero no me echo atrás. Es mi amiga.

—¿Hola?

Agarro más fuerte el volante al oír su voz. Una voz muy femenina. Si todo este tiempo no tenía la certeza de que no fuera un hombre, ahora ya la tengo.

Me aclaro la garganta y digo:

—Hola.

Suelta un suspiro y yo hago lo propio.

—Pareces joven —señala.

—¿Decepcionada de que no sea un viejo verde?

—Verde podrías serlo.

—Razón no te falta.

La carretera que va del rancho al pueblo es de gravilla. Es un poco difícil conducir con la cantidad de nieve que hay, así que intento centrarme en la carretera y no en la voz que sale de los altavoces.

Es una tarea complicada, sobre todo cuando dice:

—Si te soy sincera, esperaba que sonaras más pueblerino.

—¿Pueblerino? —Frunzo los labios y esbozo una sonrisa—. Siento decepcionarte, moza.

Joder, qué risa más dulce tiene. Y me resulta casi… familiar. El ligero aumento del tono al final me da vueltas en la cabeza. Me quiero fustigar por no recordar dónde lo oí por última vez.

—Ahora, así sí —dice.

Advierto lo cerca que estoy de entrar en el pueblo y aminoro ligeramente la marcha. Compruebo el retrovisor y confirmo que no tengo a nadie detrás que pueda quejarse.

—¿Quieres contarme por qué querías hablar ahora mismo? —pregunto, incapaz de contenerme.

—Es uno de esos días. Llevo todo el día de mal humor y supuse que hablar contigo me ayudaría.

Siento un nudo en el pecho.

—Ha sido un pelín arriesgado. ¿Y si yo hubiera sido alguien que no te esperabas y te hubiera empeorado el día?

—Merecía la pena arriesgarse —afirma con seguridad.

—Estoy de acuerdo.

Entro en el pueblo y siento un batiburrillo de emociones. Estoy… nervioso por ver a Anna. Por ver su sonrisa y escuchar lo que sea de lo que quiera hablar. Pero, al mismo tiempo, quiero seguir con esta llamada de teléfono. ¿Es una cagada? Joder, ya ni siquiera lo sé.

—Te tengo que dejar ya, pero gracias por llamar. Aunque haya sido durante un par de minutos. Siempre me ayudas cuando estoy de bajón —reconoce.

Trago saliva.

—Me puedes llamar siempre que quieras. Vives en Canadá, ¿no? —También está cerca de mí—. Cuando he llamado, no ha salido el aviso de llamada de larga distancia.

—Sí. Entonces, tú también. Me lo imaginé por el prefijo, pero… guau. Me gustaría preguntarte en qué parte de Canadá, pero no quiero parecer rara.

—Lo raro se supone que es lo mío.

—Pues entonces deberías preguntar tú. —Me está retando, y nunca he renunciado a un reto desde que iba al instituto.

—En Alberta.

Su brusca inspiración me dice todo lo que tengo que saber, pero, aun así, contesta.

—Yo también, en Alberta. Al menos ahora.

—¿Ahora?

—Soy de Vancouver.

La camioneta da una sacudida cuando aprieto el freno con fuerza sin querer. Los neumáticos se bloquean sobre la carretera helada, y lanzo un exabrupto mientras suelto el freno y vuelvo a recuperar el control de la camioneta. Cuando entro con cuidado en Main Street, me late el pulso en el cuello.

«No es más que una inquietante casualidad. No le des muchas vueltas».

—¿Estás bien? —se apresura a decir alarmada.

Mi respuesta es débil; la confusión me desconcentra.

—Estoy bien. Te tengo que dejar, pero luego te escribo.

—Eh…, vale. Luego hablamos.

—Adiós, Banana —mascullo.

—Adiós, Bo —contesta, y luego se corta la llamada.

Trato de ignorar la preocupación que impregnaba esas dos palabras finales mientras aparco delante de la peluquería y miro por el escaparate, aún lleno de luz. Cuando Anna aparece en escena, no puedo apartar la vista.

Lleva el pelo suelto por la espalda en vez de recogido, como esta mañana. No he podido apreciar demasiado su cuerpo bajo las chaquetas voluminosas que usa, pero no me esperaba que verla sin una me dejara tan impresionado. Lleva una camiseta ajustada de manga larga que le marca las curvas de la cintura y el generoso pecho. Generoso es quedarse corto. No me había fijado antes, y quizá sea algo bueno. Me cuesta bajar la mirada, pero, en cuanto lo hago, me arden las mejillas.

El espasmo que siento en la polla dentro de los vaqueros hace que me sienta un pervertido. Sabía que era muy guapa, pero no que lo era por todos sitios. Ahora que lo sé, no lo podré olvidar.

Sale de mi campo de visión y se apagan las luces. Se me seca la garganta mientras espero a que cierre. Por instinto, cuando empieza a venir hacia mí, salgo de la camioneta y doy la vuelta por delante del capó. Como aceptando que le voy a abrir la puerta cada vez, me sonríe y espera a que lo haga.

—Gracias —dice, aceptando el gesto.

—De nada.

Me pongo detrás de ella y espero a que se impulse para subir a la camioneta. Una vez está dentro, cierro la puerta e intento calmar

mis pasos de vuelta a mi asiento.

Cuando vuelvo a ponerme al volante, ella está saltando canciones en la pantalla. Una oleada de incomodidad se apodera de mi estómago cuando oigo que las primeras notas de mi última canción suenan por los altavoces. Anna me mira por el rabillo del ojo, con una ceja arqueada, como si comprobara mi reacción a la canción elegida.

—Adivino por esa mirada que no sueles escuchar tu propia música, ¿no?

—No, a no ser que la esté cantando —respondo con sinceridad.

El interés resplandece en sus ojos mientras me mira fijamente a los míos.

—¿Me cantarás alguna vez?

Paso el brazo por detrás de su asiento y miro por encima del hombro mientras salgo marcha atrás del aparcamiento con la camioneta. El cuello de borreguito de su chaqueta me hace cosquillas en los dedos. Lo acaricio con la yema de los dedos y siento el calor que irradia su cuello.

—Siempre se me olvida que te gusta mi música.

—Dudo que haya mucha gente a la que no le guste tu música, Brody.

—Te sorprenderías.

Salimos a la carretera y los neumáticos siguen resbalando con el hielo. Anna contiene la respiración cuando derrapamos un poco. Sin pensarlo dos veces, alargo el brazo con rapidez, lo pongo sobre su muslo y lo sujeto con fuerza. Mi intención es tranquilizarla, calmarla, pero cuando deja de respirar por completo, retiro la mano de golpe, con la palma ardiendo por la calidez de su pierna.

—Lo siento —balbuceo, retorciendo una y otra vez el volante de cuero.

Tiene la respiración agitada, pero por lo menos ahora respira.

—¡No pasa nada! Es que no me lo esperaba.

«Ni yo».

—No voy por ahí tocando a las mujeres sin permiso. No volverá a pasar.

—Me preocupaba más el hielo.

—Ah.

Su risa es suave hasta que sube de tono hacia el final, como siempre que se ríe. Es un sonido que, al menos a mí, me apacigua.

—Soy buen conductor. Jamás permitiría que te pasar…

Esa risa.

La promesa muere en mi garganta. Quiero mirarla. Quiero pedirle que saque el teléfono y me enseñe sus mensajes. Pero no voy a hacerlo. Joder, ya solo planteármelo es una estupidez.

¿Cuántas mujeres tendrán risas parecidas? ¿Y cuántas se habrán trasladado a vivir de la Columbia Británica a Alberta últimamente? ¿Anna Banana? Me avergüenza no haber atado cabos con ese detalle.

Madre mía, hasta su cuerpo me lo ha dejado todo más claro. No me acuerdo de ningún detalle de aquella foto accidental concreta, pero sí recuerdo unas curvas y una piel pálida. Y el recuerdo de Anna antes en el escaparate es más cristalino que nunca.

Ahora es obvio.

Anna es mi mujer misteriosa.

CAPÍTULO DIECIOCHO

# Annalise

De repente, Brody se interrumpe.

Algo enreda y enrarece el ambiente.

—¿He dicho algo malo? —pregunto en voz baja.

No me mira. Me digo que es porque se está centrando en conducir, pero eso no explicaría la forma en cómo me acaba de agarrar del muslo. Esa manera en la que ha pensado en sujetarme cuando me he puesto nerviosa, como si fuera un simple instinto, a pesar de las condiciones de la carretera.

Nunca he tenido a un hombre cerca que tuviera ese instinto.

El calor de la palma de su mano aún me arde en el muslo. Noto cada marca de la punta de sus dedos como si no hubiera retirado la mano. Jamás he deseado que me pongan la mano encima, pero, si eso fuera algo que me pudiera esperar de un tipo como Brody, lo mismo me estoy perdiendo algo.

—No. Nunca me has hecho nada malo —dice.

—Entonces ¿qué pasa?

Debería actuar con cautela y no presionarlo para que se abra, pero no puedo evitar querer saberlo todo de este hombre. Cada aspiración y rasgo de personalidad que ha estado ocultando. Las cosas que le hacen sonreír y reír a gusto. Quiero abrirlo de par en

par y ver si es tan blandito por dentro como espero que sea. Y empiezo con algo tan sencillo como esto.

—Nada, que estoy cansado, Anna.

Asiento, luchando contra la voz de mi cabeza que me ruega que siga husmeando.

—Trabajas mucho. Las largas jornadas deben ser agotadoras.

—Tú también trabajas mucho —afirma de un modo brusco, pero, aun así, sincero.

—Gracias. Algún día, espero tener algo que valga la pena el esfuerzo. Mi propia peluquería, tal vez.

Asiente en silencio, y acabo desviando mi mirada de la suya y me quedo mirando al parabrisas. Me meto las manos entre los muslos, frunzo los labios y trato de no prestar demasiada atención al brillo de las carreteras a medio despejar de nieve. En algún momento tendré que superar este miedo. No es sano confiar en que otro te lleve a todos sitios. Un excelente ejemplo de eso es la falta de comida en mi nevera por no ir a comprar. Brody no contesta a mi afirmación durante el resto del trayecto. Algo le está pasando por la cabeza que no quiere contar, y yo no tengo por qué obligarlo a hacerlo. Dejar a alguien lidiar a solas con sus sentimientos es algo que siempre me ha costado muchísimo. Algo hipócrita por mi parte, si tenemos en cuenta que a mí me gusta hacer lo mismo cuando estoy enfadada.

Cinco minutos después, aparca sobre las mismas rodadas que ha dejado esta mañana y pone el punto muerto. Me remuevo nerviosa en el asiento, sin estar segura de cómo despedirme. ¿Debería bajarme a toda prisa sin decir ni mu?

Cuando es él el primero en romper el silencio, respiro aliviada, sin importarme que se dé cuenta.

—¿Hasta el lunes por la mañana?

—Sí —digo con voz firme, para que no se percate de mis nervios.

Quizá mañana haga más calor y pueda ir andando a mi clase de *pole*. O, en el peor de los casos, no sé cómo, me compraré un maldito mono de nieve.

Otro asentimiento seco. Es lo que necesitaba para obligarme a mí misma a abrir la puerta. Una ráfaga de frío me azota las mejillas. No me giro para ver si se queda mirándome cuando salto a la nieve. No me hace falta. Tendría que ser insensible para no sentir en la nuca el calor de su mirada fija.

—Gracias, Brody. Hasta el lunes —digo antes de cerrar la puerta y comenzar mi caminata por la nieve espesa de la acera hasta la casa.

Mi primera tarea de mañana será quitarla con una pala antes de acabar de morros contra la nieve.

Quizá lo del mono de nieve sea una idea acertada, a fin de cuentas.

* * *

No he sabido nada de Bo en toda la noche, y, a las doce y media del mediodía del sábado, sigue callado. Por primera vez en varios días, cuando he despertado no tenía un mensaje dándome los buenos días. Decir que ha sido chocante se queda corto.

Los únicos mensajes que tenía hoy en el teléfono eran de mi hermana, recordándome que mi vuelo a Ottawa para la boda se

acerca sigilosamente, y de Poppy para decirme lo emocionada que está por tenerme de vuelta hoy en clase.

No debería decepcionarme tanto no saber de nada de él si solo ha pasado un día; pero, tras nuestra primera llamada de teléfono, supongo que esperaba que me hablara más y no menos. Su apresurada despedida de ayer me cogió por sorpresa, pero no le di muchas vueltas. Sin embargo, ¿esto de ahora? No puedo pensar en nada más.

Analizar todas y cada una de las palabras que me dijo me ha tenido la mente en vilo todo el santo día.

Me he quedado mirando a la puerta principal durante diez minutos, con los pies sudando en las botas de nieve. Tengo las llaves del coche agarradas con fuerza entre los dedos. Necesito un empujón. Alguien que me saque a empellones de casa y me meta en el coche.

Hoy estamos a menos treinta grados, lo que quiere decir que si voy andando a *pole*, me congelo seguro. No le conté a Brody mis planes para hoy porque no quería que se sintiera responsable y tuviera que sacar aún más tiempo para hacerme de chófer de aquí para allá, sobre todo después de su actitud huraña cuando me trajo ayer por la tarde.

Bryce y Poppy me habrían llevado, pero las dos tienen que ir al estudio temprano, y me he emocionado como una idiota con conducir esta mañana en vez de decirles algo antes de que se fueran. Ahora tengo que elegir entre faltar a clase o ser fuerte y ponerme al volante.

—Anna, súbete ya al maldito coche —me digo, apretando los dientes.

Levanto la barbilla, enderezo la espalda y salgo a la calle. El sol es casi cegador y tengo que entrecerrar los ojos en las escaleras del porche para no tropezar y caer sobre el hielo que hay…

No hay hielo. ¿Cómo es que no hay hielo?

Me quedo boquiabierta al examinar los escalones y no hallar más que motitas azules de hielo derretido. Quedan unos cuantos fragmentos de aspecto afilado encima de los nuevos montones de nieve que bordean mi acera y que alguien ha despejado con una pala.

Yo no he sido. ¿Habrán sido mis vecinos? Es poco probable, teniendo en cuenta que no he hablado ni una sola vez con ellos desde que me instalé aquí. Anoche me quedé frita temprano y luego, esta mañana, me acobardé y decidí quedarme calentita en mi cama todo el tiempo posible. Era un problema para otro momento, pero ahora… la gratitud me inunda en el pecho.

Sin hielo ni nieve, me resulta fácil llegar hasta el coche y me paro al darme cuenta de que a mi coche también le han quitado la nieve. Yo ni siquiera tengo un cepillo para la nieve. No lo he necesitado.

Quizá hayan sido Poppy o Bryce. Estas dos mujeres harían lo que fuera para ayudarme.

El interior de mi coche está congelado. Me castañetean los dientes mientras enciendo el motor, y lo miro horrorizada cuando traquetea y se cala una y otra vez en vez de arrancar. Lo intento sin parar.

No arranca.

La batería está descargada.

Golpeo el volante con las manos y después con la frente. Se me llenan los ojos de lágrimas, que acabo vertiendo. Bajan por mis

mejillas congeladas y me sorprende que no se conviertan en virutas de hielo.

Madre mía, qué vergüenza. Seguro que mis vecinos me están observando desde su casa, cotorreando sobre lo poco preparada que estoy para esta época invernal. ¿Cuánto tiempo me he quedado mirando fijamente a la puerta hasta que he reunido las agallas suficientes para salir aquí fuera, para luego encontrarme que el coche no arranca? Como para arrancar, si no lo he puesto en marcha ni un solo día. Lo más seguro es que estuviera fuera de servicio desde la primera noche que hizo frío.

—¡Aaah! —grito, tirándome hacia atrás en el asiento.

Los dientes no me dejan de castañetear, por más que los apriete. La chaqueta gruesa no me puede proteger de un frío así. No me puedo quedar aquí sentada o me voy a morir congelada. Entonces ¿qué coño debería hacer ahora? Si no sé recargar la batería de un coche, ya ni hablamos de tener cables o de contar con alguien a quien conectarlos. Mi padre nunca me enseñó estas cosas, y anda que Stewart iba a perder el tiempo enseñándome a recargar una batería.

Saco el teléfono del bolsillo y me centro en intentar que dejen de temblarme los dedos. La ansiedad hace acto de presencia, y la distancia entre mi mente y el dolor que se avecina se acorta a medida que pasan los segundos. El simple hecho de abrir el contacto de Bryce y darle al botón de llamada me cuesta la vida.

El tono de llamada sigue taladrándome los tímpanos hasta que salta el buzón de voz. Trago saliva cuando miro la hora que es y me doy cuenta de que la clase de *pole* ya ha empezado.

Eso me deja… cero opciones. O quizá no. Este pueblo debe de tener un servicio de grúa, ¿no? Mientras abro Google y busco uno, noto que se me han quedado los dedos tiesos y casi insensibles. Me río con ganas cuando el único que hay está a media hora del pueblo.

La siguiente llamada no la entiendo, pero la hago sin dudar. En cuanto escucho su voz tras el tercer tono, ya no me siento tan sola.

—¿Estás bien?

—Hola a ti también.

—Perdón. Hola. Es que nunca me has llamado así de sopetón.

—No me arranca el coche —le suelto sin más, incapaz de retenerlo y hacerme la tímida.

Una pausa.

—¿Estás en tu coche? ¿Adónde ibas a ir?

—Tengo clase de *pole dance*. Quería ir en coche. Pero hace mucho frío y no he arrancado el coche ni una sola vez desde que llegué aquí, y no tengo cables de arranque ni otro coche al que conectarlos, y aquí hace mucho frío y es que…

—Respira —me indica, bajando el tono de voz a uno suave y tranquilizador. Mi siguiente inspiración es temblorosa, pero al menos puedo respirar—. ¿Tienes alguien a quien llamar?

La impactante realidad de mi respuesta supone un martillazo a mi corazón.

—Nadie que pueda venir a ayudarme.

Noto un movimiento al otro lado de la línea y al instante me siento culpable por molestarlo. ¿Podría caer más bajo? Lo dudo.

—Vuélvete a casa y no te quedes ahí pasando frío. Tengo que dejarte, pero, por favor, vete adentro y piensa bien qué puedes

hacer. No te servirá de nada quedarte en el coche si no arranca —me indica con tranquilidad.

Me da un vuelco el estómago de pensar que me va a colgar ahora mismo. No tengo derecho a sentirme herida por sus horarios.

—Vale —digo casi sin voz.

Se oye al fondo un portazo y una potente voz masculina que no es la de Bo gritando, y oigo que este me dice por última vez que me meta en casa. El pitido familiar de final de llamada es ahora mi única compañía.

Detesto cómo me quedo mirando al teléfono, esperando a que me vuelva a llamar, sabiendo que no lo hará.

Para cuando me meto las manos en los bolsillos de la chaqueta y los aprieto para intentar que se calienten un poco, no sé cuánto tiempo llevo sentada en el coche o cuánto me he demorado, incapaz de salir de nuevo al exterior. Lo suficiente para que me empiece a moquear la nariz y para haber dejado de sentir las piernas. El aire que respiro es cruel, me quema los pulmones.

Cuando se abre la puerta, se me escapa un grito de la garganta y me sacan del coche como si no pesara nada. El calor que irradia el cuerpo duro que hay detrás de mí casi me hace ronronear, y creo que me odio un poquito por eso, si tenemos en cuenta que lo más seguro es que me estén secuestrando.

—Joder, estás congelada —me riñe mi asaltante.

Es Brody. Brody, Brody, Brody.

Su cálido aliento me llega al cuello y gimo al sentirlo sobre mi piel fría, sin importarme que ese sonido haga que se ponga rígido contra mi espalda. Su voz y su presencia calman mi miedo, y se me empiezan a relajar los brazos.

—¿Qué haces aquí? —murmuro.

Me está costando la vida no girarme entre sus brazos y hundir la cara en su chaqueta.

Las palabras salen rápidamente de su boca.

—He pasado por tu casa de vuelta al rancho y te he visto ahí, dentro de tu coche. No te puedes quedar sentada dentro de un coche helado, Anna. ¿Dónde tienes las llaves?

—En el contacto.

El sonido de protesta que emito cuando me suelta y va hacia el coche es lastimero. Ojalá pudiera sentir mi sonrojo, porque sé que está ahí.

Brody me mira a los ojos sin desviar la mirada. Es una mirada suave. Espontánea.

—Cojo las llaves y luego nos vamos adentro.

—¿Los dos?

—A no ser que no quieras que entre. Puedo arrancarte el coche y luego me voy —propone, sin atisbo en sus palabras de haberse sentido ofendido.

Niego demasiado rápido con la cabeza.

—No, no. Puedes entrar.

Se le curva la comisura de los labios en una leve sonrisa y mete la mano en el coche y saca las llaves del contacto. Ahora está más relajado que la última vez que lo vi, pero sigue habiendo algo que me chirría. Sigo sin caer en qué.

Cuando cierra la puerta del coche y se vuelve hacia mí, hago un gesto con la cabeza hacia mi casa y le digo:

—Vamos.

Pese a tener las piernas medio insensibles, noto que me tiemblan las rodillas cuando me pasa el brazo por la cintura, me acurruca con cuidado contra su cuerpo y nos guía hasta la acera.

No me planteo arrancar el coche. Ni por un segundo.

CAPÍTULO DIECINUEVE

# Brody

Alarmado es poco para describir cómo me he sentido cuando Anna me ha llamado…, bueno, cuando ha llamado a Bo.

Pensar en que iba a conducir por carreteras con las que no se siente cómoda o que no conoce me ha dado un vuelco al estómago. Incluso antes de saber que estaba sentada ahí fuera pasando frío, con el coche averiado y oyendo esas lágrimas en su voz, he salido pitando hacia la camioneta en mitad de la bronca de mi abuelo.

La atracción que siento por ella no tiene sentido. Es preocupante que mi primer instinto sea dejar mis obligaciones y responsabilidades por una mujer que apenas hace un mes que conozco. Su angustia es desgarradora, una sacudida en el suelo que piso.

Estoy convencido de que cuando acabe aquí tendré que afrontar las consecuencias de haber salido del rancho. No podré ocultar por qué me he ido o por qué me he estado escabullendo en cuanto he podido. Mi abuela se olerá las posibles mentiras antes siquiera de que salgan de mis labios.

Aunque ese es un problema para más adelante. Cuando no tenga arrebujada entre mis brazos a una mujer congelada que necesita

entrar en calor cuanto antes, ni esté intentando evitar comportarme como un absoluto troglodita con ella.

Anna tiembla en mi abrazo, aunque no lo suficiente para volver a infundirme temor. Fuera hace frío, pero no estamos al borde de la hipotermia con la cantidad de tiempo que ha estado fuera. Si yo no hubiera venido cuando lo he hecho y ella siguiera sentada y aturdida durante unos cuantos minutos más, la cosa habría sido distinta. Por ahora, lo que necesita es entrar en calor y ordenar sus ideas.

Abro la puerta de su casa y la sujeto mientras entramos. El ambiente es cálido; el revelador zumbido de la caldera resuena por toda la casa. Echo una mirada rápida a la planta diáfana, que revela algo más de su personalidad.

Aunque es pequeña, la manera en que está amueblada hace que parezca más grande. Yo diría que lo alquiló así, pero los toquecitos aquí y allá tienen que ser cortesía de Anna.

Desde las suaves fundas de los cojines del sofá de un verde apagado hasta la cafetera verde azulada de la encimera de la cocina y los marcos de fotos esparcidos por las estanterías empotradas en la pared del salón, todo me enseña algo más de ella.

Me pregunto si se trajo muchas cosas cuando se trasladó y, si es así, por qué no hay más cosas suyas a la vista. ¿Por qué se mudó aquí, precisamente? Dijo que quería empezar de cero, pero quiero saber qué hizo que su antigua vida fuera tan mala para sentir la necesidad de trasladarse a este lugar para empezar de nuevo. Cherry Peak está bastante lejos de Vancouver.

—Perdona el desorden —respira hondo, aún con un ligero castañeteo de dientes.

Cuando intenta zafarse de mí, aprieto el brazo a su alrededor, como si mi cuerpo se opusiera a la posibilidad de dejarla marchar. «Necesita calor», me digo a mí mismo. Por eso la quiero tener cerca.

A regañadientes, la suelto y aprieto los puños para evitar intentar volver a acercarme.

—Nunca me ha molestado un poco de desorden.

—La única compañía que he tenido desde que me mudé han sido Poppy y Bryce, y son mucho más desordenadas que yo.

La sigo al interior de la casa y dejamos atrás el montón de cajas de pizza en la mesa de la cocina y la colada sin doblar en el cesto de la ropa que hay al lado. La verdad es que su casa apenas está desordenada.

Se llevará una buena sorpresa la primera vez que venga a la casa del rancho. Tras una semana de mucho ajetreo, más que una casa parece el vertedero de todos los peones que tenemos contratados.

Bueno, tampoco es que vaya a venir al rancho a corto plazo. O nunca.

—Has escogido a dos buenas amigas. Esas dos siempre han sido pilares de esta comunidad.

—Poppy mencionó que te conocía antes de conocernos nosotras. De hecho, me dijo que eras un tío majo, y luego fuiste todo lo contrario de majo —lo dice con tono de burla, pero la verdad que subyace sigue chocando con la persistente culpa.

—Aquella noche me comporté como un capullo —reconozco. Anna va hacia el hervidor eléctrico de la encimera, pero la aparto con suavidad y se la arrebato de la mano extendida—. ¿Quieres un té?

Enarca una ceja y echa la cabeza hacia atrás para mirarme a los ojos.

—¿Sabes usar un hervidor?

—Lo primero, me ofendes. ¿Quién no sabe usar un hervidor? —Levanto la tapa y abro el grifo para llenarlo—. Y lo segundo, haz el favor de ir a ponerte ropa de abrigo. Me gusta que lleves esa chaqueta, pero no es suficiente. Una sudadera con capucha y unos pantalones abrigados bastarán.

En cuanto está lleno el hervidor, cierro el grifo, lo enchufo y espero a que se encienda la luz roja para volverme hacia Anna. Tiene las manos en las caderas en una postura insolente, y me aguanto la risa por su intento de intimidarme.

«Pues no te queda nada, cielo».

—Esta vez voy a obedecer tus órdenes, pero no te acostumbres. Las bolsitas de té son las que están en el armario del fondo, junto a las cápsulas de café. Mi preferido es el de menta —dice, y luego sale de la cocina antes de que tenga la oportunidad de contestarle.

Me cuesta mucho esfuerzo apartar los ojos de ella cuando se mueve. Las mallas deportivas negras ajustadas le hacen un culo de escándalo, y la camiseta holgada no disimula nada su parte superior. Sin tiempo a desear que desaparezca, me veo preso de una ráfaga de deseo ardiente.

Antes de que pueda recuperar la concentración y recolocarme la polla en los vaqueros, ha desaparecido en lo que supongo que será su dormitorio. Encuentro sin problemas las bolsitas de té y luego husmeo en los demás armarios hasta que encuentro las tazas. Hay un montón. Parece que Anna tiene una ligera tendencia a coleccionar estas cosas. Cuento por lo menos quince solo en este armario, y seguro que hay más en otro.

Una vez está la bolsita de té en agua caliente, dejo en la mesa la taza que he elegido, saco una silla para ella y me siento a esperar en la de enfrente.

Me empieza a sonar el teléfono en el bolsillo y, antes de cogerlo y descubrir el nombre que ilumina la pantalla, ya sé quién me está llamando. Rechazo la llamada.

—¿No te gusta hablar por teléfono? —pregunta Anna. Me da un vuelco el corazón por la sombra de sospecha que conserva su tono.

No creo que lo sepa, ¿no?

Anna camina hacia la mesa con una confianza familiar. Su largo pelo castaño reluce ahora en una trenza, que le cae sobre el hombro cubierto por una sudadera con capucha. La tela gruesa que le cubre el torso es negra y roja y tiene una cola de castor en el centro. Arqueo las cejas.

—¿Eres aficionada al hockey?

Agacha la cabeza para mirarse el pecho.

—Tengo que serlo, por así decirlo.

—Nadie está obligado a ser fan del Ottawa —digo, arrugando la nariz.

—A ver si lo adivino…, ¿tú eres hincha del Nashville?

—Joder, no. Soy fan del Calgary hasta el día en que me muera.

Anna se sienta en la silla que le he retirado y coge la taza con ambas manos. Suelta un suspiro suave al sentir el calorcito en la piel y sonríe. Casi me estalla el pecho de satisfacción de saber que he sido yo quien ha puesto esa mirada en su cara.

—Mi cuñado juega en el Ottawa —dice, con los ojos rebosantes de orgullo.

Los míos sencillamente se me salen de las órbitas.

—¿Quién?

—Maddox Hutton.

Suelto un silbido mientras me recuesto en la silla.

—Guau.

—¿La superestrella se ha quedado deslumbrada? Quién hubiera dicho que serías capaz de algo tan humilde.

Es una pulla suave, sin aparentes visos de mordacidad. Y, aunque así hubiera sido, no me habría importado. Los parecidos entre ella y mi amiga virtual son descaradamente claros. Tanto, que me siento aún más idiota por no haber sumado antes dos más dos. Ni a Anna ni a Banana les preocupa andarse con rodeos en lo que a mí respecta. Es uno de los motivos por los que me gustan tanto las dos.

No puedo evitar preguntarme si ella también ha empezado a atar cabos. De que soy el tipo de los mensajes. Sabía el riesgo que suponía aparecer antes a ayudarla, pero ni de coña iba a dejar de venir.

Hay una parte de mí que no quiere que lo sepa. O, por lo menos, todavía no. Quizá por eso no le he contado la verdad.

Hablar con ella por mensaje sin que sepa quién soy me proporciona una cierta sensación de seguridad. Sé que es absurdo. Para mí tampoco tiene mucho sentido, pero no hay manera de cambiar cómo me siento.

Le puedo contar cosas por mensaje que no me siento lo suficientemente cómodo para contarle en persona. No sabe quién es Bo y, aunque me siento fatal por ocultarle la verdad…, hace mucho tiempo que no cuento con esta burbuja de seguridad. Con nadie. Soy lo bastante egoísta como para querer ocultarlo un poquito más.

—Estás casi emparentada con uno de los mejores jugadores de la NHL. ¿Me lo reprochas?

—Ah, no, en absoluto. Puedes estar todo lo deslumbrado que quieras, pero te pido que delante de él no te comportes así. No dejará de darnos la brasa con el tema.

Me inclino hacia delante con los puños sobre la mesa y mis siguientes palabras salen mucho más guturales de lo que pretendo.

—¿Es que piensas en presentarme a la familia, Anna?

Se le llenan las mejillas de manchitas rosadas, pone los ojos en blanco y le da un largo trago a su té. Es evidente que espera que eso sirva de distracción, pero no dejo de mirarla a los ojos, con mi pregunta flotando entre los dos.

Al final, deja la taza en la mesa.

—¿Qué hacías hoy en el pueblo? Pensaba que los rancheros no tenían días libres.

—No me cambies de tema.

—Como sigas metiéndote conmigo, vas a acabar oliendo a menta.

Le dedico una siniestra sonrisa burlona.

—¿Y exactamente por qué iba a oler a menta? ¿Tienes pensado besarme?

—Mira que eres insoportable —dice, pero sigue sin haber pasión en su insulto—. Pensaba en algo más del tipo tirarte té hirviendo por la cabeza.

Le guiño un ojo.

—La mayoría de las veces mis abuelos estarían de acuerdo.

—Tu abuela parece muy simpática —dice, desviando la conversación del coqueteo inútil al que de repente parece que soy incapaz de poner fin.

—Lo es. Pero no te engañes. Cuando quiere, puede ser despiadada.

—Yo diría que hay que ser así para soportar un rancho con tanto trabajo. Si los demás son como tú, no la envidio lo más mínimo.

—Estoy seguro de que hay poca gente que pueda hacer lo que ella hace —convengo con ella.

—Y tu madre, ¿qué? Seguro que es igual de fuerte.

La pregunta provoca que el persistente dolor, al que hace mucho que me acostumbré, se vuelva más agudo y me desgarre aún más a fondo. Aparto la mirada y me centro en el logo de una veterinaria en su taza de café.

—No hace falta que me contestes a eso. A veces me gusta hurgar demasiado en la vida personal de la gente. Lo siento —dice, sin perder detalle de cada una de mis reacciones.

Carraspeo para alejar la emoción de mi garganta.

—Mi madre murió cuando yo era más jovencito. Pero, sí, era igual de fuerte que mi abuela. Más fuerte.

Una calidez envuelve mis manos y aparto los ojos de la taza. Una mano suave y pequeña reposa sobre las mías, más grandes y ásperas. Me acaricia los nudillos con el pulgar y se me entrecorta la respiración.

—Lo siento. No me cabe duda de que fue una mujer increíble.

Ya no puedo seguir ignorando su mirada. En cuanto mis ojos se cruzan con esos ojos castaños que relucen de pena por mí, giro las manos y tomo la suya entre las mías. Mi contacto va a más cuando no la retira. El dedo índice la explora y recorre una pequeña línea de piel levantada. Una cicatriz en el interior de su dedo corazón.

Cierta inquietud se instala en mi interior. Quizá no seamos tan distintos, al fin y al cabo.

—¿Dispuesta a aprender a arrancar tu coche?

Me noquea de tal manera con la sonrisa con la que me responde que agradezco estar sentado.

—Sí, por favor.

CAPÍTULO VEINTE

# Annalise

Media hora después, no me creo lo fácil que es devolverle la vida a la batería descargada de un coche. Observar a Brody poner su camioneta delante de mi coche y luego arrastrar dos cables —uno rojo y uno negro— desde la parte de atrás me ha provocado algo. Ese algo se ha hecho más fuerte y molesto cuando ha levantado los dos capós, ha conectado los cables y luego me ha ordenado que arrancara el coche.

Me ha costado un gran esfuerzo no decir: «Sí, señor, lo que usted quiera, señor». Cuando el motor ha arrancado a la primera, casi grito. Y ahí es cuando me ha invadido la vergüenza. Había sido muy fácil arrancar el coche, pero no había sido capaz de hacerlo sola. No sabía hacerlo.

A Brody no parece importarle que yo no haya sabido hacerlo. Creo que lo que más le ha importado ha sido asegurarse de que aprendo de cara al futuro.

Por eso sigue aquí, volviendo por segunda vez de su camioneta con una bolsa en la mano y un largo cable amarillo echado al hombro.

El gorro que me ha encasquetado en la cabeza antes de salir de casa se me sigue resbalando por la frente mientras me apoyo en la

puerta del coche. Tengo que subírmelo para evitar apartar la mirada de él cuando se coloca delante de mí.

—¿Hay algo que no tengas en tu camioneta? —le pregunto.

Se le escapa una risa.

—Ni siquiera sabes lo que traigo y ya me estás tocando las pelotas.

—Tienes razón. ¿Qué me has traído, oh, Todopoderoso?

El cambio serio en su expresión me serena un poco.

—No puedes ir por ahí conduciendo sin un kit de emergencia, y menos aún en invierno. Este tiene de todo, desde bengalas hasta una manta isotérmica. No lo saques nunca del maletero a no ser que tengas que usarlo. —Espera a verme asentir y continúa, y levanta el hombro sobre el que lleva colgado el cable amarillo.

»Esto es un alargador para que tengas el coche enchufado cuando no lo estés usando. Cada vez que la temperatura baje de menos veinticinco, procura enchufarlo y arrancarlo por lo menos una vez al día. Cuando lo hagas, déjalo encendido como mínimo diez minutos seguidos si no vas a conducir.

Me sonrojo bajo el peso de las instrucciones y explicaciones. Usa las palabras con cuidado, como si intentara que no me sintiera una completa inútil. Agradezco el esfuerzo, aunque eso solo alivie un poco el golpe.

Me paso la lengua por los labios, resecos por el viento.

—¿Tú no necesitas tener todo esto en tu camioneta?

—Tenemos de repuesto en el rancho —contesta con un aire de despreocupación que no cuadra con la intensidad de su mirada.

Decido no decir nada al respecto.

—Gracias. Es un detallazo.

Se acerca un paso más a mí y la punta de su bota empuja ligeramente un lado de la mía. Su mano se cierne sobre mi cintura y el contacto es seguro y reconfortante, y se mantiene hasta que se desplaza hacia mi otro costado y abre la puerta trasera. Me bulle la sangre, y eso me basta para apartarme del coche y poner un poco de espacio entre nosotros.

Observar cómo intenta meterse a presión en el reducido espacio de mi asiento trasero es como me imagino que sería ver a unos payasos de circo saliendo de un coche de juguete. Lo más seguro es que necesite un buen empujón en el culo para poder entrar del todo.

—No te preocupes. Te enchufaré el coche antes de marcharme —dice.

No me he dado cuenta de que estaba sonriendo hasta que noto que dejo de hacerlo. La decepción me cae como una piedra en el estómago. Lo que no sé exactamente es qué es lo que me decepciona. Tampoco es que esperara que se fuera a quedar a comer ni nada.

—Vale —me obligo a decir.

Cuando sale del asiento trasero y cierra la puerta, no me veo capaz de ser la primera en alejarme. Él recupera su imponente altura, y yo inclino la cabeza hacia atrás un poco más con cada paso que reduce la distancia entre nosotros.

—¿Dónde están las tomas externas?

—No lo sé. —Es la verdad; nunca lo he mirado.

Su sonrisa se hace cada vez más grande. La primera vez que me fijo en el hoyuelo de su mejilla derecha tengo que contener un desmayo.

—Pues, entonces, vamos a echar un vistazo.

—¿Por qué sonríes así? —le espeto.

—¿Así cómo? —Qué cabrón, no sé cómo lo hace, pero se le ensancha la sonrisa a límites insospechados.

—Como si supieras exactamente lo guapo que eres, sobre todo cuando sonríes así. ¿Estás intentando seducirme o algo?

Su risa es puro pecado. Me acaricia suavemente el cuerpo de arriba abajo hasta que se instala entre mis piernas. La consiguiente tensión involuntaria me deja sin aliento y me fastidia al mismo tiempo.

—Anna, si quisiera seducirte, no estarías pensando tanto —me dice en un arrullo.

Casi gimo. Darme cuenta de lo fácil que le empieza a resultar a este hombre convertirme en una auténtica salida basta para librarme del efecto de sus palabras.

—¿No habías dicho no sé qué de buscar las tomas de corriente externas?

* * *

BRODY

Apenas he dado dos pasos en la casa del rancho cuando mi abuelo me encuentra. Mi charla motivadora en la camioneta de vuelta a casa no me ha servido de nada. No hay absolutamente nada que me pudiera haber dicho a mí mismo que me preparara en condiciones para el broncazo que me espera de mi abuelo.

Está de brazos cruzados y con el sombrero de cowboy bien calado, apoyado en la pared del recibidor. Que no lleve las botas puestas es una deferencia hacia mi abuela, seguro. Es muy terca en lo que

concierne a su regla de que las botas no pueden pasar de la alfombrilla, aunque eso atenúe la apariencia ruda y dura del abuelo.

Aparte de tener el estómago vacío, también me pesan los ojos; el cansancio me tiene frito. Me quito las botas, cierro la pesada puerta de madera y espero.

—¿Cuándo te vas? —pregunta de manera incisiva y apremiante.

—¿Irme?

—De vuelta a Nashville. Supongo que has estado planeando tu regreso durante las dos últimas semanas con todas esas escapadas. Es evidente que no quieres estar aquí.

—Bueno, con una bienvenida tan fría como esta, no veo cómo iba a querer estar aquí más tiempo —le suelto.

Mi abuelo se pone recto, y en un santiamén aparece y desaparece en sus ojos una mirada herida.

—Es difícil cogerte demasiado cariño cuando no sabemos cuándo te vas a volver a marchar.

—No me vengas con esas. Sigo siendo tu nieto. Estabas bien hasta que fuimos a aquella subasta. ¿Qué pasó allí que te cambió?

He estado de mala leche desde su cambio de actitud aquel día. Vale, tampoco es que mi abuelo estuviera precisamente contento con mi regreso, pero desde luego no despedía esta frialdad. Algo o, mejor dicho, alguien, le ha comido la cabeza.

—Fui demasiado optimista pensando que te quedarías aquí.

Me quito el sombrero y me lo dejo sobre el muslo, exasperado por su forma de pensar. Sus miedos recaen sobre mí, eso ya lo sé. Son consecuencia de mi partida, pero, joder, eso no me lo pone más fácil.

—Aún no he planificado mi marcha. Tienes que dejar de pensar en lo que voy a hacer. No haces más que alejarme —le digo.

Suelta una carcajada y se aparta de la pared. Se quita el sombrero y se alisa el pelo canoso con la mano.

—Eres tú quien se ha alejado, Brody. Lo siento si no has tenido la bienvenida con la que habías soñado, pero te va a costar bastante trabajo recuperar el respeto y la confianza que perdiste cuando te fuiste.

—¿Y qué crees que trato de hacer cada día? Eres tú el que está desesperado por creer que estoy planeando una huida en vez de agradecer el tiempo que pasamos juntos.

—¿Agradecer el tiempo que pasamos juntos? ¿Y con eso es suficiente? Mira, hijo, te he criado yo… A mí no me vengas con esas por no aceptar las migajas que nos ofreces. —El viejo está que echa humo, con el rubor subido en las mejillas.

Sé que esta noche no voy a conseguir nada con él. El dolor es profundo, y los Steele somos tercos como mulas. Ni olvidamos ni perdonamos con facilidad. Sobre todo, en lo que respecta al abandono. Y eso es exactamente lo que hice yo. Fuera o no intencionado, abandoné este lugar. Y lo abandoné a él igual que hizo mi padre.

—Wade Steele, ve a asearte antes de cenar —le riñe la abuela.

La veo de pie en la entrada, con un delantal amarillo pálido ceñido a la cintura y un paño de cocina en las manos. La mirada severa va dirigida a su marido. Al menos, el viejo tiene dos dedos de frente y no le lleva la contraria, pese a que la mirada que me dirige a mí promete que retomaremos esta conversación en otro momento.

Besa a la abuela en la mejilla al pasar a su lado y nos deja a solas en el recibidor. Se me llena el corazón de tristeza al ver el brillo suave de sus ojos.

—Dale tiempo —me dice.

—¿Cuánto tiempo? No me queda mucho por aquí.

Lo sopesa, me pone una mano firme sobre el hombro y levanta la vista hacia mí.

—Entonces, quizá sea algo que tengas que valorar. Si las cosas no han cambiado cuando llegue el momento de irte, ¿te sentirás bien marchándote y dejando cosas sin resolver?

—Ya llevo aquí más tiempo del que debería.

—Y aunque agradezco cada momento que pasa y te tengo conmigo, te seré sincera: quiero que sean más. Siempre voy a querer estar más tiempo contigo. Me entristece verte a la greña con el abuelo, pero siempre te animaré a hacer aquello que te haga feliz, cariño. Si eso significa volver a Nashville, pues lo entenderé. No obstante, también querré que te quedes.

Exhalo y abrazo con fuerza su cuerpecillo. Descansa sus mejillas sobre mi pecho y solloza.

—Esto es jugar sucio, abuela —le riño en broma—. Hará falta algo más que un abrazo y un pucherito para convencerme de que me quede.

Se ríe, y parte de la tensión se me escurre de los hombros.

—¿Me vas a contar por fin por qué te has estado escabullendo cada día como un adolescente travieso?

Me aparto, me vuelvo a poner el sombrero y aprovecho el ala para evitar su intensa mirada fija. «Mírala, si es como una bestia al acecho».

—Aún no.

—De acuerdo, no me lo cuentes. Pero una cosita te digo: si no quieres que te pregunte, procura no entrar a casa oliendo a su perfume —me advierte, pícara. En el momento en que la miro boquiabierto, sé que me ha pillado—. Ve a asearte tú también, anda, que esta noche me ayudarás a poner la mesa.

Me da dos cachetitos en la mejilla, se da la vuelta y vuelve a la cocina. Pellizco el cuello de mi chaqueta, me lo llevo a la nariz e inspiro la mezcla de lavanda y coco que reconozco enseguida como propia de Anna. El aroma ha empezado a perdurar en mi camioneta y, ahora, en mi ropa.

Y no tengo inconveniente alguno en que así sea.

CAPÍTULO VEINTIUNO

# Annalise

Bo
Buenos días. Piña en la pizza... ¿sí o no?

Sí. Siempre sí.

Bo
Bien. Yo igual.

Bo
¿Qué tres cosas querrías llevar contigo a una isla desierta?

¿Por qué estoy yendo a una isla desierta?

Bo
Se estrelló tu avión.

Ah, ¿así que es un escenario idealizado?

Bo
Sí. Y resulta que tuviste tiempo de bajar tu maleta y coger tres cosas antes de casi morir en el accidente.

Vale. Como mis opciones serían bastante limitadas, diría enjuague bucal, un segundo par de ropa interior y un cuchillo que robaría de donde fuera que los auxiliares de vuelo guardan los cuchillos.

Bo
¿Has estado antes en algún avión donde los auxiliares lleven cuchillos?

¿Me estás diciendo que no hay cuchillos de carne escondidos en algún sitio para que la gente rica de primera clase se coma un filete?

Bo
¿Has volado alguna vez en primera clase?

Claro que no.

Bo
A mí nunca me han servido un filete.

* * *

Durante la última semana, Bo y yo hemos vuelto a la normalidad. Parece que aquellos días en los que no me escribió debieron ser solo un bache puntual, porque desde entonces ha vuelto a las andadas con sus preguntas absurdas y sus chistes malos.

El parecido entre él y Brody también se ha vuelto más difícil de pasar por alto. Después del día en que Brody apareció para ayudarme con el coche, he sentido curiosidad. Quizá demasiada,

dado lo poco que tengo como prueba de que sean la misma persona.

No le he contado mis débiles conclusiones y no pienso hacerlo todavía. Ni siquiera estoy segura de querer arriesgarme.

Si de verdad fuera Bo, ¿no me lo habría dicho el día que apareció para salvarme como una mezcla entre un cowboy duro de pelar y un príncipe azul? Si no fue una simple coincidencia que Brody apareciera justo cuando lo necesitaba y, en realidad, sabía dónde iba a estar y que necesitaba ayuda porque yo se lo había contado —porque se lo había contado a Bo—, entonces está claro que ya habría atado cabos y sabría que yo soy Banana.

El fuerte crujido de la nieve bajo unas ruedas me saca de mis pensamientos. Alzo la cabeza de golpe y miro por la puerta de cristal del porche justo cuando Brody aparca su camioneta detrás de mi coche y me saluda desde dentro. Aunque ya me he acostumbrado a que salga de la camioneta aún caliente para abrirme todas las puertas, he empezado a esperarlo en la entrada para evitar que pierda el tiempo viniendo a buscarme.

En esta última semana se ha creado entre nosotros una rutina natural. Para cuando él pisa la nieve y rodea la parte trasera de la camioneta, yo ya voy a mitad del camino por la acera. La sonrisa con hoyuelos que me lanza se ha convertido en una imagen reconfortante cada mañana, pero el rubor que luego me sube por las mejillas… ¿Eso? Ya no tanto.

Agacho la cabeza, paso junto a su imponente cuerpo —que desprende demasiado calor— y me subo a la camioneta. Él cierra la puerta detrás de mí y aprovecho ese momento a solas para rogarle a mi cara que se enfríe. La desordenada camioneta de granja se ha

convertido casi en un segundo hogar para mí en Cherry Peak. Incluso ha empezado a oler a mi perfume, hasta el punto de que intenté no ponérmelo durante un par de días para ver si ayudaba. No ayudó, y cuando me disculpé, ofreciéndome a comprarle un ambientador, él le quitó importancia con un gesto de la mano, admitiendo que le gustaba el olor. He vuelto a usar mi perfume como siempre.

—Deberías dejar que te acompañe hasta la puerta. Es lo más educado —dice cuando ya está sentado a mi lado.

—No necesitas ser más educado, Brody. Ya has sido mi chófer personal durante las últimas dos semanas.

—No existe eso de demasiado educado.

Se me escapa la risa por la nariz, sin vergüenza alguna del sonido tan feo que me sale.

—Permíteme discrepar.

—¿Estás tratando de insinuar algo?

Lo miro de reojo, pestañeando muy rápido.

—¿Qué podría estar insinuando?

—No te tenía por alguien a quien le gustasen los «chicos malos», pero quizá sí que te va todo ese rollo de motos y chulería —bromea —. ¿Soy demasiado bueno para ti, corazón?

—A un paseo en moto no le haría ascos, pero eso de la chulería… No, ya lo he vivido demasiadas veces. Es más sexy en películas y novelas románticas que en la vida real.

Algo en mi voz debe revelar cuántas veces he estado con ese tipo de hombres chulescos, porque sus siguientes palabras pierden el tono burlón.

—Nunca me has contado por qué sentiste que necesitabas empezar de cero en otro lugar.

Miro por el parabrisas, observando cómo las casas van dando paso a los edificios del centro. El dolor desgarrador que antes sentía al hablar de Stewart se ha atenuado muchísimo. Aún me duele pensar en lo que hizo, pero ahora que he empezado a sanar no es más que una molestia. La herida está cerrada, pero la cicatriz sigue ahí, por así decirlo.

—Estaba prometida con un hombre que se acostaba con otra mujer. No lo supe hasta que los pillé en la cama el día de mi cumpleaños, y nunca me molesté en averiguar cuánto tiempo llevaba ocurriendo. Hasta entonces, nuestras vidas estaban completamente entrelazadas, y la única manera en la que sentí que podía librarme de él fue marchándome. Tal vez fui cobarde, pero me alegro de haberlo hecho. Me encanta mi nueva vida aquí.

Evito mirar a Brody, demasiado asustada ante la posibilidad de ver un gesto de desaprobación en sus rasgos atractivos. El desprecio de la familia de Stewart, la única y última vez que su madre se puso en contacto conmigo después de que dejara a su hijo desnudo en su yate, fue más que suficiente. No quiero el de Brody. Me dolería más de lo que ahora mismo quiero reconocerme.

—¿Intentaste empeñar el anillo, por lo menos? —pregunta con severidad.

La brusquedad de la pregunta me sorprende incluso más que la pregunta en sí. La risa me nace desde el pecho y la dejo salir, sin atreverme a reprimirla.

Mis siguientes palabras salen más como un resuello que como otra cosa.

—Hablas igual que mi hermana. Pero no, lo dejé sobre la cama después de destrozar algunas de sus cosas favoritas.

Asiente con aprobación.

—Suena a un auténtico capullo. Lo siento.

—Gracias. Todo eso pasó ya hace meses.

La aclaración surge de manera natural. Incluso la simple idea de que él pueda pensar que todavía siento algo por Stewart me revuelve el estómago.

—¿Has hablado con él desde entonces?

¿Suena celoso? Me da un vuelco el corazón. No soy el tipo de mujer que finge que no le gusta un hombre celoso. Mientras sean solo celos y no una excusa para ser controlador, a mí me parece bien. Y los celos en un hombre como Brody resultan demasiado atractivos.

—No desde que me mudé. No sé si me duele que no le importara lo suficiente como para intentar recuperarme, o si me alivia que me dejara ir sin oponer resistencia —admito.

—No solo no te merecía por lo que hizo, sino que un hombre de verdad lucha por su mujer aunque corra el riesgo de que ella le arree con un bate de béisbol en la ingle —dice firme y contundente.

La seguridad que desprende siempre ha tenido un efecto poderoso en mí. Para él es tan natural como respirar. Solo conozco a otro hombre que se mueva con ese tipo de confianza —el marido de mi hermana—, y desde luego no me provoca la misma reacción. Puaj.

Con Brody se trata de algo completamente distinto. Ya sea por los sentimientos que estoy empezando a desarrollar por él, o por algo tan simple como la pura atracción, me hace vibrar la sangre. Oírlo

hablar de lo que un hombre debe y no debe hacer por su mujer… Junto los muslos con fuerza. Si me permitiera imaginar todas las cosas que haría él por la suya, acabaría empapando el asiento de la camioneta.

—¿Cómo es salir con alguien siendo famoso? —suelto de golpe, observando cómo se sobresalta ante la pregunta repentina.

No responde al instante. Aparca la camioneta en su sitio habitual frente a la peluquería y echa el freno de mano. Cuando vuelve a mirarme, lo hace después de girarse por completo en el asiento, encarado hacia mí todo lo que puede. De pronto, deseo que no hubiera una consola central gigante entre nosotros.

—Hace años que no salgo con nadie. No desde que me dedico profesionalmente a la música. Así que no soy la mejor persona para responder a eso, pero por la poca experiencia que tengo puedo decir que es complicado. Creo que la forma en que te traté cuando nos conocimos es un claro ejemplo de lo complicado que puede llegar a ser —explica, con otra disculpa velada en la última frase.

Una disculpa que no necesito.

—Siempre intentas averiguar si alguien es sincero o no.

Asiente, tratando de ocultar una mueca.

—Y a veces me sale el tiro por la culata.

—Esta vez no —murmuro, con una leve sonrisa ladeada.

Nuestras miradas se encuentran y se mantienen más tiempo de lo normal. El destello en sus bonitos ojos azules me hace sentir un aleteo en el estómago. ¿Cómo se supone que voy a evitar sentir algo por él si me trata así? Incluso siendo solo amigos, me ha hecho sentir más importante y cuidada que nunca. Ay, Dios, es un peligro.

Brody Steele es una mina antipersona a plena vista. No tuve ni la más mínima oportunidad de evitarlo a él, ni el daño que, sin duda, le hará a mi corazón cuando se marche.

Porque se marchará. Me ha dicho que Cherry Peak solo es una parada temporal. Lo sabía, y, aun así, me he permitido abrirme a él y dejarlo entrar en mi vida. Solo el tiempo dirá si esa decisión ha merecido la pena o si acabaré deseando no haber aceptado ese primer trayecto a casa.

—No, la verdad es que no. Y aunque siento que ese capullo te hiciera daño, me alegro de que acabaras aquí —dice, y la sinceridad de sus palabras basta para sacarme de mis pensamientos.

Las mejillas me arden de nuevo, pero esta vez no agacho la cabeza. Dejo que vea mi rubor y rezo para que no aparte la mirada. Cuando sus ojos recorren mi rostro, tan atentos y suaves a la vez, trago saliva, y él sigue el movimiento con la mirada.

Mi respiración cambia bajo la intensidad de sus ojos, convirtiéndose en inhalaciones rápidas y exhalaciones irregulares. Una nueva tensión me tira del pecho, como si un cordón nos uniera a los dos y se estuviera encogiendo, atrayéndonos cada vez más. Quiero inclinarme hacia ese tirón… Pero ¿quiere él también?

—¿Te alegras de que acabara en Cherry Peak… o justo aquí? —susurro.

Su mirada pasa de suave a afilada tan deprisa que dejo de respirar. No me importaría que me cortara con esa mirada, siempre que luego besara las heridas.

—De las dos cosas —responde en un tono bajo y profundo.

Me tiembla la ceja como si quisiera alzarse y soltar algún comentario burlón, pero no puedo. No cuando lo único que quiero es

trepar por encima de esa dichosa consola central que nos separa y sentarme en su regazo. Y desde luego no cuando nos interrumpe el sonido estridente de mi teléfono.

Tras el segundo tono, la mayor parte de la tensión se disipa, aunque una parte permanece, como una promesa de volver.

Saco el móvil del bolsillo de la chaqueta y respiro hondo antes de contestar.

—¿Sí? —Ay, madre, sueno como si acabara de correr una media maratón.

—¡Anna! Sé que ya estás fuera; por cierto, dale los buenos días a Brody de mi parte, pero hoy vienen unos amigos de la familia por sorpresa y he reorganizado a todos los clientes, así que no necesito estilistas en el turno de hoy —explica Wanda.

—¡Ah! Vale. Entonces ¿mañana sí trabajo?

—Sí. Me sabe fatal no haberte avisado antes, pero yo misma me he enterado hace media hora.

—No pasa nada. Nunca le digo que no a un día libre.

Siento la atención de Brody y le dedico una pequeña sonrisa. Ha perdido el tiempo trayéndome hoy, pero no pienso disculparme por el rato que he pasado con él.

—Eres un amor. Gracias y nos vemos mañana.

—Nos vemos mañana. Adiós, Wanda.

Guardo el móvil y digo:

—Resulta que Wanda no me necesita hoy. Han venido unos amigos de la familia por sorpresa.

El interés se enciende en sus ojos.

—Ah, ¿sí? ¿Te ha dicho quién?

—Tu reacción me hace pensar que los rumores son ciertos.

Suelta una risa áspera.

—Puede que sí, puede que no. ¿Quieres que te lleve a casa?

—Vaya cambio de tema te has marcado, Brody, pero lo dejaré pasar. Con una condición.

La idea surge tan deprisa que casi se me escapa.

—¿Cuál?

Se me curvan los labios en una sonrisa traviesa.

—Que me lleves a trabajar contigo.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

# Brody

Como si pudiera rechazar a Anna cuando me pone esos ojos de corderito. Creo que le daría cualquier cosa que quisiera si me vuelve a mirar así.

«Estoy bien jodido».

—Nunca he estado en un rancho. Tendrás que darme algunas pautas sobre qué hacer y qué no —dice ella cuando salimos de la ciudad hacia el rancho.

No me esperaba semejante entusiasmo por su parte. A ver, sí, ha sido ella la que ha querido venir, pero en su actitud hay una emoción auténtica por experimentar lo que yo hago cada día que me deja descolocado. Nunca he llevado a una chica al rancho, y me sorprende lo cómodo que me resulta imaginar a Anna allí. Quiero que me conozca mejor, y quizá esta sea la mejor manera de conseguirlo.

—Vale. Para empezar, mira bien dónde pisas si no quieres acabar con los tobillos hundidos en mierda de vaca.

Ahora que lo pienso, las botas de invierno tan monas que lleva son un no rotundo. Con un poco de suerte, tendrá más o menos el mismo número que la abuela y podremos cogerle prestadas unas.

Anna hace un ruidito de conformidad.

—¿Qué más?

—Si mi abuela te ofrece comida, acéptala. Alimentar a otros es su forma de expresar amor.

Hace una pausa, como si lo estuviera procesando.

—Hace años que nadie cocina para mí.

Me invade la incredulidad.

—¿Qué?

—Pues que las comidas familiares no son algo común en mi familia, nunca lo han sido —responde un poco cohibida.

—¿Ni siquiera con tu hermana?

—Mi hermana se mudó a Ottawa hace unos años; siempre he sido yo la que cocina para ella y su familia cuando vienen de visita.

—Pero tu madre todavía vive en Vancouver, ¿no?

No paro de buscar una razón válida de por qué esta mujer ha crecido sin un concepto de familia. Puede que yo solo haya tenido a mis abuelos la mayor parte de mi vida, pero han sido más que suficientes. El tiempo en familia siempre ha sido una prioridad para ellos.

—Sí, pero cuando se volvió a casar fue como si hubiera vuelto a nacer. De repente, quería viajar y vivir su vida de la forma que nunca pudo estando atada a mi padre. Me niego a ser egoísta con ella después de lo que tuvo que aguantar con un hombre como él durante décadas. Así que no, no hacemos cenas familiares, y sí, puede que mi madre esté fuera la mayoría de las fiestas, pero me alegro por ella —explica Anna.

La suavidad de su voz hace imposible no creerla.

—Bueno, una de las cosas que no tienes que hacer es decirle eso a mi abuela. Te adoptará y nunca te librarás de nosotros —digo,

intentando aligerar el ambiente, que se ha vuelto demasiado serio—. Acabarías deseando no volver a tener una cena familiar en tu vida.

—De todas formas, no creo que sea tan malo.

La verja del Rancho Steele aparece ante nosotros y le dedico una sonrisa. Me siento un tío muy afortunado sabiendo que está a punto de entrar en mi mundo. Es difícil centrarse en la carretera cuando ve la puerta abrirse y suelta una bocanada de aire, boquiabierta con algo tan simple como un poco de hierro y acero. Y eso no es nada comparado con el rancho en sí, sobre todo en verano. La vida nos ha jugado una mala pasada haciendo que su primera vez aquí sea en pleno invierno.

—Bienvenida al Rancho Steele, Anna. Es mucho más de lo que se ve —digo.

—¿Cómo es de grande?

—Unas doce mil hectáreas, más o menos.

Otra vez, se queda boquiabierta.

—Eso es enorme.

—No lo usamos todo. —Casi todo, pero, aun así…

—Entonces ¿dejáis parte del terreno sin cultivar?

Asiento mientras giro el volante para entrar por la verja abierta. El camino hasta la casa es corto; las primeras generaciones de los Steele la construyeron más cerca de la carretera para que el terreno no resultara tan abrumador a los recién llegados. Nadie sabe si tiene ese efecto, pero yo diría que no. Basta con mirar más allá de la casa para entender la verdadera magnitud del rancho.

—La mayor parte es terreno para que el ganado campe a sus anchas. No soy la persona más indicada para explicar los detalles de nada que no sean las máquinas, los establos y las tareas básicas.

Nunca me interesó aprender mucho sobre las vacas desde que dejan de ser terneros.

Para gran decepción de mi abuelo. Mi desinterés fue la primera señal de que tenía que buscar a otra persona para sucederlo. Desde que tengo memoria, cuando alguien empezaba a hablar sobre la temporada de partos, mi atención se iba a otra parte.

—Mi abuelo sería un mejor profesor si quisieras aprender más. Mi conocimiento se basa en lo básico —añado.

La mirada inquisitiva de Anna hace que me pregunte qué estará pensando.

—¿Cómo se tomó tu abuelo esa falta de interés?

Suelto un largo suspiro.

—Pues más o menos como imaginas.

—Lo siento.

—No lo sientas. Nos las apañamos. Aún espero que este tiempo en casa ayude a recomponer nuestra relación.

—¿Y cómo va por ahora?

Suelto una carcajada.

—No muy bien.

—¿Le importará que esté hoy aquí?

—No. Le sorprenderá tanto que haya traído a alguien aquí que le dará igual quién seas.

Y aunque no le pareciera bien, no cambiaría nada. La quiero aquí. Lo demás no importa.

Miro de reojo al otro lado de la cabina y la pillo sonriendo antes de que aparte la mirada hacia la ventana. Un movimiento a la izquierda hace que retire los ojos de ella. Un caballo de color negro azabache trota al lado de la camioneta; su jinete lleva un sombrero a juego y

una gruesa chaqueta de invierno. Mi abuelo se inclina sobre su silla de montar, mirando dentro de la camioneta, y enarca una ceja con curiosidad antes de aparcar en frente de la casa.

—¿Es él? —pregunta Anna.

—Sip —murmuro—. Parece que te lo presentaré antes de lo previsto.

Lejos de incomodarla, su sonrisa entusiasmada expresa que siente todo lo contrario.

—Vamos —me apremia, golpeándose los muslos con las palmas de las manos.

Contengo una sonrisa y le hago caso. Al bajar de la camioneta, me giro hacia mi abuelo, esperando encontrar fastidio en sus rasgos, pero lo que veo es curiosidad.

—Tu abuela tenía razón —es cuanto dice antes de volver a mirar hacia la camioneta y añade—: Vamos, no la dejes esperando.

Es entonces cuando me doy cuenta de que Anna está esperando a que le abra la puerta. Me llena de orgullo, aunque lo más probable sea que haya esperado para que no la riña otra vez. Aun así, me invade una fuerte sensación de satisfacción masculina.

Hace semanas que no oigo al abuelo reír en mi presencia y, cuando rodeo el capó de la camioneta, el sonido áspero de su risa me desconcierta.

—¿Qué? —pregunto.

Se encoge de hombros y reajusta su agarre en las riendas de Kip.

—Nada. Hay una lista de trabajos para ti en la encimera de la cocina. No debería llevarte mucho con un segundo par de manos.

—De acuerdo. ¿Está la abuela dentro?

—Sí. Estará emocionada de volver a ver a tu nueva amiga.

La forma en la que lo dice me hace sacudir la cabeza a pesar del cosquilleo bajo mi piel.

—No empieces. Suficiente tendré que aguantar dentro.

—¿Me dejarás que la conozca?

—¿La vas a espantar?

Aprieta los labios.

—¿Necesita que la espanten?

—No.

—Entonces, no. No lo haré.

Inclino la barbilla y por fin abro la puerta. La expresión preocupada de Anna me hace sentir un nudo en el estómago.

—¿Todo bien?

—Sí, solo le ha sorprendido verte. ¿Te apetece conocerlo primero a él? Ya sé que es como echarte a los leones, pero…

Me pone una mano en el brazo y, de repente, se me olvida cómo formar palabras. Trago saliva, atrapado por la calidez de sus bonitos ojos marrones y el consuelo que un solo roce suyo puede provocar.

No solo no puedo formar palabras, sino que lo único en lo que pienso es «Anna, Anna, Anna».

—No me importa cuándo conozca a todo el mundo. Simplemente, estoy feliz de estar aquí contigo.

«Conmigo».

No me lo pienso dos veces antes de dar el siguiente paso. Cubriendo la mano que tiene sobre mi bíceps con la mía, le doy un apretón antes de entrelazar nuestros dedos. Me llevo las manos al centro del pecho y le sostengo la mirada, agradecido por primera vez de que no se haya puesto los guantes. Me gusta sentir su piel contra la mía; su suavidad es demasiado adictiva.

Ella esboza una delicada sonrisa.

—Aunque primero deberías soltarme la mano. Si no, me tendrás que presentar de una forma completamente distinta.

—Una presentación es mejor que dos —digo.

Mentalmente me estoy dando cabezazos por lo que acaba de salir de mi boca.

Son unas palabras injustas. Injustas y prematuras. Sea lo que sea que está pasando entre nosotros, es temporal. Ella ha venido a Cherry Peak para quedarse, y yo estoy pensando en irme. Tarde o temprano, tendremos que decirnos adiós.

Traerla aquí y meterla en mi vida ya ha sido una gran decisión de la que, seguramente, me arrepentiré más adelante. Pero como suceda algo más que esto, dejaremos este pueblo reducido a escombros.

Entonces ¿por qué no puedo parar de tocarla? ¿Por qué su maldita presencia hace que me sienta más vivo de lo que me he sentido en los últimos años? No creo que tenga el tiempo suficiente para encontrar las respuestas que necesito.

Sobre todo cuando le oculto mi otro lado, cuando le oculto la verdad sobre quién soy entre sus contactos. Tengo que decírselo pronto. A ser posible hoy, así podré dejar de cargar con este peso cada vez que estamos juntos.

Le suelto la mano, forzando una sonrisa que espero no parezca tan falsa como la siento.

—Entonces, vamos, cowboy —bromea, metiendo las manos en los bolsillos.

Mi chaqueta le sienta mejor a ella de lo que me sienta a mí, y aprieto los dientes cuando una rápida mirada a su cuerpo basta para

ponerme duro como una roca.

La llevo hacia mi abuelo y, casi sin darme cuenta, le paso una mano por la parte baja de la espalda. Enderezo la espalda cuando el abuelo se baja de Kip y la ve bien por primera vez, con los ojos ligeramente entrecerrados. No es una mirada hostil, pero tampoco es cálida. Yo ya me la esperaba; espero que ella también.

—Wade Steele —se presenta, extendiendo una mano para estrechársela.

Ella le aprieta la mano con firmeza.

—Annalise Heights, pero puede llamarme Anna.

—Encantado de conocerte, Anna. Bienvenida al Rancho Steele. Espero que mi chico te haya dado una pequeña vuelta por las tierras antes de llegar.

La forma en que se refiere a mí hace que se me encoja el corazón.

—Le he contado lo suficiente.

—¿Por qué no entras y saludas a mi mujer? Según tengo entendido, le causaste muy buena impresión. Querrá que te saques esas botas antes de que las estropees aquí.

Anna se mira las botas antes de devolver la mirada al abuelo.

—Tiene usted razón. —Sus ojos se posan en mí—. Supongo que deberíamos ponernos en marcha, ¿no?

Me acerco más a ella antes de girarme hacia el abuelo.

—Llámame si necesitas algo.

Asiente con la cabeza antes de subirse de nuevo a lomos de Kip y dice:

—Un placer conocerte, Anna. Espero verte por aquí un poco más.

No se me escapa el doble sentido con que lo dice.

«Espera vernos a los dos por aquí un poco más».

CAPÍTULO VEINTITRÉS

# Annalise

Brody me tiene descolocadísima.

A estas alturas, me estoy planteando comprarle un termómetro para Navidad, para poder saber si me va a mostrar calidez o frialdad.

En un momento estoy preocupada por si me huele el aliento, convencida de que va a besarme, y al siguiente pone tanta distancia entre nosotros que es casi un milagro que pueda oírlo hablar. Y lo que lo empeora todo es que estoy bastante segura de saber qué es lo que está provocando estos cambios tan bruscos.

O bien no para de recordarse a sí mismo que estamos condenados si terminamos enamorándonos el uno del otro, o es simplemente un auténtico embaucador. Yo diría que es la primera opción, pero con mi historial con los hombres puede que termine decepcionándome de la peor forma posible.

Si estoy en lo cierto, no obstante, tengo que hacer algo al respecto. Me niego a ser la mujer que fui con Stewart. No voy a dejar pasar las oportunidades por miedo a terminar herida o por esconderme detrás de una seguridad falsa.

Porque eso es lo que pasó con Stewart: era algo seguro. Nos acomodamos. Era una relación que pensé que era lo bastante sólida como para que durara toda la vida, pero no me hacía sentir

mariposas en el estómago ni me aceleraba el corazón. No quiero volver a esa vida.

Quiero bromas, nuevas aventuras y gestos cariñosos que me hagan sonreír hasta que me ardan las mejillas. Aunque sea temporal, Brody me da todas esas cosas. Me gustaría pensar que yo también se las doy.

No hay un plazo determinado para superar un desengaño amoroso, pero me gustaría pensar que hasta ahora lo he hecho bastante bien, aunque solo hayan pasado un par de meses. Mi recuperación ha sido lenta pero constante, y he aprendido más sobre mí misma que en los últimos diez años. No creo que este crecimiento vaya a detenerse aquí. Mi futuro es demasiado prometedor para eso. Y no parece tan mala idea querer ver adónde me lleva esta conexión con Brody.

El calor de la palma apoyada en mi espalda al entrar en la casa no hace más que reafirmar que estoy justo donde quiero estar.

El interior de la granja es casi como me lo imaginaba desde fuera. Suelos de madera cálidos, estanterías atestadas de libros y cachivaches, y alfombras desiguales repartidas por la espaciosa entrada. Nunca había visto tantos zapateros. Están pegados a todas las paredes y, aunque ahora están bastante vacíos, supongo que eso cambiará a la hora del almuerzo. La cálida iluminación amarilla hace que el espacio resulte acogedor y no anticuado, como suele ocurrir.

Brody cierra la puerta detrás de nosotros, cuelga su sombrero marrón en un gancho en la pared y luego se acerca para quedarse detrás de mí. Me invade su calor corporal. Me muero por apoyarme en él y retarlo a que vuelva a apartarse, pero me reprimo por si no lo hiciera. No me fío de lo que podría pasar después.

Se oyen unos pasos que se acercan a la entrada desde el interior de la casa, seguidos al doblar la esquina por un rostro familiar. La señora Steele me ve y se le ilumina el rostro con una sonrisa enorme. Es una bienvenida que no esperaba, pero que acepto encantada.

—¡Annalise! —canturrea con los brazos ya abiertos.

Me río y me dejo envolver en el abrazo. Al igual que la vez que nos conocimos, lo primero que noto es su fuerza y su reconfortante aroma a canela. Se nota a la legua que es una mujer que no le hace ascos al trabajo duro. Casada con un hombre como el señor Steele, no podría ser de otro modo.

—Me alegro de volver a verla. Espero no ser una molestia —digo.

Ella se aparta un poco, pero me sujeta por los brazos y me examina de arriba abajo.

—¡Nunca! Te he visto hablando con mi marido desde la ventana delantera y estaba dando vueltas como una loca, esperando a poder saludarte como es debido.

—¿Por vernos te refieres a que nos estabas espiando? —interviene Brody.

Su abuela me suelta lo justo para hacer un gesto con la mano.

—A ver si te encuentro unas botas más adecuadas y otra chaqueta. Mejor no te estropees ese calzado y esa ropa tan bonita ahí fuera. ¿Qué número usas?

—Ya tenía pensado que se cambiara, abu —dice Brody.

—Lo que deberías haber hecho es llevártela esta mañana y comprarle unas botas —le espeta.

Reprimo una carcajada ante la facilidad con la que lo regaña.

—Dudo que pudiera sacarle partido suficiente a unas botas nuevas.

Me mira boquiabierta, casi ofendida.

—Tonterías. —Dirige la mirada a su nieto y añade—: Dime que vendrá a menudo. Y no me provoques, muchacho.

—A mí no me mires. Es a Anna a quien deberías amenazar. —Brody desliza los dedos por debajo del dobladillo inferior de mi chaqueta, recorriendo la cintura de mis leggins.

El escalofrío que me recorre el cuerpo es inmediato, y una mirada furtiva hacia él revela su sonrisa burlona.

Intento apartar ese pensamiento de mi mente y centrarme en la señora Steele. Observa el espacio entre Brody y yo como un halcón; sonríe tanto que casi parece que se le vayan a partir las mejillas.

—Algo me dice que no tengo de qué preocuparme. Volverás, cielo. Pero ahora centrémonos en lo importante: ¡botas! —exclama antes de correr hacia las puertas dobles del armario de la entrada.

Los siguientes minutos los paso sentada en un largo banco mientras la señora Steele le da viejas botas de cowboy a Brody, que se arrodilla ante de mí y me las pone una a una. Me arden las mejillas con cada roce de sus dedos contra el arco de mi pie —algo que creo que hace a posta—, hasta que estoy segura de que podrían incendiarse.

Su estúpida y atractiva sonrisa nunca ha sido tan prominente como ahora mismo. Estoy a punto de darle un puñetazo en la boca.

—¿Qué tal te quedan? —pregunta con un tono demasiado arrogante para mi gusto.

Muevo los dedos de los pies dentro de las botas y casi gimo de placer por lo cómodas que son. A diferencia de las que me prestó

Poppy y de los primeros pares que la señora Steele me hizo probar, estas no me aprietan en la parte más ancha del pie. Se ajustan a la perfección, pero sin apretar demasiado.

—Son perfectas —les digo a ambos.

Brody me agarra la pantorrilla justo por encima de la parte superior de la bota con su gran mano, con los ojos fijos en mis pies. La piel empieza a hormiguearme de nervios, pero no digo nada, deseando que se abra camino a través de lo que sea que está pensando.

¿No le gustan? ¿Me quedan ridículas?

Me aprieta la pantorrilla antes de levantar al fin la mirada para encontrarse con la mía. Están dilatadas, el azul es más intenso y oscuro de lo habitual. Me estremezco al pensar en lo que podría significar eso.

—¿Están bien? —pregunto en voz baja, sin ocultar el temblor de duda en mi tono.

Él suelta una risa entre dientes y sacude ligeramente la cabeza.

—Nunca he visto a nadie a quien le sienten tan bien unas botas.

Pongo los ojos en blanco para ocultar el efecto que ese cumplido tiene en mí.

—Entonces, quizá me las ponga todos los días.

Con lentitud, desliza su mano por detrás de mi rodilla, curvando y clavando los dedos en el sensible músculo. Un gemido se me queda atascado en la garganta y siento dolor al apretar los muslos, entre los cuales empiezo a sentir palpitaciones.

—Por favor. —Son palabras guturales, poco más que un gemido.

Me dispongo a apartar su mano de mi pierna, incapaz de aguantar más antes de saltarle encima, cuando un horrible chirrido rompe la

densa tensión que hay entre nosotros. Con un estremecimiento, retira la mano y se pone en pie. Después de pasarse los dedos por el pelo, coge el sombrero del gancho y se lo vuelve a poner en la cabeza.

La señora Steele regresa con rapidez de donde se ha escabullido hace un rato.

—Será mejor que salgas y averigües qué ha sido eso.

Me levanto mientras Brody dice:

—Parece que alguien ha frenado demasiado fuerte y ha patinado. No debería ser nada grave. Llámame si necesitas cualquier cosa, ¿vale?

La anciana besa a su nieto en la mejilla. Después de guardarle un papel en el bolsillo de la chaqueta, me dedica una suave sonrisa y vuelve a desaparecer, dejándonos solos a los dos.

Cuando Brody me da una chaqueta más gruesa y salimos, le digo:

—Espero la mejor visita guiada al Rancho Steele que se haya hecho jamás, mientras me cuentas todos tus secretos más profundos y oscuros.

—No te andas con rodeos, ¿eh?

—No. La antigua Anna sí, pero esta no. Creo que ya estoy harta de rodeos.

—¿Eres muy distinta de lo que eras antes de llegar aquí?

Pienso en mi respuesta durante un minuto, porque quiero asegurarme de ordenar mis ideas.

—En cierto modo, sí. Sigo siendo yo misma, pero dependiendo de a quién le preguntes podría ser una versión mejor o peor. Siempre he intentado decir lo que pienso, pero estaba prometida con un hombre que intentaba reprimir esa peculiaridad mía. Es frustrante

mirar atrás y pensar en todo lo negativo de esa relación… y en no haberme ido antes.

Brody mantiene una expresión aparentemente inexpresiva mientras me toma de la mano y me ayuda a bajar los escalones del porche. No necesitaba ayuda, pero no creo que eso le importe.

—El amor hace que la gente haga locuras —dice, con esa maldita mano firme posada de nuevo en mi espalda mientras empezamos a bajar por un camino nevado y allanado—. Cuidado, resbala un poco.

Hago caso a su advertencia y vigilo mis pasos.

—¿Alguna vez te has enamorado?

—En el instituto.

—Vaya, te echaste una noviecita de instituto, ¿eh?

—Supongo, sí —murmura él.

—¿Qué pasó?

Exhala con fuerza.

—Pues que los romances adolescentes casi nunca funcionan. Ella nunca entendió por qué yo quería irme de este lugar y yo no entendía por qué quería ella quedarse toda su vida. Era un chaval testarudo que pensaba que se merecía algo mejor que quedarse aquí para siempre.

—¿Y ese chaval testarudo ha cambiado de parecer?

—Si me preguntaras si volvería atrás en el tiempo y me quedaría en vez de marcharme, la respuesta sería no. Ni por ella ni por nadie. Siempre me ha gustado la música y tener la oportunidad de dedicarme a eso profesionalmente me ha cambiado la vida. Para bien y para mal.

—Hay que tener mucho valor para mantener tus decisiones. Sobre todo cuando eres consciente de las repercusiones que tienen —

contesto.

—Sin embargo, herir a tus seres queridos con esas decisiones sigue doliendo como un puñal.

—Entonces ¿esa chica sigue en Cherry Peak? ¿Tu novia del instituto?

—Lo último que supe es que se mudó al este con su marido y una furgoneta llena de niños. Las personas cambian a medida que avanza la vida, incluso aquellas que están tan seguras de que no lo harán.

Asiento con la cabeza, buscando en su expresión alguna muestra de decepción por su partida, pero no encuentro ninguno. Mi alivio es instantáneo.

—Nunca he llegado a saber cómo empezó tu carrera —comento, cambiando de tema.

Me mira con una ceja enarcada.

—¿Me estás diciendo que no me buscaste en Google la noche que nos conocimos?

—De hecho, estaba demasiado enfadada contigo como para pasarme la noche investigándote.

Su risa es cálida.

—Ya, lógico. Realmente, conocí a Reggie, el productor jefe del sello discográfico, cuando estaba tocando en un pequeño pub de Edmonton una noche. Había una especie de concurso de talentos un poco raro y no teníamos ni idea de que ese importante productor iba a estar allí. Pero apareció y le encantó mi voz. Me dijo que tenía lo necesario para triunfar en la industria musical, y el resto es historia. Hasta ahora me ha gustado mucho trabajar con él.

—Quizá sea Reggie a quien deba culpar por tu ego, entonces —bromeo, chocando hombro con hombro—. Pero tenía razón.

—¿Sí? Me gusta pensar que sí.

—Es evidente que mucha gente piensa eso, o no estarías donde estás ahora.

—¿Te refieres a volver a casa a vivir con mis abuelos mientras me recupero de una lesión laboral?

Frunzo el ceño y miro al suelo.

—No. Me refiero a que tienes un éxito increíble y te dedicas a lo que te gusta. ¿Cuántas personas pueden decir eso?

Se le tensa la mandíbula, pero no de rabia. Más bien es de frustración, o dolor, tal vez.

—¿Haces lo que te gusta, Anna?

La pregunta me deja perpleja.

—No sé si hay algo que me guste tanto como a ti te gusta la música, pero soy feliz.

—Bien. Me alegro.

Cuanto más avanzamos por el camino, más del rancho puedo ver. El imponente establo a nuestra derecha está en perfectas condiciones, sin ni una sola tabla oscura astillada a la vista. La puerta corredera delantera está cerrada, mientras que la lateral permanece abierta, lo que permite que los caballos puedan entrar con libertad en el corral metálico. Se me encoge el corazón cuando veo a dos potros jugando a perseguirse mientras los caballos más viejos se quedan al otro lado, observando.

—Ay, Dios mío —susurro. Me aparto del sendero y me giro para poder mirar a Brody mientras camino hacia atrás, en dirección al granero—. ¿Podemos comenzar la visita aquí, por favor? No he visto

un caballo de cerca desde el instituto, e incluso entonces fue desde detrás de una valla.

Una emoción difícil de interpretar se refleja en su rostro antes de dar un paso vacilante hacia mí. Mira hacia el granero y traga saliva con tanta fuerza que se le mueve la garganta.

—¿Seguro que no quieres ver nada más primero?

—¿Te dan alergia los caballos, o algo así? —le pregunto, entornando los ojos.

—No. Que Dios ayude al ganadero que sea alérgico a los caballos.

—¿Entonces?

—Bien —dice en una exhalación. Agitando la mano hacia el granero, me hace un gesto con la cabeza para que siga adelante—. Los caballos que hay dentro del establo son o potros en fase de destete, o los que utilizamos de forma habitual.

—¿Eso significa que tu caballo está dentro? Porque tienes uno, ¿no?

—Sí. —Su tono es seco.

Mi curiosidad me lleva a mirarlo por encima del hombro mientras me detengo en la puerta. Me muero de ganas de abrirla, pero, a pesar de mi emoción, espero a que lo haga él.

Se coloca justo detrás de mí y se estira junto a mi cabeza para agarrar el mango de acero. Con un agarre firme, lo abre sin apenas esfuerzo, flexionando el bíceps junto a mi oreja de una manera deliciosísima.

Reprimo el latigazo de excitación y me giro, quedando frente a su pecho. Apoyo las palmas sobre él para crear un pelín de distancia y levanto la barbilla para mirarlo a los ojos. Ya están fijos en mí; el

peso de su mirada es como una manta suave, cálida y tranquilizadora.

—Si no quieres que entre, dímelo —le digo, humedeciéndome los labios secos—. No quiero sobrepasar ningún límite.

La visera de su sombrero le cubre las cejas y no lo pienso dos veces antes de alargar la mano y apartarla, disfrutando de la textura aterciopelada bajo mis dedos. Se le corta la respiración y, un instante después, me agarra por la cintura y me sujeta allí. Me quedo quieta, con miedo de asustarlo de nuevo.

Flexiona los dedos un segundo antes de acercar un poco más nuestros cuerpos, que quedan casi pegados.

—Conocer a los caballos te hará feliz, ¿no?

—Sí —susurro; el momento es demasiado delicado para alzar más la voz.

—Pues eso es lo que haremos.

Me invade un sentimiento de gratitud. Es como si este hombre no quisiera otra cosa que verme sonreír. ¿Cómo se supone que debía lograr mantener las distancias? Casi parece una pregunta trampa.

—Guía tú el camino, cowboy.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

# Brody

Nos interrumpe un relincho largo y lastimero. Lentamente, suelto la cintura de Anna antes de dar un paso atrás y mirar el segundo cercado a mi derecha. Unos ojos marrones que conozco bien desentierran una década de recuerdos que llevaban demasiado tiempo ocultos.

No he entrado en el establo desde la última vez que estuve en casa, hace meses, pero hace muchísimo más que no paso aquí tiempo de verdad. El pánico me oprime la garganta al mirar a Sky a los ojos, y me planteo encadenarme a la pared para no correr en su dirección a pesar de las muchas ganas que tengo de hacerlo. Que me haya reconocido es como un mazazo en el estómago.

Agita la cabeza de un lado a otro y vuelve a relinchar, esta vez más alto. Su crin dorada ondea con el movimiento y mis dedos empiezan a temblar, la única señal física de que intento contenerme. La angustia me golpea como una ola que amenaza con barrerme los pies.

—Ay, qué bonita eres —dice Anna con voz dulce, acercándose a la verja de Sky y apoyando las manos encima—. ¿Puedo acariciarla?

—Sí. —La palabra suena espesa, nerviosa. Carraspeo y vuelvo a construir el muro que había derribado—. Se llama Sky.

Anna centra toda su atención en la yegua, pero no hace ningún movimiento para acercarse. Es entonces cuando me doy cuenta de que está esperando indicaciones. «Esta es su primera vez, idiota».

—Extiende el brazo hacia ella y deja que te huela el dorso de la mano —digo.

Lo hace y Sky tarda un segundo en decidir que Anna es una buena amiga. Sky presiona la nariz blanca a rayas contra la palma de Anna y la risa que sigue es de completa alegría. Noto una punzada en el pecho al ver la facilidad de la conexión entre ambas, pero continúo manteniendo las distancias.

—Hola, Sky. Eres monísima, ¿a que sí? Sí, sí que lo eres —murmulla Anna a la yegua, dejando que le siga restregando el hocico en la mano.

Me acerco hacia ella, incapaz de ignorar el sentimiento de paz cuando está cerca.

—Puedes rascarle el cuello.

—¿Me enseñas dónde? —pide.

No es una pregunta del todo inocente. Anna es demasiado observadora como para no haberse dado cuenta de que yo no me he acercado tanto a Sky como ella, ni por qué no he hecho amago alguno de tocarla cuando está claro que quiere que lo haga.

No puedo hablar con el nudo que tengo en la garganta. En su lugar, me inclino hacia Anna y levanto el brazo junto al suyo. Sky se acerca a la verja tanto como puede y, ansiosa, se restriega contra nosotros. Anna se ríe por el roce. Entonces, le tomo la mano y la pongo en el cuello de Sky, justo debajo de su reluciente crin rubia. Mi mano es mucho más grande que la suya; por eso, al presionarla

contra el grueso músculo, mis dedos llegan más lejos que los suyos y acarician el suave pelo corto del animal.

Apoyando mi barbilla en la cabeza de Anna, inhalo profundamente y cierro los ojos. Guío la mano de Anna hacia abajo por el cuello color tostado de Sky, repitiendo el movimiento una y otra vez hasta que la sensación no se nos hace extraña a ninguno de los dos. Cuando siento los delgados y sedosos pelos de la crin cosquilleándome el dorso de la mano, abro los ojos y veo que Sky ha girado la cabeza para que la acariciemos mejor.

Siempre anda buscando afecto; pero, tras meses sin verme, imagino que esas ganas se han multiplicado.

—Es tuya, ¿no? —pregunta Anna con delicadeza.

Asiento brevemente.

—Desde mis catorce años.

—Cuando era pequeña quería un caballo, pero en la ciudad como que no era posible.

Agradezco el pequeño cambio de tema.

—¿Tus padres nunca te apuntaron a clases o algo? Seguro que había varios sitios a los que podrías haber ido en Vancouver.

Se hace una pausa.

—El caso es que soy alérgica a la mayoría de los animales, sobre todo a los perros y gatos, así que mis padres no querían arriesgarse a que también lo fuera a los caballos.

—¿Eres alérgica a los animales y has insistido en que te traiga aquí?

Echo la cabeza hacia atrás e intento apartarla de Sky, pero la muy testaruda niega con la cabeza e hinca los pies en el suelo.

—Tranquilo. Me hice las pruebas de la alergia hace un par de años y no tengo problema con la mayoría de los animales, incluidos los caballos. Además, aunque la tuviera, solamente me sale un pequeño sarpullido cuando los toco. No es nada grave —explica—. ¿Tú eres alérgico a algo?

La confianza con que lo dice hace que me relaje.

—No. Al menos no que yo sepa.

Sky relincha suavemente de nuevo antes de darnos toquecitos en las manos con el hocico y dar unos pasos hacia atrás. Contengo la risa ante su actitud caprichosa, le tomo la mano a Anna y se la estrecho entre las mías.

Miro a Sky a los ojos y niego con la cabeza.

—Hoy no vamos a entrar.

Si los caballos pudieran poner los ojos en blanco, la yegua lo habría hecho. El resoplido que da antes de golpear la pezuña contra el heno expresa casi lo mismo.

—Oye, ¿siempre ha sido así de atrevida? —pregunta Anna, sonriéndole.

—Desde que la adopté de potrilla.

—Ja. Seguro que te vino bien. —Sonríe a Sky—. No dudo de que en parte eres responsable de sus tan buenos modales.

Esbozo una leve sonrisa.

—Puede que lleves razón.

Al darse cuenta de que no va a conseguir lo que quiere, Sky vuelve a pasar la cabeza por encima de la verja para que le acariciemos. Anna aprovecha la oportunidad, pero yo me meto las manos en los bolsillos.

Todavía no me siento preparado para volver a tocar a mi yegua. Una sola vez ha bastado para desmoronar todas las defensas que tantos años había tardado en construir.

—Va, que te presento a los potros. Puedes seguir colmando a Sky de cariño después.

Anna me mira por encima del hombro y lo que sea que ve en mi rostro la hace acceder sin dudarlo. Con una pequeña caricia de despedida en el cuello, le dice adiós a Sky y me sigue hacia la puerta abierta que lleva al establo exterior.

Pasamos por delante tanto de cuadras vacías como de otras con caballos dentro. La mayoría del establo está destinado a madres primerizas y sus potros, y a los caballos de trabajo que necesitamos tener cerca. El resto están en el campo detrás del establo, donde pueden deambular por donde quieran y cuando quieran. La cuadra de Kip es la que está al lado de la de Sky, pero, a diferencia de las riendas y la manta de la yegua, las suyas no están colgadas del gancho de la puerta.

El abuelo intentó contarme todo sobre Sky cuando volví, pero no le hice caso y ahora me arrepiento. Muchas preguntas se arremolinan en mi mente, desde cuántas veces la han montado tras mi partida hasta quién ha estado limpiando su establo.

La he abandonado los últimos diez años —mucho antes de marcharme a Nashville— y no me lo voy a perdonar nunca, aunque aún me duela demasiado como para enmendarlo.

Se merece a alguien mejor que yo, pero es mía.

—¿Hago lo mismo que he hecho con Sky con estos caballos? —pregunta.

—Exacto. Empieza con las yeguas y luego con los potros. Si es que te hacen algún caso. Estos dos han sido muy revoltosos las últimas dos semanas.

Se ríe.

—Son potros, no niños.

—No tendrán los mismos berrinches, pero son igual de movidos. Steph ha estado hablándole de estos dos potrillos a todo el mundo que esté dispuesto a escucharlo. Nacieron casi uno tras otro la primavera pasada y desde entonces son inseparables. Su energía es incomparable, de ahí la persecución de antes —le explico.

Los pasos de Anna se ralentizan y las palabras que pronuncia a continuación son algo mordaces, a pesar de su esfuerzo por parecer indiferente.

—¿Quién es Steph?

Hago un esfuerzo por no parecer complacido por sus celos.

—El rancho tiene dos entrenadores de caballos. Steph es una y Randy es el otro.

Ella asiente.

—Tiene sentido.

—¿Quieres que te pase la lista completa de empleados, cielo? Puedo decirte todas las mujeres que hay si me lo pides —digo con un ronroneo.

Ella frunce el ceño y me da un golpe en el brazo.

—Serás idiota.

—Y, aun así, te gusto lo suficiente como para ponerte celosa.

—Nadie ha dicho nada de celos. Desde luego, yo no.

—No ha hecho falta. Con el tono bastaba.

Arquea las cejas.

—¿Mi tono? Bueno, pues analiza el tono de estas, cowboy.

Ya sea por haberla visto conectar con Sky, por llevar esas dichosas botas como si hubiera nacido para lucirlas o sencillamente por todos los momentos que he pasado con ella durante las últimas semanas, algo se rinde dentro de mí.

Antes de que pueda terminar de regañarme como solo ella sabe hacer, la giro para que me mire, le tomo las mejillas con las manos y pongo la boca sobre la suya.

Por un instante se congela, pero luego se derrite con el beso. De puntillas, entreabre los labios y gimo al saborearla por primera vez. Es suave y dulce como el algodón de azúcar, pero sin el dolor de barriga de después.

Deslizo una mano detrás de su oreja y le paso los dedos por el pelo, aprovechando para inclinarle más la cabeza hacia atrás e intensificar el beso. Ella me pasa su lengua por el labio inferior y la dejo explorar, casi a punto de rogarle que haga lo que quiera conmigo.

Nos tocamos con las puntas de los pies; ambos nos hemos acercado como si nos atrajera una cuerda invisible. Estamos pegados el uno al otro, y el rápido subir y bajar de su pecho me provoca un cosquilleo bajo la cremallera de los vaqueros. Estoy respirando tan frenéticamente como ella, pero ni de coña me planteo terminar el beso.

Ahora mismo, me da igual que esto no sea para siempre. No cuando el presente es tan increíble.

Con las manos me agarra con fuerza la pechera de la chaqueta y la utiliza como apoyo para no perder el equilibrio. Sé que tengo que apartarme, pero me cuesta toda mi fuerza de voluntad hacerlo.

Rozo la punta de mi nariz con la suya e inhalo el dulce aroma de su perfume. Ella jadea contra mis labios y yo hago lo mismo.

—¿Mejor? —murmuro.

—¿Mejor? —repite.

—¿Sigues celosa?

Abre los ojos como platos y me río cuando los pone en blanco.

—No has podido contenerte, ¿eh?

—Contenerme es imposible cuando se trata de ti.

CAPÍTULO VEINTICINCO

# Annalise

Nunca he entendido las bodas de invierno.

Hace un frío que pela, fuera no hay color alguno para las fotos y viajar suele ser un auténtico coñazo. Aun así, supongo que, cuando tienes pasta a espuertas como la mayoría de los jugadores de la NHL, la estación en la que decidas casarte importa bien poco. El dinero no arregla la temperatura, pero puedes comprar plantas y cubrir gastos de viaje inesperados.

La verdad es que, en estas últimas semanas, me había olvidado por completo de la boda a la que Braxton me obliga a ir. Entre el trabajo, el *pole* y pasar todo el tiempo posible con Brody siento que mi vida va a la velocidad del rayo. Diciembre ya está a la mitad y, con él, me enfrento a mi primer invierno imperdonablemente frío y a un viaje a Ottawa para una boda a la que me aterra ir.

No he vuelto al Rancho Steele desde aquella primera —y única— vez, la semana pasada, pero eso no me ha impedido agarrarme a Brody cada vez que tengo ocasión. Me sorprende que todavía no se haya cansado de hacer de chófer y llevarme de un lado a otro.

Tampoco nos hemos vuelto a besar desde lo de los establos…, pese a lo mucho que le he ido dejando caer que me apetecería repetir. El orgullo de una mujer tiene un cupo de rechazos que

puede soportar antes de echarse atrás, por amables que sean. Y, para colmo, últimamente me tiene tan cachonda con esos roces que se alargan más de la cuenta y esos detalles dulces suyos que esta semana he tenido que cargar el vibrador tres veces.

Es cruel. Y he empezado a preguntarme qué narices debí de hacer en otra vida para merecer este nivel de provocación en la actual.

Tener a Brody tan presente en mi día a día también ha hecho que mis conversaciones con Bo prácticamente desaparezcan. Después de pasar el día con Brody en el rancho de su familia, no tardé mucho en confirmar mi sospecha, y me niego a seguir con la farsa. Los dos hombres son la misma persona, pero por alguna razón él lo sabe y no ha hecho el menor intento de decírmelo.

Puede que la culpa por guardarse sus conclusiones haya sido lo que lo ha frenado a la hora de volver a besarme. Algo me dice que no voy muy desencaminada. Podría decírselo yo, pero hay una parte terca de mí que quiere que sea él quien dé el paso. Al fin y al cabo, fue él quien se dio cuenta primero.

—En persona te queda todavía mejor ese vestido —dice Braxton, pensativa.

Con las manos llenas de producto, se estruja el pelo rizado mientras me sigue mirando embobada a través del espejo. Mi hermana mayor es preciosa, así que un cumplido suyo siempre pesa más que cualquier otro.

El baño principal de la casa nueva que comparte con Maddox parece sacado de una revista, y sigo intentando recoger la mandíbula del suelo ante lo abrumador del cuarto. Es un palacio de mármol blanco, con una bañera tipo *spa* que triplica el tamaño de la mía, una vidriera justo encima y un mueble larguísimo con dos

lavabos y un armario empotrado entre ellos. En la ducha parece que puedan caber diez personas. Ya he obligado a Braxton a prometerme que me dejará usarla al menos una vez antes de volver a casa.

Cuando me contó por primera vez que Maddox pensaba, con suerte, terminar su carrera en Ottawa, supe que era solo cuestión de tiempo que pasaran de su primera casa a la definitiva. Este sitio es perfecto para ellos, y me alegro muchísimo por mi hermana. Se merece todo lo que tiene: un hijo precioso, una carrera exitosa y un marido que se tumbaría sobre brasas encendidas solo para hacerle de puente y que pudiera cruzar.

—Con una cita tan guapa, lo justo es que me esfuerce un poco —respondo.

—Eso tendrás que explicárselo a Maddox. El pobre se cree que voy a la boda con él.

Suelto una risa burlona mientras me paso la uña por el borde del labio inferior para limpiar un resto de pintalabios.

—Está flipando.

—Eso digo yo. Mi hermana está en la ciudad, así que lo normal es que vayamos pegaditas como lapas.

—Te he echado muchísimo de menos —reconozco, girándome para descansar la espalda contra la encimera.

Braxton se apoya con la cadera y se le suaviza la expresión.

—Yo más. ¿Has hablado con mamá últimamente?

—Hace unas semanas que no. La última vez que hablamos, Cliff y ella estaban esperando para embarcar rumbo a Arizona. ¿Tú has hablado con ella?

Braxton tuerce el gesto.

—La última vez fue más o menos como tú. ¿Y papá? La semana pasada me llegó un correo suyo diciendo que quería nuestra nueva dirección para mandarle regalos de Navidad a Liam.

—Espero que lo mandaras a la mierda —refunfuño.

—Pues casi. Le dije que los enviara a casa de los padres de Maddox y que ya los recogeríamos cuando los viéramos en fiestas.

Nuestro padre no conoce a mi sobrino ni lo hará jamás. Su repentino interés por mandarle regalos no es más que una forma de imponer su presencia no deseada en la vida de Braxton. Y no merece ese honor.

—Lo siento. No dejes que te estropee el ánimo. No merece la pena en absoluto.

Braxton endereza los hombros y se separa de la encimera. El vestido amarillo hasta la rodilla que ha elegido para la boda se adapta a sus curvas con una naturalidad pasmosa y hace que sus ojos azules resalten todavía más. Yo me toqueteo el brazalete dorado que llevo a la muñeca y me muerdo el interior del labio.

—No creas que todo este rollo sobre nuestros padres significa que no quiera saber de tu vida. Sigo teniendo curiosidad por esas amigas tuyas y por cómo consiguen mantenerte demasiado ocupada para no llamarme tanto como me gustaría —dice, agarrándose el pendiente de diamantes del lóbulo.

Me aliso la sedosa tela del vestido sobre el vientre con una risita.

—¿Estás un poquito celosa, Brax?

Entrecierra los ojos al mirarme.

—¿Yo? ¿Celosa? Jamás.

—Hum. Bueno, creo que Bryce y Poppy te caerían genial. Bryce a veces me recuerda a Adalyn.

Adalyn, la hermana pequeña de Maddox, es extrovertida hasta decir basta, y estar con ella siempre es una gozada. Hay muy poca gente en la vida de Braxton a la que yo no conozca, sobre todo dentro de la familia de su marido. A fin de cuentas, Maddox y Braxton eran superamigos desde críos, así que me pasé media vida rondando por su casa.

—¿Y de verdad han conseguido que te apuntes a una clase de *pole*? —pregunta.

—¿Tan difícil te parece de creer?

—A ver, no es porque dude de que se te dé bien. Hay muy pocas cosas en las que no destaques, pero es que nunca habías hecho nada parecido. Me alegro por ti, Anna.

Esbozo una sonrisa.

—Gracias. Desde luego, se sale de mi zona de confort, pero creo que por eso me gusta tanto. Me hace sentir poderosa.

—Es que lo eres. A lo mejor algún día tendría que probar yo también una clase de *pole*.

Frunzo el ceño.

—¿Por qué? ¿Ya no te sientes poderosa?

—Ahora no estamos hablando de mí. No te creas que, por distraerme, voy a dejar de hurgar en tu vida. Además de esas dos chicas, hay algo más que te mantiene ocupada —dice con tono incisivo.

Doy media vuelta para que no me vea el rubor que me sube a las mejillas y salgo del baño.

—¡Annalise! No me obligues a perseguirte.

—Solo voy a ponerme los zapatos —contesto, saliendo disparada hacia el dormitorio, donde me esperan, sobre la alfombra, mis

tacones negros.

—Ajá, y yo solo te pregunto por tus secretos, no exijo que me los cuentes todos.

—Eres terrible.

—Mira quién fue a hablar.

El dormitorio principal es luminoso y aireado, con una cama extragrande bajo un dosel contra la pared opuesta a una chimenea eléctrica. Unos ventanales de suelo a techo ocupan toda una pared, y hay un par de puertas acristaladas dobles que dan a su balcón privado. Casi parece un crimen apoyar las suelas de los tacones sobre la mullida alfombra blanca, aunque no los haya estrenado en la calle todavía.

—Puede que ya no me conozcas tan bien como antes —digo, sabiendo perfectamente que estoy diciendo una tontería.

La carcajada seca de Braxton me confirma que ella también lo sabe.

—Esta reacción ya me está diciendo todo lo que necesito saber.

—¡Perfecto! Me guardaré mis secretos, pues.

Me pellizca la parte de atrás del brazo y me empuja para que me siente en el borde de la cama; los tacones acaban de quedar en un segundo plano. Cuando planta las manos en las caderas, suelto un suspiro.

—¿Qué pasa? Nunca me niegas un cotilleo. Y menos si va de tíos.

Otra vez me arden las mejillas y levanto las manos para taparlas antes de detenerme en seco al recordar el maquillaje en el que he invertido una hora. Las dejo caer sobre el regazo mientras echo la cabeza hacia atrás y me quedo mirando el techo.

—Con este tema me siento un poco fuera de juego —murmuro.

Cuando vuelvo a mirarla, Braxton me observa con incredulidad.

—¿Cómo que fuera de juego? Nunca me has escondido a un tío de esta manera.

—No lo estoy escondiendo.

—Acabas de salir de la habitación para no hablar de él. ¿Pasa algo con ese chico? ¿Te ha hecho daño? —El deje protector de su voz es tan intenso que casi me hace dar un respingo.

Niego con la cabeza y suelto un suspiro pesado.

—Qué va, no es nada de eso.

—Entonces explícamelo. —Se sienta a mi lado y me toma la mano —. Puedes contarme lo que sea. Siempre.

—Pero me tienes que prometer que no te pondrás rara.

—Lo prometo.

—¿Sabes quién es Brody Steele?

Hace una pausa. Parpadea despacio; entreabre los labios y los vuelve a cerrar antes de lograr asentir.

—No lo dirás en serio.

—Completamente en serio.

—¿Cómo?

Me da un vuelco el corazón.

—Es de Cherry Peak. Nos conocimos en un bar y empezamos con muy mal pie, pero ahora… ahora lo es todo. Me lleva y me trae del trabajo todos los días porque no me siento segura conduciendo con las carreteras heladas y, además, está siempre pendiente de que no me falte de nada. Nos compenetramos tanto que casi da miedo, y hasta me llevó al rancho de su familia y me presentó a sus abuelos.

Omito la parte de Bo, porque solo daría pie a más preguntas para las que todavía no tengo respuestas. Son preguntas que necesito

que sea él quien conteste, mirándome a la cara.

A Braxton se le enternece la expresión, igual que su voz.

—Entonces ¿por qué has intentado esconderlo?

—No lo estaba escondiendo; simplemente, no pensaba contártelo todavía —me defiendo.

«O nunca».

—Pues eso es casi peor. Pensaría que querrías pregonarlo a los cuatro vientos si tan feliz te hace.

Se me encoge el pecho cuando digo:

—Se va pronto. Vuelve a Nashville. Cherry Peak solo era una parada en boxes para él.

Braxton lanza un gruñido de enfado.

—Me niego a aceptarlo.

—No hay nada que aceptar, Brax. Es la realidad. Y yo ya la he aceptado.

Braxton me suelta la mano y se pone en pie de un salto, fulminándome con la mirada. En sus ojos brilla una determinación feroz.

—Mira, esperé tres años a oír esa emoción en tu voz cuando hablabas de Stewart, y no apareció jamás. Mantenemos una única conversación sobre Brody… y ahí la tienes. Eso es cuanto necesito saber.

—No es tan sencillo, y lo sabes. Nunca fue tan fácil entre Maddox y tú —le suelto.

—Lo mío con Maddox era distinto, y lo sabes.

Pues también es verdad.

—Por favor, déjame hacerlo a mi manera.

—Vale.

Enarco una ceja.

—¿Vale?

—Además, me será facilísimo acorralarlo en persona y preguntarle yo misma qué siente por ti.

—¿Cómo?

Se le dibuja una sonrisa ladina, casi diabólica, y se me hace un nudo en el estómago.

—¿No sabías que actúa en la boda esta noche?

CAPÍTULO VEINTISÉIS

# Brody

—¡Hermano!

El grito ronco pertenece a un viejo amigo, alguien con quien pasé años jugando al hockey en Cherry Peak antes de que lo ficharan para la NHL. Walker Morales es el portero titular de los Ottawa Beavertails y, hoy, el puñetero marido de alguien.

—Tantos años sin vernos y sigues teniendo cara de prepúber —bromeo, atrayéndolo en un fuerte abrazo.

Me da un par de golpes firmes en la espalda mientras se parte de risa ante mi insulto blando. Su barba espesa deja en ridículo cualquier intento mío de vello facial.

—Y tú sigues siendo un puto paleto. ¿Tanto te costaba dejar el sombrero en casa por un día?

Paso un dedo por el ala del sombrero en cuestión, sonriendo.

—¿Quieres que te recuerde lo paleto que eras tú antes de que se te llevara la NHL? Y no hables mal de mi sombrero. ¿No te basta con el traje?

—Mis padres ya se encargan de recordármelo —dice Walker—. Jamás me dejarán olvidar mis raíces rancheras. —Esboza una sonrisa franca y relajada; en su expresión hay una felicidad pura, de esas que no se ven a menudo—. La verdad es que me sorprende

que no hayas aparecido en vaqueros y una camiseta con manchas de grasa. Me quedo con el traje y el sombrero. Estás genial, colega. ¿Seguro que puedes con esto?

—No estaría aquí si no pudiera.

Es una mentirijilla piadosa. No debería estar aquí, y mi médico opina lo mismo. Mi primera cita para la rehabilitación vocal no es hasta la semana que viene, y el pobre hombre se quedó de piedra cuando le conté mis planes para hoy. Cantar ahora es una imprudencia, un riesgo estúpido e innecesario, pero mucho antes de la lesión le prometí a Walker que lo haría por él, y soy un hombre de palabra. Nunca incumplo mis promesas.

Solo serán un par de horas de esfuerzo. Si no soy capaz de hacer esto hoy, casi mejor que deje de soñar con un regreso en condiciones a corto plazo. He ensayado esta mañana después de tomar un par de analgésicos por si acaso, y la voz sonaba bien. Me siento bien. Mi cuerpo es eso: mío. Y conozco mis límites. Ya los conocía la primera vez, pero entonces decidí ignorarlos. No volverá a pasar.

—Me alegro, entonces. ¿Has conocido ya a los demás invitados?

—A la mayoría —respondo.

La ceremonia nupcial de antes ha sido un acto íntimo al que solo han asistido los novios y sus familiares más cercanos. He aprovechado el rato en que se casaban para preparar la actuación del banquete en el salón de baile del hotel. El personal iba de un lado a otro ultimando los detalles, y me ha ido de perlas que estuvieran distraídos, por si sonaba como un animal moribundo en lugar del Brody Steele que todos esperan.

La mujer de Walker es un encanto. Es de Ottawa de toda la vida y tiene un ligero acento francés, que, según me contó, se le quedó de los años que pasó viviendo en Montreal cuando era joven. Walker la mira como si fuera su salvavidas, y me alegra ver que ella lo contempla exactamente igual. Puede que ya no seamos tan inseparables como en nuestra época de hockey infantil, pero hay amistades que no se pierden, por muchas vueltas que dé la vida.

—Fantástico. Odio las presentaciones, y creo que tengo el cupo lleno hoy —dice Walker.

—Pero merece la pena, ¿no? Todo el estrés de una boda, vaya.

—Sin duda. Mereció la pena desde el momento en que la vi caminar hacia el altar.

Me meto las manos en los bolsillos del pantalón y me apoyo contra la pared del vestuario que han usado los padrinos para arreglarse esta mañana. Faltan solo unos minutos para que los novios hagan su entrada triunfal en el salón y me llamen para cantar la canción de su primer baile.

Actuar delante de gente siempre impone, pero me he acostumbrado a los estadios y a los festivales. Es raro que se me revuelva el estómago antes de un concierto. Esta noche, sin embargo, lo tengo hecho un nudo.

—Me sorprende que no estés ya por ahí con tu flamante esposa. ¿No se supone que ahora tenéis que ir pegados como lapas? —le digo en tono de broma.

—Quería pasar a verte antes. Esta noche nos haces un favorazo.

—No me cuesta nada, tío.

—Quizá no; pero, aun así, te lo agradezco.

La sinceridad se refleja en sus ojos y le doy una palmada en el brazo.

—De nada. Y ahora ve a buscar a tu esposa.

—Procura no fastidiarme el primer baile, ¿eh? Si no, me harán la vida imposible en el vestuario. He presumido de ti un poco demasiado estos días —dice.

Se me relajan los músculos al reírme y asiento.

—Hecho.

—Oye, y resérvame un rato esta noche para tomar una copa, ¿vale? Quiero que nos pongamos al día antes de que vuelvas a la rutina.

—Cuenta con ello.

—Pues nos vemos ahí fuera, hermano.

Cuando me quedo solo en la habitación, saco el móvil y, por pura inercia, abro la conversación con Banana. El último mensaje es de hace más de una semana. Puede decirse que, para los dos, el secreto ya ha salido a la luz.

Llevo demasiado tiempo pensando en cómo se lo voy a contar a Anna. Esta actuación era lo último que me faltaba para hacerlo.

No me di cuenta de que ella estaría aquí hoy hasta hace unas noches, cuando estaba repasando los mensajes que nos habíamos enviado y volví a leer su primer mensaje. La mención de la boda de Morales no habría significado gran cosa de no ser el conocimiento de que su hermana está casada con Maddox Hutton. Esta noche solo hay una boda de Morales protagonizada por un jugador de los Ottawa Beavertails.

Me costó horrores guardarme esta información, pero quería estar seguro de lo que iba a hacer antes de abrir la boca demasiado

pronto. Esta noche pienso decirle la verdad y hacerla mía. La palabra «temporal» me susurra desde el fondo de la cabeza como una broma de mal gusto, pero le hago caso omiso, como llevo haciendo desde que decidí que la quería para mí.

No puedes conocer a una mujer como Annalise Heights y no hacerla tuya. Sobre todo cuando se comparte la química natural que hay entre nosotros. El mismo deseo puro y sin adulterar que sentimos el uno por el otro.

Si ella quiere arriesgarse conmigo o no, todavía es una incógnita. Estoy convencido de que no estaré tranquilo hasta saber su respuesta. Esta es mi actuación más importante hasta la fecha, y la estrella del *show* no tiene ni idea de lo crucial que es.

Noto una opresión en el pecho mientras repaso nuestros mensajes, los antiguos y los más recientes. Algunos tan divertidos y desenfadados que me sorprende no haberme dado cuenta antes. Conocí a la mujer de mis sueños dos veces y, aun así, he tardado una eternidad en dar el paso.

Lo que es aún más difícil de creer es que nunca supe lo que buscaba de verdad en una mujer hasta que conocí a Anna. No sabía que quería a una chica de ciudad con mucho sentido del humor, un punto sarcástico cuando se enfada y una pasión feroz por ayudar a los demás. Y no solo me gusta por su ferocidad; también es increíblemente fácil hablar con ella. No hay nada de lo que no esté dispuesta a escucharme hablar, aunque no necesite que me responda. Pero, si me responde, siempre me da unos consejos cojonudos.

Un beso; bastó con un sorbo de ella. Joder, dejaría que me pusiera las riendas para siempre si eso me garantizara otro beso

como ese.

Alguien carraspea en la puerta. Bloqueo el móvil y me lo guardo en el bolsillo antes de levantar la vista. Rita mantiene el rostro impasible pese a la impaciencia que se asoma a sus ojos. Las patas de gallo que los rodean delatan que, en algún momento, fue una mujer que sonreía a menudo. No he tenido el honor de verlo más que un puñado de veces.

—¿Listo? —pregunta, sin apartar la vista de su teléfono.

Por enésima vez desde que volví a casa, me pregunto por qué sigo teniéndola como mánager. Es dura de roer y, la mayoría de las veces, severa y fría. Swift Edge Records propició la colaboración entre los dos poco después de que firmara con el sello discográfico, y yo era demasiado ingenuo como para verlo venir.

—Listo —le respondo.

—Es fantástico que hagas esto, Brody. Esta misma noche habrá vídeos circulando por internet y el mundo sabrá que estás preparado para volver mejor que nunca.

Me rasco la mandíbula y noto que me ha empezado a crecer más vello facial. Me recuerda a una versión más joven de mí mismo. Siempre quise tener barba, pero a Garrison no le gustaba, así que la hice desaparecer.

—Aún no estoy preparado para volver. Necesito unas semanas más.

Por fin aparta la vista del móvil y me presta atención.

—¿Cómo que no estás preparado?

—Pues eso mismo, Rita. Quiero pasar más tiempo en casa.

—¿Quieres o lo necesitas? Porque son dos cosas muy distintas. Sobre todo en este negocio —replica con sorna, y su tono

condescendiente me pone de los nervios.

Me paso la lengua por los labios; estoy empezando a removerme, inquieto.

—Las dos cosas. Reggie me dijo que tenía hasta tres meses si los necesitaba. Ese tiempo aún no se ha agotado.

—Reggie no es tu jefe.

—Es tan jefe mío como lo es su hijo. Agradezco todo lo que has hecho por mí, Rita, pero tú trabajas para mí. Que no se te olvide.

—Eso suena bastante a amenaza.

Me pongo aún más tenso ante su actitud.

—No lo he dicho como una amenaza, pero no pienses que eso no puede cambiar… o que no cambiará.

Tres semanas más no me bastan con Anna, pero es un comienzo. Necesito ese tiempo con ella. Estar con ella, pero de verdad. Demostrarle que quizá, solo quizá, lo nuestro no tiene por qué acabar cuando me vaya. Es una idea optimista, desde luego, pero es la que más he estado contemplando últimamente. Hay muchos factores en juego cuando se trata de una posible relación conmigo fuera de Cherry Peak; por eso esta noche es tan importante.

Estoy a punto de abrirle la puerta a mi mundo. Solo espero, por Dios bendito, que no salga corriendo.

—Tienes más cojones de lo que creía —murmura Rita.

Frunzo el ceño.

—Eh…, ¿gracias?

—No lo tomes como un cumplido. Le diré a Garrison que necesitas más tiempo, pero esta pelea la tendrás con él, no conmigo.

—Ni siquiera tengo aún el alta del médico. No estoy lo bastante sano, al margen de que quiera quedarme más tiempo.

Ella digiere la información y frunce los labios un instante antes de responder:

—De acuerdo.

Le suena una notificación en el teléfono, mira la pantalla y asiente.

—Hora de salir.

—¿Alguna última palabra de ánimo? —Trato de contener el pánico antes de que salga a la superficie.

Me clava una mirada firme que carece de su frialdad habitual.

—Te sabes las canciones. Controlas el tono. Nunca has hecho una mala actuación.

Echo ligeramente la cabeza hacia atrás, sorprendido.

—Gracias.

—Dámelas después de que te haya ido bien la actuación. Esto es una boda, no un primer concierto en Nueva York. Intenta recordarlo.

Ojalá supiera que tener a Anna entre el público de esta boda es más importante para mí que cualquier estadio en el que haya tocado jamás.

CAPÍTULO VEINTISIETE

# Annalise

Muevo la pierna sin parar debajo de la mesa y el mantel de encaje me cosquillea la piel desnuda del muslo, que queda al descubierto a través de la abertura del vestido. Noto la brisa fresca del aire acondicionado que me acaricia los hombros, pero el calor que siento bajo la piel no desaparece como me gustaría.

Desde que llegamos al hotel no he podido apartar la mirada del escenario situado al fondo del salón de baile. Los colores azul marino y ciruela de la boda están por todas partes, desde los magníficos centros de mesa florales y los adornos de encaje que cuelgan a lo largo de la mesa principal hasta los pétalos del centro del escenario.

El mismo escenario en el que Brody aparecerá de un momento a otro. Los nervios se me mezclan con una punzada de irritación. Él sabía que yo estaría aquí. Si estaba previsto desde el principio que él fuera el artista de la velada, entonces sabía perfectamente —desde el momento en que leyó mi primer mensaje y ató cabos sobre quién era yo— que coincidiríamos en la misma boda.

Lo sabía y no me dijo nada.

En el instante en que Braxton me contó que él estaría aquí, todas mis inseguridades pasadas regresaron en avalancha, dejándome casi sin aliento. Dos horas después, sigo sin estar bien. Para nada.

Detesto haberme dejado llevar por pensamientos negativos, pero mi fortaleza tiene un límite. Mi valentía también. He intentado con todas mis fuerzas no entrar en bucle, y eso me ha consumido demasiada energía.

Tengo claro que habría querido ir a esta boda con él si hubiera sabido que también estaría aquí. Me hubiera encantado ser su acompañante, si él también lo hubiera querido. Pero es evidente que no es así. Tanto, que me ocultó sus planes.

Mi primer pensamiento fue que se avergonzaba de mí. Que solo era una mujer a la que quería tener cerca cuando estaba en casa, lejos de los focos de su vida habitual. Esa fue la conclusión que más me dolió, la que me destrozó por dentro. Y el pinchacito que siento ahora en el pecho al recordarlo es prueba suficiente de por qué me niego a volver a pensar en eso.

Por lo que sé de Brody hasta ahora, no es el tipo de hombre que esconde a una mujer de nadie. He conocido a sus dos abuelos y a varios empleados del Rancho Steele. Entonces ¿a qué viene tanto secretismo ahora?

Me trago el nudo que tengo en la garganta y tamborileo con los dedos sobre el mantel, echando un vistazo alrededor. El número de nuestra mesa está grabado en el letrero de madera junto al centro floral, y nuestros nombres están escritos con una preciosa letra cursiva sobre un grueso pergamino y colocados encima de las servilletas. La decoración es muy rústica, pero con un toque glam que queda muy bien. En general, es tan bonita que le perdono a la novia su ridículo proceso de aprobación del vestido. Al fin y al cabo, fue lo que me llevó hasta Brody.

Esta es la primera boda a la que asisto desde que se casaron mi hermana y Maddox. Siempre pensé que la siguiente sería la mía. Y así debería haber sido. Pero no estoy tan consternada como esperaba.

Mucho antes de conocer a Stewart, el matrimonio no era para mí. Fui una ingenua al creer que un hombre había cambiado mi forma de pensar con tanta facilidad. Aceptar su propuesta fue un momento de debilidad tras una vida entera de valentía. Un deseo de que alguien me cuidara, alguien que yo creía que quería hacerlo el resto de su vida.

«Madre mía, qué equivocada estaba».

—Tienes cara de estar enfrascada en tus pensamientos —dice Braxton, apartándome un mechón de pelo detrás de la oreja.

Maddox flexiona el brazo que descansa sobre el respaldo de la silla de mi hermana y le acaricia el hombro.

—¿Todo bien, pequeña Heights?

—Estoy intentando no salir corriendo de aquí —le digo con total sinceridad.

—¿Antes de que pueda verte darle una paliza a tu hombre? Va a ser que no —replica Maddox.

Frunzo el ceño.

—No es mi hombre.

—¿Y él lo sabe?

—Supongo que sí, teniendo en cuenta que los dos hemos venido sin pareja.

Braxton intenta, sin éxito, esconder la risita en el bíceps de su marido.

—A ti sí que te va a dar una paliza como sigas metiéndote con ella.

Él sonríe con gesto compasivo.

—Lo siento, Anna, esa es tarea de Braxton.

Arrugo la nariz, asqueada.

—Y puede quedársela.

—¿Y si no te dijo que estaría aquí porque estaba nervioso? —sugiere Braxton.

Quiero decirle que lo más probable es que no sea eso, pero sin conocer toda la historia no lo entendería tampoco. Además, no estamos solos en la mesa y, aunque hablamos en voz baja, no quiero arriesgarme a que alguien más nos oiga.

—Sí, puede ser —respondo.

Maddox asiente en dirección al escenario, con una mirada llena de expectación.

—No creo que tengas que esperar mucho más para averiguarlo.

Se me tensan los músculos cuando vuelvo a mirar hacia la tarima y, esta vez, la encuentro ocupada. Dejo de respirar cuando Brody sonríe a los invitados a la boda y saluda con la mano a los novios. Está claro que los une algo, por la naturalidad con la que le devuelven la sonrisa y el novio se da una palmada en el pecho.

Nunca me había quedado literalmente embobada por el atractivo de alguien, pero si alguien podía cambiar eso, tenía que ser Brody. Es casi imposible mirarlo durante mucho tiempo sin correr el riesgo de quedar hipnotizada. «Es tan guapo que duele». Esa debería ser la advertencia oficial para cualquiera que se le acerque demasiado.

Me he acostumbrado tanto a verlo con ropa de rancho manchada que hoy me descoloca verlo enfundado en un traje negro entallado,

con una corbata color ciruela. Lleva los dos primeros botones de la camisa blanca abiertos, nada sorprendente hasta ahí, pero ese sombrero… Ese sombrero me quita el aliento. En vez del sombrero de cowboy marrón claro al que ya estoy habituada, lleva uno de un marrón tan oscuro que casi parece negro. Hace que su pelo rubio oscuro destaque aún más, con los rizos sueltos y despeinados debajo. Incluso su barba corta ha terminado por gustarme, y eso que nunca he sido fan del vello facial.

Recorro su cuerpo con la mirada y me fijo en las botas tan limpias que lleva, lo que me hace esbozar una sonrisa. No sé cómo ha conseguido convencer a la novia para que lo dejara ponérselas, teniendo en cuenta las otras normas tan estrictas que ha impuesto en cuanto al vestuario, aunque no debería sorprenderme. Podría convencer a una monja de pecar con solo dedicarle una mirada y sonreírle.

Verlo con la guitarra colgada al cuello con una correa color ciruela es algo nuevo y sorprendente. Me he acostumbrado tanto a Brody Steele, el ranchero y mecánico, que a veces se me olvida que también es Brody Steele, la estrella del country. Uno de los músicos que más rápido ha crecido del panorama actual, para ser exactos. Hay toda una faceta suya que todavía no conozco, y supongo que no puedo posponerlo más. Es ahora o nunca.

Me ruborizo de la cabeza a los pies en cuanto levanto la vista y descubro que me está mirando, con una mueca que le da a su expresión un aire travieso. Como si supiera algo que yo no.

Enarco una ceja con aire desafiante y articulo para que me lea los labios: «Estás en un buen lío».

Esa mueca se convierte en una sonrisa lo más cercana a la timidez que alguien como Brody es capaz de mostrar, y entonces articula él dos palabras: «Lo siento».

Con un giro, la guitarra pasa de su espalda al frente. Me sostiene la mirada hasta que las luces empiezan a atenuarse y un foco ilumina a los novios. Solo entonces dirige la atención hacia ellos. Es educado, como se espera en un evento así, pero ahora mismo yo no me siento particularmente educada. Lo único que quiero es mirarlo, y ni siquiera cuando el maestro de ceremonias anuncia que los recién casados van a bailar su primera canción consigo apartar los ojos de él. Me digo que no conozco personalmente a la pareja, como si fuera motivo suficiente para no prestarles ni la más mínima atención.

El primer sonido profundo y gutural de su voz al micrófono basta para dejarme patitiesa. Rasguea suavemente las cuerdas de la guitarra y canta con un tono tan cálido y envolvente que me entran ganas de acurrucarme en él. Jamás había sentido consuelo semejante. O quizá sí: aquella vez en los establos, tan sumida en él que no sabía distinguir arriba de abajo. Solo existían su olor, su calor, su roce… y esa sensación absolutamente desgarradora de que todo era como debía ser.

Su voz al cantar es el equivalente de eso. Algo que siento muy parecido a volver a casa.

Mi cuerpo se balancea al ritmo de la música; es una serenata que no me importaría tener en bucle en la cabeza día y noche. No me atrevo a apartar la mirada de Brody ni un segundo. Cuando por fin la canción se va apagando, nuestras miradas vuelven a encontrarse, y el cariño que brilla con tanta intensidad en la suya me abruma tanto

que mi cerebro, saturado por la canción de amor, no puede procesarlo.

Una canción se funde con otra y con una tercera, y después el DJ al que he visto antes en un rincón de la pista de baile toma el relevo —no sé por cuánto tiempo, la verdad— y los invitados se unen a los novios. Mi hermana me posa una mano en la muñeca justo después de que una canción antigua y de ritmo acelerado estalle en la sala, y me susurra unas palabras suaves de ánimo que me hacen levantar de la silla y salir en busca del hombre que ya no está en el escenario.

Mis tacones repiquetean sobre la pista de baile mientras me escabullo entre los invitados, que miran y ríen al ver cómo los padrinos se lanzan a un baile coreografiado para la novia. Contengo la risa ante la pésima coordinación que tienen antes de salir por una puerta lateral hacia el vestíbulo del hotel.

La pareja de guardias de seguridad que charla a unos metros a mi derecha no me presta atención cuando empiezo a buscar. Aquí fuera reina una calma agradable, como si los novios hubieran reservado todo el hotel para su noche especial. Puede que lo hayan hecho. Esta no es una noche para interrupciones de aficionados al hockey ni de periodistas ansiosos por venderle una historia al *Sports Weekly*. Con Brody aquí, seguro que la decisión fue todavía más fácil. Se merece tanta privacidad como ellos.

La moqueta del hotel amortigua el ruido de mis pasos mientras sigo avanzando por el largo pasillo, con la esperanza de que me lleve a algún tipo de camerino. Hasta ahora, solo he visto una peluquería cerrada y lo que creo que debe de ser una *boutique* nupcial.

Al doblar la esquina veo el letrero de los baños, pero entonces alguien me empuja hacia uno de los dos, con una mano en mi cintura y la otra rodeándome con fuerza por delante. Me estampo contra un cuerpo duro y, antes de que el pánico pueda apoderarse de mí, inhalo profundamente el aroma de una colonia amaderada y me derrito en los brazos que me envuelven.

—Es la segunda vez que me agarras así. Algunos dirían que es un hábito un poco inquietante… —digo, frunciendo los labios para disimular una sonrisa.

El pecho de Brody tiembla contra mi espalda; su risa vibra bajo mi piel y casi llega a mis huesos.

—Solo tengo la costumbre de agarrarte así a ti, cielo.

—Si es un intento de halagarme, tendrás que esforzarte más.

Él apoya la barbilla en mi nuca mientras asiente con la cabeza.

—Lo sé. Ven conmigo para que podamos hablar en privado.

—¿Hay algún «por favor» escondido ahí, en alguna parte? —pregunto, mordiéndome un carrillo por dentro.

Con los labios me roza la parte de atrás de la oreja y se me eriza la piel; un escalofrío me recorre todo el cuerpo.

—Por favor.

—Vale. Está bien.

Empuja la puerta detrás de él con el hombro y nos lleva al interior. Me cuesta más de lo que debería salir del calor de sus brazos, pero cuando lo hago, veo como echa el pestillo del baño. Siento un aleteo de emoción y de nervios en el vientre, y me pregunto por qué habrá tenido la necesidad de procurar que nadie nos interrumpa. Tiene que ser algo más que buscar un sitio tranquilo, ¿no?

Se gira para mirarme y no estoy ni remotamente preparada para encontrarme con sus ojos oscuros, dilatados, comiéndome con la vista dentro de este vestidito. Esperaba que le gustara, pero ya lo había visto antes, y no voy a mentir diciendo que ese pensamiento no me ha tenido dándole vueltas a la cabeza todo el día.

—Estás preciosa, Anna. Eres lo más putamente bonito que he visto en mis veintiocho años de vida. Estás mucho mejor que «bien» —admite con un asombro tan claro y denso en la voz que me desarma, y hace que me ardan los ojos con unas lágrimas que no consigo ahuyentar a tiempo.

La referencia a nuestros primeros mensajes me supera.

—No llores —dice con suavidad, acortando la distancia que había entre nosotros en un solo paso, hasta que su pecho roza el mío.

Con cuidado, me seca las lagrimillas bajo el ojo sin estropearme el maquillaje, mientras posa la otra mano en la curva de mi cintura, que encaja ahí como si hubiera sido siempre su sitio.

—No tienes derecho a hacerme llorar con palabras bonitas cuando estoy tan enfadada contigo —susurro.

Le tiemblan las pestañas al bajar los párpados y dejarlos entrecerrados; la intensidad del azul que asoma debajo es sólida y feroz.

—Lo entiendo. Tampoco quiero que llores. Y menos por mi culpa.

Me concentro en la respiración mientras suelto el aire despacio para calmarme.

—¿Por qué no me dijiste quién eras?

No necesita que le diga más. Me habría extendido si me lo hubiese pedido, pero Brody es un hombre inteligente. No le hace falta leerme la mente para saber exactamente a qué me refiero.

El calor de su palma se filtra en mi mejilla mientras me tiene ahí entre sus brazos, y con el pulgar recorre el contorno de mis labios en caricias lentas y suaves.

—No te dije que yo era Bo porque tenía miedo. Miedo de lo que significaría abrir esa última puerta entre nosotros. Creí que necesitaba más tiempo para guardar mis secretos y esconderme detrás de una especie de muro metafórico de privacidad. Pero tú ya estabas derribando esas paredes tablón a tablón con cada una de tus dulces sonrisas y tus caricias comprensivas. Incluso esa boca tan descarada tuya, esa boca que quiero besar más veces de las que debería, me tenía hecho un lío por dentro. Ha sido una pérdida de tiempo no dar ese paso antes, por mi cuenta. Sabía que me aceptarías tal y como soy mucho antes de esta noche, Anna. Eres demasiado buena para no hacerlo.

La emoción me hace un nudo en la garganta; me cuesta tragar y de mis labios escapa un gemido suave, casi inaudible, que, aun así, deja claro cuánto significan para mí sus palabras. Las palabras bonitas pueden ser solo eso: vacías, sin alma, aunque suenen bien. Pero a veces también son a las que recurres en tus peores momentos, cuando necesitas algo bueno a lo que aferrarte.

Y a estas palabras me aferraré para siempre.

—¿Y esta noche? Podrías haberme pedido que viniera contigo. Lo habría hecho. Estoy bastante segura de que iría a cualquier parte contigo —reconozco, sin un ápice de vergüenza por mi vulnerabilidad.

Brody se inclina y apoya la frente contra la mía, sujetándome con firmeza y acunando mi mejilla con la mano. Lucho contra el impulso de cerrar los ojos y abandonarme a este suave instante. Me obligo a

mantenerlos abiertos y asomarme a los suyos. Azules con motitas grises, como nubes sobre un cielo despejado de verano.

—Y yo iría a cualquier parte contigo. Tendría que haberte pedido que fueras mi acompañante. Habría llegado con la chica más bonita de todas. Siento no haberlo hecho. Pero sabía que, si te traía, habría soltado la verdad sin haber ordenado antes mis pensamientos como quería. Ya ha sido bastante tortura no besarte desde que te vi tratar a mi caballo con más cuidado del que le he visto a nadie que no sea yo. Eres un alma bondadosa, y hasta Sky se dio cuenta. Lo reconoció a primera vista, como me hubiera gustado a mí. No habría aguantado ni cinco minutos contigo en mis brazos sin volver a besar tu boca, y tú te merecías este momento primero. Estas respuestas.

Cada palabra es una declaración. Una promesa sin necesidad de entrelazar los meñiques. Puede que mañana desee haber sido más terca, haberle hecho sudar un poco más para ganarse mi perdón, pero no necesitaba ningún gran gesto. Solo palabras sinceras y una sonrisa franca como la que tengo justo delante.

—Sky me cae casi tan bien como tú. No sé cómo voy a quererla más cuando vas y me dices cosas tan bonitas y sinceras como estas. Al fin y al cabo, no deja de ser un caballo —bromeo, llevando una mano hacia su rostro y recreándome en el roce áspero de su barba antes de deslizarla hasta su nuca, donde los rizos suaves me cosquillean en los dedos.

El tacto aterciopelado de su sombrero le cubre la mayor parte del pelo y, cuando meto los dedos por debajo, parece captar el mensaje. Con un gesto rápido, deja el sombrero sobre una superficie y me da vía libre para hundir los dedos en su cabello. Acepto la invitación sin

dudarlo, enredándolos en los espesos rizos. Le rasco el cuero cabelludo con las uñas y le arranco un sonido ronco de la garganta.

—¿Y yo qué soy? —pregunta casi gimiendo las palabras.

Buscando en lo más hondo de mi confianza, respondo:

—Mi hombre.

Él me responde apretándome contra su pecho, con ambos corazones latiendo a la vez, y me besa con tanta fuerza que veo las estrellas.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

# Brody

«Mi hombre».

Su hombre. Suyo, suyo, suyo. Creo que es el título más importante que he tenido nunca. Apostaría lo que fuese a que nada se le va a acercar jamás. Me sentó como una coz en el pecho aquel día en los establos, pero llevaba gestándose desde mucho antes. Mis sentimientos son tan fuertes que tienen su propio latido, que late al compás del mío.

Su perfume abruma mis sentidos y ahoga todo lo demás: el cuarto de baño, las baldosas de mármol blanco y el goteo constante de uno de los grifos. Aunque se me va pasando el dolor de garganta, mi voz está tan débil que una sola canción me ha agotado más de lo que solía hacerlo grabar todo el santo día.

Las bocas se mueven a la vez, ambos hambrientos de más. Nuestra conexión es tan eléctrica que parece que salten chispas. Entrelazo la lengua con la suya antes de morderle el delicado labio inferior, tragándome su gemido de sorpresa.

Anna me araña con las uñas el cuero cabelludo mientras me agarra del pelo para acercarme más a ella, lo que me permite devorarle la boca con un vigor que ella me devuelve con la misma fuerza. Me invade una fuerte posesividad y siento el deseo de

acercarla aún más, acurrucarla en mi pecho y mantenerla ahí para siempre.

Nunca me ha gustado tanto sentir a una mujer en mis brazos como a ella. Ese pensamiento me impulsa a soltarla y a quitarme la chaqueta. Sus grandes ojos marrones, llenos de deseo, siguen cada uno de mis movimientos mientras recorren las líneas de mis brazos y mis hombros, deteniéndose incluso en mis manos mientras agarro la chaqueta y la dejo en la encimera detrás de ella.

—Deja de mirarme así o vas a acabar creándome un complejo —le advierto antes de agarrarla por la cintura y sentarla encima de mi chaqueta.

—¿Mirándote cómo?

Separa los labios carnosos mientras me mira fijamente. La encimera equilibra nuestra diferencia de altura, así que no tengo que estirar el cuello cuando la beso de nuevo, dejando que su sabor llene mi boca. Dulce, tierna y mía; una combinación embriagadora que quiero saborear el resto de mi vida.

Deslizo la punta de la nariz a lo largo de su mejilla y por debajo de su mandíbula, rozando su suave y pálida piel con la barba. Inhalando, le acaricio los muslos justo por encima de las rodillas, antes de separarlos lo suficiente como para colocarme entre ellos.

—Como si quisieras declararme tuyo —gimo, enroscando los dedos en la pesada seda de su vestido. Este se abre con el movimiento y, tras ver un destello de su regazo, se me pone dura la polla por dentro de los pantalones.

Ella aspira aire de una forma que desvía mis ojos de la amplia extensión de muslo que había dejado al descubierto la abertura de su vestido, volviendo a sus profundos ojos marrones.

—Y eso quiero. Con todas mis fuerzas.

Un ruido profundo y puramente animal se me escapa ante su seguridad. Se muerde el labio inferior, hincándose los dientes con fuerza antes de que llegue mi pulgar a liberarlo. Lo cojo entre los dedos y tiro, enrollándolo y notando su suavidad hasta que se enrojece igual que una frambuesa fresca.

—Adelante. Estoy deseando hacer lo mismo, joder.

Apenas consigo pronunciar una palabra antes de que me agarre la camisa y la desabroche con una habilidad pasmosa. Poco a poco va descubriendo mi pecho, dejando los últimos botones cerrados antes de asirme del pelo de nuevo y forzar que nuestros labios se vuelvan a juntar. No puedo parar de besarla. Tampoco puedo parar de explorar su cuerpo con mis manos, manos que le acarician los muslos, la cintura y luego los muslos otra vez, esta vez agarrándola más arriba. Está caliente al tacto; arde con el mismo deseo que siento en lo más profundo de mi vientre.

—Hazlo —jadea, separando nuestros labios para arquear el cuello y ofrecérmelo.

—Avísame si quieres que pare en cualquier momento, Anna. Lo digo en serio. No quiero sobrepasar ningún límite contigo, pero necesito tocarte. No puedo esperar más.

Estoy medio ido; noto cómo la sangre se dirige hacia otra parte más larga y dura. Me comporto como un troglodita, pero ella se ablanda en mis brazos, se derrite como mantequilla en un microondas.

—Sí, Brody. Por favor.

Ella separa las piernas todo lo que le permite el vestido, y yo acepto la oferta como el hombre codicioso y desesperado que soy.

Encuentro el dobladillo inferior de su vestido, lo agarro con fuerza y lo deslizo por los muslos, tratando de controlar el temblor excitado de mis dedos mientras recorren su suave y delicada piel. Aprieto los dientes, a punto de correrme solo con sentirla.

—Qué suave eres —susurro. Cuanto más subo, más caliente se pone—. Qué caliente y suave.

Entonces, oigo que ella balbucea, con la frente inclinada hacia delante, reposando sobre mi pecho para poder observar mientras exploro.

—Te has olvidado de algo.

—¿De qué, cielo? —Detengo la mano, esperando la respuesta.

Nada me prepara para eso.

—Suave, caliente, tersa y muy muy mojada.

—Dios… —susurro, con la garganta cada vez más constreñida.

Hundo el rostro en su cuello y le succiono la piel con la boca antes de poder pensarlo dos veces. Mientras deslizo la mano más arriba por el interior de su muslo, paso por alto la delgada barrera de sus bragas e introduzco los dedos en la piel húmeda que encuentro esperándome. Ella gimotea, reprimiendo un grito mientras se recuesta sobre la encimera e inclina la cabeza hacia atrás. Con la espalda arqueada, muestra sus pechos cubiertos y pezones duros al techo. Rápidamente, le acaricio el coño resbaladizo a la vez que libero un pecho del vestido y me llevo el pezón a los labios.

Giro la lengua a su alrededor y la observo desde debajo de las pestañas, captando cada una de sus reacciones a mi tacto, buscando lo que más le gusta. La primera caricia del pulgar sobre su clítoris la hace saltar, y me hinca las uñas en los hombros a través de la

camisa. Lo repito una vez más, antes de rodearle el sexo con un dedo cuidadoso, explorando suavemente.

—Más —gime, moviendo las caderas mientras la toco.

Paso los dientes por su pezón y ejerzo una presión suave, a modo de advertencia.

—No me metas prisa. Quiero explorarte y descubrir qué te hace gritar. Lo que te hará chorrear por mi muñeca.

—Brody.

Mi nombre nunca había sonado tan bonito.

—Ha pasado mucho tiempo, amor. Quiero devorarte.

—Pues devórame. No necesito ir despacio. Me muero de ganas de correrme después de todos estos días provocándome.

Mi paciencia se desvanece cada vez más con cada súplica, pero me esfuerzo por mantenerla. Lamiéndole el pezón con la lengua, giro la muñeca y sostengo su coño, notando cómo se me humedece la palma de la mano. Presionándole el clítoris, introduzco un dedo en su cálido agujero y la tensión con que me agarra me toma desprevenido del todo.

—Sí, sí… —jadea, empujando con las manos y ofreciéndome más de su pezón. Lo suelto y dejo un reguero de besos entre sus pechos para pasar al siguiente, al que dedico la misma atención—. ¡Me encanta!

—Joder, sí.

Contonea las caderas, así que añado otro dedo antes de empezar a follarla con ellos. Los saco y los meto mientras aumento la presión de la palma y giro la muñeca. Ella me recubre los dedos con su deseo, más escandalosa con cada embestida.

—Quiero hacer que te corras, Anna. Eres mía. Dejémonos de rodeos. Vas a ser mi mujer.

Sus ojos se concentran en mí, brillantes y claros. Trago saliva y correspondo a su mirada con la misma sinceridad. Cada movimiento de mis dedos la hace estremecer, temblando en la antesala de un orgasmo. El poder que me da es mejor que cualquier subidón que haya sentido jamás. Más satisfactorio que cada uno de los gritos de un público multitudinario.

—Dime que me entiendes. Déjame darte ese alivio —le suplico, curvando los dedos con cada embestida.

—Llevo semanas queriendo ser tuya. Tómame —susurra, exponiéndose ante mí con tan solo unas pocas palabras.

Y me derrumbo.

Se me agota la paciencia.

Me abalanzo sobre ella, devorándole la boca, la garganta y el pecho hasta estar seguro de que por la mañana llevará mis marcas. Se me humedecen los nudillos antes de que me caiga la primera gota por la muñeca. Gimo, empujando con los dedos cada vez más rápido y más fuerte, inundando el cuarto de baño con su placer.

Sus manos diminutas me envuelven el cuello, manteniéndome en mi sitio mientras llega al orgasmo y se corre sobre mi mano, apretando el coño con fuerza alrededor de mis dedos, con el clítoris palpitando contra mi palma. Cada grito que escapa de sus labios rojos y carnosos me acaricia los testículos y me enloquece todavía más.

Para cuando se calma, estoy respirando con dificultad por la nariz en un intento de tranquilizarme. Cada centímetro de mi piel está sensible. Su mano se mueve por mi pecho, deteniéndose a la altura

del esternón, con una intensidad abrumadora. Pero en vez de apartarla, la cubro con la mía.

—Espero que sepas lo que significa ser mía, corazón —le advierto, casi sin aliento.

—Podría decirte lo mismo. No soy una mujer fácil.

Saco los dedos y mantengo los ojos fijos en ella, asegurándome de que está atrapada en mi mirada antes de llevármelos a la boca y metérmelos hasta los nudillos. Su sabor explota en mi boca y el gemido que le sigue es puro y sincero, lo que hace que sus mejillas se tiñan de rosa.

Después de chuparme los dedos una última vez, los suelto y le aparto un mechón de pelo detrás de la oreja, acariciándole el pómulo.

—Nunca me ha gustado lo fácil.

—Me pongo celosa. A menudo. No me gusta nada depilarme las piernas y lo evito a toda costa. Tengo un cajón entero en mi mesita de noche lleno de caramelos y barritas de chocolate porque me gusta picar por la noche… Y, por último, me convierto en una auténtica bruja cuando tengo la regla —divaga, con las manos aún en mi cuello, colgando a la altura de la base.

Me río entre dientes y vuelvo a apoyar la frente contra la suya. Nuestros labios están a un suspiro de distancia, pero ninguno de los dos se acerca. Todavía no.

—Antes de esta noche, no me tenía por un hombre celoso, pero cuando te vi ahí fuera me di cuenta de que habría peleado con cualquiera que se hubiese atrevido a acercarse y pedirte bailar. El vello corporal no me ha molestado nunca. Ya sabes que prefiero salado antes que dulce, así que, mientras me dejes un hueco en ese

cajón tuyo para unas patatas fritas, todo irá de maravilla. Me he criado rodeado de sementales y toros, así que creo que podré soportar unos días de mal humor cuando estés con la regla.

Estoy seguro de que tendría una respuesta para cada razón que me diese. Anna es mía, sin duda alguna. Estoy convencido de que estoy tomando la decisión correcta.

Hay muchas cosas que están por venir, decisiones por tomar y discursos importantes que dar, pero ahora estoy aquí, con una mujer preciosa en mis brazos, mirándome como si fuese el puto rey de su corazón, su cuerpo y su alma. Nada más importa. Solo esto.

—Nada de lo que puedas decirme me hará cambiar de opinión —afirmo.

Ella tuerce los labios con aire pícaro.

—Sabes lo que significa esto, ¿verdad?

—Dime —susurro, entornando un poco los ojos y rozándole los labios con los míos.

—Que ahora voy a necesitar mis propias botas de vaquera. Porque pasaré bastante tiempo contigo en el rancho, y todo eso.

Su amplia sonrisa me deja sin aliento.

—Me vas a mandar a la tumba antes de tiempo con tus botas, Anna. Pero, joder, no dudes de que seré yo mismo quien te las compre.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

# Annalise

Unos minutos después, tras ayudarme a recolocarme la ropa, Brody pasa sus manos firmes y fuertes por mi cabeza y me atusa el pelo revuelto. Cuando me da un beso en la frente, casi ronroneo, de lo relajada y tranquila que estoy. Y feliz.

Sus declaraciones se repiten en bucle en mi mente y se asientan en una parte de mi alma que no sabía que estuviera tan revuelta. El silencio que sigue al que sin lugar a duda es el mejor orgasmo de mi vida es reconfortante de una forma que me recuerda a acurrucarme bajo una manta caliente tras un día entero a la intemperie. Si a eso le sumamos la presencia de Brody, me dan ganas de no volver a salir jamás de este baño.

Lo más probable es que la recepción haya pasado ya a la cena mientras nosotros seguíamos aquí, escondidos en nuestro pequeño oasis, en este paréntesis del tiempo. Como no hay forma de saber cuánto tiempo hemos estado fuera, es difícil decirlo con certeza. Casi me siento mal por tener al artista secuestrado conmigo, pero no lo suficiente como para apurar la salida del baño.

Este es nuestro ratito, nuestro momento, y quiero ser egoísta con él.

Apoyo el culo en el borde del lavabo, cambiando el peso sobre los tacones mientras le abotono la camisa. El vello corto y áspero de su pecho me roza las yemas de los dedos con cada botón que cierro. Es una pena volver a taparlo, ocultarlo otra vez de las miradas, pero no necesito que nadie se quede embobado mirándolo cuando salgamos de aquí. Ese es mi trabajo, y pienso ganarme el título de empleada del mes.

Brody me observa con atención, con la barbilla ligeramente alzada y el pecho subiendo y bajando a un ritmo constante. Su sombrero sigue sobre la encimera, de modo que su pelo revuelto está al descubierto. El recuerdo de esos mechones aún me susurra entre los dedos, con la memoria de haberlos tirado con fuerza todavía muy presente. Alzo la mano y aparto las pocas ondas sueltas que le caen sobre la frente. Le tiemblan los ojos, que clava en mi boca.

—Como me vuelvas a besar, nos vamos a perder la cena del todo —le advierto, bajando la mano para terminar de arreglarle la camisa.

—No me importaría comerte a ti en lugar de lo que tengan ahí fuera.

El deseo brota en mi vientre y me tiñe las mejillas de un rojo intenso.

—Me tienta, pero cuando eso pase no quiero que sea en un baño público. Me sorprende que nadie haya intentado entrar ya.

Su mirada se queda fija en mis labios un segundo más de la cuenta antes de apartarla a regañadientes.

—Prefiero tomármelo con calma contigo, de todas formas.

—Ídem, cowboy. —Le lanzo un guiño antes de girarme para coger su chaqueta de la encimera y colocarme a su espalda. La amplitud

de sus hombros fuertes y el grosor de sus músculos hacen saltar algo en mi cerebro—. Extiende el brazo.

—Soy perfectamente capaz de ponerme la chaqueta yo solo —dice, pero cuando mueve el brazo para ayudarme sé que, en realidad, no le molesta en absoluto.

—Ya lo sé. Es que quiero hacerlo yo.

Deslizo un brazo al interior de la primera manga, le paso la chaqueta por la espalda y me muevo hacia el otro lado. Cuando ambos brazos están dentro, suelto la tela y doy un paso atrás. Él se acomoda la chaqueta del todo, estira los brazos por delante y luego se gira hacia mí.

—¿Qué tal?

Enarco una ceja.

—¿Ahora buscas cumplidos?

—¿De ti? Siempre.

Siento un aleteo en el pecho.

—He visto hombres guapos, pero ninguno como tú. Y mucho menos uno que sea mío.

—Pues ahora ya sabes cómo me siento cada vez que te miro. Ven aquí —me ordena en voz baja.

Me acerco a su cuerpo y suspiro con el consuelo inmediato que me hacen sentir sus brazos al estrecharme. Me acaricia la espalda arriba y abajo con un tacto firme mientras apoyo la mejilla en su pecho y vuelvo a suspirar.

—Dime cómo va a funcionar esto —susurro.

—¿A qué te refieres?

—Cuando salgamos de aquí…, ¿cómo va a funcionar? Nunca he estado con alguien como tú, y no hablo solo de lo insultantemente

guapo que eres. Hablo de tu fama. De tu carrera. Ay, Dios, ni siquiera sé por qué me dispongo a que me rompas el corazón, sabiendo que tienes que irte dentro de un par de semanas. Debo de ser idiota.

Él se aparta un poco, con la expresión tensa y controlada de enfado.

—No eres idiota. Para nada. No vuelvas a decirte eso.

Asiento con rigidez.

—Vale. Perdón.

Suelta el aire despacio y me pellizca la barbilla, que levanta hasta que no me queda más remedio que sostenerle la mirada.

—Ya es demasiado tarde para preocuparse por quedar como idiotas. Llevo semanas pensando en ti todos los días. Fuera como fuera, estaba bien jodido. No quiero pensar ahora en el después. No cuando te tengo en mis brazos así por primera vez. Puede que no sea justo pedírtelo, pero lo único que sé es que ahora eres mi mujer, y me importa una mierda lo que piensen los demás.

—Pero ¿cómo actúo ahí fuera, Brody? ¿Qué hago y qué no hago? No quiero estropear nada metiendo la pata delante de todo el mundo. Ya no estamos en Cherry Peak, donde a nadie le importa quién eres ni lo que haces. Nunca me han importado mucho las redes sociales ni si le gusto a la gente, pero he visto lo que ha tenido que soportar mi hermana por parte de los fans del hockey, y aunque los fans de Maddox no sean los tuyos, no creo que sean tan distintos.

Llevo años rodeada de figuras públicas. Braxton se casó y llegó a una familia llena de ellas: desde su marido y su suegro, superestrellas del hockey, hasta su cuñada, *influencer* en redes

sociales, pasando incluso por su dichoso cuñado, que es uno de los nombres más grandes del rock. No soy nueva en esto de ver a los fans y las críticas constantes que conlleva tener una legión de seguidores, pero nunca lo había vivido tan de cerca.

—Esto no es una alfombra roja, cielo. Lo único que tienes que hacer ahí fuera es dejar que te proteja y ser tú misma. Todo lo demás irá sobre ruedas —me tranquiliza.

Una punzada de inseguridad se cuela entre mis defensas y suelto sin pensar:

—¿Y si no? ¿Y si mañana nos despertamos con un hilo de X sobre la chica con la que te han pillado en la boda de un jugador de la NHL?

Niega con la cabeza, esbozando una sonrisa tan leve que casi no llego a verla antes de que sus labios rocen los míos.

—Nunca me han importado demasiado las opiniones ajenas. Al menos, no las de nadie que no sea de mi familia. Y, por si no te has dado cuenta, corazón, mis abuelos te adoptarían sin dudarlo si se les diera la oportunidad, joder. Les gustas casi tanto como a mí, y eso ya es decir.

La seguridad que infunden sus palabras me basta. Al menos de momento. No sé si seguirá siendo suficiente mañana o pasado, pero sí sé que prefiero tener a Brody durante un par de semanas a no tenerlo. En el pasado he huido de decisiones importantes, decisiones que podían haberme cambiado la vida, y no voy a volver a hacerlo. He dejado que otros dictaran lo que debía o no debía hacer, pero esta es la nueva Annalise: la chica dura que no se acobarda.

Que los fans de la música country me juzguen, si llega el caso. Que el posible desengaño amoroso me devuelva al lugar en el que

estaba después de Stewart, porque esto —este saltito en el pecho, este calor en los huesos— vale muchísimo la pena.

—Ahora todo encaja —susurro.

Él frunce el ceño despacio, moviendo el pulgar de un lado a otro bajo mi barbilla.

—¿El qué?

—Cuando oí que compones la mayor parte de tu música. Sabes qué decir, te sale de forma natural.

—Me resulta más fácil hablar contigo que escribir. Es una de las primeras cosas que me di cuenta cuando nos conocimos, tanto por mensaje como en persona. Era fácil hablar contigo. Más fácil que con cualquier otra persona estos últimos meses.

Me muerdo el interior de la mejilla y pestañeo. El orgullo me brota en el pecho.

—Bien.

—Bien —repite él con una voz algo entrecortada y sorprendida, como si mi respuesta lo hubiera dejado boquiabierto.

—Sí, bien. Me alegro de que coincidamos, porque podría hablarte sin parar todos los días.

Con una risa grave, me besa una sola vez, aunque yo persigo sus labios con ganas de más, y me suelta la barbilla para acomodarme bajo su brazo. Veo nuestro reflejo en el espejo y siento lo perfecta que es la imagen con cada latido de mi pulso y cada elevación de mi pecho.

Me saca unos cuantos centímetros, aunque lleve puestos unos buenos tacones; su pecho es esbelto, de músculos firmes, y sus caderas, estrechas. Encajo a su lado como la pieza que faltaba en un rompecabezas: las curvas generosas de mis caderas y mi pecho se

equilibran con la anchura de sus hombros. Mi vestido es del mismo color que su corbata, ese ciruela que tanto les gusta a los recién casados. Solo falta una cosa en la escena, y al instante extiendo la mano para cogerla.

Los ojos de Brody son intensos y arden sobre mi piel mientras levanto su sombrero entre los dos y me pongo de puntillas para colocárselo en la cabeza. Cuando está en su sitio, le doy un toquecito, ladeándolo un poco antes de volver a apoyar los tacones en el suelo.

—Ya está —digo, incapaz de ocultar una sonrisa enorme.

Me atrae con más fuerza hacia él y el brazo con el que me rodea los hombros pesa de forma agradable y tranquilizadora.

—¿Lista para volver ahí fuera?

Contemplando por última vez la imagen que se refleja ante nosotros, asiento.

—¿Te apetece conocer a mi hermana y a mi cuñado?

Él se endereza, y a sus preciosos ojos azules asoma la determinación.

—Cuando quieras, cielo.

—Entonces te sigo, cowboy.

***

A Braxton casi se le desencaja la mandíbula cuando me acerco a ella con el brazo de Brody todavía alrededor de mis hombros. Soy muy consciente de las miradas curiosas que siguen cada uno de nuestros movimientos, pero me concentro en no dejar que la inquietud que me produce ese escrutinio se refleje en mi rostro. Este es un buen momento. El mejor de todos. Y nadie me lo puede estropear.

Para mi sorpresa, la recepción aún no ha dado paso a la cena ni a los discursos. Los novios están hablando con una pareja mayor cerca del escenario principal, mientras los invitados charlan entre ellos. Nuestra mesa no está abarrotada, ni mucho menos, pero sí bastante llena. Hay ocho sillas, cinco de las cuales están ocupadas por personas que no conozco. El único asiento vacío es el mío, pero no hago amago de ocuparlo.

Maddox mira a Brody de arriba abajo sin ningún pudor, con una máscara de estudiada indiferencia. Su evidente actitud protectora me da ganas de llorar. Debe de empezar a sentir ese instinto de hermano mayor, porque me devuelve la mirada y me guiña un ojo. Le transmito todo mi aprecio con la mirada, esperando que comprenda lo agradecida que le estoy.

De pequeñas, mi hermana y yo nunca tuvimos a nadie que nos protegiera aparte de Maddox. En el caso de mi hermana, Maddox la cuidaba por motivos personales —la mayoría de los cuales tenían que ver con que llevaba enamorado de ella toda la vida—, pero también asumió las responsabilidades que conllevaba ser mi hermano mayor, ahuyentando a los chicos y amenazando con machacarlos si me rompían el corazón.

A papá nunca le importó mucho qué hacíamos o con quién salíamos, siempre que no lo avergonzáramos a él ni a la familia. Y mamá… Mamá estaba demasiado ocupada intentando no ahogarse en el terrible matrimonio en el que estaba estancada como para preocuparse por nuestra vida sentimental. Tener a Maddox cerca llenó un vacío dentro de mí que no tenía ni idea de que fuera tan abismal.

Mi hermana no podría haberse casado con un hombre mejor.

—Tú debes ser Brody —dice él, directo y sin rodeos.

Espero a que Brody se ponga tenso, como le pasó a Stewart cuando conoció a mi cuñado, pero no. Extiende el brazo libre hacia él y se dan la mano con ese apretón fuerte y rudo propio de machos alfa que normalmente me hace poner los ojos en blanco. El agarre con el que se estrechan la mano me hace buscar la mirada de Braxton y me la encuentro reprimiendo una sonrisa.

—Encantado de conocerte, Maddox —responde Brody.

Me acomodo aún más en su abrazo, dejando que su aroma amaderado me envuelva por completo.

—Y la mujer guapísima que está al lado de Maddox es mi hermana, Braxton.

Braxton sonríe de oreja a oreja.

—¿Qué tal la mano? Mi marido aprieta que da gusto.

—Joder, creo que me ha aplastado un par de huesos —gruñe Maddox, agitando la mano delante de él.

Brody suelta una carcajada.

—Llevo estrechando la mano de hombres acostumbrados a agarrar la cuerda de un toro desde que era un crío.

—Ah, ¿sí? —replica Maddox.

Braxton pone una mano en la espalda de su marido y le dice con voz dulce:

—Pobrecito mío. ¿Te pondrás bien?

—No se lo cuentes a nadie y seré más indulgente contigo de lo que suelo ser con los novios de Anna —le dice él a Brody.

Mi hombre se limita a asentir y desliza la mano de mi hombro a mi nuca, acariciándola.

— Por mí, perfecto.

—¿Dónde te sientas para la cena? —pregunta Braxton.

«Buena pregunta, hermanita».

—Creo que tengo sitio en alguna de estas mesas de por aquí —responde él.

Me muerdo el labio, egoístamente deseando tenerlo cerca. Nunca me había sentido tan posesiva con un hombre, pero no puedo evitar querer tenerlo pegado a mí toda la noche. La idea de que esté sentado en otra parte mientras no está en el escenario cantando me destroza por dentro.

—Podemos acercarte una silla a nuestra mesa —propongo, fingiendo inocencia, como si no me muriera de ganas de arrastrarlo hasta la mía y sentarme sobre su regazo—. Ya sabes, para que no tengas que ir de allá para acá por este salón tan concurrido y te arriesgues a perderte la cena.

Una sonrisa deliciosamente engreída se le dibuja en los labios y enarca una ceja.

—No creo que tarde tanto en encontrar sitio.

—La cena no es hasta dentro de media hora, Anna —añade Maddox, picándome.

Lo fulmino con la mirada. El muy capullo responde con una carcajada. Incluso Braxton, mi propia hermana, se tapa la boca para ocultar la risa y evita mirarme.

Brody me aplica un poco de presión en la nuca. La sensación de su aliento caliente en el pelo, junto a la oreja, me hace estremecer.

—Será un honor sentarme contigo esta noche, cielo. Solo tenías que pedirlo —ronronea con ese acento sureño más marcado que nunca.

Como si lo invocara a propósito para volverme loca.

Joder, y funciona. De pronto, me entran unas ganas tremendas de frotar un muslo contra el otro, y el latido que siento entre ellos se me antoja alarmante, dado el poco tiempo que ha pasado después de lo del baño. Normalmente, necesito varias horas después de un orgasmo para volver a sentir siquiera un mínimo interés por tener otro; pero, al parecer, ya no es el caso. Al menos no ahora mismo.

Apoyo la palma de una mano en su vientre duro, me giro y me inclino lo justo para que solo él me oiga cuando susurro:

—Busca una silla, Brody. Antes de que use tu cara como asiento.

Empieza a toser y yo le doy unas palmaditas en el pecho antes de tomar asiento junto a Braxton, con un brillo travieso en los ojos. El rubor que le sube a las mejillas mientras se apresura a buscar una silla es una de las cosas más bonitas que he visto jamás.

CAPÍTULO TREINTA

# Brody

Me duelen los abdominales de tanto reír mientras me recuesto en la silla con Anna acurrucada a mi lado. Los platos vacíos se amontonan sobre la gran mesa redonda, con copas de vino y botellines de cerveza desperdigados entre ellos. El trago que Anna sostiene en la mano ya debe de estar templado a estas alturas, pero, aun así, no lo suelta. Sigue dando sorbos a la bebida afrutada y marcando el ritmo de la música con la lata, cualquier cosa con tal de no moverse de mis brazos. Su silla está lo más cerca posible de la mía, aunque preferiría que la dejara y se sentara en mi regazo.

Por suerte, al otro grupo de personas de la mesa no les importamos lo más mínimo, así que hasta ahora no hemos tenido que preocuparnos por que nos interrumpan. Aunque esta no era mi mesa original, estoy planteándome darle las gracias a Walker por la distribución de los invitados.

Hundo la cara en el pelo de Anna y recorro la curva de su ombligo con el pulgar a través del vestido de seda. Ella se aprieta aún más contra mí y frota la mejilla contra mi frente, dejándome disfrutar de ella todo el tiempo que quiera.

Hostia puta, podría quedarme así para siempre.

—Oye, ¿y de qué conoces a Walker, Brody? —pregunta Maddox, dejando su botella con gotitas de condensación junto al vaso de agua de su mujer.

—Nos criamos en Cherry Peak y jugamos en un equipo de tercera bastante cutre en Calgary. Siempre fue mejor jugador que yo, obviamente, así que yo lo dejé mientras él seguía escalando. Hacía un par de años que no lo veía.

—¿Jugabas al hockey? —me pregunta Anna.

—Ajá. Nunca me lo tomé demasiado en serio, pero me mantenía ocupado. Me daba una excusa para descargar toda esa insatisfacción adolescente.

—No me creo ni por un segundo que Walker Morales venga de un pueblucho dejado de la mano de Dios —comenta Maddox pensativo, antes de gruñir de dolor cuando Anna cambia de postura y lanza una sonrisa burlona al otro lado de la mesa—. Sin ánimo de ofender, tío.

—Decir «sin ánimo de ofender» después de soltar algo ofensivo no hace que deje de serlo, Maddox —le suelta mi mujer en tono de regañina.

Beso a Anna en la sien y sostengo la mirada expectante de Maddox con tranquilidad.

—No pasa nada. Walker es lo menos cowboy que hay, así que lo entiendo. Siempre ha sido así: un tío enorme con sueños igual de grandes.

—Diría que tú también tienes sueños grandes, teniendo en cuenta tu carrera —apunta Braxton.

—Supongo, sí. Soy de los afortunados que pueden ganarse la vida con lo que más les gusta.

—Eso es quedarse corto. Eres increíble en lo que haces. Diría que estamos todos de acuerdo —añade Anna, dándome unas palmaditas en la rodilla.

Casi me la subo al regazo allí mismo.

—Aun así, ha sido genial descansar un poco. Hacía mucho que no estaba en casa para echar una mano.

La pareja que está frente a nosotros asiente, con una mirada de empatía compartida que desaparece en un instante y da paso a la comprensión.

—Te entiendo. No hay nada como estar fuera durante mucho tiempo y poder volver a casa —dice Maddox, mirando a su mujer con una expresión tan enamorada que me hace pensar: «A la mierda», y tirar de Anna para sentarla directamente en mi regazo.

No se resiste; se deja llevar y se acomoda sobre mis muslos, apoyándose en mi pecho como si no hubiera otro sitio donde prefiriera estar. Apoyo la barbilla en su hombro y agradezco que su familia no nos mire raro por esta nueva postura. Braxton aparta la vista de su marido y me mira a mí, sonriendo con suavidad; capto el leve gesto de su barbilla y se me hace un nudo en la garganta.

—¿Cuánto tiempo te quedas por aquí, Brody? —pregunta con cautela.

«No lo suficiente».

—Un par de semanas más.

—¿Y después?

—Y después ya veremos —interviene Anna, tensándose lo justo para que lo note.

La beso en el hombro, sobre el tirante fino del vestido y la piel delicada que asoma debajo, antes de rodearle el vientre con el brazo

y atraerla más hacia mi regazo, pecho contra espalda.

Oigo que alguien carraspea detrás de mí y me giro, mirando por encima del hombro. Rita está a un par de metros; tiene los brazos cruzados y con un dedo toca el reloj que lleva a la muñeca.

—El público te espera —susurra Anna, que se gira en mis brazos para mirarme de frente.

El brillo alentador de sus ojos me llega directo al corazón. No sé si la merezco. Lástima que vaya a quedármela de todas formas.

—Aún no. No hasta que haya bailado contigo primero.

Abre mucho los ojos, como si no pudiera creerse que estuviera dispuesto a luchar para hacer esto con ella, y eso me basta para que me entren unas ganas atroces de darle un puñetazo en la cara a su ex. Ese gilipollas debió de hacerle mucho daño si de verdad le sorprende que quiera pasar más tiempo con ella.

—¿En serio? —murmura.

Aparto la rabia por el momento y asiento, recorriendo con los dedos la curva de su mandíbula y su barbilla.

—Ahora mismo vuelvo, y entonces me harás el honor de acompañarme a la pista. No pienso perder esta oportunidad por nada del mundo.

Ella parpadea, ocultándome esos bonitos ojos marrones mientras se entrega a mi caricia.

—De acuerdo. Aquí te espero.

A regañadientes, dejo caer la mano en el regazo antes de que Anna vuelva a su silla, y su ausencia me deja con una sensación desagradable de frío. Otra persona carraspea a nuestra espalda y me pongo de pie, dedicándoles a Maddox y a Braxton una sonrisa de disculpa.

—Ahora vuelvo. Con permiso.

Los dos asienten y retoman la conversación con Anna mientras yo me giro y me dirijo hacia mi mánager. Rita se abre paso entre las mesas de invitados que empiezan a levantarse para ir a la pista de baile y me espera apoyada contra una de las paredes, detrás de la imponente torre de dónuts. Agradezco que la música que suena a nuestro alrededor esté tan alta cuando me inmoviliza con una mirada dura.

—Tenías que estar listo para subir al escenario hace diez minutos. Pero, en lugar de eso, te veo sobándote en público con esa mujer. ¿Tienes idea de cuántas fotos tuyas se han publicado ya esta noche? ¡Estás en la boda de uno de los mejores jugadores de la NHL del mundo! ¡Esto no es un bar de karaoke vacío en el que te da por desahogarte después de unas noches de soledad!

Su enfado era de esperar. Las pullas también. Pero lo de las fotos…, debería haberlo previsto. Cuando Rita asiente con brusquedad, como si me leyera el pensamiento, me doy cuenta de que quizá no he disimulado la mueca tan bien como creía.

—¿Sabe ella que esta noche va a salir en fotos contigo? ¿Y que mañana estarán circulando por todas partes en las redes sociales?

Cuando miro hacia la mesa, contengo una sonrisa al ver el vigoroso movimiento de las manos de Anna mientras habla animadamente con su hermana. Tiene los ojos llenos de vida; se nota incluso desde aquí. Ya la echo de menos. Joder.

Aprieto la mandíbula al volver a centrarme en esta conversación.

—Mi vida personal no es asunto tuyo, Rita. Ella sabe quién soy y lo que eso conlleva. Y, en cuanto a cantar, todavía tengo tiempo

antes de salir al escenario. Y pienso aprovecharlo para bailar con mi acompañante.

—¿Tu acompañante? Brody, voy a aconsejarte encarecidamente que no lo hagas. Las fotos de vosotros dos en la mesa pueden pasar desapercibidas, más o menos, pero bailar con ella en la pista no. Va a ser una pesadilla a nivel de relaciones públicas. —Ya está tecleando en el móvil, antes incluso de terminar la frase.

—Entonces es una suerte que no tenga la menor intención de hacer que pase desapercibida. Voy a bailar con mi mujer, Rita. Fin de la conversación.

Inhala con brusquedad y levanta la vista de la pantalla.

—¿Tu mujer?

Me enderezo y cruzo los brazos.

—Sí, mi mujer. Díselo a quien tengas que decírselo, pero yo nunca acordé pedir permiso para estas mierdas. Paso de seguir hablando de esto esta noche, tú misma.

—Tienes… —vuelve a mirar la pantalla— siete minutos. Aprovéchalos bien y luego termina aquello para lo que te han invitado.

Mis puñeteros modales me impiden largarme y dejarla con la palabra en la boca.

—Entendido. Que disfrutes del resto de la noche. Hay barra libre.

—Lo tendré en cuenta —responde con tono cortante, pero yo ya estoy volviendo a la mesa.

Cuando me coloco detrás de la silla de Anna y le pongo las manos sobre los hombros, ya se ha terminado la bebida caliente y ha dejado la lata junto al montón de platos sucios aún por retirar.

Alza la vista hacia mí y veo la felicidad que se asoma a esos preciosos ojos. Incapaz de contenerme, casi me pliego sobre mí mismo para robarle un beso largo y voraz. Noto el sabor a fruta de la bebida, mezclado con ese dulzor natural que es solo suyo, y me aparto antes de acabar echándomela al hombro.

—¿Lo has arreglado todo? —pregunta en voz baja, solo para que la oiga yo.

Hundo los dedos en el pelo sedoso de la nuca y, con ese agarre, le inclino la cabeza hacia atrás con suavidad, tentado de besarla otra vez, pero me contengo. Para cualquiera que mire, su expresión es inocente, pero a mí me enciende la piel.

—Sí, cielo. Todo arreglado. —Doy un paso atrás y le ofrezco la mano—. ¿Bailas conmigo?

Cuando reconoce la canción que está sonando, ella lanza una mirada al DJ y luego vuelve a mirarme con una ceja enarcada.

—Se me da fatal bailar *two-step*.

—Para cuando lleguemos, ya habrá cambiado de canción. Eso sí, no se lo digas a mi abuela. Cada vez que vamos a una boda hace del baile su única personalidad.

—Pues entonces tendré que pedirle algunos consejos.

—Si quieres ganarte puntos con ella, pregúntale por el *Cadillac Ranch*. Es su tema favorito.

—Hecho, cowboy —dice, poniendo la mano en la mía.

La ayudo a levantarse y le aprieto un poco más los diminutos dedos mientras la guío hacia la pista de baile. Tal como esperaba, el DJ cambia a una canción más lenta apenas un instante después, pero el sonido de mi propia voz me sorprende. La risa repentina de Anna hace que yo también me ría.

—¿Crees que lo ha hecho a propósito? —pregunta, conteniendo la sonrisa.

Cuando veo a Walker saludándome desde la mesa de los novios, sacudo la cabeza y me río incrédulo.

—Sí. Muy a propósito.

—Al menos ha elegido una de tus mejores canciones —añade con un deje burlón en la voz.

Pongo un pie en la pista de baile, hago girar a Anna hasta atraerla contra mi pecho y la atrapo con una sonrisa. Ella se relaja en mis brazos, me rodea el cuello con los suyos y me abraza con fuerza. La suave curvatura de su espalda baja es como un regalo para mis manos mientras empezamos a bailar.

—¿Estás insinuando que no todas mis canciones son buenas, Annalise? —la provoco.

Ella arquea las cejas.

—Uy, me has llamado con el nombre completo. ¿He tocado una fibra sensible, Brody?

Hundo los dedos en la curva de su cadera y tiro de ella hasta que quedamos tan cerca que no cabría ni un folio de papel entre los dos. Le brillan los ojos con una felicidad tan pura que casi me quedo sin aliento por lo hermosa que es.

—Nadie me toca la fibra sensible como tú. No dejo que nadie se acerque tanto —reconozco.

—Y, aun así, aquí estoy.

Exhalo un suspiro cargado por el peso de mis pensamientos y asiento con la cabeza.

—Sí. Aquí estás.

«Y, si de mí depende, has venido para quedarte».

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

# Annalise

Poppy se inclina hacia mí con los ojos entornados y clavados en mi rostro, en una mirada profunda y escrutadora. La verdad es que me intimida un poco, pero sigo sentada frente a ella en el sofá, con las piernas recogidas debajo del trasero, sin pestañear.

—A ver, camina un poco —me ordena.

Parpadeo.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Quiere ver si andas como un cowboy —responde Bryce desde la mullida otomana delante de nosotras, sentada con una pierna cruzada sobre la otra.

—¡No nos acostamos! —chillo, con la cara ardiéndome de repente.

—No te creo, mentirosilla —canturrea Poppy.

—No te he mentido.

Bryce ladea la cabeza y me observa.

—Omitir cosas también es mentir.

Cuando las dos se han presentado en mi casa a primera hora de la tarde con pizza y vino en la mano, las he dejado pasar sin pensarlo dos veces. El cansancio que sentía por haber cogido un vuelo tan temprano esta mañana después de una larga noche en la boda se ha esfumado al poder pasar un ratito con ellas.

Aun así, no esperaba que me interrogaran en cuanto he cerrado la puerta. Aunque no fui a la boda sabiendo que Brody iba a estar allí, tampoco se lo conté a nadie en cuanto lo supe. Las fotos de Brody y yo de anoche, que Poppy me ha enseñado nada más dejar las dos botellas de vino en la encimera de la cocina, han sido toda una sorpresa. Solo para ellas, sin embargo.

Yo sabía lo que se avecinaba y, al igual que cuando Brody me lo advirtió después de que termináramos de bailar y él se dispusiera a volver al escenario, me negué a dejar que me fastidiaran la noche.

El sentimiento de culpa me carcome. Ellas tampoco saben aún la verdad sobre Bo.

—Vale, cierto. Pero, en mi defensa, no sabía que iba a estar en la boda antes de llegar. Mi hermana me lo dijo justo antes de salir —me justifico.

—Pues ya podrías habernos escrito en algún momento después de enterarte. Está claro que necesitabas un empujoncito de confianza o algo de presión de grupo, porque estás diciendo que no te acostaste con ese pedazo de hombre —se mofa Poppy.

—Que no nos acostáramos no significa que no pasara nada más. Además, ni siquiera tuvimos la oportunidad de pasar la noche juntos. Después de que nos sacaran esas fotos, él siguió actuando el resto de la noche y yo me fui a casa con mi hermana y su marido.

Para gran disgusto de Brody. Si hubiera sido por él, se habría escapado antes para bailar conmigo toda la noche y luego llevarme a su habitación del hotel. No habríamos tenido sexo de todas formas, aunque me hubiera ido con él, pero pasar la noche tumbada entre sus brazos habría sido increíble. Sin embargo, no podía perderme esa mañana extra con mi hermana y mi sobrino. No con lo

poco que los veo. El desayuno sencillo que compartimos antes de marcharme fue perfecto; justo lo que necesitaba para aguantar hasta que pueda volver a verlos pasadas las navidades.

Me sentí un poco ridícula por preocuparme por cómo se tomaría Brody que quisiera quedarme con mi hermana, pero, por enésima vez, demostró lo muy por encima que está de Stewart. Después de besarme hasta dejarme sin aliento, Brody me acompañó al todoterreno de Maddox y llegó incluso a abrocharme el cinturón de seguridad antes de darme las buenas noches. Se quedó allí, saludando con la mano, hasta que ya no podíamos verlo.

—Vale, pero no tires la piedra y escondas la mano. Cuéntame lo que sí hicisteis. Déjame vivirlo a través de ti. Hace siglos que no estoy con un hombre de verdad —suplica Poppy.

Bryce pone cara de exasperación.

—Tu colección de juguetitos sexuales ya te mantiene ocupada.

—Bueno, perdona por querer el roce firme y servicial de un hombre para acompañar mis orgasmos de vez en cuando —suelta Poppy.

Saco las piernas de debajo del cuerpo antes de que se me duerman y las estiro sobre el regazo de Poppy.

—Pues anoche disfruté del roce firme y servicial de Brody, y fue increíble no, lo siguiente. Así que dejad de discutir entre vosotras y babead conmigo, va.

Bryce da un gritito ahogado y se agarra las rodillas.

—¿Dónde? ¿Cómo? ¿Llegaste más de una vez?

—Antes de entrar en detalle, tengo que contaros otra cosa. Si no, no se entenderá por qué acabamos en el baño —empiezo. Poppy arruga la nariz al oír lo del baño, pero levanto un dedo para que

espere—. Y fue un auténtico caballero pese al sitio, así que no empieces, que te veo.

Ella levanta las manos y se recuesta en el sofá como si la hubiera reñido. Es la reina del drama.

—¿Os acordáis de ese tío al que le mandé por error la foto para que me aprobara el vestido?

—¿El que luego fue un capullo contigo? —pregunta Bryce.

—Sí, ese mismo. Pues resulta que en realidad es muy majo y… Bueno, seguimos hablando. Y antes de que digas nada, Poppy, ya sé que fue una locura. Pero ha merecido la pena. Muchísimo —me apresuro a añadir.

Poppy parece a punto de explotar por aguantar tanto en silencio, así que hago una pausa y le hago un gesto para cederle la palabra.

—¿Le enviaste una foto tuya a un tío, un desconocido, por cierto, y luego seguiste escribiéndote con él? ¿Querías acabar siendo la víctima de uno de esos pódcast rarunos de crímenes que escuchas, Anna?

Bryce se ríe y le da un golpecito a Poppy en la rodilla.

—Sí, claro, como si tú, al encontrarte en esa situación, lo habrías bloqueado.

—¡Que sí! —grita ella, antes de achantarse ante nuestras miradas incrédulas—. Vale, puede que no. Continúa.

—En mi defensa, él me mandó una foto de su cuerpo poco después de que empezáramos a hablar, y estaba tan bueno que la posibilidad de que fuera un tipo raro no me importaba tanto —añado.

—Mira que eres superficial, guarrilla —bromea Bryce, y nos arranca una carcajada tanto a Poppy como a mí.

No intento negarlo. Sí, ese comentario me hace parecer bastante superficial, pero a ver quién es el guapo que reconoce que nunca se le ha nublado el juicio alguna vez por una persona atractiva.

—Soy lo que soy.

—Al menos lo reconoces —murmura Poppy.

—Y no tuve que ser superficial durante mucho tiempo. Resulta que el desconocido con el que me estaba escribiendo era Brody. Empecé a sospecharlo después de que viniera a ayudarme a arrancar el coche y ahora… ahora estamos uniendo todas nuestras conversaciones por mensaje y en persona en una sola historia. Juntamos las dos mitades separadas de nuestra amistad, supongo. Pero, vaya, que así fue como acabamos… anoche. Los dos confesamos, lo soltamos todo. Nos dejamos de rodeos y de secretos.

El simple hecho de hablar de esto ahora me llena el pecho de calidez. Es como si me hubieran quitado un peso de encima, aunque no tuviera por qué cargar con él durante tanto tiempo.

Tengo ganas de gritar a los cuatro vientos que Brody es mío. Puede que las fotos y los vídeos de nosotros dos bailando anoche me hayan robado la oportunidad inicial de hacerlo, pero no voy a parar hasta que todo el mundo esté harto de oírme.

Mis dos mejores amigas se quedan calladas unos segundos; las dos me miran como si no supieran muy bien cómo reaccionar. Me entra la risa floja, orgullosa de haber conseguido, por fin, dejarlas sin palabras.

—Es mucho que procesar, lo sé —añado.

—No me vengas ahora con esa mierda de que sois amigos. A mí no. No después de lo que he visto esta mañana en las redes. ¿Qué

llevo diciéndote semanas, Bryce? —dice Poppy, la primera en romper el silencio.

Bryce se inclina hacia delante sobre la otomana y se echa el pelo hacia atrás, por encima del hombro.

—Que Brody está colado por ti, Anna. Desde el momento en que te dio su chaqueta, las dos lo tuvimos claro. Solo era cuestión de tiempo que se armara de valor para dar el paso.

—Da igual cuándo. Os estáis desviando del tema —replico—. Está claro que no somos solo amigos, pero sí que empezamos siéndolo. Tanto por mensajes como en persona. ¿No es una locura? ¿Que haya conocido a un chico que me gusta no una, sino dos veces?

—Es una locura. Tanto que, si no acabas casándote con él, moriré yo como una solterona chalada —dice Poppy.

—No vas a ser ninguna solterona, Poppy —respondo, pasando por alto a propósito lo del matrimonio; no quiero abrir ese melón ahora mismo.

—Tienes razón. Porque vas a atar bien a tu hombre. Además, os habéis encontrado antes de que su carrera despegue del todo. Será una monada veros juntos en alfombras rojas y que escriba canciones sobre ti. ¡Ay, Dios! ¡Va a escribir un álbum tras otro sobre ti! —Poppy se lleva las manos a la boca y pone unos ojos como platos—. Vale, creo que me voy a desmayar.

Bryce se tapa la cara con las manos y se ríe tanto que tiembla toda ella.

—Esta Poppy se las apaña siempre para adelantarse a todo y aterrorizarte viva.

—No estoy aterrorizada.

Y es verdad. Con Brody, lo último que siento es terror. Quizá eso sea lo más inquietante de toda nuestra relación.

Es raro. Es completamente inusual. Hay un millón de cosas que, en teoría, deberían preocuparte cuando empiezas a salir con alguien: la etiqueta oficial, los cómo, los cuándo, los qué. El tema de su carrera debería ser un miedo por sí solo, sin embargo, por alguna razón, no lo es.

Tal vez sea la edad o mi pasado con Stewart, pero estoy más ilusionada que asustada. La vida es demasiado corta como para analizar cada posible resultado negativo. Ahora mismo estoy en un momento estupendo, y Brody confía en mí y en nosotros. No me siento insegura, ni tengo curiosidad por saber en qué punto estamos. Él se ha empleado a fondo para que me sienta así.

Solo hay una cosa que podría resquebrajar los cimientos sólidos que hemos construido bajo nuestros pies, y me niego a pensar en ello. Todavía no. No hasta que no tenga más remedio que verlo marcharse de Cherry Peak. Y, por primera vez en su vida, conmigo aquí, sola.

—No, no creo que lo estés. Si no te conociera bien, pensaría que es porque te estás enamorando de él —dice Bryce, y esas palabras atraviesan mis pensamientos como un hacha.

Le sostengo la mirada expectante y sonrío.

—Creo que tienes razón.

—Joder —susurra Poppy.

—¿Pero es un «joder» bueno o un «joder» malo? —pregunto.

Bryce responde, dándole un toquecito a Poppy con el pie.

—Un «joder» increíble, ¿no?

—Sí. Eso.

—Ahora en serio, ¿tanto os sorprende? —pregunto en voz baja.

Poppy niega con la cabeza y se apresura a aclarar:

—No, no en el sentido que estás pensando. Solo quiero decir que últimamente no has hablado tanto de él y sé que has estado muy ocupada, así que no debería sorprenderme. Estoy siendo egoísta, nada más. Anhelo tu atención y pasar más tiempo contigo. Ojalá me hubieras contado lo que sentías y que estabas hablando con ese desconocido antes de saber quién era de verdad. Estamos contigo, Anna. Hablar de chicos es, sinceramente, la mejor parte de tener una mejor amiga.

De repente, lo que me inunda el vientre no es culpa, sino agradecimiento. Un sentimiento de amor y gratitud tan intenso, tan abrumador que empiezan a escocerme los ojos y a llenarse de lágrimas en cuestión de segundos.

La falta de relaciones femeninas fuera de la que siempre he tenido con mi hermana no significaba mucho para mí hasta que conocí a Bryce y a Poppy. Y ahora que las tengo, no creo que pudiera sobrevivir sin ellas. En solo un par de meses, se han integrado tan plenamente en mi vida que lucharé con uñas y dientes para que sigan aquí.

—No llores, cariño —me susurra Poppy, apartando mis pies de sus muslos para acercarse a mí.

Me rodea con los brazos y, un instante después, otros dos se suman. Mis mejores amigas me envuelven mientras lloro. Lloro porque estoy feliz, abrumada… Porque estoy sanando. Y porque estoy superagradecida por todo lo que me ha traído hasta aquí, lo bueno y lo malo.

—Os quiero, chicas —susurro entre hipidos.

Es Bryce quien responde:
—Y nosotras más a ti.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

## Brody

¿Te apetece venirte conmigo a la ciudad mañana? Estaré allí a las 10 si dices que sí.

Banana
¿Qué tienes planeado, cowboy?
¿Ya me echas de menos?

Te eché de menos en cuanto te vi marchar.

Envié el primer mensaje sin muchas expectativas después del vuelo infernal de anoche de vuelta a Calgary. Las turbulencias no suelen afectarme, pero el cielo parecía empeñado en estrellarnos contra el suelo. Con el estómago revuelto y una nueva apreciación

por la tierra firme, salí del aeropuerto con una sola cosa en la cabeza.

Annalise Heights.

No tuvimos mucho tiempo para estar juntos en la boda y quiero compensarlo. Verla marcharse en el todoterreno de su cuñado fue como tener mi postre favorito delante de las narices y que me dijeran que no podía probarlo. Pero sí lo probé… y estaba delicioso. Dos días después y todavía me invade su sabor.

Incluso cuando aparco frente a su casa esta mañana, siento desesperación por verla. Verla, sentirla, besarla. Es como si hubiera retrocedido en el tiempo y volviera a ser un adolescente enamorado hasta las trancas. Mi abuela no me dejaría en paz si supiera lo que he estado pensando últimamente.

Dejo la camioneta en marcha mientras bajo y cruzo el bordillo nevado hasta su acera despejada. He empezado a palear la nieve para ella; no quiero que tenga que hacerlo sola. La sonrisa de agradecimiento que me regala cada vez que sale y ve la acera limpia compensa con creces el esfuerzo.

La Navidad está a la vuelta de la esquina y llevo días con ganas de invitarla al rancho para que la pase conmigo. Pero no sé si me corresponde, tal vez quiera pasar las fiestas con su familia. No se me ocurriría intentar interponerme en el vínculo que tiene con ellos.

Anna ya está saliendo por la puerta principal y dirigiéndose al porche antes de que yo haya llegado a la mitad de la acera. Acelerando el paso, subo los escalones de dos en dos y le quito la llave de los dedos para cerrar la puerta por ella.

—Iba a hacerlo yo —me regaña.

—¿Cuándo fue la última vez que no vine hasta tu puerta?

—Vale, tienes razón.

Le guardo la llave en el bolsillo de la chaqueta y bajo la cabeza para besarle los cálidos labios. Ella emite un suave gemido antes de apoyar las manos en mi pecho y morderme el labio.

—Buenos días, corazón —susurro.

—Desde luego que lo son. ¿Será ese el saludo cada vez que vengas a buscarme a partir de ahora?

Tomo una de las manos que apoya en mi pecho y la acompaño con cuidado escaleras abajo, por los peldaños de madera.

—Si de mí depende, sí.

Ya en suelo firme, se me agarra del brazo y se pega a mi costado, caminando a mi ritmo. El trayecto hasta la camioneta se me hace demasiado corto.

—¿Puedo saber qué vamos a hacer hoy, o se supone que es una sorpresa? —pregunta cuando le abro la puerta del copiloto.

—Te lo diré cuando ese culito tan mono esté dentro de mi camioneta.

Incapaz de contenerme, refuerzo el comentario con una palmada en su nalga izquierda. Observo, con la polla reaccionándome al instante, cómo la fuerza del golpe le ondula la carne bajo los vaqueros ajustados. Esa imagen es tan tentadora que casi me hace agarrarla de las caderas y encajarle el culo contra mi ingle.

El gritito de Anna se pierde en el aire helado. Yo suelto una carcajada gutural mientras ella se gira para darme un manotazo en el brazo.

—¿Conque esas tenemos, eh?

—Más vale que te acostumbres, cielo —la provoco.

Aunque no ha vuelto a tropezar al subir a la camioneta desde aquella única vez, me quedo detrás de ella igualmente, esperando a que se deje caer sana y salva en el asiento y se abroche el cinturón antes de rodear el vehículo para ir a mi lado.

Dentro hace calor cuando me siento al volante, y reduzco un poco la calefacción. Anna se baja el primer centímetro de la cremallera de la chaqueta y se gira hacia mí.

—Mi culito ya está en la camioneta —dice con picardía y una sonrisa en los labios.

Arranco, me despego de la acera y respondo:

—Eso parece. Tenemos que comprarte unas botas antes de que vuelvas a pisar el rancho. Unas solo para ti.

—Ah, ¿que iba en serio?

Me arriesgo a mirarla de reojo y frunzo el ceño al ver que ella también lo frunce.

—¿Por qué no iba a ir en serio? Quiero tenerte cerca todo lo posible estas próximas semanas y por algún sitio hay que empezar.

—Te creo, pero pensé que a lo mejor solo estabas siendo amable.

—No sé hacer las cosas solo por ser amable, cielo. Estás aquí conmigo porque no hay nada que prefiera hacer hoy que estar contigo —digo con firmeza, sin dejarle lugar a dudas.

La suave sonrisa que se dibuja en sus labios mientras se relaja en su asiento provoca en mí un asentimiento de cabeza, agradecido por la confianza que me tiene. Al salir del pueblo, la dejo trastear con la radio mientras levanto la tapa de la consola central para coger la bolsita marrón de galletas de jengibre que me ha dado la abuela esta mañana.

—¿Tienes hambre? —pregunto, ofreciéndole la bolsa.

Anna la coge con delicadeza y con una expresión de gratitud evidente. El crujido del papel llena la cabina cuando mete la mano y saca una galleta.

—¿De tu abuela? —Se la acerca a la nariz y, al olerla, parece que se le llenen los ojos de corazones.

Le cojo la bolsa, la pongo encima de la consola y sigo echándole miradas furtivas mientras muerde la galleta.

—Pues claro. Se puso manos a la obra en cuanto le dije que hoy iba a verte. Se quedó despierta hasta muy tarde haciéndolas.

—Qué detallazo, por favor. Dale las gracias de mi parte.

Asiento, notando de repente que el pecho me queda pequeño para todos los sentimientos que albergo por esta mujer.

—Come. Hay un sitio al que quiero llevarte cuando lleguemos a Calgary, pero todavía nos quedan un par de horas.

—¿Antes o después de ir a por las botas?

—Antes. Es un autocine al que iba todo el tiempo de crío. Se me ha ocurrido que podrías pedirte un batido de banana. —Observo su reacción y me alegro cuando, tal y como esperaba, se le tiñen las mejillas de un bonito tono rosado.

—Ya tardabas en burlarte de mí por eso… —murmura.

—¿Banana? ¿De pequeña te llamaban Anna Banana?

—De hecho, mi hermana aún lo hace. No sé por qué se me ocurrió que lo usaras como mi nombre de contacto.

Se me encoge el estómago mientras inspiro hondo.

—Mi madre me llamaba Bo. Tampoco sé por qué te lo sugerí. Y menos aún antes de saber nada de ti.

—Si alguna vez quieres hablar de ella, Brody, estoy más que dispuesta a escucharte.

Aprieto el volante con más fuerza al entrar en la autopista, rodeada por pinos cargados de nieve a ambos lados. Debajo discurren arroyos helados, flanqueados por vallas metálicas destinadas a evitar que los animales crucen la carretera. Es precioso, incluso en invierno, cuando la hierba está seca y marrón bajo las gruesas capas de nieve. El aire es puro y fresco, muy distinto de la contaminación de la ciudad al que me había acostumbrado en Nashville. Este es mi hogar, la raíz de todos mis recuerdos de infancia.

Carraspeo y me doy un empujoncito de ánimo.

—Le encantaban los caballos. Los amaba más de lo que yo creía posible. Ese amor y esa pasión compartidos nos unieron. No había un solo día que no pasáramos juntos en los establos. Todos los días, al salir del colegio, me esperaba junto a la valla para cabalgar el camino del rancho junto al autobús escolar.

—Parece que era una mujer fantástica.

—Lo era. Y más dulce que el algodón de azúcar, pero también algo temeraria. Quería a los caballos demasiado, quizá. Se empeñaba en arreglar a los más difíciles, incluso cuando no lo merecían.

Me escuece la garganta y se me traban un poco las palabras.

—¿Tiene eso que ver con por qué estabas tan a la defensiva con Sky? —pregunta, siempre tan observadora.

—Dejé de montar poco después de que muriera mi madre y se largara mi padre. No fui capaz de acercarme a ellos después.

Anna se remueve en el asiento, alternando una y otra vez la mirada entre mí y la consola que nos separa. Cuando empieza a remover la pierna, sonrío débilmente y se me escapa una risa suave desde el pecho.

—¿Quieres que te arranque esa cosa y la tire por la ventana? —le pregunto.

Mantiene la voz firme, sin rodeos.

—La verdad es que sería estupendo. Ahora mismo es un gran fastidio.

—Lo hablamos más tarde, ¿vale? Hoy quiero que sea un día fácil y tranquilo.

Y reabrir heridas dolorosas no es lo que tenía en mente. Ni siquiera por tentadora que sea la idea de que ella me ayude a coserlas después.

—Tema cambiado —anuncia, arrancando un trozo de galleta. Cuando estira el brazo por encima de la consola y me lo pone delante de la cara, voy a agarrarlo, pero ella lo aparta un centímetro —. Abre la boca.

Parpadeo dos veces, pero separo los labios y dejo que me meta la galletita. La sonrisa que sigue me acelera el corazón mientras mastico.

—Esta es una de mis funciones oficiales como princesita del piloto, cariño. Estoy a tu servicio durante las próximas dos horas —canturrea, sonriendo orgullosa—. Deberíamos poner un cartelito en mi asiento para que todo el mundo sepa de qué va la cosa cuando salgas sin mí.

Contengo la risa, disfrutando de esa vena posesiva que le sale.

—¿Y qué diría el cartel? ¿Propiedad de Anna?

—Algo así. O «Solo para la princesita del piloto». Lo que prefieras.

—No sé yo si a Caleb le haría mucha gracia esa idea, pero si alguien puede convencerlo, eres tú.

—Lo agradezco, pero me parece que sería un copiloto decente. A lo mejor deberíamos buscar un cartel de doble cara: princesita del piloto por un lado y copiloto por el otro.

Me rasco la mandíbula y la miro de reojo.

—Yo dejaría tu cartel puesto para que lo vea todo el mundo. Para mí, ese ha sido tu asiento desde la primera vez que te sentaste en él.

Si no tuviera que prestar atención a la carretera, me quedaría mirándola para siempre. Sobre todo cuando se le ilumina el rostro y se entretiene con la galleta, llevándose un trocito a la boca. Se pasa la lengua por el labio inferior, carnoso, recogiendo las migas, y yo me remuevo en el asiento, excitado en medio segundo.

—Abre otra vez —me ordena, y doy un respingo, volviendo la vista a la carretera mientras maldigo lo peligroso que podría haber sido quedarme embobado.

Abro la boca sin pensármelo y me cae otro trozo de galleta sobre la lengua.

—¿Crees que Cherry Peak crecerá lo suficiente como para necesitar una segunda peluquería algún día? —pregunta al cabo de un segundo.

—Puede ser. ¿Por qué? ¿Te planteas abrir una?

—Siempre ha sido mi sueño. Pensaba hacerlo algún día en Vancouver, pero al mudarme aquí me di cuenta de que quizá no es una opción muy viable. Al menos, no a corto plazo.

—El pueblo ha duplicado su tamaño desde que yo era un crío. No me sorprendería que dentro de unos años creciera lo suficiente como para necesitar otra. Al fin y al cabo, todo el mundo necesita cortarse el pelo, ¿no?

Ella se ríe con suavidad.

—Sí, eso es verdad. Supongo que todavía estoy descubriendo cómo es la vida en un pueblo pequeño.

—Es diferente. Yo no conocía otra cosa hasta que me mudé a Nashville. Después de vivir allí unos años, Cherry Peak se me antojaba extraño. Me costó readaptarme. No seas muy dura contigo misma.

Está algo lejos, pero estiro el brazo sobre la consola y giro la mano. El peso reconfortante de su palma contra la mía llega un instante después. Entrelazo nuestros dedos con fuerza.

—¿Qué te gusta más? ¿Esto o Nashville?

No dudo al responder.

—Cherry Peak, siempre. Y mi amor por este lugar no ha hecho más que crecer últimamente.

No doy más explicaciones y ella no me pide que lo haga. No hace falta. No cuando es tan evidente. Si no tuviera que volver a irme de Cherry Peak nunca más, no lo haría. Y cuando llegue el momento de hacerlo, sé que dejaré aquí la mitad de mi corazón.

Con ella.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

# Annalise

Después de una mañana de carretera y de meternos unas patatas fritas y un batido entre pecho y espalda en el mejor autocine en el que he estado jamás, con diferencia, llevamos la última hora metidos en la tienda de botas. La mejor tienda de botas de Alberta, según él.

—¿Y estas? ¿Qué te parecen? —pregunta Brody, plantado a mi lado mientras yo estoy sentada en una banqueta acolchada.

Me entra la risa al verlo frente a una estantería alta llena de botas, con una gorra de béisbol calada hasta las cejas y unas gafas de sol de montura grande que ocultan sus bonitos ojos. A juego con sus Levi's ajustados, lleva unas botas marrón oscuro y una chaqueta Carhartt abrigada, pero las gafas le restan un poco de su aire rudo y tosco. Es una prueba de su atractivo que, aun así, le queden tan bien. Aunque dudo que haya algo que no le quede bien.

—¿Anna? ¿Te gustan estas? —repite, mirándome con una sonrisilla despreocupada.

Carraspeo e ignoro su picardía.

—Son monas.

En las manos lleva un par de botas de color marrón rojizo con puntera cuadrada y espirales negras a los lados. No son del todo de

mi estilo, pero ya hemos visto por lo menos una docena de botas y ninguna me ha convencido.

—Creo que no me van las puntas cuadradas. Ni el rojo —añado, intentando acotar la búsqueda antes de que acabemos saliendo de aquí con las manos vacías.

Brody vuelve a colocar las botas en su sitio y se gira hacia mí, mordiéndose el carrillo por dentro. Con las manos en las caderas y una postura firme y poderosa, inclina la barbilla.

—Ahora vuelvo.

Entrelazo las manos sobre el regazo y lo observo marcharse; me inclino hacia delante para asomarme entre una de las filas de estanterías solo para echarle un vistazo al culo. La tienda está tranquila hoy, pero no sé si eso es lo habitual en un sitio como este. Imagino que sí. Dudo mucho de que los cowboys anden muy pendientes de los cotilleos cuando salen a comprarse unas botas.

En cualquier caso, me alivia que no hayamos tenido que esquivar a muchos clientes. El disfraz de Brody no es precisamente de última generación. No costaría mucho que alguien lo reconociera, así que significa mucho que se haya arriesgado por mí.

Muevo los dedos dentro de los calcetines gruesos de lana que me ha traído; otro de sus gestos atentos que me ha hecho sentir mariposillas en el estómago. Los viajes por carretera nunca han sido lo mío, pero con Brody creo que podría acostumbrarme. Hemos recorrido el mismo camino que el día anterior, pero el camino a casa desde el aeropuerto me ha parecido hoy completamente distinto, sentada a su lado. Las dos horas y media no han sido aburridas ni agotadoras. Al contrario. Han sido animadas, llenas de risas y conversaciones interesantes.

A estas alturas, tengo claro que casi todo sería distinto con Brody a mi lado.

—Vale, a ver estas —dice.

Me giro y veo que Brody se acerca con una caja marrón oscuro entre las manos. Desenredo los dedos y los apoyo planos sobre los muslos.

—¿Dónde las has encontrado? —pregunto.

Me guiña un ojo mientras abre la tapa para que mire dentro.

—Eso es un secreto. Coge una y échale un buen vistazo.

En cuanto recorro las botas con la mirada, se me corta la respiración. Despacito, alargo la mano y saco una de la caja. Es suave al tacto, con la puntera ligeramente curvada y un tacón pequeño. Los surcos marrón claro del cuero, que es un poco más oscuro, forman girasoles. Levanto la vista hacia Brody, observando sus rasgos suaves y relajados y deseando poder verle los ojos.

—Son preciosas —murmuro.

—Pruébatelas.

Lo hago al instante; me enfundo un pie antes de agarrar la otra con avidez y repetir el gesto. Se ajustan bien con los calcetines de lana; ciñen, pero no me aprietan. Brody se arrodilla frente a mí y me pasa las manos por la pantorrilla y el tobillo, como si estuviera comprobando el ajuste, pero creo que solo busca una excusa para tocarme. La idea me pone nerviosa. Y también cachonda, aunque eso no es nada nuevo.

—Levántate y comprueba a ver cómo te sientes con ellas —me indica.

Alterno entre apoyar el peso en los talones y alzarme sobre la punta, antes de dar unos pasos cortos de un lado a otro por la

moqueta.

—Las siento bien. Me encantan.

—¿Lo suficiente como para llevarlas a menudo?

—Lo suficiente como para no ir a ningún sitio sin ellas.

Se queda mirándome un instante; baja la cabeza y luego la levanta otra vez. No puedo evitar ponerme de puntillas para quitarle las gafas. Un escalofrío me recorre de pies a cabeza cuando por fin veo lo que ocultaban: un calor que aviva las llamas que ya están prendiendo entre mis piernas, provocándolas, suplicando que salgan a jugar.

Soy demasiado floja, porque me bastan cinco segundos de mirar esos sensuales ojos azules para querer echarle leña al fuego.

—¿Qué te parecen? ¿Te gustan?

—Estoy pensando que quiero echarte al hombro y llevarte a la camioneta. Y estoy pensando… —sus zancadas devoran la distancia que nos separa— que, por alguna razón, he tenido la grandísima suerte de poder llamarte mía.

Intento acompasar la respiración, pero es en vano.

—Nunca me han llevado al hombro —admito.

Enarca una ceja poquito a poco.

—No me tientes, cielo.

—Bueno, si ya hemos terminado aquí, podemos volver al pueblo y cenar algo.

—¿Y dónde cenamos? ¿Fuera? —pregunta, esquivando la pregunta que los dos sabemos que quiere hacer.

Niego despacio con la cabeza.

—¿Me estás invitando a tu casa, Anna? —Su voz es tan baja que apenas es un susurro.

—Después de lo de hoy, lo justo es que te lo agradezca con una cena.

Sus manos ásperas me enmarcan el rostro y su aliento caliente me roza los labios cuando se inclina hacia mí y murmura:

—Iré. Pero no con el pretexto de una cena y ya. Pienso quedarme para el postre.

Me sonrojo enterita. Se me empapan las bragas: una reacción casi automática al tratarse de este hombre. Suelto un suspiro tembloroso y me inclino para besarlo con suavidad. Él responde con más fuerza y sus labios provocan los míos hasta que se abren lo justo para saborearme de verdad, antes de retirarse.

—Este va a ser el trayecto de vuelta más largo de mi vida —confiesa.

Mi risa es suave, muy sutil.

—Dímelo a mí.

* * *

Una hora después, la tensión sexual que vibra en la cabina oscura de la camioneta de Brody amenaza con sofocarme. Debo de tener el interior de mis vaqueros hecho polvo de tanto frotar los muslos entre sí.

Después de que Brody me pagara esas botas increíblemente caras —por insistencia suya—, salimos de la tienda y emprendimos el camino de vuelta a Cherry Peak. Me puse las botas nuevas en cuanto entramos en la autopista y ya no he podido dejar de mirarlas.

También he captado las miradas ardientes de Brody, que no han hecho más que aumentar mi excitación. Da igual cuántas veces

cambie de emisora o mire el móvil: nada ha logrado distraerme de las ganas enormes que tengo de empujar la consola central y subirme a su regazo.

El deseo se me enrosca en el vientre y me vuelve la piel hipersensible a cada soplo de la calefacción. Me arden los pulmones por el esfuerzo de controlar una respiración completamente desbocada.

Oigo el crujido del cuero y, al fijarme en el volante, veo que Brody lo agarra con tanta fuerza que tiene los nudillos blancos. Frota el cuero adelante y atrás y, joder, se le marcan y engrosan las venas de las manos. Echo la cabeza hacia atrás contra el reposacabezas y cierro los ojos, dando golpecitos en la ventanilla.

La Anna de antes nunca se habría planteado tomar la iniciativa aquí… Nunca habría hecho lo que estoy a punto de hacer.

Brody gira la cabeza bruscamente cuando empujo la consola hacia arriba y me desabrocho el cinturón. El sol ya se ha puesto y dejo que esa oscuridad aplaque un poco los nervios. Solo él puede verme mientras me deslizo hacia el pequeño asiento central y apoyo la mano sobre su regazo, justo encima del bulto que se le marca ya bajo la cremallera. Abro los ojos de par en par al notar lo duro y caliente que está, incluso a través del grosor de la tela vaquera.

Es la primera vez que lo toco así. La sangre me burbujea bajo la piel, embriagada por las ganas que le tengo. Lo miro a través de las pestañas y lo veo apretar la mandíbula, soltando un ronco resuello entre los labios entreabiertos. Me detengo un segundo; quiero asegurarme de que no es incomodidad lo que lo tiene así de tenso.

Sus ojos azul oscuro atrapan los míos con una intensidad que hace que el placer me estalle entre las piernas, como una bofetada

invisible en el clítoris.

—Te juro por Dios, Anna, como me la saques ahora mismo pienso comerte esa boca tan bonita tuya. Mi control pende de un hilo.

El alivio me invade antes de dejar paso a la determinación. Con los dedos temblorosos por el deseo, le desabrocho los vaqueros y doy un tironcillo hacia abajo. Él levanta las caderas para ayudarme y yo suelto un taco cuando aparece su polla. Larga, gruesa y húmeda… Toda para mí.

—Bésame —me ordena con voz ronca.

Me giro, apoyo las rodillas en el asiento y me inclino para besarlo. Él me está esperando. En cuanto se tocan nuestros labios, me agarra por la nuca y me mantiene así, sin dejar de mirar a través del parabrisas mientras me devora la boca.

Es una imprudencia. Incluso al amparo de la noche, la autopista está muy transitada. Los faros iluminan la cabina uno tras otro, pero no vuelvo a sentarme ni me escondo. No hasta que él me lo permita. Sabe demasiado bien. Es una pasada.

Estoy impaciente por complacerlo, y cuando le agarro la polla con la mano y se la acaricio una vez, su jadeo me llena la boca antes de engullirlo. Entonces me tira del pelo y nos deja a un suspiro de distancia.

—Procura no hacer que estrelle la camioneta. Llevo una carga valiosa —murmura.

No me pasa desapercibida la orden subyacente en esas palabras provocadoras. He encontrado a un hombre dominante y la idea me entusiasma.

Me deslizo por su cuerpo como si fuera agua y me derramo en el asiento, a la altura de sus muslos. Tiene los músculos tensos y

abultados mientras se remueve, con las piernas abiertas todo lo que le permiten los vaqueros mientras se recoloca. Le aprieto la polla todavía más y él se estremece; su torso vibra contra el asiento y noto la tensión de sus dedos en mi pelo.

—Haré todo lo posible —prometo, sin apartar la vista de su entrepierna.

Mi propia excitación es como un zumbido persistente en los oídos, pero trato de no pensar en ella para disfrutar este momento. Con unas caricias lentas, le estimulo la polla con la mano, inclinándome casi sin darme cuenta hasta quedar tan cerca que mi aliento le roza la punta, roja y mojada.

Tengo el culo en pompa y el botón de los vaqueros se me clava en el vientre, pero no cambio la postura. No puedo. Me invade el deseo, embriagada por su tacto, su sabor, su olor. Saco la lengua y le recorro el contorno de la punta antes de trazar una línea ardiente sobre la hendidura, recogiendo la gotita de líquido preseminal que se ha acumulado ahí. Gimo, alto y sin pudor, y repito el gesto dos veces más.

—Joder. Sí, así… Otra vez —dice entre dientes.

Yo obedezco, pero solo durante un instante. Luego me la llevo entera a la boca, acogiendo el rígido miembro todo lo que puedo antes de retirarme para coger aire. Tiene los dedos enredados en mi pelo, tensos, inmóviles, sujetándome con firmeza. Vuelvo a agachar la cabeza y empiezo a moverla de lado a lado, con mucho cuidado de no usar los dientes, pero esperando que capte el mensaje.

Y lo capta. Sonrío con malicia cuando empieza a usar la mano para guiarme, marcando un ritmo que le gusta. Yo soy su sierva más que dispuesta, con el cuerpo tan tenso que cada uno de sus

gemidos se siente como si me metiera un dedo. Nunca había sentido este tipo de placer con una mamada. Estoy que ardo; soy suya en cuerpo y alma. Froto los muslos entre sí, cerrando los ojos por las chispas que me provoco.

Brody no se pierde ni un movimiento. Espera a que me la haya metido hasta el fondo antes de mover las caderas y empujar aún más.

—Tócate, Anna. Enséñame lo mojada que estás.

Me atraganto un poco y me empiezan a llorar los ojos, mientras me desabrocho los vaqueros a toda prisa y me meto una mano en las bragas. Estoy empapada y me he mojado todo el encaje, pero eso ya lo sabía. El primer roce del dedo contra el clítoris me hace arquear; su polla me roza el fondo de la garganta antes de volver a incorporarme.

—Enséñamelo —sisea.

—Vale —gimo.

Me meto un dedo dentro una sola vez antes de ofrecerle la mano. Con los labios rodeando la punta de su polla, observo cómo me suelta el pelo y me agarra de la muñeca, llevándose el dedo a la boca para chupármelo hasta dejarlo limpito. Me contraigo alrededor de la nada; tengo la mente hecha añicos.

—Perfecto —gime, volviendo a hundir los dedos en mi pelo. Yo cierro los ojos, dejándome guiar una vez más—. Termina para mí, cielo. Córrete conmigo.

Estoy tan a punto que sé que no tardaré nada. Deslizo la mano de nuevo por debajo de la cinturilla de los vaqueros y gimoteo por el placer que me provocan mis propios dedos. Me froto el clítoris con círculos rápidos y firmes; no necesito nada más.

Brody empieza a moverse dentro de mi boca, ayudando a acelerar el ritmo mientras acaricio la parte que no me cabe y gimo sin pudor. Me arden las mejillas por el esfuerzo de la succión, y la espalda empieza a dolerme de estar inclinada, pero el dolor solo me alienta más y más. Sumado a la sobrecarga de placer, no pasa ni un minuto antes de que me corra, gritando alrededor de la polla que tengo en la boca. Me tiemblan las extremidades y se me nubla la vista de placer antes de oír que maldice y me aparta de su miembro.

Me obligo a mantener los ojos abiertos y el agarre firme mientras lo acaricio con brío y rapidez. Suelta un improperio antes de que salgan disparados unos gruesos chorros de semen, manchándose la extensión ahora desnuda y musculosa de su bajo vientre. Parpadeo perezosamente, frunzo el ceño y apoyo la mejilla en su muslo, recuperando el aliento.

—¿Por qué me has apartado? —susurro.

Relaja el toque de los dedos enredados en mi pelo, un tacto que se vuelve suave mientras me acaricia la cabeza. Su respiración sigue igual de entrecortada.

—Te he preguntado qué querías que hiciera, pero no me has oído. No quería arriesgarme.

Sonrío muy a mi pesar, me saco la mano de los vaqueros y me la limpio en el muslo.

—Ay, sí, creo que he perdido la cordura un rato. Para que conste, la próxima vez no hace falta que me apartes.

—De acuerdo —dice en voz baja.

Con la sonrisa bobalicona todavía en los labios, lo ayudo a subirse los vaqueros y a abrochárselos antes de recolocarme y coger una servilleta de la guantera para limpiarle el vientre. Él toma luego la

servilleta sucia y la mete en una bolsa de plástico antes de estirarse hacia el asiento trasero para dejarla allí de momento. A regañadientes, empiezo a volver a mi asiento, pero me detiene con una palma pesada sobre la rodilla.

—Quédate aquí. Hay un enganche para el cinturón escondido entre los asientos. No quiero que te vayas al otro lado de la camioneta.

El corazón, pesado, me da un vuelco.

—Vale, pero no puedo prometer que no me quede frita apoyada en tu hombro.

Él mueve el hombro y esboza una sonrisa.

—Es todo tuyo, corazón.

Las palabras me azotan con más fuerza de la esperada. Ahora estoy más segura que nunca de que yo también soy toda suya.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

# Annalise

Brody entra en mi casa y se quita las botas nada más cruzar el umbral. Yo hago lo mismo y me percato de que nuestros calcetines combinan de una forma absurdamente adorable. Sonrío como una tontaina al mirarnos los pies antes de quitarnos las chaquetas. Me sigue al interior y, de camino, subo la temperatura del termostato; sigo helada por el corto trayecto desde la calle.

—Gracias por lo de hoy, Brody.

Tal y como imaginaba, me quedé sobada durante el resto del trayecto de vuelta en la camioneta. Un momento estaba acurrucada a su lado y, a la que me di cuenta, él me despertaba con suavidad, ya aparcado en su sitio frente a mi casa. Invitarlo a pasar fue un gesto instintivo, aunque ya hubiéramos disfrutado del postre de camino. Acepto de buena gana todo el tiempo que pueda pasar con él.

—El placer ha sido mío.

—¿Te apetece quedarte un rato y ver una peli o algo? —El calor me sube por el pecho por lo pueril que suena la pregunta.

A él, sin embargo, no parece importarle nada.

—Me encantaría.

—¿Alguna preferencia? —pregunto mientras me siento en el sofá, devorando con la mirada el vaivén seguro de su cuerpo al seguir mi ejemplo.

—Pues no especialmente. La que sea me estará bien.

—¿Qué tal una de Navidad? —Enciendo la tele y empiezo a rebuscar entre las películas online. Se me ocurre una idea y esbozo una sonrisa—. ¿Una de Hallmark?

Se sienta a mi lado y el cojín se hunde bajo su peso. No me molesto en fingir que no quiero estar cerca de él. Con un par de movimientos, me pego a él, que coloca el brazo de forma automática sobre el respaldo del sofá, detrás de mi cabeza.

—Solo si eliges la peor que haya. Quiero cursilería a tope, corazón.

—Empezamos a entendernos… —respondo, pasando varias más antes de decidirme.

Suelta una carcajada sonora que le brota desde lo más profundo del pecho.

—Por el amor de Dios.

—¿Qué?

Los créditos iniciales parpadean en la pantalla antes de que aparezca el título: *El deseo de Navidad de un cowboy*. Se me contrae el estómago de tanto aguantar la risa.

—Esto va a ser duro —murmura.

—¿Dudas de que vaya a ser superfiel a tu vida real? —pregunto, fingiendo sorpresa.

Estira las piernas y apoya los pies en la otomana. Me da un vuelco el corazón cuando me agarra del muslo y se lo coloca sobre el regazo, manteniendo la mano firme en cuanto me acomodo.

—Intentaré no ser muy criticón.

—Hazlo. Me encanta criticar pelis.

Y eso es exactamente lo que hacemos. Durante la siguiente hora y media la despellejamos a base de bien, soltando carcajadas estruendosas —y poco favorecedoras— ante lo empalagoso de los diálogos y la horrenda interpretación. Cuando la pareja protagonista se marcha a caballo, levantando la nieve con los cascos a su paso, yo estoy ya medio tumbada sobre él, con la mejilla apoyada en su esternón y una rodilla encajada entre las suyas.

—Entonces… ¿a todos los cowboys les sale natural lo de bailar? —lo pico, trazando círculos con el dedo sobre los músculos firmes de su abdomen, sacando a colación el tema recurrente del baile en línea que salía en la película.

Nunca he tocado unos abdominales como los de Brody. Stewart estaba fuerte, pero no así, para nada. El cuerpo de Brody es obra del trabajo duro y de lo que sea que haga para mantenerse en forma en Nashville. Por la definición de sus bíceps parece que levante peso.

Él sigue toqueteándome el pelo; se enrolla mechones en los dedos y me rasca el cuero cabelludo.

—Ni de coña. Pero mi abuela se empleó a fondo para que supiera defenderme. ¿Fui un compañero de baile decente la otra noche?

—Más que decente, en realidad. —Apoyo la barbilla en su pecho y alzo la vista para encontrarme con su mirada expectante—. Sabes que ya hay fotos nuestras circulando por ahí, ¿no?

—Lo sé. ¿Te parece bien?

—No tengo mucha presencia en redes, así que por mí no me preocupa demasiado.

—¿Pero por mí sí? —pregunta, aunque suena más a afirmación que a duda.

—¿Debería?

—No puedes responder a una pregunta con otra pregunta.

Me río bajito.

—Creo que eres un hombre adulto y que, si no te sintieras lo bastante seguro de lo nuestro como para que nos fotografiaran juntos, no nos habrías puesto en esa situación. El problema está en mi propia inseguridad.

Como ese pensamiento recurrente e insidioso de que no soy lo bastante buena para que me vean a su lado. O de que no me recordará cuando se haya ido. De que acabaré siendo un recuerdo al que no se molestará en volver.

Brody me guía por su cuerpo hasta dejarnos frente a frente. Hago caso omiso al aleteo que siento en el estómago y me concentro en escuchar lo que dice.

—Como alguna vez conozca al hombre que está detrás de la preocupación que veo en tus ojos, cielo, te juro por Dios que me lo cargo.

—Mira, eso me gustaría verlo —admito.

Acepto encantada el paquete completo: cavernícola y superprotector. Jamás rechazaré la oportunidad de ver a este hombre defender mi honor, sea con puños o con palabras, da igual.

Me toma la mandíbula con una suavidad excepcional, como si de pronto temiera que pudiera desintegrarme en su mano.

—Nunca me he sentido más orgulloso de que me vean con una mujer que contigo. Esa es la verdad, Anna, pero no quería asustarte.

—Menos mal que no me asusto con facilidad, pues.

Esta vez la sonrisa le ilumina los ojos, de una belleza casi irreal.

—Sí, empiezo a darme cuenta.

Los créditos siguen pasando; unos dibujitos decoran la pantalla negra. Uno en concreto, de un animal pequeño y peludito, me llama la atención, y no consigo contenerme antes de cambiar de tema y soltar:

—¿Tenéis vacas de las de pelo largo en el rancho?

Noto que el pecho de Brody se estremece de la risa bajo el mío.

—¿Vacas de pelo largo? No. Creo que nunca hemos tenido.

—¿Ni siquiera como mascota?

—Mi abuelo tratará al ganado como mascotas cuando las ranas críen pelo.

Asiento con la cabeza, un poco desinflada.

—Ya imagino.

—¿A qué viene ese cambio de tema tan repentino?

—Es que están por todas partes en internet últimamente y son lo más adorable del mundo. Solo tenía curiosidad por saber si alguna vez habíais tenido alguna.

—¿Tú tendrías una vaca peluda como mascota?

—Me encantaría. Es como tener un perro, pero que puedes tener fuera y no te va soltando pelo y babas por toda la casa.

—Eso es verdad. Lo cierto es que nunca se me había pasado por la cabeza tener una.

—Pues ahora quizá deberías planteártelo.

—Puede que lo haga.

Le planto un beso en el pecho y dejo los labios ahí el tiempo suficiente para notar el latido de su corazón.

—Bien. ¿Vemos otra peli?

Me besa la frente y asiente. Bajo la cabeza y vuelvo a acomodarme como antes. No tardo mucho en elegir otra película, pero esta vez no aguanto ni la mitad antes de quedarme dormida.

No despierto hasta que la habitación está en completo silencio y una calidez suave me roza la mejilla. Me levantan del sofá y me alzan en el aire, apretada contra un cuerpo duro. Mantengo los ojos cerrados porque no quiero despertarme del todo.

Unos brazos fuertes me sostienen contra un pecho que sube y baja con calma junto a mi cara. Froto la mejilla contra él y suspiro, embargada por una sensación de seguridad que me recorre entera y calma las partes más rotas de mi ser.

Inhalo hondo, distinguiendo el olor de la vela de menta que he encendido antes mezclado con la colonia de Brody. Su aliento me roza la coronilla antes de que apriete los brazos una sola vez más. Me aferro a su brazo cuando empuja una puerta y se dispone a bajarme.

—Quédate —le suplico, apretando los ojos.

Se detiene.

—¿Estás segura?

—Del todo.

—Me voy al sofá.

Asiento deprisa.

—Vale, pero quédate. Hay mantas en el armario del pasillo, y llévate una de mis almohadas.

Todavía no estoy preparada para soltarlo. Llámalo desesperación o necesidad; me da igual. La idea de verlo salir ahora mismo por la puerta me hace un nudo del tamaño de un puño en el estómago.

—Me quedo, cielo. Métete en la cama.

Los calcetines gruesos me protegen los pies del frío del suelo de madera mientras me estabilizo y me meto bajo las sábanas ya preparadas. Me cuesta más autocontrol del que esperaba no agarrarlo por la pechera y hacer que se tumbe conmigo. Estoy a punto de ceder cuando se inclina, me aparta el pelo de la cara y me besa la nariz y, por último, la boca. Es un beso de esos somnolientos, cargado de un dulce significado. El más bonito de todos.

—Dulces sueños, Anna. Nos vemos mañana.

Dejo que se me cierren los ojos y asiento, murmurando en señal de acuerdo.

—Buenas noches, Bo.

* * *

El día siguiente pasa en un suspiro.

Me desperté y encontré a Brody levantado y preparando dos tazas de café, vestido con la ropa de ayer, arrugada hoy. Todavía no tengo claro cuánto tiempo llevaba despierto para cuando estuve lista para ir a trabajar, pero no me sorprendería que hubiera sido antes del amanecer.

Me llevó al trabajo y luego se fue al rancho con la promesa habitual de volver al final de mi turno. He estado con la energía a tope todo el día, yendo de clienta en clienta sin parar. Me siento renovada, viva. La felicidad es una droga: basta un chute para que ande con la nariz pegada al suelo buscando otra dosis.

Wanda también se ha dado cuenta y no ha dejado de pincharme con una sonrisilla traviesa durante toda la jornada. Termino de cobrar a la última clienta y le lanzo una mirada fulminante desde el

otro lado del salón cuando veo que se queda merodeando por mi puesto.

—Quiero lo que sea que hayas tomado hoy, Anna. En mi vida he visto a alguien secar tanto pelo en tan poco tiempo.

Guardo el datáfono y me giro hacia ella, apoyándome en el lateral del mostrador.

—Tengo un don natural con el secador, ¿qué le voy a hacer?

—No te hagas la tonta, anda. A mí no me engañas.

—Solo es que he dormido muy bien hoy. Estoy descansada.

—Ya, seguro que has dormido de puta madre con un hombre como Brody Steele a tu vera.

No puedo evitar que se me enciendan las mejillas. Echo un vistazo rápido por el salón y confirmo que estamos solas.

—No… no hemos dormido en la misma cama. Y tampoco es asunto tuyo, cotilla.

—No voy a decirle nada a nadie, cariño. Solo quería pincharte un poco.

—Lo sé, lo sé. Perdona por saltarte a la yugular.

Agita la mano como quitándole importancia y viene hacia mí. Las uñas que tamborilea sobre la mesa junto a la mía están pintadas con rayas a lo bastón de caramelo y muérdago.

—No nos conocemos demasiado, así que no te culpo por ir con pies de plomo. Últimamente no he pasado mucho por el salón, pero no es nada personal. Llevo demasiado tiempo en el pueblo y pronto voy a necesitar un cambio de aires.

—Eres de las que no para quieta, ¿eh?

—A mi padre le gusta más el adjetivo «inestable» —dice con una sonrisa dolorosamente falsa.

Me encojo de hombros.

—O sea, que te gusta explorar. ¿Y? ¿A quién le importa?

—Bueno, pues a mi madre, para empezar. Y a la mayoría de los gilipollas criticones de este pueblo. Mi padre estuvo ausente durante casi toda mi infancia y ahora que está a punto de jubilarse todo el mundo supone que me voy a quedar por aquí para recuperar el tiempo perdido y esperar a que vuelva. Es supertriste, pero no paro de montar negocios con la esperanza de que así, quizá, me preste atención. Nunca me ha gustado cortar el pelo, y menos aún tener una peluquería. Pero creo que paso de intentarlo más. Tengo que dejar de poner mi vida en pausa por la remota posibilidad de que algún día esté listo para hacernos caso, ¿sabes?

—Pues sí, lo sé… No es exactamente lo mismo, pero llevo tres años sin hablar con mi padre. A veces hay que saber cuándo mirar por una misma, independientemente de las obligaciones familiares que una crea tener. No siempre compensa el estrés ni el dolor.

Wanda asiente y veo que se le enciende la mirada.

—¡Exacto! Dios, es que estoy agotada de los reproches… Y más aún en estas fechas. Llevo semanas esquivando las llamadas de mi madre.

—¿Vas a ver a alguien en Navidad?

—No. Creo que voy a reservar un viaje a algún sitio donde haga calorcito. Me apetece pasarme el día en playas llenas de surfistas sin camiseta.

Echo la cabeza hacia atrás y me río, sintiendo calidez en el pecho.

—Me iría contigo si pudiera. Todo apunta a que pasaré la Navidad sola. Mi hermana va a pasar las fiestas con la familia de su marido y no me apetece hacer de sujetavelas mientras esté allí.

Wanda no me mira con lástima. De hecho, está demasiado ocupada mirando a mis espaldas. Me giro y sonrío al instante al ver quién está en la puerta.

Mi jefa se acerca a atender a la clienta, pero se detiene a mi lado, rozándome el hombro. Bajando la voz, murmura:

—Parece que ha llegado la suegra.

Le doy un pellizquito en el brazo y ella pasa a mi lado como una exhalación, con el taconeo de las botas resonando en las baldosas.

—Señora Steele, qué sorpresa tan agradable —digo en voz alta mientras sigo a Wanda.

—Eliza —me corrige la mujer con suavidad antes de rodearme con los brazos y darme un abrazo apretado—. Y he pensado que más me valía pasarme para arreglarme estos pelos de cara a Navidad.

—Pues ha venido el día perfecto. Anna es de lo mejorcito —dice Wanda.

Me guiña un ojo desde el mostrador.

En cuanto Eliza me suelta, le agradezco a Wanda el cumplido con un leve asentimiento.

—Hago lo que puedo.

—Pero, antes…, ¿qué es eso que acabo de oír de que vas a pasar la Navidad sola? —pregunta Eliza con una voz firme, la que imagino que empleaba cuando tenía que reñir a un Brody adolescente.

Wanda se muerde los labios mientras la abuela de Brody me lanza una mirada intensa, aguardando una respuesta, y de las buenas.

Señalando mi puesto, le propongo:

—Si te parece, empezamos primero con el pelo.

—No, no. Dímelo ya para que no se me vaya el santo al cielo después. No vas a pasar la Navidad sola, bajo ningún concepto.

—Ya, pero es que no quiero pasar otro año más revoloteando alrededor de la familia de mi cuñado. Ya lo he hecho antes y, aunque son lo bastante amables como para incluirme, no es lo mismo.

—Yo no veo nada de malo en pasar las fiestas sola, Eliza —interviene Wanda.

—Entonces, llámame señora Steele, Wanda —replica Eliza con un chasquido de la lengua.

La dueña del salón suelta una risotada y le da una palmadita en la espalda.

—Pues, mira, solo por eso no te voy a dar las muestras de productos que tanto te gustan.

—A ver, vosotras dos… Dejadlo ya.

Hago ademán de colocarme entre ambas antes de que la abuela de Brody me tome de las manos y las levante entre nosotras. Me sumerjo en su mirada dulce, dejando que me llene por dentro.

—Tú te vienes al rancho a pasar la Navidad con nosotros —lo dice con amabilidad, pero con una firmeza que deja claro que, más que una invitación, es una afirmación.

Me derretiría ahí mismo. No es de extrañar que Brody sea como es, habiéndose criado con una mujer así.

—¿Estás segura de que no voy a invadir vuestro espacio? No me gustaría ser una carga.

—Cariño, no podrías ser una carga para nuestra familia por mucho que lo intentaras. Además, estoy segura de que eres lo único que ha pedido Brody para Navidad.

No puedo contener la sonrisa. Dios, se me extiende tanto que hasta me arden las mejillas.

—En ese caso, será un placer pasar la Navidad en el rancho. No veo la hora.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

# Brody

Me lavo las manos en el fregadero de la cocina, observando cómo el agua se vuelve rosada sobre la cerámica blanca. El olor a pintura se me ha quedado impregnado en el pelo y en la ropa: una camiseta hecha polvo y unos vaqueros sucios. Me apresuro a terminar, porque no quiero que la abuela me pille aquí con pinta de haber salido de un establo… Aunque sea eso mismo lo que acabo de hacer.

—¿Eres tú, Brody? —pregunta. La voz está lo bastante lejos como para saber que tengo un par de minutos de margen para salir pitando.

Giro los grifos para cortar el agua y no pierdo tiempo secándome las manos antes de salir por la puerta trasera, con la vista puesta en la casa de invitados. Está un poco apartada, pero eso la hace aún más privada. Necesito el tiempo a solas que me va a dar la caminata. Estoy hecho un manojo de nervios, más de lo que he estado en muchísimo tiempo.

En los últimos años, la Navidad por aquí se ha convertido en una época un poco tensa. Antes de volver a casa hace unos meses, no había vuelto para las fiestas desde el primer año que me mudé a Nashville. El resentimiento que mi abuelo sentía hacia mí era demasiado fuerte para soportarlo durante varios días seguidos. Los

comentarios sarcásticos y las pullas innecesarias abundaban en la mesa. La cosa se había vuelto insoportable.

Así pues, me escondí. Me inventé mil excusas, sabiendo perfectamente que cada una le hacía daño a mi abuela, poquito a poco. Ella nunca me dirá que la herí, pero no hace falta. Soy consciente de lo que hice y de las consecuencias. Por eso sé que para ella significa tantísimo que este año esté en casa.

Invitó a Annalise por dos motivos. El primero y más evidente: nadie debería pasar las fiestas solo. Al enterarse de que Anna iba a estar sola en Navidad se activó su instinto protector, empujándola a acogerla bajo su ala. El segundo motivo es el que ella se empeña en negar: que estaba pensando en mí. Que todo esto era un intento de emparejarnos. Algo para lo que no necesitaba que se molestara.

Y se lo dije cuando volvió de la peluquería.

La abuela entra en el comedor, sacudiéndose los rizos con las palmas y sonriendo de oreja a oreja.

—¿Te gusta mi nuevo peinado, Brody?

Algo en su voz hace que se me erice el vello de los brazos mientras levanto la vista desde donde estoy sentado a la mesa, con un vaso de agua entre las manos sucias. Acabo de terminar de arreglar la pala de la minicargadora de mi abuelo y me duele el cuello como la madre que lo parió.

—Te queda genial. Y a ver si lo adivino: ¿le has pedido a Anna que te hiciera un hueco en su agenda?

—Como si fuese a dejar que alguien más me tocara el pelo ahora que esa chica tan maja está disponible.

—Pues ha hecho un trabajo estupendo —digo, sin caer en esa trampa más que evidente.

—Deberías pedirle que te corte un poco el pelo. Quizá en Navidad.

La sospecha se enciende como una bombilla.

—¿Y por qué iba a querer cortarme el pelo en Navidad?

Ella pasea la mirada por la habitación, con los ojos muy abiertos y una inocencia demasiado forzada. Cuando va directa al cuenco de manzanas de la mesa, se lo aparto antes de que lo alcance. Su sonrisa no hace más que ensancharse.

—¿Las quieres todas para ti? Toma, sé lo mucho que te gustan.

Me esfuerzo por no poner cara de asco. Odio las manzanas desde que era crío. Cuando me tocaba comérmelas, me escabullía hasta el establo y se las daba a los caballos.

—Tú lo que quieres es distraerme del hecho de que has metido las narices donde no te llamaban, ¿no?

Abre la boca de golpe.

—¿Cómo te atreves?

—¿Que cómo me atrevo? Abuela, serás mayor, pero no estás senil.

—¡Brody Christopher Steele, no habrás tenido el valor de mencionar mi edad…!

Suelto una carcajada cuando avanza hacia mí hecha una furia; es tan bajita que ni me llega a los hombros, pero es dura de roer. Extiende los brazos de repente y me clava los dedos en los costados y el estómago. Se los aparto de un manotazo y doy un salto atrás mientras ella frunce el ceño, concentrada.

—Ya no soy un crío, abuela. No puedes hacerme cosquillas cuando te dé la gana para salirte con la tuya.

—¡Si sirve para que dejes de ser tan cazurro, que así sea!

—¿Ahora soy un cazurro?

Baja las manos a las caderas y les da un respiro a mis abdominales.

—¿De verdad no ibas a invitar a tu mujer a pasar la Navidad?

Parpadeo despacio.

—Supuse que ya tendría planes.

—Pues si se lo hubieras preguntado, sabrías que no los tenía. Al parecer, su familia ya tiene otros compromisos estas fiestas.

El deje crítico de su voz me empuja a defender a la familia de Anna.

—Son buena gente, abuela. Es solo que viven lejos los unos de los otros.

—Lo mismo da. La he invitado y vendrá a celebrar Navidad con nosotros. —Echa los hombros hacia atrás y levanta la barbilla—. La haremos sentir una más de la familia.

El sentimiento me calienta el estómago como un buen trago de chocolate a la taza. Quiero que Anna se sienta en casa con los míos, la quiero aquí durante las fiestas. Fui un idiota por no habérselo pedido yo mismo, como quería.

—Si haces esto en plan celestina, que sepas que no hace falta. Me las apaño bastante bien solo.

Me apoya una mano en el antebrazo y me mira con suavidad.

—Yo ya he hecho mi parte. El resto depende de ti. No vayas a lo seguro ni te arriesgues a perderte momentos importantes, Brody. Averigua qué quieres y haz todo lo que esté en tu mano para conseguirlo.

Un segundo después me dejó solo en el comedor con la excusa de que necesitaba cambiarse antes de ponerse con la cena. Como si no

lo hiciera aposta para dejarme a solas con mis pensamientos. Desde entonces, los días han transcurrido más o menos igual.

Me hace las mismas preguntas: cómo está Anna, si le hace ilusión la Navidad o qué ha estado haciendo. He pasado mucho tiempo buscando su regalo de Navidad, y a la abuela le ha entusiasmado la idea. He tardado casi dos semanas desde que se me ocurrió, no solo para encontrar lo que necesitaba, sino para terminar de darle forma a mi visión. Ahora que ya lo tengo, me queda un nudo enorme de nervios y la esperanza de que le encante lo que he preparado.

Los árboles y los arbustos separan la casa principal de la casa de invitados; rodean la parte frontal y proporcionan una necesaria sensación de privacidad en un espacio tan abierto. Largos caminos de gravilla conectan ambas casas, ahora cubiertos por una gruesa capa de nieve. El rancho es un espectáculo digno de ver en verano, y se me forma un nudo en el pecho al pensar que quizá no vuelva a estar aquí para presenciarlo. Hace demasiado tiempo que no paso un verano en casa, sintiendo el sol tostándome los hombros y viendo cómo la brisa ondula los campos. Joder, me he vuelto un sentimental.

La casa de invitados es grande. Grande, espaciosa y con unas mejoras de las que carece la casa principal. La mandé construir hace unos años; invertí en ella mi primer gran cheque de la discográfica, sabiendo que necesitaba un lugar propio al que volver cuando regresara a casa.

Mi primer apartamento en Nashville era una mierda. Era un piso viejo, destartalado y, lo más importante, baratísimo, para poder centrarme en terminar antes este lugar en Cherry Peak. Nunca le conté ese pequeño detalle a nadie de aquí. Creían que me daba la

vida padre en la Ciudad de la Música. Y vivía bien, sí, pero no a lo grande.

A mi abuelo no le hizo ninguna gracia que fuera yo quien mandara construir la casa. Para esas cosas es muy anticuado, pero si levantar una casa más en el rancho servía para que yo volviera, se guardó sus opiniones. Eso sí, me sorprende que no le prendiera fuego cuando decidí no regresar.

Intento no pensar en eso mientras entro y enciendo las luces. Me quito las botas antes de ir a mi cuarto, revisando por el camino, una y otra vez, que no haya dejado nada desordenado que Anna pueda ver.

Hoy será la primera vez que entre aquí. A diferencia de la casa principal, estas paredes son mías. Todo lo que hay dentro es mío. Recuerdos y objetos que atesoro. Cosas de mi carrera de estos últimos tiempos y de cuando era un chaval tocando versiones mediocres en el bar los sábados. Hay pedazos de mí por todas partes. Todo lo que tenía en casa de mis abuelos de crío está aquí ahora.

Invitar a Anna a este lugar es como abrirme el pecho y desnudar mi alma ante ella. Pero ya no quiero mantener las distancias. Ya ha ido derribando mis defensas poco a poco y llevándose trocitos de mí. No tiene sentido resistirme a darle el resto.

Satisfecho al comprobar que no hay desastre a la vista, me doy una ducha rápida y me cambio antes de ponerme el sombrero y volver hacia la parte delantera de la casa. Tengo que ir a recogerla ya y me muero de ganas de verla.

Apenas he conseguido enfundarme una bota cuando oigo el crujido de unos neumáticos sobre la nieve compactada en el exterior.

Me calzo la segunda antes de abrir la puerta y salir, con los brazos desnudos pese al frío.

El pequeño coche rojo, algo destartalado, se detiene unos segundos antes de que la puerta del copiloto se abra de golpe y salga Anna de un salto. Con unos vaqueros azules ajustados, mi vieja chaqueta y las botas nuevas, es un auténtico espectáculo. Y no estoy nada preparado para cuando se inclina de nuevo hacia el interior del coche y se planta un sombrero de cowboy marrón claro en la cabeza. Con una sonrisa radiante, recoge una caja de regalo de manos de Poppy antes de cerrar la puerta y venir trotando hacia mí.

—Feliz Navidad, Brody —dice, y cada paso la acerca un poco más hasta que, por fin, está entre mis brazos.

La levanto del suelo y le doy una vuelta.

—Feliz Navidad, cielo. Justo iba yo a buscarte.

Miro el coche aparcado delante de casa y saludo a Poppy con la mano, que me devuelve el gesto y se marcha por donde ha venido.

—Poppy se ha pasado a dejar sus regalos y yo me moría de ganas de venir. Siento como si no te hubiera visto en una eternidad.

—Tres días sin besarte y me ha ido de un pelo no perder la cabeza —murmuro antes de ponerle remedio.

El beso no es suave; es duro, intenso y desesperado, cargado de un anhelo que no creo que llegue a comprender nunca del todo. Han sido dos semanas largas tratando de ir despacio con ella, intentando aprenderme su cuerpo con las manos y la lengua, mientras le daba la oportunidad de aprenderse el mío de la misma manera. Aún no nos hemos acostado; hemos estado aguantando todo lo posible antes de dar ese último paso, pero se me está acabando el tiempo.

La rehabilitación vocal ha sido un coñazo. Me ha mantenido alejado de ella más de lo que me habría gustado, aunque por un buen motivo. Tengo las cuerdas vocales casi como antes de volver a casa. Me alivia no sentir dolor ya, pero me aterra lo que viene a continuación: volver a Nashville y dejar atrás este lugar, a esta mujer.

Es Anna quien se aparta primero y recorre una mano tranquilizadora por mi espalda mientras intento recomponerme. Se pone de puntillas y choca suavemente la nariz con la mía.

—No pienses en eso, va. Yo intento no hacerlo —dice, leyéndome la mente.

—Tenemos mucho de lo que hablar en los próximos dos días. No pienso dejar que te vayas de aquí sin que aclaremos algo.

—Vale. Pero ¿qué te parece si entramos, antes de que acabes las fiestas acatarrado?

Me pego a ella y aspiro hondo su perfume antes de cogerle la mejilla y atraerla hacia mí para otro beso. Esta vez me recreo sin prisa, saboreando sus labios y su lengua, alargando el momento cuanto puedo. Sabe al mismísimo cielo; es suave contra mi dureza, cálida frente a mi frío. Me cuesta la vida no llevármela a la cama ahora mismo.

—Voy a coger el abrigo, pero luego quiero darte tu regalo —murmuro contra sus labios hinchados.

—¿Ya?

—Tengo más de uno, pero este primero es especial. Te encantará.

Le brillan los ojos cuando da un paso atrás y me sostiene la mirada.

—Nunca he sido de rechazar regalos. ¡Coge la chaqueta!

Cuando me pone la mano en el culo, se me atora una carcajada en la garganta y salgo disparado hacia la casa.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

# Annalise

La Navidad pasada, Braxton me convenció para ir a casa de su familia política. Los Hutton son una tropa numerosa y ruidosa, pero tan tan cariñosa que casi cuesta de creer. Si no hubiera visto con mis propios ojos la relación que tienen entre ellos, habría pensado que era puro cuento.

Nunca había visto una familia tan unida y tan llena de amor y de vida. Pero luego conocí a los Steele.

Aunque Brody y su abuelo no se lleven muy bien ahora mismo, el amor que se tienen es profundo. Sus desacuerdos vienen de esa misma devoción feroz, y eso es precisamente lo que los hace tan intensos, tan dramáticos. Y así debería ser el amor: algo que nos vuelva un poco necios, tan emperrados en estar los unos cerca de los otros que, a veces, decimos lo que no debemos y actuamos sin pensar.

Aquí me siento cómoda. Cada vez que entro en el rancho de los Steele es como si algo dentro de mí se colocara en su sitio. Esta familia, pequeña en número pero enorme en cariño, es importante para mí. Mucho.

Pasar la Navidad aquí me parece un auténtico regalo.

Con una mano enguantada, Brody toma la mía con firmeza mientras me lleva por un sendero cubierto de nieve que conduce a los pastos del ganado. Se me dispara la emoción. Pese al frío, nunca me ha hecho tan feliz estar fuera. El aire fresco y el cielo despejado despiertan algo profundo en mi interior, un rincón de mi mente que había permanecido intacto toda mi vida.

—¿Me has comprado un caballo por Navidad? Sabes que ni siquiera sé montar, ¿no? —Casi tropiezo de lo lentos que vamos.

Él se ríe y es una risa grave, profunda.

—No te he comprado un caballo, Anna.

—Vale, menos mal.

—Tu regalo está un poco más allá de los establos. Lo verás en cuanto lleguemos.

Pasamos junto a los establos y, al cabo de unos instantes, lo veo: es una pequeña estructura justo dentro del primer pasto. Y es de color… ¿rosa?

Acelero el paso y tiro de él para que me siga. Su risa suena más fuerte esta vez, y no le hago ni caso, concentrada como estoy en esa estructura rosa que va tomando forma ante mis ojos.

—Brody.

Alcanzo a oír la sonrisilla en su voz.

—Anna.

—¿Eso para qué es?

—¿El qué?

—No me busques, que me encuentras.

Me giro para mirarlo y se me olvida cómo pensar. Cómo respirar. La adoración que brilla en sus ojos es intensa, tanto, que hace que se me descompase el corazón.

—Adelante, cielo. Echa un vistazo —me anima, inclinando la cabeza tapada por el sombrero hacia el pequeño cobertizo.

Me duele apartar la mirada, pero la emoción ayuda a calmar la pena mientras le suelto la mano y corro hacia la estructura rosa.

Cuanto más me acerco, más evidente es el tono exacto del rosa que recubre las tablas altas y lisas de madera: es un pastel que, bajo el sol brillante, tiende a melocotón. Sobre la pared trasera de la caseta hay unas palabras y un par de dibujos. Lo primero que me llama la atención es un plátano amarillo chillón; después me detengo en seco, a un metro escaso de distancia, al leer el nombre que pone al lado.

—No me creo que Wade haya dado su visto bueno a esto —balbuceo, con la emoción atascada en la garganta.

Brody se coloca detrás de mí. No me hace falta girarme para confirmarlo. Siento el cosquilleo de su presencia en la nuca y el calor a mi espalda. Me flaquean las rodillas mientras espero a que me toque.

Cuando lo hace, envolviéndome la cintura con un brazo fuerte y protector, las lágrimas se me desbordan y me resbalan por las mejillas.

—Todavía no has visto lo mejor y ya estás llorando —señala, metiendo la mano debajo de mi chaqueta mientras extiende los dedos por mi vientre, que acaricia por todas partes.

—No necesito mirar ahí dentro para saberlo. Prestaste atención.

—A ti, siempre.

—Pero las ranas no crían pelo —digo en una exhalación.

—No, siguen calvas.

—Dijiste que para vosotros el ganado no eran mascotas.

—No, te dije que para mi abuelo el ganado no eran mascotas. No dije nada de mí. Ni de ti —me corrige.

—¿De ti o de mí? —repito, y me arden las manos de las ganas de abrir la puerta—. No me lo esperaba para nada.

—Es la gracia de las sorpresas, corazón. No saber qué te espera.

—No creo que mucha gente espere sorpresas como esta, Brody.

—Deja de poner pegas y ven conmigo, anda.

Llevaba un rato esperando su permiso. En cuanto me lo da, cruzo la verja y entro en el pasto. Lo primero que veo es el lateral abierto del cobertizo, orientado hacia el prado. El animalito peludo, que me llega a la altura de las rodillas, se acerca dando pequeños saltitos. Me quedo boquiabierta al ver cómo la vaquita se recupera de su aparente nerviosismo y brinca hacia Brody, empujándole la rodilla con la cabeza.

—¿Te has sentido sola estas dos últimas horas? —le pregunta, bajando la mano para rascarle entre las orejas.

Ay, Dios. Las orejitas también son peluditas.

El achuchable animalito tiene un pelaje espeso, de un blanco tirando a crema, y un mechón largo entre las orejas que le cae hacia adelante y le cosquillea la punta de la rosada nariz. Me observa curiosa con unos ojos marrones y tranquilos, y yo le sonrío, como si pudiera saber que soy buena persona solo por la sonrisa. Es una ridiculez, sí, pero me da igual.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí? —pregunto en voz baja.

—Tres días. Tardé un poco en encontrarla, pero creo que la búsqueda ha valido la pena. A la abuela también le ha caído en gracia y hasta la ha dejado entrar en casa un par de veces cuando el

abuelo ha estado trabajando hasta tarde. El resto del tiempo está aquí fuera con las demás vacas. Esta señorita es la más popular.

Alzo las cejas hasta el nacimiento del pelo.

—¿Dentro? ¿Puede entrar en casa?

—Eso parece. Ya te lo he dicho, la tenemos consentida.

—No sé ni qué hacer ni qué decir ni… nada —reconozco.

—Deja que te huela la mano y preséntate. Es casi tan dulce como tú.

—No siempre soy dulce —puntualizo con tono incisivo.

—Bueno, casi siempre.

Me muerdo el labio, escondiendo una sonrisa mientras extiendo la mano hacia la vaca. Banana, según reza en la caseta.

—Le has puesto nombre —susurro.

Banana apoya el hocico húmedo en mi palma, y contengo una carcajada para no pasarme de efusiva.

—Si no te gusta, se lo cambiamos. Total, ella no se va a enterar.

—Me has comprado una vaca peluda —digo más para mí que para él.

Brody se ríe.

—Eso parece.

Levanto la vista y lo miro con el corazón completamente abierto, expuesto.

—Nadie había hecho nunca algo así por mí.

—Me alegro de ser el primero, entonces.

«Y el último», le suplico en silencio que diga. «Dime que serás el único que haga estas cosas por mí, durante mucho tiempo». Pero no lo dice, y me repatea lo mucho que me duele. Un chispazo de duda prende en mi interior.

—Eh. —Me pasa los dedos por el pelo y me gira la cabeza hasta obligarme a mirarlo a los ojos, esos ojos de un azul tan profundo—. ¿Dónde te has ido?

Banana frota el hocico contra mi palma abierta para reclamar mi atención. Me habría reído de no sentirme tan revuelta por dentro. La adoración inmediata que siento por ella me ayuda a recomponerme.

—Creo que, si no llevo cuidado, me será demasiado fácil enamorarme de ti.

Las palabras salen antes de que pueda detenerlas.

El aire a nuestro alrededor se queda inmóvil. Todo es silencio.

Entonces él se mueve y, olvidándose de la vaca, me sujeta por las caderas y me atrae hacia él, ingle contra ingle, pecho contra pecho. Tiemblo al notar el contacto y me doy cuenta de que le acabo de mentir.

Resulta que, al fin y al cabo, no he llevado cuidado alguno. Porque ya estoy enamorada de él.

Las palabras que pronuncia a continuación hacen que me sienta agradecida de que me sujete con tanta fuerza, ya que me tiemblan las rodillas.

—Es más fácil enamorarse de ti, Annalise Heights. Y a mí nunca me ha gustado llevar cuidado.

* * *

No llevo la cuenta del tiempo que pasamos en el pasto con Banana. Estoy acomodada entre las piernas de Brody, con su espalda apoyada en la pared interior del cobertizo, mientras la vaquita

muerde una cuerda rosa, alternando entre intentar comérsela y tratar de arrancármela de las manos.

Ya me he enamorado de esta peluchita y me entran unas ganas tremendas de mudarme aquí con ella. Por supuesto, eso no es exactamente posible. Pero si pudiera, lo haría.

Me alegra saber que Brody ha pensado en todo lo relacionado con ella y con su nueva vida.

Él mismo construyó este cobertizo con la ayuda de algunos hombres del rancho, que no tuvieron problema alguno en quedarse hasta tarde después de unas jornadas ya de por sí largas. No es mucho más que un refugio, por si ella o cualquiera de las otras vacas lo necesitan o quieren cobijarse un rato. Hay otro cobertizo parecido, más grande y situado más adentro del pasto.

Banana come con las demás vacas, pero, cómo no, recibe muchos más premios que ellas. Y, en verano, tendrá una cantidad ilimitada de hierba para pastar durante todo el día.

Es una mimada. Completamente mimada. Casi tanto como yo.

Me recuesto un poco más en el abrazo de Brody y exhalo, feliz, cuando tensa los brazos alrededor de mi torso. Apoya la barbilla en mi hombro y su mandíbula barbuda me roza la mejilla de una forma sensual, demasiado sensual.

Por mucho que me guste mi sombrero nuevo —me lo regaló Poppy—, agradezco que me lo haya quitado al sentarnos. Ahora nada se interpone y puede tocarme con total libertad.

—¿Te dejarás la barba cuando te marches? —pregunto, incapaz de evitarlo.

Arrastra esa misma barba con más fuerza por mi piel.

—Sí. Creo que la mantendré una temporada.

—Bien ahí. Te queda genial.

—Me hace parecer un poco más tosco que la primera vez que me viste.

—Más tosco, pero igual de guapo.

Sus labios calman el ardor que deja su barba.

—Desde luego, no esperaba acabar aquí contigo después de aquel primer encuentro.

—¿No? ¿No te imaginabas comprándole una vaca peluda para el rancho de tu familia a la mujer que te dio una buena tunda verbal delante de un montón de gente?

—No, pero ojalá lo hubiera hecho. Nos habríamos ahorrado tantos rodeos innecesarios.

—Pues a mí me gusta cómo empezamos. Fue algo distinto —admito, soltando la cuerda y permitiéndole a Banana una pequeña victoria.

Ella da un saltito hacia atrás y luego otro hacia delante, la mar de mona, antes de dejar la cuerda de juguete para ir a por otra cosa.

—Vas a tener que venir a menudo para ver a Banana —dice, como si no lo supiera ya.

O como si no lo tuviera pensado.

—¿Incluso cuando no estés?

Hace una pausa.

—Sobre todo cuando no esté.

—¿Sabes cuándo te vas?

No quiero saberlo, pero al mismo tiempo lo necesito. No puede retrasar su vuelta a Nashville eternamente.

—La semana que viene. Rita me mandó el billete de avión anoche.

Se me revuelve el estómago y aprieto los ojos en un intento de ahuyentar las náuseas que me entran de repente.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera?

—Solo unos días. Tengo una reunión con la discográfica, pero no creo que se alargue mucho.

—¿Y después?

Aprieta más fuerte el abrazo a mi alrededor, y yo se lo permito.

—Después volveré hasta que sepamos qué pasará. Hasta que decidamos qué hacer.

—¿Te refieres a nosotros? ¿A ti y a mí?

—Claro, cielo. Tú y yo. No quiero tener que despedirme cuando me vaya. Pienso aferrarme a ti todo el tiempo que pueda.

Giro entre sus brazos, recogiendo las piernas contra el pecho mientras él me rodea el cuerpo. Coloca los brazos sobre sus rodillas y me mira atentamente mientras yo apoyo los míos sobre sus hombros y entrelazo los dedos detrás de su cuello.

—¿Crees que funcionará una relación a distancia? —pregunto con calma.

Quizá con demasiada calma.

Adopta una expresión tensa, concentrada a más no poder, pero sus ojos azules son sinceros, y eso consigue aplacar parte de mis nervios.

—Sé que funcionará. Por ti, haré que funcione. Tenemos mucho que pensar y decidir, pero todavía hay tiempo. Hoy no es el día para esa conversación. Hoy quiero estar aquí contigo. Pasar las fiestas con mi mujer. Confío lo bastante en nosotros como para pedirte que me dejes hacerlo.

Me ablando al captar esa súplica velada en su voz y las palabras no me bastan como respuesta. Bajo las piernas y me inclino sobre mis rodillas, sosteniéndole la mirada. Me encanta cómo sus ojos siguen el recorrido de mi lengua cuando me humedezco los labios. Noto que los brazos me pesan una tonelada, colgando de sus hombros, cuando acorto la distancia entre los dos y saboreo sus labios.

El beso comienza suave y dulce antes de volverse intenso y frenético. Semanas de tensión sexual nos han llevado hasta este momento. Siento que es lo correcto con cada latido de mi corazón. Ambos nos hemos estado provocando, seduciendo…, pero eso termina hoy. Esta noche. Ahora. No me importa, siempre y cuando sea pronto.

Gime contra mi boca y yo engullo el sonido, ansiosa por arrancarle otro. Le hundo los dedos en el pelo, con los pezones duros y palpitantes. El deseo se concentra entre mis piernas con una fuerza tan intensa que el mundo entero se desdibuja. Solo estamos nosotros. Brody y yo.

Sus grandes manos me sostienen el culo con posesión, amasándolo a través de los vaqueros. Las quiero sobre mi piel desnuda, quiero deshacerme de estos pantalones.

Pero, ay, Dios, sé que ahora no podemos. Aquí no.

Me cuesta horrores separarme de sus labios y susurrarle:

—Esta noche. Aquí no podemos hacerlo.

Con los ojos aún cerrados, apoya la frente contra la mía.

—Joder, Banana.

Suelto una carcajada sonora. Y liberadora. La risa hace que Brody abra los ojos; el azul de su mirada es tan nítido, tan intenso que me

hace estremecer.

Sí. Creo que puedo decir sin miedo que haría lo que fuera por estar con él. Incluso intentar una relación a distancia.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

# Brody

—¡Ahí están! —exclama la abuela, dando palmadas cuando Anna y yo entramos en la cocina.

La mantengo a mi lado, incapaz de soltarla ni por un segundo. He tardado varios minutos en conseguir que se me bajara la erección después de estar a punto de tomarla en el cobertizo, y aún no estoy del todo recuperado. Me siento acalorado y descolocado. El pelo revuelto es la prueba perfecta de lo desquiciado que estoy; me he pasado demasiado las manos en un intento de peinarlo de camino a la casa.

—Oye, aquí huele de maravilla, Eliza —dice ella con una sonrisa imposiblemente radiante—. ¿Necesitas ayuda?

La abuela le devuelve la sonrisa.

—Pues no te digo yo que no. Brody y su abuelo arrasan con la despensa cualquier día normal, así que imagínate en la cena de Navidad.

Anna hace ademán de salir de debajo de mi brazo, pero frunzo el ceño, reprimiendo a duras penas un gruñido de protesta. La abuela pasa de sonreír a fulminarme con la mirada en cuestión de un segundo. A regañadientes, bajo el brazo, y Anna me lanza una miradita pícara antes de correr al lado de mi abuela.

La muy traidora.

«Pronto será solo mía», me recuerdo. Y cuando por fin la tenga a solas, no pienso dejarla escapar tan fácilmente.

—No te enfurruñes, Brody. Entretente un poco poniendo la mesa, por favor —le pide la abuela, aunque ya se está llevando a Anna al fregadero y explicándole la forma más fácil y eficiente de pelar una patata.

Remoloneo un momento en la puerta, observando cómo interactúan las dos mujeres, tan vivarachas, tan risueñas. Se entienden con una facilidad que me descoloca; es como si se conocieran de toda la vida. Me conmueve. Me revuelve por dentro de una forma que sé que nace del amor. Porque eso es lo que es: amor.

Amo a Anna, profundamente y sin reservas. De una manera que debería darme miedo…, pero no lo hace. Me calma. Me completa.

Con ella me siento entero, como si las piezas que me faltaban encajaran por fin en su sitio.

Acepto esos sentimientos con los brazos abiertos, sin el menor temor. Con esa sensación de plenitud, salgo de la cocina, tomo la vajilla buena del aparador del comedor y empiezo a poner la mesa.

Las risas y las conversaciones en voz baja me hacen compañía mientras termino la tarea. Ni siquiera el ruido de unas fuertes pisadas que entran por la puerta trasera logra interrumpir a las dos mujeres.

La voz grave y profunda del abuelo las interrumpe.

—Se avecina una tormenta de las gordas. En la radio hablan de una ventisca de visibilidad cero.

—Entonces va a ser una blanca Navidad, pero de las de verdad —responde la abuela, como si la cosa no fuera con ella.

Anna no parece compartir el mismo parecer, a juzgar por el temblor nervioso que se filtra en su voz.

—¿Es algo muy grave?

Entro en la cocina antes de que nadie pueda responderle. Su mirada me encuentra al instante. Me busca igual que la busco yo con los ojos. Enarco una ceja en dirección a mi abuelo cuando noto la curiosidad evidente con la que nos observa.

No sé por qué le sorprende tanto mi actitud protectora, cuando es un rasgo que aprendí precisamente de él.

—No pasa nada —le digo a Anna en un intento de tranquilizarla—. Puede que se vaya la luz un rato, pero tenemos generadores a mansalva.

Se muerde el labio.

—¿Y Banana?

—Estará bien. Tiene un cobertizo ahí fuera por si las cosas se ponen feas, pero puede entrar en casa con nosotros si quieres, cariño —ofrece mi abuela.

El abuelo emite un sonido de desaprobación antes de recomponerse con una tos discreta para disimular.

—No hay lugar para una vaca dentro de casa en Navidad, Eliza.

—Ah, ¿no? —pregunta su esposa con tono amable y pausado.

—Sí. Y no creas que no me he dado cuenta de las marcas de pezuñas en el suelo esta última semana. No he dicho ni pío al respecto, pero esta vez no me callo. Hoy no.

—No pasa nada. Seguro que estará bien. A ver, que yo no sé nada de animales, pero… —empieza Anna, con los ojos muy abiertos y

nerviosa como un cervatillo deslumbrado por los faros de un coche.

Me pongo a su lado y le paso el brazo por los hombros, recogiéndola contra mi cuerpo, que es justo donde debe estar.

—No le pasará nada, te lo prometo. Si quieres, salimos a comprobarlo antes de que empeore el tiempo y así nos aseguramos de que esté bien.

Intenta disimularlo, pero siento que, gracias a la promesa, se le disipa la tensión. El orgullo me hincha el pecho. Quiero calmarla así muchas veces más. Un millón más.

—Gracias —dice, soltando el aire despacio, aliviada.

—Aún queda un buen rato, y quiero disfrutar de una buena cena familiar. Así que, Wade, si no te importa, ve a asearte. Hueles a caca de vaca. —La abuela arruga la nariz mientras empuja suavemente a su marido para que salga.

Este echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada, asintiendo sin decir nada.

Giro a Anna hacia mí y le levanto la barbilla para que me mire. Mi corazón amenaza con escapárseme del pecho al ver el brillo de sus ojos marrones.

—Bienvenida a la familia Steele, corazón. Agárrate, que vienen curvas.

* * *

La tormenta azota el rancho dos horas más tarde y descarga con una furia brutal. Acabábamos de terminar de recoger tras la cena cuando las luces parpadearon un par de veces y luego se apagaron del todo, dejándonos sumidos en la oscuridad.

Los generadores tardaron unos minutos en arrancar, pero en cuanto empezaron a funcionar abrigué a Anna con su chaqueta y la senté en la camioneta. No protestó cuando la llevé de vuelta a la casa de invitados ni cuando la ayudé a entrar, insistiendo en que pase la noche allí. Ha sido por su seguridad. Principalmente. Y también por mis deseos egoístas de dormir a su lado en mi cama esta noche.

Me espabilo a poner el generador en marcha y encender la chimenea, muy consciente de cómo tiembla Anna en el sofá. El generador funciona, sí, pero el tiempo que la casa ha pasado sin calefacción la ha dejado helada de narices. Las llamitas cobran vida y pronto crecen hasta convertirse en un fuego grande, cálido y brillante.

En un instante me pongo a su lado, la rodeo con los brazos y la aprieto contra mí, empapándome de ella. Nos giro un poco y, arrellanándome en el sofá, me la coloco sobre el regazo; Anna me rodea la cintura con las piernas.

La magnitud de mis sentimientos por ella es abrumadora, también la intensidad de mi afecto y el deseo de tenerla a mi lado. Ella es lo que nunca supe que necesitaba. La risa que llena mis momentos más sosegados y las notas finales de una melodía que siempre pensé que quedaría incompleta.

Joder. Es que ella es…

Lo es todo.

Hundo la cara en su cuello y curvo los labios sobre el pulso que siento a través de su piel. La felicidad me vibra por dentro. Esto… esto es lo que me ha faltado todos estos años. Lo que perseguía en Nashville y nunca lograba encontrar del todo.

No pienso dejar que se me escape. Haré todo lo que esté en mi mano para saborear esta felicidad el resto de mi vida.

—Estás sonriendo —susurra ella, apoyándome la mano en la nuca y acariciándome con suavidad.

—Me encanta que estés aquí.

—Y a mí también.

Me echo un poco hacia atrás, lo justo para que mi rostro quede a la altura de su mirada expectante, entrelazo nuestros dedos y los apoyo sobre mis muslos. Anna me observa con atención, como si quisiera leerme la mente. Ojalá supiera que lo único en lo que he pensado últimamente es en ella.

En sus ojos se refleja una suave sonrisa cuando pregunta:

—¿Por qué me miras así?

—Porque siento que tengo mucha suerte. Mi regalo de Navidad está sentado justo en mi regazo. Es el mejor que he tenido jamás. Y, si me dejas…, voy a pasarme muchísimo tiempo desenvolviéndote.

***

ANNALISE

El pulso me retumba en los oídos y se me seca la garganta como una esponja al sol. Muevo las caderas, un gesto casi inconsciente para aliviar el dolor que palpita entre mis piernas. Vaquero contra vaquero, me froto contra el bulto que tengo debajo, con los pulmones en llamas.

Acaricio con la palma de la mano el suave tejido de su vieja camiseta de hockey, cuyo logotipo está tan desgastado que ya ni se reconoce, antes de presionar más fuerte, con mayor firmeza,

deseando sentir el relieve que se esconde debajo. El calor de su piel me quema los dedos, pero no me basta.

—Puedes desenvolverme con una condición —murmuro, colando los dedos bajo su camiseta y trazando con el pulgar el sendero de vello que se pierde dentro de sus vaqueros.

—¿Y cuál es? —gruñe, tenso debajo de mí.

Me estremece saber que puedo encenderlo así, tenerlo tan desbordado de deseo como lo estoy yo.

Le subo la camiseta por el pecho y me quedo hipnotizada ante esos músculos desnudos, sus abdominales gruesos y marcados, tan definidos que se pueden contar uno a uno. Y eso es exactamente lo que hago, pasando las uñas por esos relieves como aquella primera vez en el baño del hotel. Él respira con fuerza por la nariz y me agarra de la cintura con muchísima fuerza.

—Que me dejes desenvolver mi regalo a mí primero —susurro, levantándole la camiseta todo lo que puedo antes de que se incline hacia delante y se la quite del todo por mí—. La virgen, menudos abdominales.

Brody suelta una risa entrecortada.

—Adelante, cielo. No te cortes.

Estoy demasiado centrada en tocarlo, hambrienta de verlo y sentirlo sin nada de por medio, como para tener registro de su súplica. La tinta negra sobre su pecho me toma por sorpresa: es una mezcla preciosa de dibujos que ha mantenido ocultos hasta ahora.

En su pectoral derecho, dos fechas descansan bajo una herradura dibujada con tanto detalle que casi parece que tenga relieve. Dentro de la herradura están las iniciales L. S., y el corazón me da un vuelco al saber a quién se refieren.

Con cautela, resigo el dibujo con la yema de los dedos antes de pasar al siguiente: un *Steele* tatuado con trazo grueso bajo el pectoral izquierdo. Es una declaración orgullosa. Una representación visible del amor que siente por su familia.

—Son preciosos —susurro, trazando las líneas de sus tatuajes—. Tú eres precioso.

Su mirada es embriagadora y tan rematadamente íntima que es como una caricia lenta sobre mi coño mojado; me provoca con el placer que está por venir.

—Desabróchame los vaqueros, Anna.

Se recuesta contra el sofá y me observa obedecer. Con los dedos temblorosos hago lo que me pide, pero voy un paso más allá. Me deslizo fuera de su regazo y me arrodillo entre sus piernas abiertas. Él curva los dedos, aferrándose al aire.

No tardo nada en librarlo del resto de la ropa. Cuando termino, lo miro con reverencia. Con una incredulidad absoluta. Parece un dios, un rey, sentado por encima de mí, con sus poderosos muslos separados y los bíceps tensos. Lo agarro por las rodillas antes de deslizar las manos por sus muslos, sobre la piel hinchada por las gruesas cicatrices que se esconden bajo el oscuro vello. Me inclino hacia delante y le agarro la polla dura con la mano, apretándola mientras se la acaricio hasta la punta.

—Joder, Anna —gime, tragando saliva con tanta fuerza que lo oigo.

Nunca me había gustado tanto estar de rodillas frente a un hombre. Nunca había disfrutado haciendo una mamada ni sintiendo el latido de una polla en la mano. Hasta ahora. Me froto los muslos,

aceptando que estoy empapadita; otro par de bragas manchadas por culpa de Brody.

Dejo la boca suspendida sobre la punta reluciente de su polla menos de un segundo antes de pasarle la lengua, gimiendo al saborear ese gusto ya familiar. Aumenta el pulso entre mis piernas; ya no hay roce que alivie el dolor.

Suelto un chillido cuando él se levanta de golpe del sofá y me toma entre sus brazos. Me lleva delante de la chimenea y me baja despacito, depositándome sobre la suave alfombra. Su cuerpo se acomoda sobre el mío y entonces me aplica la boca sobre la garganta, la mandíbula, los labios.

—Ahora me toca a mí saborearte enterita —dice, pasándome la lengua por el cuello.

Asiento, incapaz de hablar. Separo las piernas, invitándolo a colocarse entre ellas mientras se deshace de mi ropa sin perder un segundo, amontonándola en algún lugar que no alcanzo a ver.

—Mi mujer preciosa —me elogia, abarcando mis pechos con sus manos encallecidas—. Tan suave, tan cálida… Tan mía.

—Tuya —jadeo cuando me pellizca el pezón con suavidad.

Doy un grito cuando su boca toma el relevo y me succiona con fuerza.

Buscando desesperadamente algo a lo que aferrarme, le rodeo la cintura con los muslos y gimo:

—Más.

Con las manos me recorre los costados, deslizándose por la piel desnuda y erizada. Cuando me aparta las piernas y las apoya en el suelo, me resisto al impulso de taparme. Mis muslos húmedos, las estrías marcadas y mi sexo al aire… Todo a la disposición de su

mirada. Se le encienden los ojos mientras me contempla entera. Un sonido profundo y áspero le nace en la garganta y, acto seguido, desciende por mi cuerpo, hundiendo la cabeza entre mis muslos separados y soltando juramentos.

—Es el puto coño más bonito que he visto en mi vida. ¿Todo esto es para mí, cielo?

Me desliza un dedo por la raja, tan concentrado en la tarea que el fuego que arde en la chimenea podría devorar la casa entera y dudo muchísimo que se diera cuenta. Me muerdo el labio inferior cuando baja la cabeza y me da un mordisco en el interior del muslo antes de llevarme a su boca. Me succiona una sola vez la piel hinchada y luego vuelve a explorarme con el dedo.

Otra pasada lenta y, por fin, traza un círculo, lento y torturador, por el clítoris. Me sobresalto y arqueo la espalda, despegándola del suelo; los muslos se contraen y se aprietan contra sus orejas.

—También sabe a gloria —gime antes de sacar la lengua de nuevo, lamiéndome ahora sin piedad.

Y le creo. Creo de verdad que le gusta lo que está haciendo y eso me vuelve loca. Pierdo la cabeza y la cordura. Me arde la sangre. Estoy caliente, caliente, caliente.

—Nunca… —empiezo, pero la confesión se me atora en la garganta.

Me mete un dedo y, al sacarlo, gira la muñeca de una forma que le permite bajar la boca hasta mi clítoris. No puedo pensar, y mucho menos hablar, mientras mueve la lengua allí, con un ritmo rápido y seguro. Noto un espasmo en el vientre cuando me provoca con los dientes, sintiendo el contraste de su frescor contra mi piel sobrecalentada.

—¿Nunca qué, Anna? —La pregunta vibra directamente contra mi clítoris.

Cierro los ojos, alzando las caderas para perseguir su boca; quiero más, siempre más.

—Nunca me he corrido así. Por favor, deja que me corra, Brody. Por favor —gimoteo.

—Te vas a correr así. No pienso parar hasta que lo hagas, joder —gruñe.

Se convierte en un hombre con un solo propósito. Extiende unas manos posesivas sobre mis muslos y los separa todavía más, abriéndome del todo mientras me mete un segundo dedo y me succiona el clítoris con tanta fuerza que se le hunden las mejillas.

—¡Sí! —grito, hincándole las uñas en los hombros.

Me siento medio salvaje y tensa a más no poder. Aumenta la presión entre mis piernas; la promesa del placer está tan cerca que casi puedo saborearla. Me penetra con los dedos, rozando un punto inexplorado cada vez que los curva en el ángulo perfecto.

—Ahí, sí. Sigue tocándome ahí. Ay, Dios… —balbuceo medio ida.

—Eso es. Muy bien, cielo. Córrete para mí —gime, volviendo a estimularme el clítoris con un ritmo perfecto.

Me retuerzo sobre la alfombra, abriendo los ojos de par en par cuando por fin llego al clímax. El orgasmo me embiste como un camión y me lanza a través del tiempo y el espacio. Lleno la casa con mis gemidos y él me anima, me alienta, intensificando mi éxtasis con sus elogios.

Me lame hasta que vuelvo a notar que aterrizo en tierra, hipersensible pero con ganas de más. Con ganas de él. Mi sonrisa mientras lo veo besándome el vientre se lo dice todo.

—Te necesito dentro —le pido.

Me siento colocada como nunca antes en mi vida. Es como si flotara; la felicidad y el deseo se mezclan en una combinación tan poderosa que lo impregna todo.

El calor del fuego hace que le brille la piel. Empieza a subir por mi cuerpo, arrastrando la boca y la lengua por mis curvas, con la polla dura rozándome el muslo. Suspiro y me relajo bajo su peso.

—Me tendrás, nena, pero deja que me sacie primero —dice con voz áspera.

Enrosco los dedos en su pelo.

—¿No has tenido suficiente ya?

Levanta la mirada y clava en la mía esos ojos azul oscuro.

—Nunca tendré suficiente.

Se me escapa un gemido cuando hunde la cara en mi pelo, inspirándome hondo antes de volver a succionar mi punto de pulso. Me está marcando… y me encanta.

—¿Quieres que vaya a por un preservativo? Hace tiempo que no follo, pero tú mandas, cielo.

El primer roce de su polla contra mi sexo me arranca un gemido y me arqueo contra la presión. Mi respuesta es instantánea.

—No. Te quiero sin nada, a pelo. Por favor.

—No tienes que suplicar.

Asiento, mordiéndome la lengua cuando me separa con dos dedos y me pellizca el clítoris una última vez antes de encajar la polla en mi sexo. Exhalo pesadamente, temblando de los nervios.

—Hacía ya mucho tiempo… —suelto de golpe, aferrándome a sus hombros—. Stewart y yo no nos acostamos duran…

Me calla al instante con su boca sobre la mía, tragándose las palabras antes de que puedan salir. Por primera vez pruebo mi propio sabor en los labios de un hombre, y debo de estar un poco trastocada por dentro, porque no me desagrada. No sabiendo cómo ha acabado ahí.

A Stewart no le gustaba nada comerme el coño. Solo lo hacía si yo se lo pedía y, aun así, lo hacía deprisa, con desgana, y siempre acababa con un orgasmo exagerado y fingido. Dejé de pedírselo después de tantas quejas…, y poco después se acabó el sexo también.

Brody se separa y me castiga tirando suavemente de mi labio entre sus dientes antes de decir:

—No necesito volver a oír su nombre jamás. Y menos ahora, cuando estoy a punto de hacerte el amor. Ahora estás conmigo. Y voy a asegurarme siempre de que estés satisfecha y preparada. No voy a hacerte daño, cielo. Y me vas a acoger bien, ¿a que sí?

Asiento sin darme cuenta.

—Sí. No eres él.

Vacila su expresión.

—Él es el pasado. Solo la razón por la que te encontré. Nada más.

—Tú eres mi futuro, Brody —susurro, deslizando la mano entre nuestros cuerpos para sujetarle la polla y guiarla dentro de mí.

La sensación es intensa. Con cada centímetro me abre poquito a poco, pero él es paciente, cuidadoso. Exhalo despacio, clavándole las uñas en los hombros mientras nos miramos a los ojos.

—Un poco más —dice entre dientes.

Le rozo el puente de la nariz con la punta de la mía y empiezo a relajarme cuando llega hasta el fondo y me llena por completo. Se

apoya sobre las manos mientras se retira y vuelve a entrar, esta vez con un ritmo ligeramente más rápido. La incomodidad inicial se transforma en un placer profundo a medida que mi cuerpo se acostumbra a su grosor.

Estoy a punto de perder el control cuando toma mi clítoris entre los dedos y acelera, embistiendo con más fuerza. Llega a un punto tan hondo dentro de mí que la promesa de otro orgasmo, tan pronto después del primero, me sofoca. Es una experiencia que solo compartiré con Brody.

Entreabro los labios y las palabras salen con una claridad y una seguridad que me obligan a apartar la mirada antes de estropear el momento con lágrimas.

—Te quiero, Brody. Te quiero de una forma que no sé explicar.

El corazón me golpetea con fuerza dentro del pecho, clamando por el hombre que tengo encima. Lo quiere solo para él.

Me sujeta la barbilla entre los dedos y me obligo a abrir los ojos. Sus embestidas son tan fuertes ahora que todo mi pecho se sacude con cada una, rebotando de una forma obscena.

Me rodea el cuello con los dedos, firmes, mientras me besa con fiereza, dejándome los labios hinchados.

—No hace falta que me lo expliques. Lo sé. Joder, sé exactamente cómo te sientes porque yo te quiero igual. Eres todo. Absolutamente todo.

—Brody —susurro, recorriendo su rostro con las manos mientras la euforia me sacude hasta los huesos.

El siguiente movimiento de sus caderas lo empuja justo contra el punto que ha encontrado antes y vuelvo a elevarme y a flotar de nuevo mientras el mundo estalla, primero en blanco y luego en una

explosión de colores. Me aferro a él, apretándolo contra mi pecho. Brody se apoya en un codo y embiste con fuerza, enterrando el rostro en mi cuello y apoyando la mano en el suelo mientras se mueve con frenesí.

—Joder… Joder, Anna —gime cuando se corre en lo más profundo de mí.

Estoy dolorida e inflamada cuando se retira, sin atreverse a apartarse de mí del todo. Le acaricio la cabeza, suspirando felizmente mientras pasan los minutos. Se me cierran los ojos, el calor de la chimenea me hace sentir maravillosamente arropada bajo su cuerpo.

Su aliento me hace cosquillas en la oreja y yo sonrío, dejando que me arrulle hasta quedarme dormida.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

# Brody

Cuando me despierto, siento unos ojos sobre mí y unas uñas haciéndome cosquillas en el vientre.

También estoy muy cachondo. Cachondo y dolorido. La luz me da en los párpados y me hace fruncir el ceño. ¿Cuánto tiempo he dormido? No recuerdo la última vez que me desperté y no estaba oscuro. O que sentí un peso sobre el brazo y el pecho.

Me humedezco los labios secos e intento estirar el brazo antes de darme cuenta de que está atrapado bajo un cuerpo cálido. Su pelo me hace cosquillas en el bíceps y el pecho y un suave suspiro me acaricia el pezón. Apoyo la mano abierta sobre la suave curva de su cadera y le doy un apretón.

—Hacía mucho que no me despertaba así —digo con voz ronca y somnolienta.

Anna rueda sobre mi pecho y apoya la barbilla en su mano. Los ojos marrones le pesan por el sueño, pero también están vivos de felicidad. Espero que pueda leerme tan bien como yo a ella.

—Hacía mucho tiempo que no me despertaba tan feliz —responde.

El aliento mañanero me importa una mierda cuando la acerco a mí para darle un beso largo.

—Feliz Navidad, Banana.

Ella suelta una risita y es un sonido maravilloso.

—Feliz Navidad, Bo.

—¿Tienes hambre?

Esboza una sonrisa picarona.

—¿Hambre de qué, exactamente?

Me recorre un escalofrío cuando me araña suavemente el estómago con las uñas. Me acaricia la hendidura de la cadera hasta que su mano desaparece bajo la fina sábana que cubre mi cintura y me rodea la polla. Echo la cabeza hacia atrás e inspiro bruscamente. La tengo dura como una piedra y me palpita con desespero.

—¿Estás dolorida? —pregunto con un suspiro tenso.

—No lo suficiente.

Casi me corro en el mismo momento en que, de repente, se sube a mi regazo y coloca su coño desnudo sobre toda la dureza de mi miembro. Ya está mojada cuando empieza a moverse y a frotarse contra mí, lubricándome.

—¿Me vas a montar, preciosa?

Se le escapa un gemido entre los labios y asiente con la cabeza. Clavamos la mirada el uno en el otro, con muchas emociones flotando entre nosotros. Amor, pasión, anhelo. Joder, la necesito tanto que tengo la cabeza embotada.

—Hazlo, entonces. Toma esta polla como una niña buena —ordeno con la voz ronca.

Se le dilatan las pupilas y el negro invade al marrón cuando desliza una mano entre nosotros, me toma profundamente y se hunde poco a poco hasta que me entierra por completo.

Euforia. Nirvana. Cualquier término que sea adecuado para describir la sensación de conectar de esta manera con la mujer a la que quiero. Tan por completo. Los cuerpos se mueven al mismo ritmo y nuestras respiraciones se vuelven entrecortadas y fuertes. Nunca imaginé que podía ser así. No volveré atrás. Nunca.

Anna me cabalga con fuerza mientras busca su propio placer con cada movimiento de cadera. Le coloco las manos en la cintura y memorizo la sensación de tenerla bajo las manos antes de darle una palmada en el culo y empujar con la cadera hacia el calor de su interior. Ella se inclina sobre mi pecho y yo la follo con fuerza, haciendo que el choque de nuestra piel resuene por toda la casa. Sus gemidos pasan a ser gritos en mi oído y me clava con fuerza las uñas en el pecho. Eso hace que se me ponga aún más dura en su interior.

—Tócate. Quiero que te corras conmigo dentro —digo con un gemido, mientras le agarro el culo con las manos y le separo las nalgas.

—Tócame tú. Haz que me corra, Brody.

La petición me obliga a luchar contra mi propio orgasmo y ralentizar mis empujones hasta que logro controlarme.

—Joder, qué sexy eres, Anna. Yo me encargo.

Siento su clítoris hinchado y cálido cuando lo acaricio con los dedos y lo rodeo con la presión suficiente para hacer que le tiemblen los muslos a mi alrededor. Se apoya sobre mi pecho, de tal forma que sus pezones quedan tan cerca de mi boca que no puedo evitar inclinarme y chuparle uno con fuerza. Lo rodeo con la lengua antes de pasar al otro y pellizcar el que he dejado atrás, húmedo e hinchado a más no poder.

Anna echa la cabeza hacia atrás y arquea el pecho hacia mí cuando se corre. Siento que su coño se tensa con fuerza y palpita alrededor de mi polla mientras me precipito al orgasmo con ella y me corro en su interior por segunda vez.

Le suelto el pezón cuando empieza a caer de nuevo hacia delante, mientras las paredes internas de su cuerpo siguen palpitando a consecuencia del orgasmo que acaba de tener. Le aparto el pelo de la cara, le cubro la frente de besos y respiro hondo. Mi olor se aferra a su piel, mezclado con el aroma a sexo que flota en el aire.

Con la mejilla apoyada en mi pecho, dice:

—Las chicas se van a morir cuando les cuente esto.

Suelto una fuerte carcajada y le doy un beso en la nariz. Todo el mundo ha empezado a enterarse de nuestra relación, pero estoy seguro de que las opiniones de Bryce y Poppy son las únicas que le importan. Me encanta eso de ella. Es muy fácil caer en la trampa de que te importe lo que la gente piense de ti; dejarse llevar y permitir que cambie la opinión que tienes de ti mismo y de los que te rodean. He tardado años en aceptarlo.

Ahora me dan completamente igual las redes sociales y, no sé cómo, pero he encontrado a una mujer a la que tampoco le importan. Es imposible aislarse del mundo cuando estás en una posición como la mía, pero sí que lo hace un poco más sencillo de sobrellevar.

Sin embargo, me sigue preocupando que mi carrera pueda ser demasiado para ella. No es fácil vivir con ello la mayoría del tiempo, y no será fácil para nosotros. Mi viaje de vuelta a Nashville se acerca y, aunque tengo un plan, soy muy consciente de que podría fallar. Allí tengo una casa, una vida separada de la que tengo en Cherry

Peak. Amigos, apariciones programadas, largos días y noches en el estudio grabando mi próximo disco. Ha sido agradable rehuir esas responsabilidades mientras estaba en casa, pero siempre he sabido que no duraría para siempre.

No esperaba conocer a Annalise. Lo ha puesto todo patas arriba, pero no cambiaría nada.

La estrecho entre mis brazos y la abrazo con fuerza, deseando poder quedarnos aquí para siempre.

—¿Qué te parece si nos duchamos y preparo el desayuno antes de irnos y ver cómo está Banana?

—Me parece bien. Ya puestos, te voy a cortar el pelo.

Y así fue. Así empezaron las mejores navidades de mi vida.

***

Una semana después, me sacudo la lluvia de la chaqueta mientras entro en el edificio de Swift Edge Records. Todavía con el subidón de pasar las navidades con Anna, sonrío a la recepcionista cuando me hace señas con la mano para que pase.

La oficina de Nashville es una de las cinco que tiene el sello discográfico en Estados Unidos, más otras dos en Canadá. La oficina principal está en Toronto y tienen otra en construcción en Calgary. El edificio de Nashville es solo el segundo en el que he estado. La oficina de Los Ángeles es más grande y bastante más elegante. Solo he estado una vez y no me importaría no tener que volver nunca. Las lámparas de cristal excesivamente grandes y el suelo de mármol negro me provocan urticaria.

Prefiero venir aquí. Sigue siendo un gran espacio, pero es mucho más tranquilo. Suaves suelos de madera y paredes marrones con

detalles negros repartidos por toda la superficie. El vigilante de seguridad me saluda cuando entro al ascensor y pulso el botón de la vigésima planta, donde se encuentra la sala de juntas. Solo hay un piso superior al que me dirijo y pertenece a Garrison Beckett, el director de la compañía, un capullo medio ermitaño.

Si pudiera, me saltaría la reunión e iría directo al estudio para hablar con su padre, Reggie Beckett, en privado, sin las miradas juiciosas de todos los ejecutivos en nómina de la discográfica.

Las puertas del ascensor se cierran y saco rápidamente el teléfono. El mensaje que me espera hace que todos mis nervios se desvanezcan y sean reemplazados por un dolor que he sentido desde el momento en el que me subí al avión para venir aquí. Anna cambió el nombre de su contacto la mañana de Navidad porque dijo que ahora había otra Banana, así que necesitaba algo que fuese solo para ella.

Corazón
¡Buena suerte! Ya te echamos de menos.

La fotografía adjunta me hace sonreír como un idiota. Estoy tan enamorado de esta mujer que he empezado a considerar una maldita vaca como mascota. Anna sostiene el teléfono levantado y enfoca la cámara hacia ella y Banana mientras juegan en el campo nevado. Le ha recogido el pelo esponjoso en dos coletas en lo alto de la cabeza con dos lazos amarillos en la parte inferior, a juego con el que lleva ella en su propio pelo.

Guardo inmediatamente la imagen y me la pongo como fondo de pantalla bloqueada antes de responder al mensaje.

> Nunca pensé que sería el padre de una vaca, pero estoy muy orgulloso. Las dos sois adorables. Os echo de menos.

Las puertas del ascensor se abren y me guardo el móvil en el bolsillo antes de recorrer el largo pasillo enmoquetado hasta la sala de juntas. Llego puntual, pero todo el mundo está dentro esperando cuando entro, y me miran de una forma que me hace pensar que debería haber estado aquí una hora antes.

—Hola —digo, mientras me siento en la única silla vacía.

Me trago la molestia por su ubicación. La mirada que Garrison me echa de reojo casi me hace saltar.

Reggie es el único al que me dirijo directamente, y su sonrisa es una muestra de bienvenida en esa sala llena de pirañas sedientas de sangre.

—Me alegro de que hayas vuelto, Brody —dice con un tono de voz sincero y honesto.

Asiento con la cabeza, sin saber qué responder que no sea una evidente mentira. Yo no me alegro de haber vuelto, la verdad. Más bien lo contrario. Pero Reggie no se merece escucharme decir eso.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta Garrison, atrayendo mi atención.

Lo miro de arriba abajo, desde el pelo perfectamente peinado y engominado hasta la mandíbula sin vello y el traje caro que se ajusta a su delgado cuerpo. El reloj que lleva en la muñeca brilla bajo las luces de la sala de juntas: irradia riqueza y me parece tan repulsivo como impresionante.

No se parece en nada a su padre. Reggie viste con colores brillantes y lleva el pelo entrecano desaliñado sobre la cara. Él es artístico, mientras que su hijo es anodino; es un espíritu libre, mientras que su hijo tiene un palo tan metido por el culo que seguro que nota el sabor a madera cada vez que traga saliva.

Al parecer, según me han contado, siguen sin llevarse bien tampoco. Aunque no es que me sorprenda lo más mínimo.

—Me encuentro mejor. Me siento bien —respondo.

Asiente con la cabeza mientras observa la pantalla del portátil que tiene delante. Tiene el brillo lo bastante alto como para que pueda distinguir lo que está escrito en ella. Se me revuelve el estómago.

—Obviamente, tenemos que ponernos al día de muchas cosas. El primer punto en la orden del día es el visto bueno que nos dio tu médico la semana pasada. Nos hemos adelantado y hemos programado las grabaciones aquí en Nashville. Puedes hablar con Reggie después, para que te envíe la programación —dice Garrison mientras va bajando por la lista del portátil.

Una mujer tímida, con el pelo de color rojo intenso y el rostro cubierto de pecas, está sentada al otro lado de la mesa y asiente con la cabeza al mismo tiempo que él, con los ojos abiertos de par en par y una expresión de «Me aterra meter la pata». Está claro, por la gran pila de papeles desordenados que tiene delante, que es nueva. Si está trabajando directamente para Garrison, siento una

lástima enorme por ella. La sonrisa pesarosa que le dirijo dice exactamente eso. Ella me responde con otra antes de apartar la mirada.

—Yo también agradecería reunirme contigo, Brody. Tenemos que repasar algunas cosas relacionadas con los titulares más recientes y con cómo queremos proceder con nuestra respuesta. —Esto lo dice la encargada de relaciones públicas, una mujer de mediana edad llamada Janice, con una asombrosa falta de compasión por el mundo entero.

Me entran los siete males, y Garrison me dirige una mirada penetrante antes de hablar.

—Sí, Annalise Heights. Estoy seguro de que has visto el interés de los medios de comunicación. Janice ha estado evitando llamadas de varios de ellos que pedían una exclusiva. Supongo que querrás opinar sobre lo que vamos a comentar.

—Sí, obvio. Y os agradecería que dejáramos las cosas como están —digo con un tono de voz tan cortante como el suyo.

—Eso es imposible, Brody —interrumpe Janice mientras da golpecitos en la mesa de cristal con las uñas—. Son como perros con un hueso. Sobre todo, después de los últimos cotilleos.

Aprieto la mandíbula.

—Entonces, dadles un poco de pienso. Lo suficiente para mantenerlos callados. No quiero que Anna sea el foco de atención.

—Ya es el foco de atención —señala Garrison, petulante.

Rita se une a la conversación desde su lugar junto a la pelirroja al otro lado de la mesa.

—Como mínimo tenemos que mandarle un acuerdo de confidencialidad.

—No tiene que firmar ningún acuerdo de confidencialidad —digo

Garrison suelta un suspiro dramático.

—Tiene que firmarlo y lo hará. No te pongas susceptible con esto, Brody. No voy a ceder en esto. Haz que firme un contrato de confidencialidad y Janice trabajará en un comunicado público que compartiremos en tus redes sociales.

—¿Un comunicado que diga qué? No quiero que se dé ninguna información confidencial sobre ella. Es mi novia, y nada más. Nada personal. —Me mantengo firme, porque el bienestar de Anna es mi máxima prioridad.

La sala se queda en silencio mientras Garrison reflexiona sobre mis palabras antes de decir finalmente:

—De acuerdo. Una declaración cuidadosamente redactada que confirme una relación, entonces. Y un acuerdo de confidencialidad firmado y enviado por fax a Janice para finales de esta semana. —Vuelve a bajar por la pantalla—. Pasemos a la gira. Ya hemos empezado a planear unas cuantas fechas y paradas…

Lo interrumpo cuando empiezo a sentir una presión en el estómago.

—¿Qué gira?

—Cuando el disco esté terminado, tienes que salir de gira. Aunque te marchaste pronto, tocaste en bastantes fechas para Killian y los números de tu última canción son increíbles.

—Una gran parte de los mensajes que recibes en redes sociales son preguntas relacionadas con una próxima gira. Tus seguidores están comprometidos e increíblemente emocionados por la oportunidad de verte actuar en directo —dice Janice.

Reboto la pierna bajo la mesa.

—¿Cuándo? ¿Pronto?

—Si puedes terminar el disco en un mes, sacaremos las entradas a la venta en tres para comenzar la gira en verano —dice Garrison.

Reggie me está mirando, muy preocupado. No por mi voz —un mes es un camino más lento de lo que me esperaba, teniendo en cuenta cómo acabé con esa lesión en la voz para empezar—, sino porque me siento atrapado y seguramente se me ve en la cara.

Estas reuniones siempre son demasiado intensas. Son muchas las voces que hablan por ti en lugar de contigo, y las expectativas se establecen sin pensar en si puedes cumplirlas de verdad… o si te consumirás en el intento.

Ya eran lo bastante malas antes de conocer a Anna y, ahora que me he enamorado de ella, la presión se ha duplicado. ¿Cómo se va a tomar la noticia de que me iré varios meses de gira? Un mes es mucho tiempo para estar aquí grabando el disco mientras ella está en Cherry Peak. ¿Querrá venir de visita? ¿Acompañarme en la carretera, tal vez?

¿Acaso sigo queriendo hacer alguna de esas cosas? Joder, no sé si quiero salir de gira. He sido muy feliz en casa. ¿Podré ser feliz aquí, ahora? La música es uno de mis grandes amores, una pasión que tengo desde que era un niño pequeño que escuchaba country del antiguo en los establos con mi madre, pero ¿merece la pena lo que tengo que arriesgarme a perder para mantenerla?

Más tarde me fustigaré por no haber dejado de posponer cada día esta conversación con Anna hasta que me quedé sin tiempo antes de subirme al avión para venir hasta aquí. Tenemos que hablar de esto pronto. No seré capaz de concentrarme en nada más hasta que sepa si está preparada para todo esto.

Carraspeo y espero hasta tener la atención de todas las personas de la mesa antes de hablar.

—Necesito un tiempo para pensar en esto. No hace ni veinticuatro horas que he vuelto. Esto es demasiado para asimilarlo todo de golpe.

—Ya vamos mal de tiempo, Brody. No hay margen para dudar —debate Garrison.

—Solo necesito unos días.

—Unos días son más de los que tenemos. No tienes mujer ni hijos. Debería serte fácil decir que sí. ¿Ya no te tomas todo esto en serio? —Garrison exige respuestas que no tengo, y me siento como un idiota por ello.

—Podemos darle unos días. Tómatelos, Brody —dice Reggie en voz alta, y le lanza una mirada a Garrison que solo un padre puede lanzarle a un hijo.

Este último aprieta el puño sobre la mesa, pero no discute.

Asiento con la cabeza hacia Reggie; es un gesto cargado de una gratitud que no me atrevería a expresar verbalmente en esta sala. Me responde con el mismo gesto y la reunión llega a un punto muerto.

—Retomaremos esta reunión dentro de tres días. Podéis marcharos todos —dice Garrison con los dientes apretados, antes de que me levante de la silla y salga corriendo de la sala.

Tengo el móvil en la mano antes de llegar al ascensor, desesperado por escuchar la voz de mi mujer.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

# Annalise

Cuando me levanto del suelo, noto que me arden el interior de los muslos y los bíceps. Separo las piernas y las doblo por las rodillas mientras giro alrededor de la barra, apretando los dientes para no explotar en una sarta de maldiciones. Estoy más fuerte de lo que estaba cuando asistí a mi primera clase de *pole dance*, y también me siento más segura, pero no me resulta más fácil en absoluto. Sigo yendo muy por detrás de las demás chicas de la clase.

Me suelto un segundo después, demasiado agotada para seguir. Las marcas del roce que tengo en la parte interior del muslo me molestan cuando agarro la botella de agua de la pared del fondo y le doy un gran sorbo.

He dormido fatal estos últimos días y no voy a intentar fingir que no sé el motivo. Es una actitud de dependencia de nivel cuatro, pero echo tanto de menos a Brody que me quedo despierta por la noche dándole vueltas a cuándo volverá a casa, si es que vuelve. El sentido común me dice que no hay razón para que no vaya a volver, pero mi miedo tiene mente propia.

Necesitaba la clase de hoy, aunque no estoy tan presente como de costumbre. Poppy y Bryce esperan ansiosas que las ponga al día sobre las navidades y creo que he pospuesto complacerlas todo lo

posible. Además, quiero hablar a gritos con alguien sobre el tema. Sobre su familia, y Banana y, joder, el sexo. Este último se merece que le dedique un buen rato.

Me sonrojo mientras dejo la botella e intento concentrarme en las instrucciones de Poppy para el resto de la clase. Fracaso miserablemente en el siguiente ejercicio, pero por lo menos lo intento. Cuando todo el mundo se está marchando y Bryce se está poniendo una sudadera, yo juego con los pulgares, ansiosa.

—Me quema el culo —se queja con un gruñido.

Poppy empieza a limpiar las barras con un pulverizador de desinfectante y un trapo.

—Pero es un buen culo.

—Lo sé. Para presumir hay que sufrir, dicen —responde Bryce.

Sonrío de inmediato y me invade una fuerte sensación de comodidad. Estas dos son las mejores amigas que podría haber pedido.

—Tú también estás mejorando, Anna —me felicita Poppy.

—¿Mejorando? Más bien ya no me caigo de culo cada vez que intento levantarme por la barra.

Me hace un gesto con el trapo.

—El progreso es progreso. No me digas que no has notado los cambios en tu cuerpo, porque yo sí.

—Es más que un simple cambio en la tonificación muscular, Pop —bromea Bryce.

Frunzo los labios.

—No sé de qué estás hablando.

—¿No? ¿No tienes nada que decir sobre el brillo de tus mejillas o, no sé, tu forma de andar? —grita Poppy, y deja caer los productos

de limpieza antes de correr hacia mí. Me agarra de los hombros y me sacude suavemente—. Llevo demasiado tiempo esperando este momento. ¡Estoy demasiado emocionada incluso para echarte la bronca por no haberme llamado en cuanto terminaste de montar a ese cowboy! Sinceramente, Anna, nos has hecho esperar una semana y eso es una crueldad.

No puedo evitar reírme, con una mueca tan osada que roza la provocación.

—Quería contároslo a las dos en persona y, en mi defensa, Bryce tenía que ir a visitar a su diabólica familia por Navidad.

—Créeme, hubiese preferido estar aquí más que en Montreal. Pero ahora estamos las dos aquí, así que desembucha —exige Bryce.

Y así lo hago. Les cuento todo sobre la cena de Navidad con los abuelos de Brody y cómo me acogieron como si estuviera en mi segunda casa. Sobre Banana y su nuevo hogar, y todo lo que hizo Brody para hacerme sentir tan jodidamente especial. Me entra calor y empiezo a sudar cuando llego a la víspera de Navidad y hablo con entusiasmo sobre el mejor sexo que he tenido en mi vida. Los «te quiero» y la frenética segunda ronda la mañana de Navidad. Ambas están a punto de explotar cuando termino. Bryce es la primera en hablar.

—Estoy muy celosa, Anna. No me esperaba todo eso.

—Yo sí que esperaba lo del sexo. Ese hombre camina como si fuese consciente de que está ocultando una tercera pierna, y que sabe exactamente cómo usarla. ¿Pero todo lo demás? Te ha regalado una puta vaca —dice Poppy con un hilo de voz y la mano sobre el corazón.

—Me ha regalado una minivaca peludita, tal y como yo quería. —Tengo una sonrisa embelesada en el rostro, una representación visible del sentimiento que me invade.

Estoy en una nube de amor por Brody. Soy un cliché con patas y puede que sea mi nuevo rasgo de personalidad favorito.

—Y más que eso, está claro que quiere que tengas una excusa para ir al rancho a menudo, aunque no esté él. Es una invitación como la copa de un pino —señala Bryce.

Mis amigas tienen algo que hace que pueda abrirme por completo y me permito expresar mis pensamientos más profundos, segura de que no me juzgarán por ellos.

—Yo también lo había pensado, pero me preocupaba estar dándole demasiadas vueltas.

Poppy niega con la cabeza de inmediato.

—En absoluto. Si no quisiera que estuvieras cerca de su familia todo el tiempo, no te habría regalado una mascota que te obliga a ir a su finca para pasar tiempo con ella.

Sé que tiene razón. Eliza también lo dejó claro en varias ocasiones los dos días que pasé allí. Sin embargo, escucharlo desde una perspectiva externa hace que se disipe esa última pizca de duda.

—Gracias —digo, mirándolas a las dos.

Bryce aparta a Poppy con el hombro y me envuelve en un cálido abrazo.

—Puedes agradecérnoslo presentándonos a ese bebé peludo muy pronto.

—¿Qué os parece mañana? —propongo.

Poppy consigue volver a acercarse a mí y nos rodea con los brazos a Bryce y a mí. Suspiro y me dejo llevar por este momento. Hace

seis meses, solo podría haber soñado con algo así y ahora… ahora es mi vida.

—¿Nos vemos después del trabajo? Te paso a recoger, ¿verdad? —pregunta Poppy cuando nos separamos.

—Sí, por favor. Necesito superar este estúpido miedo y empezar a conducir. Soy demasiado mayor para ser tan codependiente.

—No se diferencia tanto de tener miedo a los aviones y negarse a volar. Solo hace que la vida sea un poco más complicada —dice Bryce.

—Complicada y molesta —murmuro.

Poppy coge los productos de limpieza que había abandonado y termina de limpiar las dos barras que quedan mientras yo me pongo los pantalones de chándal encima de los pantalones cortos de licra.

—A Brody no parece importarle llevarte en coche a los sitios. De hecho, creo que le gusta hacerlo.

—Da igual si le gusta porque no está aquí —señalo de una forma mucho más brusca de lo que pretendía—. Lo siento, eso ha sido…

Poppy pasa por alto mi tono.

—Ha sido sincero. No te preocupes. Sé que lo echas de menos.

Como no quiero seguir hablando de lo mucho que echo de menos a Brody, intento desviar la conversación a otro tema.

—¿Necesitas ayuda con algo más antes de que nos marchemos?

—No, hoy no. Volveré mañana y lo terminaré entonces. Todavía estoy recuperando la energía después de Navidad y la clase de hoy ha sido demasiado, incluso para mí —gime Poppy. Guarda los productos de limpieza en el armario y empieza a recorrer el estudio, apagando luces y bajando persianas.

Bryce recoge sus cosas del suelo mientras yo me pongo la chaqueta. Ahora huele a mí; hace tiempo que la colonia de Brody se ha desvanecido. El aire es cortante cuando salimos y las botas crujen sobre la nieve que salpica la acera. La han despejado hace poco, pero lleva días nevando, desde que se desató la tormenta. Por suerte, solo se tardaron un par de días en limpiar las carreteras, a pesar de las ligeras aunque continuas nevadas.

—Avísame sobre lo de mañana. Iré con Poppy a tu casa —dice Bryce cuando nos quedamos las tres fuera del Beautifully Bold.

Arranca el coche con el mando que tiene en la mano y Poppy hace lo mismo.

Asiento con la cabeza.

—Lo haré. Ten cuidado de camino a casa.

Poppy y yo nos damos la vuelta y nos dirigimos en dirección opuesta hacia su pequeño coche rojo. Los faros se reflejan en las ventanas del estudio e iluminan la oscura calle, y gracias a Dios… Si no hubiese sido así, no habría visto al hombre alto que corría hacia nosotras, con un sombrero de cowboy negro en la cabeza y una mano enguantada sostenida ligeramente por delante de su cuerpo.

Doy un brinco y miro a Poppy con los ojos abiertos de par en par. Ella también ve al hombre y gira inmediatamente sobre los talones para intimidarlo con la mirada. Frunzo el ceño cuando se acerca, porque no me suena de nada.

—¿Annalise Heights? —pregunta rápidamente cuando llega a la acera, deteniéndose a meros metros de nosotras.

Poppy se pone las manos en las caderas y, a pesar de los centímetros que él le saca, intenta mirarlo por encima del hombro.

—¿Quién pregunta?

—Spencer Sharp, del *Country Capital*. ¿Te importaría dedicarme un minuto y concederme una exclusiva?

Me quedo petrificada y la ansiedad hace que me arda la piel.

—¿Una exclusiva sobre qué?

Él levanta la mano y me doy cuenta del dispositivo rectangular que lleva en ella. Es una grabadora. Siento una presión en el pecho.

—Si pudieses hablarme un poco sobre tu relación con Brody Steele, o confirmarme que realmente estáis juntos, sería maravilloso. Llevo semanas intentando ponerme en contacto con su equipo, pero no he recibido respuesta —explica—. ¿Ha recibido permiso de los médicos para volver? ¿Va a terminar la gira con Killian?

El interés que refleja su mirada hace que me dé un vuelco el estómago. Es un periodista entrometido que está muy lejos de casa, a juzgar por el fuerte acento de su voz. Su sonrisa no es agradable. Es codiciosa.

—Puedes irte a la mierda, Spencer Sharp, del *Country Capital* —espeta Poppy mientras se coloca delante de mí—. Vuelve a casa antes de que te echen del pueblo a patadas.

No hace caso a su advertencia; en su lugar, sigue insistiendo.

—Solo necesito una pequeña declaración. Un sí o un no.

—Lo único que vas a conseguir es que te dé una patada en el culo si no desapareces. Anna no tiene nada que decirte.

Le pongo una mano en el hombro y la aparto a un lado.

—Tiene razón. Por favor, márchate. No vas a conseguir nada de mí.

Él me mira con los ojos ligeramente entrecerrados y doy un paso atrás mientras tiro del hombro de Poppy para que haga lo mismo.

—Es imposible esconderse del público, Annalise. Brody y su equipo lo saben demasiado bien como para estar jugando así con los medios. Díselo a él, ¿de acuerdo?

Me pongo tensa, con la espalda tan recta como una barra de acero.

—Estoy segura de que puedes decírselo tú mismo. Ahora, si nos disculpas, nos marchamos ya.

Poppy le muestra los dientes como un perro rabioso antes de dirigirnos a su coche, subirnos rápidamente y echar el seguro de las puertas. Spencer Sharp continúa observándonos a través del parabrisas y tengo que empujarle la mano a Poppy cuando intenta hacerle una peineta.

—Ya han venido antes periodistas a Cherry Peak, pero hacía varios años que no lo hacían. Durante un tiempo fue una locura, cuando Brody sacó sus primeros temas y el mundo quiso saber más de su vida en su lugar de origen. Sin embargo, el entusiasmo por el pueblo pequeño se desvaneció. A la gente no le hará ninguna gracia tener a ese tipo por aquí. Lo echarán pronto, no te preocupes —divaga mientras nos alejamos del estudio y bajamos por la calle principal.

Meto las manos entre los muslos e intento combatir con la conmoción que me invade el tiempo suficiente para dar con una respuesta. Poppy habla por mí.

—Tienes que llamar a Brody. Cuéntale lo que ha pasado.

—Está ocupado —murmuro, pero hasta yo me doy cuenta de que eso no es una excusa.

Es un motivo para no contárselo y evitar que entre en pánico. En cuanto oiga lo que ha ocurrido, volverá a casa, y es demasiado pronto para ello.

Si estuviese preparado para volver, ya estaría aquí. Todavía tiene que solucionar algunas cosas en Nashville.

Poppy mira fijamente el espejo retrovisor antes de decir:

—O lo llamas tú o lo haré yo.

—Ninguna de las dos va a llamarlo. Ya soy mayorcita, Poppy.

—No estoy diciendo que no lo seas, pero ahora mismo ese imbécil nos está siguiendo en su lujoso coche de alquiler y no voy a llevarlo directamente a tu casa, vamos, ni de coña. Así que llama a tu hombre y pregúntale qué quiere que haga.

Me giro en el asiento y me quedo boquiabierta al ver los faros que iluminan el asiento trasero. Me tiemblan los dedos mientras saco el móvil y marco su número. Responde al tercer tono; parece tan contento de hablar conmigo que casi finjo perder la cobertura para no tener que contarle lo que está pasando.

—Hola, cielo. ¿Qué tal la clase?

Trago saliva con fuerza.

—Bien. Aunque me duele todo.

—¿Necesitas un masaje? —La sonrisa pícara se le nota en la voz.

Se me escapa una risa de la garganta antes de evaporarse en la nada.

—¿Puedes hablar ahora? ¿Estás ocupado?

—¿Qué ocurre? —pregunta con rigidez; alerta de repente.

Los faros que tenemos detrás siguen reflejándose en el espejo retrovisor y hago una mueca.

—Hay un tipo en el pueblo. Dice que es del *Country Capital*. Me ha preguntado por ti.

—¿Cuándo? ¿Dónde?

—Hace unos minutos, fuera del BB.

—¡Eso no es todo! —grita Poppy.

La fulmino con la mirada.

—¿Qué está pasando?

Odio esto. Con toda mi alma.

—Parece que no le ha gustado que le negase una declaración. Nos está siguiendo.

Se oye un golpe de fondo en la llamada, tan fuerte que lo oigo por encima de la fuerte maldición que suelta Brody.

—No vayas a tu casa. Ni a la de Poppy.

Le transmito la información a Poppy y ella pregunta:

—¿Adónde voy entonces?

—Al rancho. Avisaré a mis abuelos de que vais de camino. Spencer no entrará en la propiedad. Poppy puede quedarse contigo. Más vale que no sepa dónde vivís.

—No voy a llevarlo al rancho y convertir esto en un problema de tu familia, Brody. Dame una ruta alternativa.

—Tú eres parte de la familia. Y ese cabrón no se atreverá a poner un pie en nuestro terreno sin permiso. Mañana vuelvo a casa.

Mi siguiente respiración es profunda y cansada.

—No vengas a casa por esto. Todavía no has terminado allí.

—Voy a ir a casa. No me parece bien que te acosen los medios de comunicación por mi culpa. No puedo quedarme de brazos cruzados y permitir que esto te arruine la vida. No discutas conmigo al respecto. Voy a ir y ya —dice, y sé que he perdido la batalla.

No soy tan terca como para seguir discutiendo con él sobre esto, sobre todo cuando la parte irritante de mí quiere golpearse el pecho con orgullo al saber que quiere volver a casa antes de tiempo.

—Entonces, avísalos, por favor, Brody. Quiero estar segura de que les parece bien que vaya antes de presentarme allí.

—Los llamaré ahora mismo y luego volveré a llamarte. —Entonces hace una pausa y oigo una fuerte respiración temblorosa—. Lo siento mucho, nena. No pensé que se presentarían allí. Tendría que habérmelo imaginado.

—No. Esto no es culpa tuya y no te culpo por ello. Sácate esa idea de la cabeza.

Poppy vuelve a dar la vuelta a la misma manzana para evitar llevar al periodista a ningún lugar cercano a donde vivimos ninguna de las dos.

—Sí, vale. Voy a llamarlos. Dile a Poppy que se dirija hacia el rancho; te volveré a llamar en un minuto.

—Te quiero, Brody —digo seriamente, y me aseguro de que lo escucha antes de terminar la llamada.

—Te quiero. Ahora te llamo.

Cuando cuelga, me paso una mano por el pelo y murmuro:

—Quiere que vaya al rancho. Puedes quedarte tú también, si quieres.

Poppy asiente con la cabeza, cambia de dirección y sale del pueblo. Los faros de Spencer nos siguen.

—Deja que vuelva a casa, cariño. Sé que estás ahí sentada dándole vueltas al tema, pero créeme cuando te digo que ese hombre no se quedará tranquilo hasta que sepa que estás bien. Y tampoco va a querer que nadie se lo cuente. Dudo que seas capaz de convencerlo de lo contrario —dice.

—¿Y si luego me guarda rencor por haberlo hecho volver tan pronto?

Poppy se ríe, pero no es un sonido cálido. Es triste.

—Algo me dice que, si no tuviese que marcharse, no lo haría. Seguramente esté aliviado de tener una excusa para volver.

—Su carrera es importante —susurra.

—Ese ex tuyo condicionó mucho la forma en que ves las relaciones, Anna. A veces estar con la persona a la que quieres es más importante que cualquier otra cosa. Incluso más que una carrera importante. Yo haría cualquier cosa por tener lo que tenéis vosotros. Por saber que tengo a alguien que dejaría absolutamente todo lo que estuviese haciendo para venir a cuidarme cuando lo necesitara.

Me estiro a lo largo del coche para tocarle la mano, esbozando una sonrisa tenue.

—Eres muy lista, Poppy. Lista, dulce, lista e increíblemente guapa. Encontrarás a alguien que te valore como te mereces.

Me ofrece una débil sonrisa.

—Gracias, pero no te preocupes por mí. Solo quiero que empieces a aceptar más de la gente. Más apoyo, más cuidados y más amor. Te lo mereces, ¿de acuerdo?

—Le pondré empeño.

—Buena chica —dice, y me guiña un ojo a través de la oscuridad del habitáculo.

La risa que suelto no suena tan forzada como me esperaba.

La conocida verja del Rancho Steele aparece delante de nosotras y permito que desaparezca parte de la tensión de mis músculos. Me molesta que ese periodista vaya a acercarse a este lugar, pero saber que es imposible que entre en la propiedad me basta, por ahora.

Poppy reduce la velocidad del coche al girar hacia el pequeño tramo de carretera que lleva hasta la verja y suelta un suspiro.

—Oh, oh. El abuelo Steele está preparado para darle una buena tunda a cierto periodista.

Me cuesta un poco distinguirlo en la oscuridad, pero cuando lo consigo lo veo delante de la verja, con los brazos cruzados y el ceño fruncido. Lleva su habitual sombrero bien calado sobre la frente y, si no conociese a este hombre como lo conozco, daría media vuelta y saldría corriendo hacia las montañas en cuanto da un paso hacia el coche de Poppy y nos hace señas para que crucemos la verja.

Brody no ha vuelto a llamar todavía, así que si tuviese que adivinar, diría que sigue hablando con su abuela.

—¿Crees que Spencer se dará la vuelta y se marchará? —le pregunto a Poppy.

—No. Si es lo bastante imbécil como para intentar acorralar a la novia de Brody sabiendo que él está en otro país, no tiene remedio.

—Quiero oír lo que pasa —admito.

Poppy detiene el coche en ese mismo momento. Saca las llaves y abre la puerta, y yo la sigo. Al salir, el viento sopla con más fuerza en la abierta extensión del rancho.

Las voces graves y masculinas resuenan en la noche.

—Tienes suerte de vértelas conmigo y no con mi nieto después de tenderle una emboscada a su novia y seguirla hasta aquí —grita Wade, con una voz tan tensa que parece un látigo.

—Solo necesito una declaración. No hace falta que sea de Anna. Si usted o su mujer…

—Sal de mis tierras, chico, antes de que te eche yo mismo.

Suelta un suspiro exasperado.

—Por favor. Una declaración, una sola.

Acorto la distancia entre Wade y yo y me detengo a su lado mientras Poppy permanece unos pasos atrás. El hombre mayor resulta mucho más amenazador que yo, vestida con unos pantalones de chándal anchos y la chaqueta de Brody, pero hago lo que puedo. Spencer fija la mirada en mí y da un paso hacia delante.

Wade se mueve en un abrir y cerrar de ojos. Extiende un brazo bruscamente, agarra a Spencer de la muñeca y tira de él con tanta fuerza que hace que se tambalee.

—Te lo voy a repetir una vez más. Sal. De. Mis. Tierras. —Y suelta a Spencer de repente. El periodista tropieza con sus propios pies, cae sobre el banco de nieve y se hunde en él profundamente—. Como des un paso más, llamaré a la policía.

Observo todo el enfrentamiento con los ojos abiertos de par en par y el corazón latiéndome con fuerza. No es Brody quien está aquí defendiéndome, sino su familia, y eso me impresiona tanto que me esfuerzo por contener las lágrimas mientras el periodista se levanta tambaleándose y vuelve a subirse a su vehículo, negando con la cabeza. Wade tiene que cogerme del brazo y tirar de mí hasta la verja para que mis piernas se muevan.

—Gracias —digo con la voz rota.

Wade me pasa el brazo por encima de los hombros mientras dice:

—Lo que sea por la familia.

CAPÍTULO CUARENTA

# Annalise

Después de una larga noche sin dormir, Eliza me sienta a la mesa y me pone delante un plato a rebosar para el desayuno. Tortitas, croquetas de patata y unos huevos fritos por los dos lados, justo como a mí me gustan. A continuación, llega una humeante taza de café, mezclado hasta obtener un color marrón claro perfecto.

—Come, mi niña. Me imagino que estarás muerta de hambre después de lo de anoche —dice con énfasis, sin dejar de correr de un lado a otro de la cocina.

Hay montones de platos, recipientes de metal llenos hasta el borde con la misma comida que tengo delante, y jarras de zumo de naranja alineadas al final de la encimera. A su lado, vasos de poliestireno y los utensilios hundidos en la comida.

—Podría haberte ayudado con todo esto. Has cocinado para un regimiento.

—Necesitabas dormir. Y esto no es nada comparado con las comidas que preparo durante la época de cría de las vacas. Ahora mismo tenemos un equipo más reducido, pero estos hombres tienen un buche sin fin todos los días del año —explica.

—¿Cuándo vendrán a comer? No quiero ser una molestia.

Se gira hacia mí y sonríe mientras niega con la cabeza.

—Será mejor que se vayan acostumbrando a tenerte por esta casa. Y por el rancho también. Siéntate y cómete el desayuno.

Consciente de que no hay margen de negociación, le devuelvo la sonrisa y entierro el tenedor en la yema del huevo, rompiéndola.

—Gracias.

—De nada, cielo.

Ya casi me he terminado el plato cuando unos pasos pesados resuenan por toda la casa. Me pongo tensa ante las risas descaradas y las voces graves, antes de mirar a Eliza y relajarme. Está emocionada por ver a estos chicos y, al parecer, eso es suficiente para mí.

Nunca había conocido a alguien cuya forma de expresar amor fuera a través de los actos de servicio de una forma tan obvia. A la abuela de Brody le encanta cocinar para los demás y ver la gratitud en su rostro mientras disfrutan de su comida. Brody está cortado por el mismo patrón, pero en lugar de cocinar, él se asegura de que tenga las aceras despejadas, ropa de abrigo y un establo a medida para mi vaca peluda.

Pego un salto en la silla cuando una mano fuerte me agarra del hombro. Al girar la cabeza para mirar detrás de mí, veo a Wade y suelto un suspiro.

—No quería asustarte —dice. Las ojeras y el gesto cansado de su rostro me dicen que esta noche ha dormido tan bien como yo—. ¿Qué tal has pasado la noche?

—He dormido bien. —Cuando por fin conseguí dormirme, claro.

—Sí, yo también.

—¿Has podido hablar con Brody antes de que embarcase esta mañana?

—No.

Se me encoge el corazón por la incomodidad. Si no ha hablado con él esta mañana, no lo ha hecho desde que se marchó a Nashville. Brody no llamó a su abuelo ayer por la noche. Llamó a su abuela.

¿Se ofendió Wade por ello? ¿Le importa lo suficiente para ofenderse?

Me viene una idea a la cabeza, una mala y entrometida, pero la dejo salir libremente antes de poder detenerme.

—¿Te importaría ayudarme con Banana esta mañana? Sé que seguramente estarás muy ocupado, pero todavía hay muchas cosas que no sé sobre ella. Sería muy…

Me interrumpe dándome un apretón en el hombro.

—¿Has terminado de comer? Ahora tengo algo de tiempo.

—¿Tú no vas a comer?

La cocina está llena de caras desconocidas que intento retener en la memoria. La mayoría de ellos no se molestan en sentarse a comer, en su lugar simplemente sostienen los platos en las manos y los devoran como si fuese la última comida de su vida. Dos de ellos se dejan caer sobre las sillas que tengo delante en la mesa. Ambos son chicos jóvenes; seguramente tienen un par de años menos que yo.

Uno tiene el pelo negro y largo hasta los hombros, que le sale disparado salvajemente cuando se quita el sombrero y lo deja sobre la mesa junto a su plato, y el otro tiene el pelo rubio rapado al cero y una gorra de béisbol andrajosa en el regazo.

Es agradable ver sus modales, sobre todo al darle las gracias a Eliza por la comida. Les sonrío en señal de aprobación.

—Yo desayuno antes de que estos vagos se hayan levantado siquiera —dice Wade con un resoplido detrás de mí.

El chico de pelo largo me dedica una sonrisa despreocupada.

—Tranquilo, Wade. No arruines mi oportunidad con esta señorita tan guapa antes de que me haya presentado.

—Brody te encerrará en el toril con Zeus y le dará la llave para que se la coma como intentes algo con su mujer, Johnny —le advierte Wade, y yo me río del humor que se esconde tras su amenaza.

—¿Su mujer? No lo veo por aquí para competir conmigo —responde Johnny.

—Relaja, Casanova —murmura su amigo con la boca llena de tortitas—. Soy Thomas, por cierto.

—Encantada de conoceros. ¿Quién es Zeus? —pregunto.

—El toro más bravo del Rancho Steele. Un cabrón despreciable al que le encanta dar patadas en las costillas —dice Thomas con una mueca de dolor.

Wade me suelta el hombro y me recoge el plato. Me mira, serio.

—No te acerques a él.

—No tengo ninguna gana de conocer a un toro enfadado.

—Bien. ¿Por qué no coges un mono de la antigua habitación de Brody? Así no te mancharás la ropa. Después nos vemos en la parte de atrás.

Miro el plato que lleva en la mano.

—Entre Eliza y tú no he hecho absolutamente nada para colaborar. Por favor, dame algo de faena ahí fuera.

—Tienes mi palabra, querida. Te veo en un rato. —Y entonces lleva mi plato al fregadero y le da un beso en la mejilla a su mujer,

antes de empezar a fregar los platos que hay bajo el agua llena de espuma.

Me despido de los chicos de la mesa con un gesto de cabeza y voy a cambiarme de ropa. Después de recogerme el pelo, entro en el pequeño armario de la habitación en la que me quedé anoche y rebusco entre la ropa que cuelga de la barra. Se me ocurrió que esta podría ser el antiguo cuarto de Brody cuando entré anoche, pero estaba demasiado cansada para fisgonear. De todas formas, tampoco hay mucho entre lo que revolver, pero la ropa colgada confirma mis sospechas. Ninguno de estos jerséis o monos le quedaría bien al Brody hombre, pero sí al Brody adolescente.

Y con suerte me estarán a mí también.

Cojo un mono vaquero y me lo pongo, aliviada al ver que me queda solo un poco grande. Tendré que meter las perneras dentro de las botas para no tropezar con ellas. El Brody adolescente también era alto.

Hay brío en mi andar mientras atravieso la casa y me pongo el abrigo y las botas antes de salir al porche trasero. Wade ya está allí esperándome, con el sombrero y las botas puestas y los brazos apoyados en la barandilla.

—¿Has limpiado un establo alguna vez? —pregunta, y me mira por encima del hombro con una ligera sonrisa en los labios.

—Nunca. Pero me encantaría aprender.

Y eso es lo que hago durante la siguiente media hora.

* * *

—Llevo años sin tener que limpiar —admite Wade cuando hemos terminado de arreglar el establo de Banana.

El sudor me cubre la frente y hace que los pelos que se me han salido de la coleta se me peguen a la piel. Por primera vez desde que me mudé, agradezco que haga tanto frío.

—Hoy tampoco tenías que hacerlo, en realidad. No era la tarea más complicada del mundo —bromeo.

Aunque sí ha sido increíblemente asqueroso.

Se encoge de hombros y apoya la herramienta, que parece un rastrillo o un tenedor grande, contra el lateral del refugio. Dejo la mía al lado y Banana me persigue, trotando por la nieve. Golpea a Wade con la cabeza en el muslo, exigiendo algo de atención. Aprieto los labios para ocultar una sonrisa cuando el viejo tosco baja la mano para rascarle la cabeza.

—Eliza diría que el trabajo sucio me mantendrá joven.

—¿Y qué dirías tú?

—Diría que me ha regalado algo de tiempo con la mujer de mi chaval, así que no me quejo.

Esbozo una sonrisa suave.

—Te quiere mucho.

—Y yo a él, como a un hijo.

—¿Se lo has dicho, recientemente?

Sale de mi cabeza demasiado deprisa como para controlarlo. Debería disculparme por pasarme de la raya, pero no lo voy a hacer. Después de todo, este era mi plan cuando le he pedido que me ayudase hoy. Quería estar a solas con él y hablar de su relación con Brody. A él le importa mucho más de lo que está dispuesto a admitir.

—No, no se lo he dicho —murmura Wade, sin dejar de rascar a la vaquita.

—Cree que estás enfadado con él por haberse marchado. Que le reprochas lo de su carrera y que desearías que hubiese hecho otra cosa. Quedarse aquí, tal vez. ¿Eso es lo que sientes?

Se estremece.

—Por Dios, nunca pensé lo mucho que dolería oír eso.

—Lo siento.

—No te disculpes por decir la verdad. Nunca.

Asiento lentamente con la cabeza y paso el peso de mi cuerpo de una bota a la otra.

—Mira, puede que a vosotros no os conozca muy bien todavía, pero conozco a Brody. Y tú lo conoces también. Lo suficiente para saber que no te dirá estas cosas a la cara. Ahora es mi trabajo cuidar de él y quiero empezar por intentar ayudaros con vuestra relación. Brody es muy testarudo, y se preocupa mucho por los demás. Nunca hará ni dirá nada que sepa que va a herir a la gente a la que quiere. Ahí es donde entro yo, supongo.

»A riesgo de que me eches del rancho para siempre, creo que te vas a arrepentir de haberte distanciado durante todos estos años, y sobre todo si continúas haciéndolo. Crecí con un padre al que yo le importaba una mierda, y me hubiese encantado sentir la clase de amor que ambos compartís, aunque estuviese enterrado bajo años de dolor.

Me paso los dedos por el pelo; siento que me estoy explicando fatal, pero Wade me escucha satisfecho y me deja terminar.

—Lo que quiero decir es que no deberíais perder más tiempo juntos. Dejad el pasado atrás y seguid adelante. La vida es demasiado corta.

No dice nada durante un buen rato. Un silencio pesado se instala entre nosotros y contemplo la posibilidad de esconder la cola y echar a correr cuando, al fin, habla.

—Nunca he sido de los que creen en ningún tipo de vida después de la muerte, ni en Dios ni en las puertas del cielo, pero ahora sí que me lo estoy planteando, diablos. —Traga saliva con fuerza y me mira fijamente—. Porque es imposible que mi hija no te haya enviado para estar con su chaval.

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

# Brody

El agotamiento se apodera de mi mente e intenta hundirme mientras aprieto los dientes y me concentro en la carretera. Recibo otra llamada, lo que interrumpe la música de los altavoces por vigesimoquinta vez desde que me he bajado del avión. Las últimas tres horas se resumen en tensión y enfado. Una oleada de resentimiento se ha ido acumulando en mi interior, dirigida directamente a las personas que he dejado atrás, en Nashville.

Puede que eso no sea justo, pero ahora mismo me da igual.

La rabia me consume y no se me pasará hasta que haya resuelto toda esta mierda. Anna es mi prioridad. Siempre lo será, aunque Garrison y Rita no lo entiendan, que es quedarse muy corto para describir lo que ha sido nuestra despedida. El gruñido de Garrison cuando amenazó con quitármelo todo si me subía a ese avión todavía me araña la mente como si fuesen uñas en una pizarra.

Sin embargo, está claro que no me disuadió. No solo no lo decía en serio, sino que, aunque sí lo hubiese hecho, no puedo decir que en ese momento me importara. No le doy más vueltas al tema. No ahora mismo.

La verja está abierta y mi abuelo espera junto a la valla de madera cuando entro al rancho. Tiene una postura rígida y una expresión

ilegible en el rostro. Preparándome para una buena bronca por haber permitido que Anna se viese arrastrada por el desastre que es mi vida, le quito el seguro a la puerta de la camioneta para que pueda entrar.

Se sube de un salto y deja su sombrero junto al mío, en el asiento del medio. Espero. Espero los azotes y la decepción, pero no llega nada de eso. El silencio nos envuelve junto a algo pesado que no logro identificar.

—Venga, suéltamelo —digo, rompiendo el silencio—. Dime que debería haberla protegido mejor de esta parte de mi vida, o lo que sea que estás pensando. Ya me culpo suficiente por los dos.

—No estaba pensando nada de eso.

—¿No?

Se coloca una mano en el regazo y se cruje los nudillos. El desgaste y el deterioro de su piel es evidente, una vida llena de marcas y cicatrices cuyo origen desconozco. Sin embargo, esas marcas exteriores no tienen nada que ver con el daño interior. Nunca lo han tenido. En ese sentido, nos parecemos.

Me he caído de caballos y me he roto huesos, he nadado en lagos poco profundos y me he cortado los brazos con ramas afiladas. Tengo más cicatrices en la palma de las manos por quemaduras de la cuerda que cortes con papel pueda tener un profesor de colegio. Ninguna marca física ha tenido tanto peso como el daño que me causó la marcha de mi padre.

Pasé años con el tipo. Años de momentos felices y experiencias que nos unieron emocionalmente y que nunca recuperaré. Hace mucho tiempo que dejé de pensar en la patética excusa de un

hombre que dejó tirada a su familia cuando más lo necesitaban. Cuando más lo necesitaba yo.

Un niño pierde a su madre y espera que su padre recoja los pedazos que ella dejó atrás. Sin embargo, eso no fue lo que pasó. No he vuelto a hablar con ese hombre desde el día que se marchó, y espero no volver a hacerlo nunca.

A diferencia de mí, mi abuelo lleva el dolor del abandono de mi padre justo debajo de la piel. No solo lo acogió y lo trató como si fuera de su propia sangre, sino que dedicó años a formarlo para que se hiciera cargo del legado Steele. Todo para nada. Que yo recogiese mis cosas y me marchase de la ciudad lo destrozó. Dejó nuestra relación hecha trizas y lo devolvió al lugar donde estaba cuando mi padre se marchó, a pesar de lo mucho que intentó ocultarlo. Nunca me he perdonado por eso y, desde luego, él tampoco.

Hay mucho terreno que cubrir y muy poco tiempo.

—Iba a decir que estoy orgulloso de que hayas vuelto a casa. Yo habría hecho lo mismo por tu abuela —dice.

Se me pone un nudo en la garganta. Hace mucho tiempo que no me dice eso. No sabía lo mucho que necesitaba oírlo hasta ahora.

—Me educaste para cuidar de la gente a la que quiero. Eso hago.

—Te enseñé muchas cosas, Brody, pero tú me enseñaste otras tantas.

—No sé yo. ¿A qué viene todo esto?

—Me acaban de recordar quién eres, en lugar de quién me dije a mí mismo que eras. Me has dado una vida llena de lecciones, Brody. No tenía ni idea de cómo criar a un hijo. Tu abuela se encargó de la mayor parte de la crianza de tu madre, y siempre me arrepentí del poco tiempo que pasé con ella mientras crecía. Nos la quitaron

demasiado pronto. —Se le rompe la voz y el pecho se me astilla—. Nos dejó a su hijo, y me he arrepentido de muchas cosas a lo largo de mi vida, pero volcar en ti el resentimiento que sentía hacia tu padre es el peor error que he cometido.

Me quedo mirando la silueta del establo al final de la carretera. El eco de la risa de mi madre llena cada maldito centímetro de este lugar y me atormenta desde el momento en el que pongo un pie dentro. Es demasiado. Hay demasiados recuerdos que no sé cómo superar.

No es justo para Sky. Si fuera mejor persona, se la habría entregado a otro cuidador hace años. Al menos habría tenido la atención que se merecía todo este tiempo. Más que los breves momentos cada pocas semanas o meses que le dedicaba cuando el dolor de estar sin ella se volvía demasiado fuerte. Han pasado veinte años desde que murió mamá. Sé que Sky ha estado cuidada y que es lo bastante feliz como para seguir amando a los demás, pero es mía y no me quedan muchos años para pasar con ella.

—Yo tampoco os lo puse fácil a la abuela y a ti —digo, mientras aparto la mirada del establo y la clavo en mi regazo—. Me criasteis muy bien. Y creo que Anna estaría de acuerdo conmigo en esto.

—Esa chica es diferente, Brody. Es muy especial. A tu madre le habría gustado. Nunca pensé que vería a una chica de ciudad tan emocionada por descubrir la vida del rancho, pero tengo que decir que le sienta muy bien.

Joder. El escozor que siento en los ojos es un incordio.

—Estoy demasiado cansado para escuchar esto ahora.

Él no me hace ni caso y continúa.

—Debería haberte dicho la mayoría de todas estas cosas hace mucho tiempo. Has hecho que esté orgulloso. Tengo un chaval que quiere que el mundo sepa su nombre y no le da miedo conseguirlo. He sido un viejo testarudo que te culpaba por cosas que nunca hiciste.

—Ya no soy un chaval, ¿lo sabes?

Se ríe con los ojos llorosos y a mí se me escapa una lágrima antes de que pueda evitarlo. La limpio rápidamente.

—¿Eso es todo lo que has sacado de este discurso?

Suelto un bufido.

—No somos blandos ni efusivos. Nunca lo hemos sido. Pero te agradezco que me hayas criado. Has sido más un padre que un abuelo para mí durante la mayor parte de mi vida.

Me da una palmada y un apretón en el hombro.

—Vamos a casa, anda. Hay una chica dentro que se muere por verte.

Pongo la furgoneta en marcha y piso el acelerador, desesperado por volver a ver a mi mujer.

—¿Se quedó con vosotros en la casa principal anoche?

No tuvimos la oportunidad de hablar antes de que se fuese a dormir. Para cuando tenía los billetes comprados y el equipaje hecho para irme, ya era tarde. Solo hice una llamada rápida para comprobar que todo estaba bien antes de embarcar y volver a casa.

—Sí. Tu abuela la instaló en tu antigua habitación.

—Bien.

Una pausa.

—Ese periodista no volverá. Seguramente esté ya de donde quiera que viniese, con el rabo entre las piernas.

—Es de Nashville. Debieron de enviarlo aquí después de que le dijese al sello discográfico que rechazasen el resto de las solicitudes de declaraciones.

—Esto no es culpa tuya, Brody —dice con tono firme y severo.

—¿Cómo no va a serlo? Yo los traje hasta aquí.

Esa es la pura y cruda verdad. Yo traje a los medios de comunicación la primera vez, y lo he vuelto a hacer. Lo haré decenas de veces hasta que mi carrera termine. No es justo, y me sentiré culpable por eso durante el resto de mi vida.

—Vienen ellos solitos en una maldita caza de brujas. Esto no es culpa tuya y todos lo sabemos. Anna también.

—¿Qué se supone que debo decirle? No puedo prometerle que no volverá a pasar.

—Pues no lo hagas. Eso no es lo que espera de ti. Está claro que esa mujer se preocupa por ti. No por tu carrera ni por lo que pueda salir de ella. Sabe quién eres. Lo sabe desde hace tiempo.

Estoy igual de convencido de eso sin haberlo hablado con ella en persona.

—Gracias, abuelo —digo, y lo digo en serio.

Él asiente con la cabeza y llegamos a la casa poco después. Siento las extremidades pesadas al salir de la furgoneta, pero en cuanto la puerta mosquitera se abre de golpe y Anna aparece en la entrada, estoy más despierto que nunca.

Se queda ahí mirándome fijamente durante un largo y tenso momento, y después baja las escaleras haciendo ruido con las botas. No corremos el uno hacia el otro; no nos precipitamos. La espero como si fuese lo más natural del mundo y la rodeo con los brazos cuando se acerca lo suficiente como para oler su perfume.

—Has vuelto de verdad —susurra, con el rostro enterrado en la curva de mi cuello.

La abrazo con fuerza y le doy besos en la cabeza una y otra vez. El cuello de pelo de su chaqueta me hace cosquillas en la mandíbula y me sumo a esa sensación, sin importarme lo más mínimo la incomodidad que me produce.

—El único lugar en el que quiero estar es aquí —respondo con suavidad.

—Me dije a mí misma que iba a fingir estar enfadada contigo por volver, pero estoy demasiado contenta para hacerlo ahora mismo.

—Puedes mandarme a la mierda después, cielo.

La devuelvo al suelo y aflojo el abrazo lo suficiente para que pueda zafarse de mis brazos. Tiene una sonrisa deslumbrante, con las mejillas rosadas por una mezcla del frío y el característico sonrojo de su piel. Lleva puesta mi chaqueta desabrochada, que deja al descubierto el mono vaquero andrajoso que lleva debajo, metido por la caña de las botas. Pestañeo sin parar mientras la observo con su nueva ropa.

—¿Has estado jugando en el barro? —pregunto, tan aturdido como sorprendentemente excitado.

—Más bien en heno y mierda de vaca. Wade me ha ayudado a limpiar el establo de Banana esta mañana.

Miro a mi abuelo. Él me devuelve la mirada, con un brillo inconfundible de orgullo en los ojos que me llega directamente al estómago.

—Lo hace mucho mejor que tú —dice.

Anna sonríe.

—Gracias, Wade.

—No dejes que se escaquee de la limpieza, querida. Haz que mueva el culo y se ponga a trabajar con esa maldita vaca vuestra —le dice el abuelo.

Me río y abrazo a Anna con fuerza.

—Esa maldita vaca nuestra te está empezando a caer bien, viejo. Me apuesto lo que quieras a que es solo cuestión de tiempo que se instale a diario contigo y con la abuela en casa.

—Cuando las ranas críen pelo, chaval.

—Hace unas semanas, Brody me dijo que el cielo se derrumbaría antes de que aceptases al ganado como mascota, pero no creas que no me he dado cuenta de los trocitos de manzana que le has dado antes —bromea Anna.

—Anda, ¿es ahí donde se han ido todas mis manzanas? —pregunta la abuela mientras sale al porche desde el interior. Fulmina a su marido con la mirada, pero es inofensiva—. Ahora que lo pienso, llevan varios días desapareciendo.

Anna suelta una risita y se gira hacia mí. Echa la cabeza hacia atrás y los ojos le brillan con fuerza cuando su mirada se encuentra con la mía.

—Te he echado de menos.

Me espera con los labios abiertos cuando la beso. Está lo suficientemente a gusto como para dejar que la bese delante de mis abuelos. Necesito sentir la suavidad de su piel, así que le pongo una mano en la mejilla y le acaricio la mandíbula una única vez antes de apartarme.

—¿Estás preparada para coger algunas cosas de tu casa? —le pregunto.

Frunce el ceño.

—¿Voy a quedarme aquí más de una noche?

—Es lo más sensato, para asegurarnos de que ese hombre se ha marchado antes de que te quedes sola —dice la abuela.

El abuelo gruñe para señalar que está de acuerdo.

—Dudo que vaya a hacer más que ser un pesado y esperar en la calle durante horas —afirma Anna.

Le pongo un dedo sobre la boca.

—Quédate aquí conmigo. Solo unos días. Por favor.

Por suerte, no necesito más para convencerla.

—Vale. ¡Vale! Pero solo hasta que vuelvas a Nashville.

—Venga.

Mis abuelos ríen disimuladamente, pero Anna los ignora y no entiende que, si me salgo con la mía, dejará de pagar el alquiler de su casa en poco tiempo. Aunque un pensamiento como ese pueda ser una locura para la mayoría de las personas.

Nos despedimos rápidamente de mis abuelos antes de que vuelva a montarse en mi camioneta y, diez minutos después, aparcamos delante de su casa.

El sedán negro aparcado en mi sitio junto al bordillo me pone furioso. Anna da un grito ahogado antes de quitar frenéticamente el seguro de la puerta y sumergirse en el frío. La sigo a toda prisa y el corazón me late con fuerza en el pecho cuando se abre la puerta del conductor y sale un hombre.

—¿Stewart? —grita Anna, y tropieza con sus propios pies en la acera—. ¿Qué estás haciendo aquí?

El hombre se gira hacia ella y sus labios dibujan una gran sonrisa. Tiene un ramo de rosas gigante entre los brazos, que lleva cubiertos con la chaqueta del traje. Acelero el paso y me pongo al lado de

Anna antes de que se acerque demasiado a él. Ella me coge de la mano y la aprieta con fuerza hasta casi hacerme daño y, aunque me encanta que busque consuelo en mí, me toca las narices que sienta que lo necesita.

—Te he echado de menos. Es hora de volver a casa —dice él.

Se me hinchan las fosas nasales y me empieza a hervir la sangre bajo la piel. Este tipo es exactamente como me lo imaginaba. Engreído y arrogante. Demasiado orgulloso para luchar por ella como se merece. No está aquí para eso. Han pasado demasiados meses y ya es tarde. Su aparición es por otro motivo, y pienso averiguar cuál. No se va a acercar a ella. Otra vez no.

Le paso un brazo por la espalda y junto su costado al mío mientras le acaricio la parte superior del brazo una y otra vez en un gesto tranquilizador. Seguramente no sirva de mucho, pero estoy dispuesto a intentar cualquier cosa.

—Ya estoy en casa. No voy a volver a Vancouver, y desde luego no voy a volver contigo —espeta Anna.

Él hace como que no la ha oído y recorre todo su cuerpo con una mirada sentenciosa. La suave curva de sus labios es suficiente para que dé un paso hacia él antes de que Anna tire de mí hacia atrás y niegue con la cabeza.

—¿Qué llevas puesto? Estás ridícula. Veo que te he dejado jugar a los paletos demasiado tiempo —dice con un tono sumamente condescendiente.

El control que tenía sobre mi temperamento se desvanece.

—Vaya huevos tienes, colega. Vuelve al coche antes de que acabes con la boca llena de asfalto.

Me mira con el ceño fruncido y un temblor en el ojo izquierdo. Me habría reído de lo patético que me resulta su intento de intimidación si no estuviese tan desesperado por alejarlo de Anna. Me siento lo bastante seguro como para creer que es imposible que se marche con él, pero eso no significa que su presencia no la afecte.

—Ya has jugado suficiente a las casitas con mi prometida, Brody Steele. Es hora de que vuelva a su casa, a la vida real. —La mira y me ignora—. Vámonos. Por tu vestimenta, no debes tener mucho que recoger, así que vamos a saltarnos ese paso. Tu armario de casa sigue lleno de toda esa ropa tan bonita.

—Márchate, Stewart. No voy a irme contigo. Y no soy tu prometida. Tú mismo te lo buscaste cuando le metiste la polla a otra.

Stewart mueve la mandíbula y se rasca toda la superficie sin vello.

—Annalise. Sube al coche. Me he cansado de estos jueguecitos. Aunque te haya perdonado por cómo dejaste nuestro dormitorio, sigo teniendo muy poca paciencia.

—Vete. No voy a ir contigo. Y ya no es nuestro dormitorio. La última vez que lo comprobé, ni siquiera te habías molestado en intentar convencerme de que volviera a casa hasta ahora mismo. No sé muy bien por qué estás aquí, pero ese es tu problema, no el mío —dice ella, manteniéndose firme y con la barbilla bien alta.

«Qué orgulloso de ella, joder».

—Te estaba dando tiempo para que te lamieras las heridas. Pero voy y me entero en las redes sociales de que te lo has estado pasando en grande en este pueblo de mala muerte con este aspirante a cowboy. La has liado buena en casa. He tenido que

convencer a todos nuestros amigos de que simplemente estabas fingiendo y que no estás saliendo con él —dice con desprecio.

Anna suelta una carcajada fuerte y amarga.

—¿Que yo la he liado buena? Tú deliras. La única razón por la que estás aquí es porque te jode que haya pasado página y que lo hayas visto en los medios de comunicación. Te puedo asegurar que mi cowboy no tiene nada de aspirante. Absolutamente nada.

El corazón me late con fuerza. Esa declaración pública hace que me palpite la polla, sin importar el momento ni el lugar, al parecer.

Stewart apoya una mano contra la puerta del coche y deja que las rosas que sostiene con la otra mano descansen sobre su muslo.

—¿Tu cowboy? No me jodas, Annalise. Te he traído tu anillo. Está en el coche. Ven, vuelve a ponértelo. No me gusta que andes por ahí sin él.

—Tendrás que obligarme —afirma ella.

Se queda blanco y parece procesar unos segundos tras los que la furia se refleja en su mirada. Pongo a Anna detrás de mí lo suficiente como para no preocuparme de que pueda llegar hasta ella.

—Ven aquí y lo haré, entonces. No volverás a quitártelo jamás.

Esta vez no dejo que Anna me detenga. Doy unas zancadas largas y elimino la distancia que hay entre nosotros y ese maldito saco de mierda impresentable hasta que estoy justo delante de su cara. Huele a dinero. A dinero y a arrogancia. Es la peor combinación, pero también la más común en tipos como él. Estoy seguro de que se llevaría bien con Garrison.

El aire me sale disparado de las fosas nasales mientras intento controlar la ira que siento, pero la sonrisa que esboza es una gran señal de alarma que tengo justo delante de los ojos. No soy de los

que pelean. Solo he dado un puñetazo en toda mi vida y fue malísimo. Sin embargo, me siento a punto de cruzar la línea, con los puños apretados a los costados de mi cuerpo.

—Tócala y no volverás a tener la capacidad de usar las manos —lo amenazo con un tono tan frío como el hielo.

—Inténtalo. Nunca he tenido que usar mucho las manos con ella. Está más que dispuesta a encargarse de todo el trabajo en la cama. Nunca he conocido a una mujer a la que le guste montar una polla más que a ella. —Se ríe con crueldad y baja la voz hasta que habla en poco más que en un susurro. Rezo para que ella no pueda oír lo que dice a continuación—. Quizá tenga su lógica, a fin de cuentas. Ha encontrado a un cowboy al que montar. Aunque tenga que rebajarse y conformarse contigo.

Oigo unos pasos sobre el asfalto detrás de mí cuando lanzo el segundo puñetazo de mi vida. Esta vez no es tan malo. Doy justo en el blanco. A Stewart le sale sangre de la nariz a borbotones mientras yo doy un paso atrás y sacudo la mano, con una punzada de dolor recorriéndome el brazo.

Se lleva las manos inmediatamente a la cara, con una expresión desconcertada en los ojos.

—La has cagado.

—Puede. Pero por lo menos yo no tengo la nariz rota. —Lo aparto de mi camino con un empujón y abro la puerta del conductor del coche antes de meterlo dentro. Se golpea la cabeza con el marco en el camino, pero eso tampoco me tranquiliza—. Márchate de una puta vez. ¡Largo!

—Recibirás noticias de mis abogados, Brody Steele. —Mira detrás de mí y, sin girarme, estoy seguro de que está mirando a Anna. Las

flores caen al suelo—. Última oportunidad. No voy a perder el tiempo en volver a buscarte. Ni siquiera mereces tanto esfuerzo.

—Márchate y no vuelvas —exige ella.

No nos dedica ni un segundo más de su preciado tiempo antes de salir a toda velocidad por la carretera y, con suerte, fuera de Cherry Peak para siempre. Anna me coge de la mano con cuidado y suspira.

—No tenías que hacer eso, Brody. No valía la pena. Solo estaba celoso de que no me haya pasado todo este tiempo que hemos estado separados sentada y echándolo de menos.

—Oh, ha merecido la pena, no lo dudes. Llevaba semanas queriendo hacer eso.

Se le mueve la comisura de la boca.

—Puede que no meta a su abogado en esto, pero dudo que se dé media vuelta y se cruce de brazos sin más.

Tiro de ella para acercarla a mí y le doy un suave beso en la frente.

—Que venga a por mí otra vez, si quiere. Nada hará que me arrepienta de darle un puñetazo.

Ni siquiera lo logra la llamada que recibo de Garrison la mañana siguiente, en la que me informa de que un representante de Swift Edge viene de camino a Cherry Peak para una reunión de emergencia.

Lo repetiría todo, si pudiese.

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

# Annalise

Reggie Beckett no es lo que me esperaba. Es un hombre mayor que transmite un aura de sofisticación y consideración. Vestido con una camisa de cuadros rosas y rojos y unos vaqueros claros con el tejido desgastado en la zona de los muslos, toma asiento en la mesa del comedor frente a Brody y a mí. Junto al sombrero de Brody hay un sombrero de fieltro rojo a juego y la taza de café que le he preparado.

Juego con los dedos debajo de la mesa y los nervios hacen que me tiemblen hasta los huesos. Brody no esperaba que fuera Reggie quien acudiera a hablar con él, pero ha sido una sorpresa agradable. Según él, las alternativas eran mucho peores.

—Tienes una casa muy bonita, Brody. Este lugar es maravilloso, desde luego —dice Reggie en un intento de romper el hielo.

Brody asiente con la cabeza firmemente, apoya los codos en la mesa y entrelaza los dedos con fuerza delante de ellos.

—Tener una casa tan bonita hace que cueste mucho marcharse.

Hago una mueca de dolor ante la brutal honestidad de sus palabras. El ambiente ha estado tenso, cargado de preocupación y nerviosismo tácitos, desde el momento en el que he abierto la puerta y le he dado la bienvenida a Reggie a la segunda residencia

del Rancho Steele. Es muy extraño que Brody esté tan crispado, y no consigo averiguar cómo calmarlo.

No está preocupado porque se arrepienta de lo que hizo ayer. Lo creí cuando dijo que volvería a hacerlo. Es otra cosa y, si tuviese que adivinarlo, diría que está esperando lo peor de esta reunión sorpresa. Que el sello discográfico prescinda de él, tal vez.

Lleva en casa demasiado tiempo. Les hizo perder demasiado dinero cuando dejó la gira y ahora… ahora ha vuelto otra vez. No sé de qué detalles hablaron en Nashville, y no porque me los haya ocultado, sino porque no hemos tenido mucho tiempo para hablar. No han dejado de pasar cosas desde que se marchó. Muchas de las cuales tienen que ver conmigo.

Fue el hecho de que me siguiese un periodista lo que lo hizo volver a casa tan pronto después de marcharse, y fue mi exprometido lo que hizo que un directivo de Swift Edge viniese rápidamente poco después. La culpa me carcome por dentro, bocado a bocado.

Si perdiera todo por lo que ha trabajado durante toda su vida, no sé qué haría yo. Qué haríamos.

La expresión de Reggie no revela absolutamente nada. Está tranquilo y es amable; demasiado, si tenemos en cuenta los temas tan importantes que están por venir.

—Yo tampoco querría marcharme con una casa como esta. No puedo culparte. Sin embargo, la vida es injusta en ese sentido. Sería mucho más fácil si pudiésemos tener todo lo que queremos donde lo queremos, ¿no es así? —pregunta.

Había esperado que nos hablase de forma mordaz, como un padre que regaña a su hijo por haber sido terco, pero el tono de su voz no

refleja nada de eso. Creo que Reggie está expresando lo que siente de verdad. Es sincero y no juzga.

—Ni que lo digas, Reggie —responde Brody.

Presiono la rodilla contra la suya y él estira un brazo bajo la mesa para agarrarme el muslo. La palma de su mano está caliente y me quema a través de los vaqueros, como si fuese un fuerte recordatorio de que quiere que esté aquí con él. Estamos juntos en esto. La emoción se me acumula en la garganta y amenaza con ahogarme.

—Siento haber avisado con tan poca antelación de mi llegada. Quería daros un par de días para asimilar los recientes acontecimientos, pero ya conoces a mi hijo. Fue un esfuerzo inútil. En cualquier caso, espero que mi llamada de esta mañana fuese suficiente.

—Sí, mejor que nada —dice Brody—. Gracias.

Reggie centra su atención en mí y me sonríe con amabilidad.

—Y, por supuesto, estoy agradecido por tener la oportunidad de conocerte, dulce Annalise. Eres mucho más guapa de lo que me había dicho Brody.

—¿Es eso cierto, Brody? —Lo miro con burla y el estómago me da un vuelco al ver el cariño evidente que expresa esa mirada azul expectante.

Me acaricia la parte exterior del muslo con el pulgar y tengo que reprimir un escalofrío.

—Yo no tengo la culpa de que tu belleza sea imposible de describir.

Sería capaz de sentarme aquí y tontear con este hombre durante todas las horas del día, pero no podemos. Y el recordatorio de por

qué estamos todos aquí sentados es suficiente para que me serene.

—Gracias a los dos por los cumplidos, pero deberíamos centrarnos en el motivo real de esta reunión.

—Tienes razón. La vejez siempre hace que me desvíe del tema —se riñe a sí mismo Reggie—. Seré directo. Tienes talento, Brody. Mucho. Swift Edge solo acepta a los mejores de los mejores, y es un honor para mí haber trabajado contigo. Quiero seguir trabajando contigo. Pero creo que la pregunta que debo hacerte ahora mismo es si tú quieres seguir trabajando conmigo. Con el sello discográfico en su totalidad.

La pregunta es como un manotazo sobre la mesa y se disparan todas las alarmas. Me pongo tensa y Brody lo nota. Extiende los dedos sobre mi muslo y lo acaricia con pequeños círculos. Sin embargo, esto no va de mí, así que intento poner buena cara.

—Por supuesto que sí, Reg. Quiero seguir haciendo música el resto de mi vida. Ese no es el problema —responde Brody.

Reggie frunce los labios, parece pensativo.

—Entonces, explícame cuál es para que podamos seguir adelante, por favor. Garrison se está poniendo nervioso. Necesitamos un plan, algo que podamos darle si quieres seguir trabajando con nosotros.

—La gira. No sé si me puedo comprometer a eso. No ahora mismo. Tengo muchas cosas aquí en Cherry Peak.

—¿Qué gira? —suelto.

Reggie nos mira a Brody y a mí. Parece que hay mucho que desentrañar aquí. Alejo el pánico e intento mantener la cabeza fría.

—No sería una gira mundial inmediata, Brody. Este no es nuestro primer rodeo, digamos. Sabemos que tal vez necesites dar pasos

pequeños. La mayoría de los artistas lo hacen. Recuerdas cómo fue la cosa con Killian —dice Reggie, eligiendo cada palabra con cuidado.

No estoy segura de si lo hace por Brody o por mí.

—Sí, lo recuerdo. Y por eso estoy diciendo que no. Hace unos meses era más fácil subirme a un autobús y que no me importase cuándo iba a volver a casa. Antes de… —Se detiene y yo me estremezco.

Es una reacción física evidente al escuchar que está rechazando este paso en su carrera por mí.

Se me parte el pecho y la culpa se filtra a través de las grietas.

—Antes de tener a alguien esperándome —termina.

—No eres el único artista que tiene una familia y un hogar. Mucha gente consigue que funcione. Killian, por ejemplo —dice Reggie.

—No estoy hablando de otros artistas. Estoy hablando de mí, y te estoy diciendo que no sé si me puedo comprometer.

Empiezo a morderme el interior del labio por los nervios. No puedo permitir que renuncie a esto por mí. Jamás me lo perdonaría a mí misma. Quién sabe si él me lo perdonaría algún día. ¿Qué pasará dentro de diez años, cuando se canse de trabajar en el rancho y se dé cuenta de que todavía podría seguir viviendo su sueño si no hubiese renunciado a él solo para estar cerca de mí?

No solo eso, si no que no ha parado ni un segundo desde que, al parecer, tomó la decisión de no preguntarme siquiera qué opinaba yo de todo esto. Porque si lo hubiese hecho, le habría dicho que daba igual la distancia. Que conseguiríamos que funcione porque creo que lo que tenemos merece la pena el esfuerzo. Pero no lo ha hecho. Ha tomado estas decisiones en nombre de los dos, y me niego a quedarme sentada y aceptarlo.

La culpa que siento empieza a transformarse en frustración. Una mezcla peligrosa que está destinada a causar problemas. Aparto la pierna y a Brody se le cae la mano. Dejar de sentir su tacto me ayuda a despejar la mente, aunque enseguida debo esforzarme por no volver a ponerla donde estaba.

Reggie parece entenderme mejor de lo que me esperaba. En lugar de recrearse en la declaración de Brody, hace avanzar la conversación.

—No tomes una decisión todavía. Hoy tenemos que hablar de más cosas. Del hombre al que le diste un puñetazo ayer, por ejemplo. El Departamento de Relaciones Públicas ya se está encargando de ello; esta vez hemos tenido suerte. La próxima, puede que no sea tan fácil. Y yo entiendo por qué sucedió, pero mi hijo no tanto.

—Lo de ayer fue culpa mía. Stewart solo estaba allí por mí y por unos celos enfermizos. Ya se ha marchado y no va a volver —digo.

Reggie me hace un gesto con la mano como para quitarle importancia al asunto y me dedica una sonrisa cálida.

—No te disculpes. Como he dicho, ha sido fácil desestimar su demanda. En lo que respecta a Spencer Sharp, sin embargo, me gustaría pedirte disculpas en nombre de Swift Edge, Annalise. No pensábamos que la prensa amarilla enviaría a alguien tan pronto. Fue un error por nuestra parte y puedes estar segura de que no volverá a ocurrir —dice con toda su atención centrada únicamente en mí.

Intento esbozar una pequeña sonrisa.

—Gracias. Es solo que me sorprendió un poco, pero nada que no pueda gestionar. No os preocupéis.

—Sí, claro que deberían preocuparse —dice Brody con los dientes apretados y evitando mirarme—. No voy a permitir que esta mierda vuelva a ocurrir. No a mi familia. Me da igual si soy una figura pública o no. ¿Te haces una idea de lo aterrador que fue que un hombre siguiese a mi mujer en la oscuridad?

Me trago el nudo que tengo en la garganta y lo cojo de la mano por encima de la mesa. Que le den a mi frustración; todo eso deja de importar cuando percibo la desesperación en su voz. Por primera vez desde que nos hemos sentado con Reggie, me pregunto si tal vez habré subestimado la verdadera razón detrás del rechazo de Brody a salir de gira. Brody es el hombre más protector que he conocido jamás, y la idea de dejarme aquí durante largos periodos de tiempo sin él, después de lo que ocurrió el otro día, debe de aterrorizarlo.

—Brody —murmuro.

Traga saliva con dificultad mientras mantiene la mirada fija en Reggie. Habría pensado que no me ha oído si no fuera porque gira la mano y entrelaza sus dedos con los míos.

—¿Qué quieres que haga? ¿Quieres que pongamos seguridad aquí que vigile a Anna? Ya hemos amenazado con tomar acciones legales a *Country Capital* y a Spencer. Se correrá la voz de que Cherry Peak no es un lugar donde venir a husmear en busca de secretos. Pero dime qué más necesitas y lo haremos —ofrece Reggie, y creo de verdad que hará cualquier cosa para que Brody siga siendo uno de los artistas de Swift Edge.

Tal vez por eso el miedo me recorre la espalda y las palabras salen disparadas de mi boca.

—Nada de seguridad. No la quiero.

Brody gira la cabeza en mi dirección y me mira con la boca abierta, evidentemente sorprendido por mi arrebato.

—¿Qué? ¿Por qué no? Me tranquilizaría un poco saber que siempre hay alguien cuidando de ti.

—No soy una niña que necesita que la cuiden. Nunca me ha hecho falta —replico.

La expresión aterrada que veo en sus ojos me destroza.

—Un día. Me marché un día y no solo te abordó un periodista que buscaba una primicia sobre mí, sino que también aparece el inútil de tu ex porque quiere que vuelvas con él. ¿Cómo se supone que voy a dejarte, sabiendo que esta mierda puede ocurrir en cualquier momento? ¿Y si la próxima vez estoy demasiado lejos como para volver tan rápido?

—No me vais a quitar mi libertad, Brody. Aquí he encontrado una vida. He comenzado algo muy bueno. Contigo, sí, pero también con las chicas y con mi trabajo. No quiero perder las cosas buenas.

Solo soy medio consciente de que Reggie sigue aquí, observándonos en silencio. Sería mejor esperar hasta que se haya ido, pero al parecer no puedo dejar de hablar.

—No pienso vivir mi vida con miedo. Ni a periodistas cotillas ni a un tío de mi pasado que ya se ha marchado. Van a seguir ocurriendo cosas, ¿pero no debería ser yo quien decidiese cómo las gestionamos? Se te olvida que yo también tengo voz y voto en esta relación.

—Me alojo en un motel de un pueblo cercano. Llámame mañana. Seguiremos hablando —dice Reggie en voz baja, y se retira sin esperar respuesta de ninguno de los dos.

Aun así, me despido de él con una sonrisa que parece una mueca de dolor. Es lo mejor que puedo conseguir cuando se marcha, dejándonos en la cocina.

La puerta principal se cierra con un golpe.

Brody me aprieta los dedos con fuerza, como si quisiese asegurarse de que sigo aquí. Que no he sido yo quien se ha marchado.

—Claro que tienes voz y voto, Anna. Por supuesto que sí. Pero no puedo… Yo solo… Joder. No sé qué estoy haciendo. He pasado gran parte de mi vida huyendo de Cherry Peak. Fingiendo que este no era mi hogar. Ahora, por fin he vuelto y soy muy feliz aquí, ¿y se supone que tengo que volver a renunciar a todo? No puedo hacerlo. No puedo perderte.

Niego con la cabeza frenéticamente.

—La única forma de perderme es intentar encerrarme en una caja acolchada. Me encantan muchas cosas de ti, Brody Steele, sobre todo lo protector que eres. Por favor, no hagas que te guarde rencor por la misma cualidad por la que me enamoré de ti. Lo único que tienes que hacer es preguntarme qué estoy dispuesta a hacer por nosotros. Qué estoy dispuesta a hacer para que esto funcione. No todo tiene que recaer sobre ti —le digo y le suplico al mismo tiempo, con la voz llena de un millón de emociones.

Se lleva nuestras manos unidas al pecho y se acaricia con ellas el corazón. Suspiro y odio la forma en la que esa simple acción hace que me ardan los ojos.

—¿Qué estás dispuesta a hacer por nosotros, cielo? Porque no hay nada que yo no esté dispuesto a sacrificar para pasar el resto de mi vida contigo.

—Es de mala educación robarle continuamente el protagonismo a alguien, ¿lo sabes? —pregunto.

—¿Qué?

—Eso es exactamente lo que iba a decirte. No hay nada que no esté dispuesta a hacer. ¿Necesitas que me reúna contigo cada pocos conciertos durante la gira? Allí estaré. ¿Necesitas que coja un vuelo y esté contigo varios días seguidos mientras grabas? Sacaré tiempo. ¿Videollamadas por la noche? Dalo por hecho. —Me llevo nuestras manos a los labios y le beso cada uno de los nudillos—. Te quiero. Te quiero lo suficiente para suplicarte que no renuncies a tu sueño. No por mí, ni por tu familia, ni por este lugar, por muy bonito que sea.

Frunce el ceño y cierra los ojos. Siento el calor de su aliento en la cara y ambos nos inclinamos hacia delante hasta que juntamos la frente. Le doy un golpecito en la nariz y le acaricio la barba con la mano que tengo libre. El amor que siento se hincha dentro de mi pecho como un globo que está a punto de explotar.

—Necesito que vayas a Nashville, Brody. Necesito que vayas, lo soluciones todo y le des una oportunidad —añado en poco más que un susurro.

Abre los ojos azules, tan bonitos y apagados por la preocupación.

—Iré. Siempre y cuando estés aquí cuando vuelva.

—Siempre. Siempre estaré aquí esperándote.

Nunca he hablado tan en serio.

CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

# Brody

Me duele dejar a Anna la segunda vez tanto como la primera. Estoy deseando llamarla para ver cómo está y asegurarme de que no la han seguido más periodistas ni ha vuelto a aparecer Stewart, pero me contengo. Ya hemos hablado esta mañana, y lo último que quiero es agobiarla.

Puedo resolver toda la mierda de la gira, la programación de las grabaciones y lo que va a ser mi vida próximamente. Debo hacerlo. Si no lo hago, me arriesgo a perderla, y no me siento nada preparado para eso.

Llaman a la puerta principal y grito:

—¡Adelante!

Mi casa de Nashville es mucho más grande que la de Cherry Peak. Es de nueva construcción, con cinco habitaciones, cuatro baños, un gimnasio y una piscina en la parte trasera. Apenas he vivido aquí. Incluso ahora, mientras recorro el pasillo con un lujoso suelo de baldosas y las paredes del mismo color beis triste que el resto de la casa, no siento que nada me ate a este lugar. No hay ningún sentimiento que me una a él.

No estuve de gira con Killian durante mucho tiempo, así que eso no es una excusa para que… esta casa no me importe. Ni para no

añadir nada que me pertenezca ni intentar que parezca más un hogar que una propiedad alquilada.

Tal vez Anna podría ayudarme con eso. Convertiría esta casa en un hogar en el momento en que pusiese un pie dentro. Se acabaron las paredes vacías y las encimeras despejadas. Quiero fotos colgadas y desorden por todas partes. Un papel de pared feo y pintura de colores. Nunca había querido esas cosas, pero ahora me parecen necesarias.

—La falta de decoración navideña en esta casa es una completa monstruosidad, Brody —dice Killian desde el vestíbulo.

El tres veces ganador de los premios CMA y —no sé cómo— amigo íntimo mío, se quita las botas negras directamente con los pies y se deshace de la chaqueta de cuero antes de darme una palmada en la espalda. Tiene una sonrisa en el rostro que resulta eléctrica y es feliz de una manera que siempre he envidiado, pero que hoy envidio un poco menos. No soy el mismo tío que la última vez que lo vi. Ni en lo más mínimo.

—No he estado mucho aquí para decorar nada —le digo mientras le doy un rápido apretón en el hombro antes de pasar a la cocina.

Killian ha estado en esta casa suficientes veces a lo largo de los años como para saber moverse por ella. Nos conocimos a través de Swift Edge poco después de que yo firmase con ellos, y el tío me acogió bajo su ala. Me ayudó con la transición de Cherry Peak a Nashville y, cuando llegó el momento de dar conciertos más grandes e importantes tras el lanzamiento de mi primer disco, pidió que fuese su telonero. Todo iba genial, hasta que dejo de ser así.

No esperaba que apareciese Anna. Y sé que Killian tampoco esperaba que yo encontrase a alguien que me atase de nuevo a

casa.

Entramos en la cocina y se sienta en la larga isla de mármol mientras yo saco unas cervezas de la nevera. Después de quitarles las chapas, le ofrezco la suya y él la acepta de buena gana.

—¿Qué tal las navidades en casa? —pregunta.

—¿Me estás diciendo que no has leído nada sobre mí en internet?

Da un trago a la cerveza y deja la botella sobre la mesa con una carcajada.

—¿Me estás diciendo que las revistas de cotilleos han estado contando la verdad todo este tiempo?

—Eso depende de qué hayan dicho.

—Solo que le has echado el lazo a una belleza. Al parecer, te has vuelto a mudar a tu casa y te has instalado allí. Teniendo en cuenta que estás aquí y no en Cherry Peak, entiendo que no tenían razón.

Me encojo de hombros.

—A medias. Hay una mujer a la que quiero y con la que quiero sentar la cabeza. Estoy aquí para conseguir que eso ocurra. Pero todavía no me he mudado allí. No a tiempo completo.

—Ya era hora de que encontrases a una mujer. Me preocupaba que fueses a cumplir los treinta, solo y viejo, sin nadie que te arrope en la cama.

—Tú eres mayor que yo, imbécil.

Me guiña un ojo e inclina la botella húmeda para dar otro trago. Se lame los labios y dice:

—Mayor en edad, no en espíritu.

Suelto un fuerte suspiro.

—Ojalá fuese tan fácil como mudarme allí, pero no lo es. Lo sabes tan bien como yo.

—Supongo que sí. Pero no me creo que no hayas estado pensando en una forma de hacer que esto funcione.

—Pues claro que he estado dándole vueltas. Joder, en eso mismo estoy. ¿No tendrás algún consejo? Esto se me escapa por completo. ¿Cómo lo haces tú?

Killian hace girar la botella entre las palmas de las manos y se inclina sobre la encimera para mirarme fijamente.

—¿Me estás preguntando cómo conseguí que mi mujer se quedara para siempre o cómo he logrado compaginar una familia con esta profesión?

—Las dos cosas. Todo lo que estés dispuesto a contarme, vaya.

Asiente con la cabeza y habla con los ojos brillantes.

—Mira, no hay una respuesta sencilla ni una fórmula mágica. Vas a por ello y ya. Luchas por lo que quieres. Lila fue mía desde el momento en que la vi, y supe que no volvería a ser feliz sin ella. Las cosas se complicaron, como siempre ocurre con el estrés y las preguntas, y para gente como tú y como yo no es fácil poner a aquellos a los que queremos en el punto de mira. Sin embargo, llega un momento en el que tienes que preguntarte si estás dispuesto a que el miedo te robe la felicidad. Todavía me acojona que algo le ocurra a mi familia, eso nunca desaparece. ¿Pero ver a mi mujer en casa con mis hijos? Hace que todo valga la pena.

—Dicho así parece muy fácil —murmuro, y empiezo a sentir un dolor detrás de las costillas.

Killian da golpecitos contra la mesa con el culo de la botella y suelta una carcajada desde lo más profundo de la garganta.

—Qué va, no es nada fácil. Lila no pidió las expectativas que trajo consigo convertirse en mi esposa. Nunca pensó que invadirían su

privacidad ni que se vería expuesta a comentarios desagradables en sus redes sociales todos los días. Yo simplemente di un paso atrás, dejé que decidiera qué estaba dispuesta a sacrificar para estar conmigo y me aseguré de compensarlo con otras cosas. Eso es el amor, Brody. Me arriesgo a parecer un ñoño, pero el amor se basa en hacer sacrificios. Ella da algo y yo doy algo en reciprocidad. Un equilibrio, ¿sabes?

»Tienes que confiar en que tu mujer sabe lo que quiere y qué está dispuesta a hacer para conseguirlo. Si te está diciendo que sí, joder, tío, confía en ella y tráetela. Créela cuando dice que está bien y que cree que mereces la pena. No puedes decir que no a una mujer así, sobre todo si la quieres con locura, como es tu caso.

Apoyo los codos en la encimera y dejo que sus palabras calen en mi mente.

—Tengo suerte de tenerte en mi vida, Kill. Eres mucho más sabio de lo que jamás te he reconocido.

—Oh, no te me pongas blandito todavía. Espera a que hayas conseguido que tu mujer se quede para siempre.

La cerveza no me parece para nada apetecible ahora mismo. La expectación me recorre las venas. Quiero subirme ya a un avión y volver con Anna con esta nueva idea latiendo en mi interior, pero sé que no es el momento. Todavía no.

—Quiero que esto sea lo más fácil posible para ella. Tengo muchísimas cosas encima ahora mismo y aún no sé cómo afrontarlas —digo con un fuerte suspiro.

—¿Hablas del disco?

—Y de la gira. Garrison quiere que empiece en un par de meses. Y el disco en la mitad de tiempo.

La expresión de su rostro es reflexiva y concentrada.

—¿Qué tal si me hablas un poco sobre Anna antes de que vuelva a sumergirme en el pozo de mi conocimiento? Quiero oírlo todo sobre la mujer que te tiene tan pillado.

Y no dudo en hacerlo. Le cuento cómo nos conocimos, el rato que pasamos juntos en la boda y lo rápido y mucho que me he enamorado de ella. Le cuento que le encanta el rancho y que el rancho la ama a ella también. Kill asiente con la cabeza con cada palabra y se ríe cuando le cuento que busqué hasta debajo de las piedras una vaca de las tierras altas para regalársela porque una sola vez mencionó que quería una, y que incluso le he construido su propio establo en el prado.

Le hablo de todas sus cosas favoritas y del miedo que le da conducir por carreteras heladas. Sonríe con satisfacción cuando le hablo de su sueño de tener su propia peluquería, y su reacción me da demasiada curiosidad como para dejarlo pasar.

—¿Qué?

Deja la botella a un lado y se rasca la parte inferior de la mandíbula.

—La hija de Lee Rose vive en Cherry Peak, ¿verdad? Me hablaron de ella hace unos meses en una de las fiestas de verano de Lila, y mi mujer no ha dejado de hablar de ella desde entonces. Joder, ¿cómo se llamaba? Empieza por W.

—¿Wanda? Sí, está en Cherry Peak. Es la propietaria del salón en el que trabaja mi mujer.

El cambio de tema me confunde, pero dejo que siga adelante. Wanda creció en Cherry Peak con su madre, no con su padre. No hemos tenido una relación lo bastante estrecha como para

preguntarle sobre su padre, más allá de lo que el pueblo sabe, y aunque la hubiésemos tenido, no creo que hubiese metido las narices en el tema. Hay una razón por la que Lee Rose no es nativo de Cherry Peak, y creo que tiene más que ver con su hija que con su trabajo.

Lo único que sé es que Wanda ha estado entrando y saliendo del pueblo desde poco después de que se graduara en el instituto. He perdido la cuenta del número de negocios que ha empezado solo para abandonarlos unos meses o años después. La peluquería es solo un interés temporal para ella. Ser consciente de eso hace que algo se agite en mi interior.

—Joder, sí, es verdad —dice Killian.

—¿Por qué este repentino interés en Wanda?

—Bueno, por lo que he oído, después de todos estos años, ha mostrado interés por su viejo padre. Era de dominio público que Lee era un padre de mierda que se largó fingiendo que no conocía ningún lugar llamado Cherry Peak, así que Wanda ha llamado un poco la atención con tantas preguntas tan de repente —explica.

Frunzo el ceño, todavía confundido.

—Vale, así que era un padre de mierda. Eso no responde a mi pregunta.

—Porque no me estás dejando terminar. Mi mujer es un poco cotilla, lo que me convierte a mí en cotilla de rebote. Por lo que me ha contado, Wanda está pensando en marcharse para enfrentarse al viejo. No estoy seguro de por qué, pero el salón seguramente cierre si se va ella.

—¿No lo va a traspasar? ¿Va a dejar tiradas a todas sus empleadas, sin más? —pregunto con un nudo de preocupación y

enfado en el estómago.

Killian se inclina hacia atrás en la silla, cruza los brazos encima del pecho y esboza una sonrisa burlona que le estira las comisuras.

—No si ya hay alguien que sueñe con tener su propia peluquería, supongo. Tal vez una mujer cuyo nombre rime con «banana».

Pestañeo dos veces.

—¿Crees que Anna debería comprarle el negocio?

—Creo que tú deberías comprarlo para ella. Ayúdala con su sueño igual que ella te ayuda con el tuyo. Ella da algo y tú das algo. Saber que Lila está en casa con los peques a la vez que se dedica a lo que más le gusta con su línea de ropa hace que me resulte más fácil marcharme para hacer lo que me gusta a mí. Puede ser muy fácil dejar que nuestra carrera absorba la vida de aquellos que nos rodean, Brody. Sé que mi mujer es fuerte y sabe luchar ella solita; Dios sabe que me ha mantenido cuerdo todos estos años, pero cuando tuve la oportunidad de ayudarla con su sueño, no lo dudé. Puede que Anna te mande a la mierda y te diga que te has pasado de la raya, pero merece la pena intentarlo.

No voy a negar que la idea de poder ayudarla con esto me haría sentir más satisfecho que casi nada de lo que he hecho en la vida. Saber que está en casa, feliz y ocupada haciendo lo que le gusta, mientras yo estoy haciendo lo que tengo que hacer me dejaría la mar de tranquilo.

Anna quiere estar en Cherry Peak. Allí ha encontrado un hogar y unas amigas que se merece más que nada. Ser la propietaria de su propia peluquería sería la guinda del pastel. La última pieza del puzle de su nueva vida.

—¿En algún momento se vuelve más fácil? Aunque la ayude con el salón, la idea de dejarla todavía me chirría. Las giras no son unos pocos días tranquilos en la carretera. Lo sabes mejor que yo —divago.

—Siempre la echarás de menos. Siempre vas a desear que esté a tu lado en el bus, o esperándote detrás del escenario. Lo único que puedes hacer es concentrarte en volver con ella cuando hayas acabado. Bueno, eso y llevarla contigo siempre que puedas. No te tortures obligándote a no pedirle que te acompañe. Te aseguro que ella te echará de menos tanto como tú a ella. No lo hagas más difícil de lo que tiene que ser. Y antes de que lo preguntes, sé que te preocupa la grabación del disco, pero eso no es nada. Es poco tiempo en comparación con el futuro que os espera. No le des tanta importancia.

Tiene razón. Toda la razón. Me siento como un estúpido por preocuparme tanto por cosas que tienen fácil solución. Culpo a esa escoria de periodista por todos estos malditos miedos y dudas. He sido un idiota. Anna está enamorada de mí igual que yo lo estoy de ella. Es esa clase de amor que te haría mover montañas por ella, solo para vislumbrar su bonita sonrisa; que te haría quemar a cualquiera que pensase siquiera en arrebatarle la felicidad. No hay distancia que pueda romper eso.

Pronuncio las siguientes palabras rápidamente y con determinación.

—Entonces, supongo que es hora de ponernos manos a la obra.

CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO

# Annalise

Por primera vez desde que me mudé a Cherry Peak, no voy a trabajar el martes por la mañana.

Me he despertado con un mensaje de Wanda en el que me animaba a tomarme los próximos días libres, e inmediatamente he sabido que no valía la pena discutir, aunque me vendría bien el dinero. Unos días libres significan que tendré la oportunidad de ir al rancho a visitar a Banana. La primera llamada que he hecho después de colgar ha sido a Eliza.

He ido a cenar al Rancho Steele casi todas las noches desde que Brody se marchó la semana pasada, pero esta será la primera vez que podré jugar con Banana a la luz del día. Eliza ha hecho un trabajo increíble manteniéndome alimentada y ocupada los últimos días; por orden de Brody, no lo dudo. Creo que he subido al menos cinco kilos gracias a su increíble comida y a las galletas y magdalenas caseras. Tengo la nevera tan repleta de táperes apilados y llenos hasta arriba de sobras, que no me hecho falta ir a comprar.

Los trabajadores del rancho que corren del establo al granero y por todas partes no me prestan atención cuando Bryce detiene el coche para que me baje. Todos están bastante acostumbrados a verme por allí, y eso me hace increíblemente feliz. Incluso Wade me

ha cogido cariño. Me sonríe suavemente y me enseña datos sobre la historia del rancho y sobre lo que se debe y no se debe hacer con el ganado. Saber todo eso me ha ayudado con Banana. Quiero asegurarme de saber cómo cuidarla bien y parece que Wade quiere ayudarme a hacerlo.

Algo que sigo queriendo aprender es a montar bien a caballo, pero no quiero que me enseñe nadie que no sea Brody. «Algún día, quizá».

—Escríbeme cuando quieras que venga a recogerte. Y, por favor, no olvides robarme un par de galletas de la señora Steele. Te juro que se derriten en la boca —dice Bryce con un gemido mientras desbloquea las puertas del coche.

—Puedo pedirle a Wade que me lleve después de cenar.

—Que te tutees con ese hombre nunca dejará de sorprenderme. Es intimidante de cojones.

—En realidad es bastante tierno cuando lo conoces.

Niega con la cabeza, sin llegar a creérselo.

—Te tomaré la palabra. Pero si él no puede llevarte, avísame, ¿vale?

—Lo haré. Gracias por traerme —digo, y le doy un beso rápido en la mejilla.

—De nada. Diviértete con la peque.

Con la promesa de enviarle fotos, me bajo del coche y subo los escalones del porche. Me parece de mala educación no llamar a la puerta, así que golpeo tres veces y espero hasta que el rostro sonriente de Eliza aparece delante de mí.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que entres directamente? —pregunta mientras me acompaña al interior.

—Pues seguramente unas cuantas más —le digo con sinceridad.

El olor a asado invade la casa y me hace la boca agua. Por instinto, cojo la pesada chaqueta acolchada del perchero y se la ofrezco a Eliza. Ella desliza los brazos en el interior como ha hecho cada noche después de cenar.

—Llegaremos a ese punto, querida. Ahora, vámonos, que llevo toda la mañana deseando ver a esa niña tuya. Me alegro mucho de que hayas venido pronto —dice, ya con las botas puestas cuando salimos al exterior.

El sol brilla, pero no calienta. Según Wade, todavía queda mucho para eso. Me pregunto qué temperatura hará hoy en Nashville, y si Brody irá tan abrigado como yo con su chaqueta gruesa y sus guantes. Hemos hablado justo antes de que Bryce me recogiese, aunque solo ha sido un ratito. A estas alturas, tengo claro que ninguna llamada será lo bastante larga. No con lo mucho que lo echo de menos.

Siento un dolor profundo en el alma que parece no aliviarse por mucho que lo desee. En los tres años que estuve con Stewart, no me sentí así ni una sola vez cuando estuvimos separados. Ni una. Da miedo, pero en el mejor sentido posible.

«Me siento viva».

—Estás pensando en él —dice Eliza con suavidad mientras recorre al mismo ritmo que yo el sendero que lleva al pasto.

—Parece que siempre estoy pensando en él.

—Es difícil tenerlo lejos; no te voy a mentir diciéndote que no es así. Sin embargo, no hay nada mejor que la sensación de darle un gran abrazo en el momento en que vuelve.

Sonrío para mis adentros al oír eso.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

La dulce mujer a la que tanto cariño le he cogido no duda al responder:

—No hace falta que pidas permiso.

—¿Cuándo te casaste con Wade? Parece que los dos seguís muy enamorados, y supongo que me cuesta asimilarlo. Mis padres no eran como vosotros cuando era niña, y menos aún cuando crecí.

Me resulta increíblemente inquietante quitarme la coraza protectora y exponer mis pensamientos más íntimos de esta forma, pero sé que Eliza no me juzgará. No recibiré otra cosa aparte de una cálida comprensión a la que me aferro con todas mis fuerzas.

—Nos casamos cuando yo tenía dieciocho años, y él, veinte. Las cosas eran muy distintas entonces en lo que respecta al matrimonio, pero aunque no lo hubiesen sido, me habría casado con él tan joven igualmente. Conocí a Wade y lo supe, sin más. Rezo todas las noches por no olvidar jamás ese momento tan bonito, ni siquiera cuando me empiece a fallar la memoria.

»El amor verdadero no necesita un certificado de matrimonio, pero he disfrutado mucho de poder referirme a él como mi marido. No es más que otra forma de poder considerarlo mío. Siento que no tuvieses la oportunidad de presenciar ese tipo de relación cuando eras pequeña.

—Mi padre siempre tuvo un único amor verdadero: su trabajo. Ya lo he aceptado, pero todavía le guardo rencor por haberme robado la oportunidad de ser testigo de un matrimonio real durante mis años de desarrollo. —Hago una pausa y me miro la punta de las botas—. Ya sabes que estuve prometida antes de mudarme aquí, pero ni siquiera con el anillo de Stewart en el dedo sentía esa

emoción que sabía que debía sentir por el gran día. Entiendo que eso pueda hacer que pienses mal de mí. —No me gusta nada lo débil e insegura que suena mi voz.

—Eso nunca podría hacerme pensar mal de ti. No existe ninguna regla que diga que todos tenemos que querer las mismas cosas en la vida. Se trata de encontrar a la persona cuyos sueños encajen con los tuyos, sean cuales sean —afirma Eliza con vehemencia.

Parpadeo para esquivar una oleada de emoción y pregunto:

—Brody es tu único nieto. ¿No quieres que se case algún día?

—Quiero muchas cosas para él, cariño. El matrimonio no es nada en comparación con el simple hecho de verlo feliz.

La confianza que transmiten sus palabras tranquiliza una parte de mí que no sabía que estaba preocupada por la idea de tropezar con ese posible obstáculo.

Un segundo después, desengancha la verja de metal y me acompaña hasta el prado, con la conversación ya olvidada y sin necesidad de darle unas incómodas gracias. Banana se acerca dando saltitos de inmediato, como si nos hubiese estado esperando toda la mañana. Las otras vacas la observan con interés y algunas de ellas se quedan cerca. Se me hincha el corazón ante su instinto protector. Banana ha encontrado aquí una manada igual que yo, y eso me hace sentir aliviada y tranquila.

Eliza es la primera en estirar una mano y rascarle la parte superior de la peluda cabeza.

—Buenos días, pequeñina. Has estado manteniendo a raya a estas novillas, ¿eh?

—Si alguien puede hacerlo es esta descarada. —Banana da un salto hacia delante y yo me agacho para acariciarla—. Sí, yo también

te he echado de menos.

—Es una absoluta mimada —dice Eliza.

—Sí, lo es. Pero la culpa es toda de Brody.

—Espero que me creas cuando te digo que nunca lo he visto hacer algo así por nadie. Le has cambiado completamente con tu amor, Anna. Ha sido surrealista ver el giro que ha pegado en los últimos meses.

—Él ha hecho lo mismo conmigo. Nunca he sido tan feliz. Nunca —admito.

Eliza esboza una gran sonrisa.

—Te espera una vida maravillosa, cariño. Más vale que te abroches el cinturón.

No me molesto en decirle que lo hice en cuanto conocí a Brody en el Peakside.

* * *

BRODY

Mi cuerpo me grita que vuelva a subirme a la camioneta y conduzca hasta la casa de Anna. Joder, la echo tanto de menos que casi me rindo. Si no fuera por el miedo a no saber recuperar esta determinación tras perderme otra vez en la sensación de tenerla a mi lado, ya lo habría hecho.

He sentido la misma emoción desde aquella conversación con Killian en Nashville. El mismo deseo de ponerme a trabajar y solucionar todos mis problemas antes de volver con mi mujer. Tardé

varios días en organizarlo todo con Wanda, pero hay una cosa más que tengo que hacer ahora que he vuelto al rancho.

Ojalá no hubiese tardado tanto en llegar hasta aquí, en recorrer el camino hasta los establos con el corazón latiéndome con fuerza en la garganta y los dedos temblorosos. Sin embargo, ahora que estoy aquí no hay marcha atrás. Este es mi próximo paso. El movimiento que tengo que hacer para seguir adelante con mi vida. Se acabó esconderme del dolor que siento en el pecho. No puedo concentrarme en el futuro si una parte de mí sigue amarrada al pasado.

Está oscuro cuando llego al establo, y las luces con sensor de movimientos colocadas encima de la puerta se activan al agarrar el picaporte y deslizarlo para abrirla. El silencio envuelve el espacio antes de que el ruido de los cascos sobre el heno lo rompa. Enciendo las luces del lado derecho. Sky ya me está mirando cuando recorro el pasillo entre las cuadras, con la cabeza de nuevo asomada sobre la valla.

—Siento despertarte —susurro, deteniéndome a unos metros de ella.

Se me forma un nudo en la garganta por la emoción y siento que un kilo de rocas me cae en el estómago. El amor que expresan sus ojos marrones hace que me tambalee sobre los talones. Es demasiado. Más de lo que merezco.

—He pensado que tú y yo podríamos ir a dar un paseo esta noche.

Es como si pudiese entenderme. Arrastra las pezuñas tras la valla y se le escapa un suave relincho. Noto un cosquilleo en los dedos por el deseo de tocarla, pero me contengo. Todavía no.

—Entiendo que te parece bien. Vas a tener que ser paciente conmigo. Estoy un poco oxidado —le digo.

Su silla está colgada en un lateral y, cuando la agarro con manos sorprendentemente firmes, noto que su peso es justo el adecuado. Sky espera paciente a que abra la valla y entre en su cuadra. Ensillarla me lleva más tiempo del que me gustaría admitir, pero me alegra saber que no he olvidado cómo hacerlo. Tal vez fuese una estupidez pensar que eso podía pasar.

Le acaricio el cuello con la palma de la mano, y suelto un tembloroso suspiro al notar el conocido cosquilleo de su suave pelaje contra mi piel. El mundo que nos rodea desaparece, y me dejo llevar por la sensación de perfección que me invade al estar junto a mi yegua: mi mejor amiga, la que me ha acompañado durante los momentos más importantes de mi vida. Cometí un error al alejarme de ella, pero el día de hoy marca un nuevo comienzo para los dos.

—Un paso hecho. ¿Me vas a dejar subir, chica?

Exhala un largo suspiro y da un paso lateral hacia mí. Suelto una risita y le doy unas palmadas en el cuello.

—De acuerdo, ahora no hagas ningún movimiento brusco, por favor.

El peso de las riendas es bienvenido en mi puño sudoroso al poner el pie en el estribo y subirme a su lomo con un movimiento fluido. No mueve ni un músculo cuando me siento en la silla, con los muslos apretados con fuerza contra sus costados. Con demasiada fuerza.

Cierro los ojos y me recorre una oleada de emoción. Estoy tenso y la cabeza me retumba a causa de los recuerdos y de un profundo dolor que no me he permitido sentir en una década. Cuando una

lágrima me cae por la mejilla, me río, y al abrir los ojos descubro que tengo la mirada borrosa.

Como si dos pezuñas de toro me hubiesen golpeado en el estómago, se me corta la respiración, y tomo bocanadas de aire frío en el establo que mi madre ayudó a construir cuando yo era un niño. Por primera vez desde que sepulté mis emociones y me obligué a ser fuerte por mi familia, lloro.

No me doy cuenta de que hemos empezado a movernos hasta que el primer copo de nieve me cae en el rostro. Sky sale trotando tranquilamente del granero y recorre el camino que lleva hacia los árboles detrás de la casa de invitados, el mismo que seguíamos todos los días después del colegio. Ajusto el agarre de las riendas, corrijo mi postura y disfruto del movimiento de la silla entre mis piernas, una sensación que no he experimentado en mucho tiempo. Los movimientos de Sky y los míos se fusionan. No noto el frío mientras nos alejamos cada vez más de la casa, en dirección a la pequeña hilera de árboles que separa la parte delantera del rancho del extenso terreno que hay detrás.

Paseamos por el pasto y alrededor del taller. Dejamos atrás la estructura rosa que yo mismo construí y la vaquita que descansa debajo, jugando con un ternero. El rancho adopta un nuevo aspecto mientras remiendo esos trozos de mí que creía desgarrados desde hace tiempo.

Y cuando Sky y yo nos acercamos de nuevo al establo, la dirijo de vuelta al exterior, esta vez con un suave apretón de piernas que nos hace surcar la noche. Mi risa nos sana a ambos.

CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO

# Annalise

Ver a Brody a lomos de Sky la mañana siguiente hace que me tropiece y casi termino con la boca llena de nieve sucia. Su postura es perfecta y segura. El brillo de sus ojos es simple y llanamente mágico. No estaba preparada para esta imagen, pero no me voy a quejar.

Recupero el equilibrio y corro hacia él, y no me importa que el camino esté resbaladizo por el hielo ni que Poppy esté observándonos por el espejo retrovisor mientras se aleja en el coche. Merecería la pena rasparme las rodillas o tener que aguantar las burlas solo para llegar a él lo más rápido posible. Se me acelera el corazón cuando la distancia entre nosotros disminuye y Sky echa las orejas hacia delante, observándome.

Brody me regala una sonrisa descarada, tan radiante que mis rodillas amenazan con ceder ante su belleza. Lleva el sombrero bien calado sobre la frente, la chaqueta cerrada hasta arriba y las botas metidas en los estribos. Nunca he visto a nadie que tuviese un aspecto tan regio sobre una silla de montar. Como si estuviera destinado a estar allí, incluso como si hubiera nacido para ello. Y es así, exactamente.

Nació para montar a Sky; son como dos mejores amigos unidos por la propia naturaleza.

Estoy hecha un desastre emocional bajo una sonrisa cálida y la piel sonrojada cuando finalmente alcanzo a la pareja. Mi hombre no duda en bajarse de la silla, rodearme con los brazos y ahuecarme la cara con las manos como parece hacer siempre. Nuestro primer beso después de una semana separados es abrumador. Es una oleada de amor, anhelo y deseo, lo bastante fuerte como para dejarme sin aliento y hacer que se me acelere el corazón. El mundo que nos rodea brilla más, se siente más cálido, se completa. La alegría florece en mi interior y un valle de flores vibrantes cobra vida en los lugares más ocultos de mi cuerpo. Huelen a él, a nosotros.

Lo abrazo con tanta fuerza como él a mí y vuelco todo lo que siento en la forma en que le devuelvo el beso. Sky relincha detrás de él y se sacude hacia delante, lo que hace que nos tambaleemos. Recupero el aliento poco a poco y, cuando miro por encima del hombro de Brody, me encuentro con un gran ojo marrón que nos observa expectante. Le guiño un ojo.

—Te he echado de menos, cielo —dice Brody con la voz ronca, ignorando a Sky un poco más y concentrándose totalmente en mí.

—¿De verdad? Después de ese recibimiento, no estaba segura.

Deslizo las manos por debajo de su chaqueta y le acaricio la espalda. Le recorre un escalofrío y me da un beso en la punta de la nariz.

—Muy bien, listilla.

—Yo también te he echado de menos, Brody —murmuro antes de robarle otro beso y abrazarlo con fuerza.

—Parece que Sky también te ha echado de menos. Cosita…

El caballo de color canela, que al parecer ha decidido que ya se ha cansado de esperar, empuja a Brody y se acerca a mí. Me río cuando se frota contra mi hombro para exigir atención.

—¿No te ha dado mimos suficientes, preciosa? —le pregunto mientras le doy palmaditas en el cuello y en el hombro.

—Ha recibido más atención las últimas veinticuatro horas de la que ha recibido en mucho tiempo. Ahora es pura codicia.

—¿Estabas aquí anoche, entonces?

Me lo imaginé cuando dejó de contestar a mis mensajes poco después de que volviese al pueblo. Mi primer instinto fue correr al rancho en cuanto llegó, pero algo me dijo que esperara. No sé qué pasó aquí anoche, pero me alegra verlo feliz en presencia de Sky. Parece que se ha quitado un gran peso de encima, como si se hubiese renovado y simplemente se sintiese en paz.

Se coloca al otro lado de Sky y le acaricia suavemente el lomo.

—Sí. Hemos estado paseando hasta que ha salido el sol. En cuanto me subí a la silla, me pareció imposible bajar de ella. Llegamos incluso al pueblo. Pasamos por delante de tu casa y subimos por Main Street.

Siento un nudo en la garganta.

—Me hubiese encantado verlo.

—Pensé en despertarte e invitarte a venir con nosotros, pero decidí esperar hasta hoy.

Doy un grito ahogado y detengo la mano a media caricia sobre el hombro de Sky.

—¿Vamos a salir a montar?

Se ríe con fuerza y asiente con la cabeza.

—Si te apetece. Hay una cosa en el pueblo que quiero enseñarte.

—¿De verdad está permitido hacer eso?

—Llevo montando por el pueblo desde que era un niño. Hasta anoche llevaba mucho tiempo sin hacerlo, pero ahora mismo me la trae al pairo si alguien tiene algún problema.

Frunzo los labios cuando una sonrisa amenaza con escapar de ellos. Se me acelera el pulso por la emoción.

—¡Entonces, sí! Sí, sí, sí. Pero no te creas que esto significa que te has librado de contarme todo lo que ha pasado en Nashville esta última semana. He estado esperando con impaciencia —le advierto.

No me discute, simplemente se acerca y me agarra de las caderas para ponerme frente a él. Sentir su cuerpo contra el mío es adictivo y fascinante, y casi siento que me podría deshacer. Sobre todo cuando me pasa una mano por el pelo de la nuca, entierra la cara en mi cuello e inspira con un gemido grave y desesperado. Trago saliva con fuerza y él me encuentra el pulso con los labios y me recorre la parte inferior de la mandíbula con la lengua.

—Nunca me ha gustado que me den órdenes, Anna, pero cuando lo haces tú la polla se me pone dura como una piedra. Te dejaría darme órdenes todo el puto día si eso significase poder abrazarte así después. —Me hinca los dientes en la piel sensible de detrás de la oreja y susurra—: Llevo una semana masturbándome con los recuerdos de la vez que me montaste. ¿Te has tocado pensando en mí?

—Ay, madre mía. —Me recorre un escalofrío tan violento que hace que se me sacuda todo el cuerpo. Me pongo tensa por la excitación y el clítoris me palpita—. No puedes decirme estas cosas aquí fuera. No cuando cualquiera podría pasar cerca y oírlo.

—Nadie con dos dedos de frente se plantearía ni por un segundo venir aquí cuando por fin puedo volver a tocarte después de estar fuera una semana. Es un puto milagro que no te haya follado ya contra la pared del establo, estando tan fuera de mis cabales como estoy ahora mismo.

Apoyo la frente contra su pecho y maldigo el roce áspero de mis pezones contra el sujetador, cuando cualquier mínimo movimiento hace que me recorra una oleada de placer por la espalda.

—Primero llévame a montar por el pueblo. Si dejo que me folles ahora mismo, no terminaremos hasta mañana y estoy demasiado emocionada para esperar. Tenemos mucho tiempo por delante para estar juntos, ¿verdad?

Me mira fijamente con una expresión tan concentrada e intensa que hace que me olvide de la excitación que siento por el momento.

—Tenemos tiempo, nena. Te devoraré más tarde, toda la maldita noche, si me salgo con la mía.

—Suena perfecto.

—Vamos a subirte a la silla, entonces. Desliza el pie izquierdo en el estribo y coge las riendas con la mano izquierda.

Sigo sus instrucciones, demasiado emocionada para pensar en nada más que en montar a Sky. Se me escapa un gritito cuando Brody utiliza la mano que tiene en mi cadera para darme impulso en el momento en que levanto la pierna derecha para alzarme y sentarme en la silla. Me coloco bien con un fuerte suspiro antes de aflojar las riendas, sintiéndome mucho más alta de lo que realmente estoy. Agradezco que Sky no se mueva mientras intento encontrar una posición natural en la silla.

—¿Bien? —pregunta Brody de pie a mi lado mientras le acaricia el cuello a Sky—. Es normal que no te sientas segura todavía, pero no se moverá hasta que estemos listos para que lo haga. Mantén la espalda recta y sujeta las riendas, pero no muy fuerte.

Se monta sobre Sky con mucha más elegancia que yo. En un abrir y cerrar de ojos, está sentado detrás de mí, con el pecho pegado a mi espalda. Sujetamos las riendas juntos y después comenzamos a avanzar a un ritmo lento y tranquilo.

—Intenta moverte con ella. Relaja las piernas y déjate llevar —dice Brody con suavidad y la boca muy cerca de mi oreja.

—La teoría es muy fácil —admito.

Me da la razón con un murmullo.

—Montar a caballo requiere práctica.

—Menos mal que tengo un gran profesor, entonces.

—Estarás montando tú sola en nada y menos —dice, y guía a Sky a través de la verja del Rancho Steele hacia la carretera que lleva al pueblo—. ¿Te apetece ir un poco más rápido?

A pesar de los nervios, me apresuro a decir:

—Sí.

Brody me pasa un brazo por la cintura y me agarra de la hebilla del cinturón antes de que Sky acelere. No empieza a correr de repente, pero el aumento de la velocidad modifica mi postura sobre la silla y el rebote me toma por sorpresa.

—No voy a dejar que te caigas. Relaja las piernas y muévete con ella —indica con suavidad.

Es difícil pensar en otra cosa que no sea la sensación de tenerlo constantemente detrás de mí, abrazándome de manera protectora, pero lo intento. Poco a poco, empiezo a relajarme y a luchar contra

la incomodidad de los rebotes. El golpeteo rítmico de sus cascos contra la nieve me envuelve, e intento dejarme llevar por él.

—¿Cómo has conseguido mantenerte alejado de ella durante tanto tiempo? Esto es increíble. Me siento libre —digo, desconcertada por el repentino amor que siento hacia esta nueva experiencia.

Hay algo que encaja en su sitio, tal vez la sensación de estar haciendo lo correcto.

Brody me sujeta con más fuerza y su cálido aliento me roza la nuca.

—Era un idiota testarudo, demasiado aterrorizado como para reconocer que me había pasado la vida reprimiendo el dolor. A mi madre le encantaba rehabilitar caballos heridos. Toda su carrera se centraba en cuántos caballos salvajes sería capaz de domesticar y curar tras haber sufrido torturas. Esa pasión fue lo que me la quitó.

—¿Qué ocurrió? —pregunto, haciendo caso a mi instinto cuando me dice que no va a salir corriendo con el rabo entre las piernas.

Ya está preparado para hablar, lo sé en lo más profundo de mi ser.

—Fue un accidente inusual. Siempre quiso sobrepasar los límites y hacer lo que nadie creía posible. Esa noche, ese mismo deseo la llevó a ella y a una de las yeguas maltratadas demasiado lejos, a la zona este del rancho, donde sabía que nadie iría a buscarlas. Nadie la encontró hasta horas después de que la tirase al suelo uno de los caballos más salvajes con los que había estado trabajando. El lugar equivocado, el momento equivocado y el caballo equivocado. Todo salió mal. Había demasiadas piedras por el camino y cuando salió volando…

Aparto la mano derecha de las riendas para cogerle la suya, con la que me rodea la cintura, y darle un apretón con la esperanza de que

pueda sentir la fuerza que intento transmitirle.

—No tienes que continuar. Lo siento, Brody. Lo siento muchísimo.

—Gracias. —Entrelaza sus dedos con los míos—. Después de eso estuve años sin poder tocar un caballo. Solo a Sky, pero incluso eso se volvió demasiado doloroso. Los odiaba a todos por lo que había pasado, y eso no era justo. Era más fácil culparlos a ellos en lugar de al universo por haberme quitado a mi madre.

—¿Y qué ha cambiado?

Brody se inclina hacia delante, apoya su mejilla en la mía y me hace cosquillas en la mandíbula con la barba, como tanto me gusta.

—Tú. Querer un futuro contigo y darme cuenta de que me he estado escondiendo de muchas cosas en la vida. Quiero volver a hablar de ella, contigo, y ser capaz de hacer todas las cosas que me encantan con la mujer a la que quiero. Sencillamente, ha llegado el momento.

Se me empañan los ojos mientras me inclino en su dirección y giro la cara hacia el cuello de su chaqueta. El calor que irradia me da un bienvenido descanso del viento, pero solo aumenta mi consciencia de las lágrimas que me corren por las mejillas, y de las respiraciones entrecortadas con las que intento contener los sollozos.

Brody no dice nada más durante un largo rato mientras Sky reduce la velocidad. Agradezco su silencio. Me sentiría demasiado abrumada si intentase decirme algo más. Todo esto es muy difícil de entender. El hombre que tengo detrás es increíble. No lo vi venir hasta que estuvo justo delante de mí con su sombrero de cowboy, sus botas sucias, sus uñas manchadas de grasa y sus preciosos ojos azules.

Brody Steele ha sido la mayor de las sorpresas, pero también una suerte mayúscula. La última pieza del puzle que construye mi nueva vida. Y es una vida increíble, joder.

—Mira a tu alrededor, cielo —susurra Brody unos minutos después.

Con un jadeo lastimero, me seco rápidamente las mejillas y me giro hacia delante para observar lo que me rodea.

—¿Por qué estamos en la peluquería?

Lleva a Sky hasta el bordillo y se detiene justo delante de las puertas principales. La calle está vacía, casi abandonada en comparación a cómo suele estar un día normal entre semana. Estoy segura de que a las pocas personas que decidan salir hoy les divertirá ver a Sky en el lugar donde suele aparcar Brody normalmente su camioneta.

—He pensado mucho en Nashville, Anna. En ti, en nosotros y en mi carrera. Y sobre todo en el futuro. —Se baja de Sky y se queda de pie. Lo miro cuando me ofrece una mano. La acepto, dejando que me ayude a bajar. Cuando estamos cara a cara sobre suelo firme, se acerca a mí y me empuja contra el fuerte cuerpo de Sky.

—Cherry Peak es tu hogar. Te ha estado esperando todos estos años igual que yo, y quiero que tengas aquí todo lo que siempre has soñado. Conmigo o sin mí, quiero que seas lo más feliz posible.

—Eso suena genial, Brody. Es lo único que quiero. Te quiero a ti —digo en un frágil susurro.

—Una vez me contaste tus sueños, y no los he olvidado. Si yo logro vivir los míos contigo a mi lado, tú recibirás lo mismo.

—¿De qué estás hablando? —pregunto con voz débil y entrecortada, mientras me aferro a su chaqueta para evitar que me

tiemblen los dedos.

—He puesto mi casa de Nashville a la venta y, a no ser que pase por allí de gira, no pienso volver. Cherry Peak es mi hogar y es donde pienso alojarme cuando no esté en la nueva sede de Swift Edge en Calgary, o de gira. Ya he pedido que puedas acompañarme siempre que quieras, y espero que lo hagas a menudo. Eso solo deja una cosa pendiente —dice, y la expresión de su rostro es relajada, pero le brillan los ojos de la emoción.

Veo cómo mira detrás de mí hacia la peluquería, el lugar que me acogió cuando no tenía nada durante mi primera semana en el pueblo. Con el corazón en un puño, me doy la vuelta y observo el edificio. La ausencia del letrero sobre la puerta hace que la cabeza me vaya a mil.

—Es tuyo. Todo —me dice al percatarse de mi confusión.

Abro la boca de par en par y me giro para mirarlo, sacudiendo la cabeza.

—¿Qué quieres decir con que es mío? ¿Dónde está Wanda?

Brody me aparta los dedos de su chaqueta y los rodea con la mano. Me doy cuenta de que parezco tonta, ahí con la boca abierta, cuando suelta una carcajada ronca que me hace encoger los dedos de los pies, incluso en este momento.

—Se muda a Toronto el mes que viene, cielo. Dejaré que sea ella quien te cuente los detalles del porqué, pero iba a poner a la venta este lugar en su ausencia —explica. Me mira a los ojos, buscando algo en ellos—. Un amigo me advirtió que seguramente me mandarías a la mierda y me dirías que no tendría que haberlo hecho, pero merecía la pena correr el riesgo. No consigo adivinar si es exactamente lo que estás a punto de hacer.

Esta vez, a pesar de la abrumadora incredulidad que siento, es mi risa la que inunda la calle. Inclino la cabeza hacia atrás, me pongo de puntillas y lo beso suavemente una vez antes de volver a apoyarme sobre los talones.

—No soy de las que rechazan un gran gesto, Brody. Esto es lo más increíble que alguien ha hecho por mí jamás.

Está exultante de orgullo.

—¿De verdad? ¿Lo dices en serio?

—Sí. Muy en serio —prometo. No me cabe duda de que Brody es mi final feliz, mi eternidad—. Nunca he estado tan emocionada por algo como lo estoy por un futuro contigo.

Un parpadeo y estoy entre sus brazos, donde me siento segura, arropada y amada. Inspira mi olor, y entonces nos estamos besando, con su sabor que explota en mi interior. Nos quedamos así abrazados durante minutos, horas tal vez. El tiempo no es más que un producto de nuestra imaginación mientras movemos los labios, entrelazando las lenguas.

Si alguien me hubiese dicho hace tres meses que iba a estar aquí, que esta iba a ser mi vida, no le hubiese creído. Sin embargo, así es, y no lo cambiaría por nada en el mundo.

EPÍLOGO

# Brody

UN MES DESPUÉS

Flor Silvestre está lleno de habitantes de Cherry Peak. Jóvenes y mayores, ruidosos y tranquilos; todos se mezclan y disfrutan del entusiasmo compartido por la inauguración de un nuevo negocio. El interior de la peluquería de Anna se ha renovado por completo, con las paredes pintadas de un rosa suave y los muebles antiguos cambiados por otros nuevos y coloridos. La personalidad de Wanda se reflejaba mucho en el espacio antes de que Anna empezase a hacerlo suyo, pero ahora, un mes después, nadie diría que este lugar le había pertenecido antes a otra persona que no fuese ella.

Mi corazón se triplica en tamaño al ver a todo el mundo y ser testigo del asombro y el orgullo genuino en esos rostros. No todos los días se celebra una gran fiesta como esta, y ha venido todo el mundo. Para apoyar a Anna.

La busco inmediatamente entre la multitud y la encuentro rodeada de Bryce, Poppy y una mujer que, aunque es mayor que ella, podría ser un calco de Anna. Empiezo a hacerme camino entre la gente y sonrío a todos los que se giran a mirarme al pasar por su lado.

Poppy es la primera que me ve y me saluda moviendo los dedos y guiñándome un ojo. Me río entre dientes y me coloco junto a Anna, rodeándole la cintura con el brazo por instinto. Ella se gira entre mis brazos para mirarme con una sonrisa eufórica y perfecta en los labios.

—Hola, cielo —la saludo por segunda vez esa noche y le doy un beso en la coronilla.

Se ha recogido el pelo en un moño elegante y lleva un vestido azul que se ciñe a su cuerpo debajo de una chaqueta vaquera de color claro. No me hace falta mirarle los pies para saber que lleva puestas sus cómodas zapatillas. Ha optado por no ponerse tacones tras las rozaduras que ayer le provocaron en los talones un nuevo par de botas vaqueras. El recuerdo de ella desnuda a excepción de esas botas anoche mientras me la follaba en la encimera de la cocina me obliga a retorcerme en los vaqueros.

—Hola, Brody —canturrea Bryce con una gran sonrisa de satisfacción en el rostro.

Anna ignora a sus amigas y me habla directamente a mí.

—¿Adónde han ido tus abuelos?

—La abuela está socializando, con el abuelo a rastras.

Aunque los he traído a los dos a la fiesta, la abuela no ha estado ni cinco segundos dentro antes de que se le acercara una de sus amigas del bingo. Sentiría pena por mi abuelo si no estuviese ya acostumbrado.

—No me sorprende —dice Anna con una risa adorable y suave—. Mira, aprovecho que estás aquí… Quiero que conozcas a mi madre, Larissa. Mamá, te presento a Brody.

La madre de Anna está ya sonriendo cuando toma la mano que le he ofrecido y me da un apretón. El color cálido de sus ojos y la arruga que se le forma en el rabillo son iguales que los de su hija.

—He oído hablar mucho de ti, Brody. Es un placer ponerle cara al nombre —dice.

—Igualmente. Es un placer conocerla, señora. —Me giro hacia Anna y le pregunto—. Así que has estado hablando de mí, ¿eh?

—Solo cada vez que tengo la oportunidad —dice, como si tal cosa.

Tiro de ella para acercarla a mí y dejo que su calor se filtre en mi interior.

—Ya somos dos, entonces.

—Mi madre es muy fan de tu música, por cierto. No te creas esa pose reservada.

Larissa mira boquiabierta a su hija y, después, a sus dos mejores amigas, como si fueran a darle algún tipo de apoyo. No lo hacen; están demasiado ocupadas intentando no reírse como para ofrecer ningún tipo de ayuda.

—Me siento halagado, de verdad —le digo.

—Traicionada por mi propia sangre. Tienes suerte de que te quiera tanto, Annalise.

Anna señala con el dedo a su madre.

—Tú harías lo mismo; ni intentes fingir lo contrario.

—Me gustaría verlo, la verdad —dice Poppy.

Bryce murmura para demostrar que está de acuerdo.

—A mí también.

—¡Chicas! —grita Anna.

Le acaricio la curva de la cintura y me río.

—Lo siento, nena, pero a mí también me encantaría.

—No estoy a salvo en ningún sitio. Ya podéis marcharos de mi espacio seguro —refunfuña Anna, claramente en broma.

Larissa esconde una sonrisa y le da unas palmaditas a Anna en el hombro.

—Ay, cariño. Lo sentimos.

—No mientas, no lo sentís —dice Anna.

Su madre le responde algo, pero una palmada en el hombro me distrae de escucharlo. Cuando me giro para mirar detrás de mí, Anna se aparta de mi lado y me encuentro a Caleb esperando con un micrófono en la mano.

Su mirada es amable mientras espera a que me despida de la conversación y le robe un beso a Anna en los labios pintados. Me conduce a través de la multitud hasta el pequeño escenario que hemos montado en un rincón de la peluquería.

Nos detenemos un par de metros antes y Caleb me entrega el micrófono.

—El sistema de sonido debería funcionar. Enciende el micrófono cuando estés listo. ¿Cómo te sientes, tío?

—La hostia de feliz. Y orgulloso también. Más orgulloso de lo que he estado nunca de nadie. —Eso es quedarme corto, pero no soy capaz de decir nada más en este momento.

Estoy demasiado ocupado repasando en mi cabeza el discurso, preparándome para los próximos minutos. Nunca me ha costado tanto unir palabras como cuando lo escribí. Aunque tampoco me sorprende. Lo que siento por Anna siempre ha sido demasiado grande para expresarlo con palabras.

—Me alegro de verte así. Da gusto verte esa sonrisa bobalicona en la cara.

—Oye, que antes de conocer a Anna también sonreía.

—Pero no así. No como si tuvieses algo muy bueno en la vida. Como si fueses feliz de verdad.

Le pongo una mano en el hombro y le miro fijamente a los ojos para transmitirle todo el aprecio que siento por él.

—No te rías de mi discurso, idiota.

Suelta una carcajada atrevida.

—Vete a la mierda y ponte cursi para tu mujer.

—Coge apuntes, ¿vale? Y observa a un profesional en acción.

—Los únicos apuntes que voy a coger son de lo que no debo hacer.

Le hago una peineta y lo dejo solo para subirme al escenario. Enciendo rápidamente el micrófono, respiro hondo y llamo la atención de todo el mundo.

—Bienvenidos a la nueva peluquería Flor Silvestre. Gracias por venir a celebrar la inauguración con nosotros a pesar del frío. —Todos me están observando, pero yo solo miro a Anna—. A riesgo de parecer un idiota enamorado, solo quería decir un par de cosas antes de pasarle el micrófono a la maravillosa dueña de este precioso negocio.

La expresión de Anna se llena de curiosidad mientras me observa, dándose golpecitos en la comisura de los labios con una uña pintada de rosa. Trago saliva con fuerza y el corazón me late deprisa en el pecho.

—Para aquellos que todavía no conozcáis a Anna, espero que tengáis el tiempo de hacerlo. Yo no tenía ni idea de que iba a aparecer y poner mi mundo patas arriba, pero nunca me he sentido más agradecido. Estoy enormemente orgulloso de ti, Anna, y estoy

deseando ver lo que nos depara el futuro. Quererte es el mayor honor de mi vida. —Ella se lleva una mano al corazón y susurra mis dos palabras favoritas. Hago lo mismo antes de obligarme a mirar a la multitud—. ¿Podemos darle un fuerte aplauso, por favor? Gracias a todos por estar aquí.

Los aplausos son instantáneos, pero no les presto mucha atención. No cuando Anna se está abriendo paso entre la gente hacia mí. La atrapo entre mis brazos en un abrir y cerrar de ojos, la hago girar encima del pequeño escenario y hundo la cara en su cuello mientras su risa resuena en mis oídos como mi melodía favorita.

—Gracias, Brody. Por todo —me susurra al oído.

Busco su mirada antes de posar la boca contra la suya, consciente de que no necesita más palabras de mi parte. No cuando tenemos todo el tiempo del mundo por delante.

***

Tres horas después, guío a Sky más allá de la casa de invitados y de los árboles que la rodean, con Anna recostada sobre mi pecho. Cabalgamos en un silencio cómodo y tranquilo hasta que, al fin, ya no puede más y pregunta:

—Bueno, ¿y adónde vamos?

—Solo unos minutos más.

—Tienes suerte de que me gusten las sorpresas.

Sonrío.

—¿Qué tal la noche? ¿Te has sentido bien? Les has encantado.

—Conque cambiando de tema, ¿eh? Ya veo. No eres tan evasivo como crees, Brody Steele. Pero respondiendo a tu pregunta, sí,

estoy genial. Todavía algo nerviosa, pero tengo muchas ganas de abrir el salón.

Todos los clientes y empleados anteriores de cuando Wanda dirigía la peluquería han decidido quedarse bajo la dirección de Anna, así que estará bastante ocupada durante su primer turno como jefa la semana que viene.

Yo estaré en casa para ayudarla; me aseguré de ello cuando planeé los siguientes pasos con Swift Edge. Reggie estaba más que encantado con lo que propuse, pero Garrison fue más difícil de convencer. Pero qué mala suerte para él, porque yo no cedí en nada.

Estuvieron de acuerdo en dejarme grabar en la nueva sede de Swift Edge Records en Calgary cuando por fin abriese este mes y, una vez terminado el disco, anunciaré mi primera gira por Norteamérica. Tardamos varias horas de videollamadas en establecer las fechas y las ciudades, pero, con la aprobación de Anna, conseguimos concretarlo todo.

El malestar que me invade cada vez que recuerdo que me voy de gira amenaza con aparecer de nuevo, pero Anna me da un apretón en el muslo y hace fuerza contra mi pecho para distraerme.

—Te oigo pensar.

—Lo siento, cielo —murmuro en su pelo.

Ya está mucho más cómoda sobre Sky, se mueve con más fluidez con cada sacudida y rebote. Aprieto mi brazo alrededor de su cintura y me relajo contra ella.

—¿Quieres hablar de ello? —pregunta con suavidad.

Sky reconoce el camino que lleva al terreno que forma parte del Rancho Steele, por el que he cabalgado con ella decenas de veces

las últimas semanas, así que aflojo las riendas para dejar que ella marque el camino.

—He estado pensando en muchas cosas, corazón. Todas ellas relacionadas contigo.

—¿Quieres darme alguna pista más?

Presiono los dedos contra la zona sensible debajo de sus costillas y sonrío cuando empieza a reírse y a empujarme.

—Todavía no.

Ella respira hondo para recuperar el aliento y dice:

—Nunca me has traído aquí.

—Es verdad. Este terreno no se ha utilizado nunca desde que la familia Steele es su propietaria.

—Pues es una pena. Es hermoso.

Las montañas se ven claramente desde aquí, sobrecogedoras a la vez que preciosas. Los árboles, tan frondosos y verdes en verano, rodean el exterior del terreno y ocultan la valla y el camino empedrado de detrás. Es una zona tranquila, incluso más que el resto del rancho. No se oye el ruido del ganado ni de las máquinas durante los atareados días de trabajo. Es el lugar perfecto para empezar una vida con la mujer a la que quiero.

Con un poco de suerte, ella opinará lo mismo

—Me alegro de que pienses eso, porque te he traído por una razón.

—¿Cuál?

Me bajo del lomo de Sky y le ofrezco una mano a Anna. Ella la acepta y la ayudo a bajar. Nos alejamos de Sky y me coloco detrás de ella, observando el terreno vacío.

—He estado pensando en mudarnos más lejos de la casa principal. La casa de invitados estaba bien antes, quizá todavía lo fuese si no quisiese algo más privado. Algo que sea nuestro. Tuyo y mío. ¿Qué opinas? —pregunto lentamente, ignorando los nervios que siento.

Solo han pasado unos meses, y puede que sea una locura, pero no quiero que vuelva a su casa en el pueblo. Quiero que viva en un sitio que sea para los dos.

—Has pasado aquí casi todos los días de este último mes, incluso más. Llevamos semanas durmiendo en la misma cama. Banana está aquí y sé que te encanta pasar tiempo con ella —añado.

—Brody —dice en un hilo de voz, asombrada—. La casa de invitados es preciosa. No necesitas otro sitio solo por mí.

—Otro sitio para nosotros, Anna.

Me agarra de los brazos, suave pero firme a la vez, aunque no hace ningún movimiento para darse la vuelta y mirarme.

—¿Me estás pidiendo que me venga a vivir contigo?

—Solo si quieres. Sé que eres independiente y que eso te encanta. No quiero quitarte eso. Joder, eso es lo último que quiero.

—No me estarías quitando nada. Nunca me precipitaría en hacer algo para lo que no estuviese preparada.

Me cuesta encontrar una respuesta. Hasta que no se da la vuelta para mirarme y veo el amor en su mirada, amenazando con hacerme perder el equilibro, no encuentro las palabras.

—Una última mudanza. Otro nuevo comienzo. Pero esta vez no estarás sola. Lo haremos juntos.

Se le llenan los ojos de lágrimas, unos ojos que brillan de amor. Las limpio antes de que tengan oportunidad de resbalar por esas mejillas sonrojadas.

—Te amo, Brody Steele, y me encantaría mudarme contigo —dice mientras me acaricia la mandíbula con los dedos hasta ahuecarme las mejillas.

—¿Sí?

—Por supuesto que sí. Pero no hace falta que construyamos una casa nueva. Seré más que feliz en la casa de invitados.

Niego con la cabeza y le pongo las manos en las caderas.

—Se acabaron los alquileres y la casa de invitados. Construiremos algo permanente. Aquí mismo.

—Aquí mismo suena fenomenal —murmura, y después posa sus labios, tan cálidos y suaves, sobre los míos.

Le devuelvo el beso, con el sabor de la eternidad en la lengua.

EPÍLOGO ADICIONAL

# Annalise

UN AÑO DESPUÉS

Brody mantiene un brazo firme alrededor de mi cintura cuando terminamos de posar juntos en la alfombra roja y nos alejamos del primer grupo de fotógrafos. Los *flashes* brillantes son intensos y deslumbrantes. He tardado unos minutos en relajarme después de salir de la limusina, pero ya estoy un poco más tranquila.

Resulta extraño llevar un vestido tan elegante y tacones esta noche en lugar de un mono manchado de barro y botas a juego, pero esta es nuestra primera entrega de premios juntos como pareja y la primera de Brody desde que sacó el disco, así que la ropa del rancho se hubiera quedado un pelín corta.

Sin embargo, era imposible que Brody no llevase su sombrero hoy, y me alegro. Mi hombre está increíble bajo el ala de un sombrero de cowboy. Puede que demasiado, teniendo en cuenta los cientos de miradas lujuriosas que ha recibido sin parar desde que hemos llegado. Como si notara mis celos cuando miro a una mujer con los ojos entrecerrados al ver que saluda a Brody meneando los dedos, me acaricia la cadera con el pulgar y, al levantar la mirada, veo que tiene una sonrisa de satisfacción en el rostro.

—Estás muy sexy cuando defiendes tu territorio —dice con un tono demasiado ronco y sensual para el momento en el que estamos.

Pongo una mano encima de la que tiene apoyada en mi costado y entrelazo mis dedos con los suyos.

—No creas que no me he dado cuenta de las miraditas que le lanzabas al de seguridad mientras nos hacían fotos.

—No intentaba ocultártelas, cielo. Eres la mujer más impresionante que hay aquí esta noche y no tengo problema con marcarte como mía.

—Estás increíble, por cierto. Sé que ya te lo he dicho un millón de veces esta noche, pero es la verdad.

Me he abalanzado sobre él en cuanto ha salido del dormitorio con esos pantalones de vestir y una camisa de botones que nunca le había visto. Es un delito que un hombre tenga un culo tan bonito, y verlo con esos pantalones ajustados me ha dejado sin aliento.

Se ha recortado la barba y lleva el pelo engominado hacia atrás bajo el sombrero marrón. Yo también me he cortado un poco el pelo en los últimos meses y me lo he teñido de un castaño claro con algunas mechas. No es un gran cambio, pero para mí marca la diferencia. Me siento renovada y cada día me levanto con la sensación de que será mejor que el día anterior.

—Estás espectacular, Anna. Llevo pensando en todas las maneras posibles de quitarte este vestido desde que te lo has puesto —murmura Brody.

Agarro el material sedoso de debajo de mi pecho y lo enrollo con los dedos.

—Ah, ¿este trapo viejo?

—Sí, ese trapo viejo. Te queda espectacular.

Me sonrojo mientras me muerdo el interior del carrillo, concentrándome en el siguiente grupo de fotógrafos y en la mujer que sostiene un micrófono.

—Gracias. ¿Cómo te sientes?

Llevo todo el día comprobando cómo está, consciente de que está nervioso porque le han nominado por primera vez a álbum del año. Ha sido un año movidito por el éxito del disco y la gira por Norteamérica.

Hemos pasado largas noches hablando hasta tarde por teléfono mientras él estaba de gira, y yo lo he acompañado siempre que he podido mientras llevaba Flor Silvestre. El negocio está prosperando, aunque al principio me costó lo mío. Ha sido una curva de aprendizaje muy empinada, pero por fin lo he conseguido.

La construcción de nuestra nueva casa ha terminado hace poco y solo han pasado dos semanas desde que nos mudamos. Levantar la casa de nuestros sueños demoró mucho más de lo esperado, pero ha merecido mucho, muchísimo la pena. Despertarme cada día con vistas a la montaña a través de unos ventanales que llegan al techo, en el dormitorio que comparto con el amor de mi vida… No hay nada mejor que eso.

—Aterrado —responde él sin rodeos.

Me pego a su lado todo lo que puedo y le doy un apretón en los dedos.

—Tú puedes, Bo. Ganes o pierdas, tú puedes con esto. ¿Cuántos artistas pueden decir que no solo han sido nominados a un premio tras su segundo disco, sino que además actuaron en la gala de entrega? Me dejas impresionada. Todos los días.

Se le mueve la garganta cuando traga saliva con fuerza.

—Soy el hombre más afortunado del mundo por tenerte a mi lado, Annalise. Gracias.

—Siempre estaré a tu lado. Pase lo que pase.

Inconscientemente o no, acaricia la piel desnuda de mi cuarto dedo, donde antaño llevé el anillo de otro hombre. Me recorre una fuerte oleada de emoción. Hace poco me di cuenta de que es anhelo. Anhelo por llevar el anillo de Brody en el dedo.

No me ha presionado ni una sola vez para que nos casemos, aunque sé que me tomaría como esposa en cualquier momento y en cualquier lugar. Un hombre tan respetuoso como él nunca me presionaría. Por un tiempo, estuve convencida de que no quería casarme nunca. Estaba segura de ello, sobre todo después de Stewart. Sin embargo, eso ha cambiado durante el último año y medio. Ese sentimiento ha evolucionado de forma tan drástica que ni siquiera se lo he contado.

Debería haber sabido que algún día querría casarme con Brody. Él es todo lo que siempre he querido y más. Es perfecto de una forma imperfecta. Cada día que paso con él solo recalca lo tonta que fui.

Esa conversación tiene que llegar pronto. La necesito.

La segunda ronda de fotógrafos termina más rápido que la primera y luego nos llevan hasta la entrevistadora, que espera en un lateral. Las enormes cámaras nos enfocan mientras Brody me arrastra con él, sin importarle que la mujer seguramente solo quisiese hablar con él. Cada vez nos sentimos más cómodos siendo el centro de atención gracias a situaciones como esta y a nuestra incapacidad de separarnos el uno del otro más tiempo del necesario.

Saludamos juntos a la mujer y ella rápidamente empieza con las preguntas para Brody. Se centra en cómo se siente respecto a la nominación y en quién tiene más ganas de ver esta noche, antes de pasar a una serie de preguntas que siempre esperamos cuando estamos juntos en esta clase de situación.

—Lleváis juntos un año, ¿no es así? —pregunta, la mar de pizpireta.

Brody me mira para que responda y no dudo en hacerlo.

—Casi año y medio, sí.

—Creo que hablo en nombre de casi todos cuando digo que los dos estáis guapísimos esta noche. Como siempre —añade.

Brody me da un beso en la sien.

—Gracias, Jess.

—Tú también estás increíble —digo, y es verdad.

La mujer que tenemos delante está radiante, ya sea por el entusiasmo auténtico que le produce lo que hace o porque simplemente está feliz por conocer a gente famosa, quién sabe. Tampoco me importa.

Ella sonríe ante mi cumplido y me relajo más en su presencia.

—Espero que me perdonéis si me estoy tomando muchas confianzas, pero antes hemos recogido unas cuantas preguntas de tus fans, Brody, y hay una que destaca por encima de todas las demás. ¿Te importaría responderla?

Esconde el pánico que siente detrás de una sonrisa despreocupada, pero le conozco demasiado bien como para creérmelo, a diferencia de la entrevistadora. Me giro hacia él y deslizo la mano por su cintura hasta enganchar los dedos en la hebilla de su cinturón.

—Dispara —le dice él.

—Bueno, los fans quieren saber cuándo vas a hacerle la gran pregunta. ¿Tienes una respuesta para ellos? ¿Será pronto?

Casi me río por lo oportuna que es la pregunta. Es como si el universo hubiese escuchado mis plegarias hace unos minutos.

Brody no tiene la oportunidad de recurrir a la repuesta que tiene preparada, porque me lanzo, inclino la cabeza hacia atrás para mirarlo a los ojos y respondo:

—Espero que pronto. Estoy deseando convertirme en la esposa de Brody.

Jess pega un gritito en el micrófono, pero en cuanto mi hombre me coge la cara entre sus manos y me da un beso profundo y posesivo en los labios, me olvido de su presencia.

Creo que puedo decir sin temor a equivocarme que la idea de convertirse en mi marido le emociona tanto como a mí la de convertirme en su mujer.

***

Acabamos de subirnos a la limusina cuando a Brody le suena el móvil en el bolsillo. Todas las personas importantes de su vida saben que esta es una noche muy especial para él y que seguramente no podrá responder a las llamadas, así que me pongo en alerta al instante.

Tan preocupado como yo, Brody mira quién lo llama y responde, cada vez más tenso.

—¿Reggie?

La emoción de verlo ganar el primer premio de su carrera amenaza con desaparecer, pero me niego a permitirlo. No importa lo

que ocurra al otro lado de la llamada. No después de una noche como esta.

—Joder. Sí, puedo hablar con mi abuelo, pero no prometo nada. No le gusta que haya desconocidos en sus tierras… Tienes razón, es peor que un desconocido. Se ha ganado el título de enemigo… Sí. Sí, lo haré. La casa de invitados está vacía. Podría quedarse ahí, pero repito que no puedo prometerte nada todavía. Haré todo lo que pueda.

El estómago me da un vuelco cuando Brody me mira y veo la inquietud en sus ojos.

—Sí, gracias. Hemos creado un disco increíble, Reg. Este premio es tan tuyo como mío… Te llamaré mañana y haré todo lo que pueda por ti. Garrison no se merece que lo apoyes de esta manera, pero lo entiendo. Es familia. Haré lo que pueda… Sí, buenas noches.

En cuanto cuelga la llamada, se me escapa la pregunta de los labios.

—¿Qué ha hecho Garrison?

Brody se pasa una mano por la mandíbula y tira de mí hacia su regazo, de forma que mis piernas quedan sobre las suyas y el material de mi vestido se estira lo máximo posible. Apoyo las manos sobre su fuerte y musculoso pecho para mantener el equilibrio.

—Algo tan malo como para que me llame su padre y me suplique que lo deje alojarse en el rancho una temporada.

—Eso es lo que le tienes que preguntar a Wade —anoto, asintiendo ligeramente mientras recuerdo lo que le acaba de decir a Reggie.

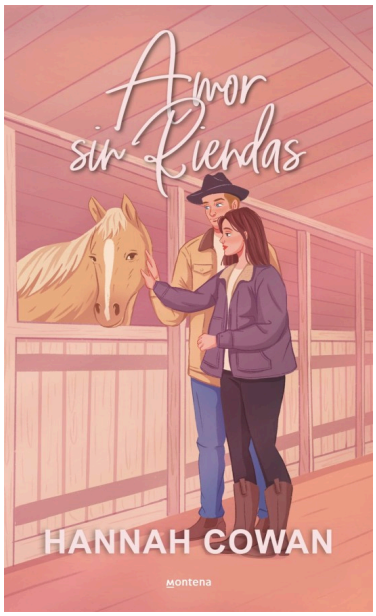
—Sabía que era cuestión de tiempo antes de que se las viera cara a cara con el karma.

—A Wade no le va a hacer gracia.

Brody se inclina hacia delante y apoya la frente en mi clavícula. El fuerte suspiro que suelta lo dice todo sin necesidad de sus siguientes palabras.

—No. No le va a hacer ninguna gracia. A ninguno de nosotros. Pero no creo que tengamos otra opción. Garrison Beckett no encaja en Cherry Peak, pero puede que sea el único sitio capaz de encauzarlo.

# Sigue la fiebre de los cowboys. Bienvenidxs a Cherry Peak, el pequeño pueblo en el que vive Brody Steele, el cantante de country más hot




El amor es una mierda.

No sé en qué momento se torció todo. No sé si fue dejar que un hombre me convenciera de que, de repente, las cosas que nunca he querido eran las más adecuadas para mí, o confiar a ciegas en la persona con la que desperdicié tres años de mi vida lo que me ha traído hasta aquí

Hasta Cherry Peak. Un pequeño pueblo en el corazón de Alberta, Canadá. Y pueblo natal de la nueva promesa del country, Brody Steele

Un breve encuentro basta para catalogarlo como un imbécil integral. Un famoso arrogante, convencido de saberlo todo y con un complejo que no tengo paciencia para soportar.

Sin embargo, si tan mal me cae como intento convencerme, ¿por qué no dejo de buscarlo entre la gente? ¿Por qué sus gestos —tan sorprendentemente atentos— derriten el muro de hielo que he levantado entre los dos?

Cherry Peak tenía que ser mi borrón y cuenta nueva, un sitio donde sanar y empezar de cero. Y, justo cuando empiezo a recomponer los pedacitos de mi vida, Brody se dispone a marcharse, como si no se hubiera convertido ya en una pieza esencial de ese proceso.

La idea de perderlo me quita el sueño. No sé si algún día lograremos encontrar el equilibrio… o si todo este tiempo no hemos hecho más que engañarnos el uno al otro.

**Hannah Cowan** es una autora canadiense de veintitantos años que figura entre los 60 más vendidos de Amazon. Obsesionada con los romances que te hacen suspirar, decidió dar el salto y probar suerte creando historias que te harán abanicarte y reírte de la forma más embarazosa posible. ¡Esperemos que eso sea exactamente lo que han conseguido sus historias!

A Hannah le encanta saber la opinión de sus lectores, y se puede contactar con ella a través de cualquiera de sus cuentas en las redes sociales.



Título original: *Strung Along*

Primera edición: mayo de 2026

© 2024, Hannah Cowan
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Scheherezade Surià, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Mireia Martínez
Ilustración de portada: © Andra Murarasu (@andra.mdesigns) / Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 979-13-87924-30-0

Compuesto en: www.acatia.es

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: somosinfinitos
X: @somosinfinitos
Instagram: @somosinfinitoslibros
Youtube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

**«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».**

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial



penguinlibros

# Índice

Amor sin riendas

1. Annalise

2. Annalise

3. Annalise

4. Annalise

5. Brody

6. Annalise

7. Annalise

8. Brody

9. Annalise

10. Annalise

11. Brody

12. Brody

13. Annalise

14. Brody

15. Brody

16. Annalise

17. Brody

18. Annalise
19. Brody
20. Annalise
21. Annalise
22. Brody
23. Annalise
24. Brody
25. Annalise
26. Brody
27. Annalise
28. Brody
29. Annalise
30. Brody
31. Annalise
32. Brody
33. Annalise
34. Annalise
35. Brody
36. Annalise
37. Brody
38. Brody

39. Annalise

40. Annalise

41. Brody

42. Annalise

43. Brody

44. Annalise

45. Annalise

Epílogo. Brody

Epílogo adicional. Annalise

Sobre este libro

Sobre Hannah Cowan

Créditos